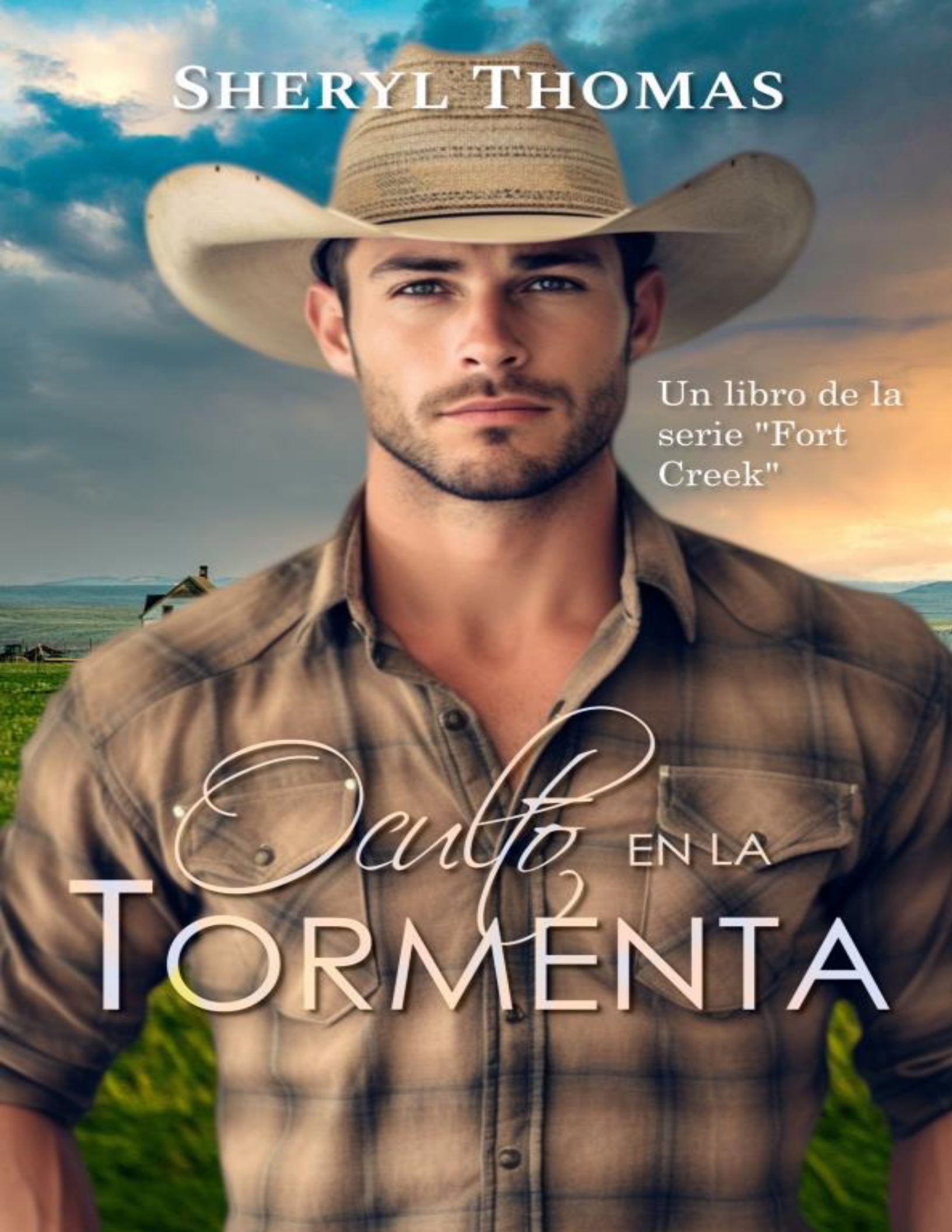




SHERYL THOMAS

Un libro de la
serie "Fort
Creek"

Dulce EN LA
TORMENTA

Oculto EN LA TORMENTA

SHERYL THOMAS

©Sheryl Thomas, 2025

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

ADVERTENCIA

Esta novela aborda temas relacionados con la salud mental, incluyendo posibles situaciones sensibles que podrían resultar desencadenantes para algunos lectores. Se recomienda discreción y apoyo emocional si es necesario.

CAPÍTULO I

Blaze

—¡Es-es-esto es una p-puta mierda! —exclamo, o lo más parecido a ello de lo que soy capaz. Hanna no muestra malestar ante mi arrebato. Está acostumbrada a ellos.

Mis dedos se clavan en mi rodilla hasta que las yemas se ponen blancas. Mis botas vaqueras repiquetean sobre la moqueta. La consulta de la doctora Hanna Spencer está dispuesta en los suburbios de Omaha. Es un espacio aséptico, aquí nada puede despertar la más mínima emoción negativa. Parece un set de filmación de una telenovela sentimental. Estoy sentado en el sillón de tres piezas color tiza, rodeado de cojines en colores tierra. Intento destrabar mis dedos para pasarlos por afelpado tapizado. Es el sillón más cómodo del mundo, siempre me digo que le preguntaré dónde lo ha comprado para hacerme con uno igual, pero cambio de parecer al pensar que entonces mi casa me recordará a mi psicóloga.

Y a toda la mierda de la que hablo aquí.

Las paredes están pintadas de color pastel, los cuadros son de flores en acuarela. Los libros están dispuestos con prolijidad, sin ningún patrón establecido. Por las ventanas entra suave luz natural y se puede ver el cuidado jardín, con arbustos y flores. Los aspersores mantienen el verdor. Lo lógico sería sentir paz, aunque yo sea incapaz de relajarme cuando estoy aquí. Hanna aguarda en silencio unos minutos más antes de romper la armonía.

—¿Qué sentiste cuando te quedaste sin palabras?

Mi mano no se desprende de mi rodilla y, si pudiera sentir algo más que mi pánico, percibiría el dolor. Pasó de nuevo, una situación normal que se va al demonio por mi incapacidad de socializar. Unos inversionistas de traje y corbata querían ver el rancho, los acompañaba mi hermano Wade y mi padre, pero ellos querían ver a quien se encargaba de que todo funcionara como una maquinaria bien engrasada. Al extraño fenómeno de ranchero millonario que paleaba él mismo el estiércol de sus vacas. Es decir, a mí.

Dos palabras, algunas bromas, las risas, el ruido y...

—Un puto madero apretando mi pecho —gruño.

Es siempre la misma maldita cosa. El diagnóstico: ansiedad social. La razón: la muerte de mi madre, estaba presente cuando ella falleció. El trauma: desconocido. Según Hanna, reprimo un recuerdo y es ese el motivo por el cual mi garganta se cierra y soy incapaz de emitir sonido cuando tengo demasiadas personas a mi alrededor.

A veces me sucede a solas, claro, siento esa opresión en el pecho, la garganta seca y las ganas de gritar, aunque no salga ni un lastimero quejido. Sin embargo, aprendí a lidiar con ello, me marchó con mis perras, lejos de todos, pierdo la mirada en el horizonte y aguardo a que la angustia remita.

En público es otro tema, y la secuencia de brotes ha conseguido que desarrolle ansiedad social. El mero hecho de pensar en hablar con extraños me pone nervioso y me conduce con infalibilidad al origen de la misma ansiedad. ¿Qué es primero, el huevo o la gallina?, ¿tengo ansiedad social por miedo a sufrir un brote o sufro un brote por mi ansiedad social?

—Estoy roto —suelto.

—No estás roto, Blaze —repite sin cansancio Hanna—, recuerda tratarte con palabras

gentiles y realizar afirmaciones. Estoy entero —reformula. Debo exiliar la palabra «no» de mi vocabulario—. Blaze...

—Estoy entero —bufo. Hanna contiene un intento de risa, soy un pésimo paciente, los dos lo sabemos. Los vaqueros no vamos al psicólogo; los vaqueros bebemos güisqui, escuchamos canciones country y nos callamos las cosas. No pagamos a una especialista para que escuche nuestras mierdas. No... no... bueno, quizá...

—Vale. Nos quedamos en el madero... —dice. Noto que mis dedos ya no están en mi rodilla, sino que se desplazan por el suave tapizado del sillón.

—Empiezo a sentirme pequeño, es extraño... —Suspiro—. Sé que no me estoy haciendo pequeño, pero mi percepción cambia y aunque mi razón dice que es imposible, no dejo de sentirlo. Me achico, o lo demás se agranda, o las dos cosas a la vez —explico apresuradamente. Hanna ha escuchado esto otras veces, porque siempre damos vueltas sobre lo mismo. La terapia es agotadora—. Entonces todo se vuelve oscuro, juraría que veo a mi madre en la oscuridad, trata de llegar a mí, extiende su mano y yo...

No sé en qué momento mis dedos regresaron a mi rodilla, estoy tan tenso que me duele hasta el cuello. Muevo la cabeza, las cervicales crujen.

—Cierra los ojos, Blaze, respira hondo.

Lo hago, el terror crece, la voz se empieza a ir y la presión en el pecho se hace más real. Puedo sentir el tronco del árbol incrustado, intento hablar, decirle algo a mi madre que extiende su mano y...

—N-no... N-no p... —Me falta el aire. Escucho a Hanna repetirme que respire, que sea consciente de mis inhalaciones, de mi entorno.

Fallo.

Abro los ojos, estoy rojo, no necesito mirarme al espejo para saberlo. Noto el sudor frío perlándome la frente, las palpitaciones están desbocadas. Tardo varios minutos en recomponerme, lo hago pasando mi mano sobre la suave superficie y contando las respiraciones como Hanna me enseñó.

—Es hipermnesia —explica como tantas veces en el pasado. Llamar las cosas por su nombre, entender que lo que me sucede es real, ayuda. No soy el único en el mundo que sufre de esto, es normal en el estrés postraumático. Intento convencerme de ello, aunque no vea resultados—. La sensación del madero en tu pecho es un recuerdo del accidente que se vuelve físico. Intenta controlar tu recuerdo, no le permitas asaltarte de improviso. Venga —me anima.

Y arribamos al muro. Siempre llegamos hasta aquí, jamás atravesamos esta línea. Cuando asistí a su consulta por primera vez era un adolescente. Ya había probado con medicamentos y otros terapeutas, hasta que Hanna consiguió hallar la punta del ovillo. No sufro ataques de pánico como los demás profesionales pensaban, es hipermnesia. Revivo el recuerdo del accidente, la muerte de mi madre, la rama del árbol incrustada en mi pecho, la sensación de morir. Y las palabras dejan de salir.

El problema es que, aunque revivo una y otra vez ese instante, no puedo recordar nada más. No sé cómo llegamos allí, no sé por qué estábamos en la carretera un día de tornados en Nebraska, a sabiendas de lo peligrosos que son. No sé a qué le temo si ya sé que mi madre está muerta y yo, vivo. Hanna está convencida de que en mi memoria bloqueada se encuentra algo que debo decir, que como soy incapaz de expresar eso que mantengo oculto, mi mente obstruye mi voz. Una amenaza vedada de: *si no dices aquello que es importante, no merece que digas nada*.

La psique es una putada. Y la mía parece ensañada.

Debo recuperar mis recuerdos y recuperaré mi voz. Tan fácil e imposible como eso.

—Vamos por la carretera —relato—, mi madre conduce muy rápido. Quiere llegar al refugio lo antes posible. Veo los tornados formarse, tocar tierra, arrasar y elevarse. Algunos son pequeños y me convengo de que estaremos bien. Pero mi madre no deja de volverse, no mira hacia adelante, no está concentrada en el camino ni en la tormenta...

—¿Alguien los persigue?

—No lo sé, no veo a nadie, quizá teme que un tornado nos alcance por detrás. Entonces uno de los embudos toca tierra a unos doscientos metros, quizá más. ¡Joder! —La sensación regresa, la de perder la percepción del espacio. Me hago pequeño, doscientos metros pueden ser doscientas millas. Lo mismo da—. Mi madre frena, las cubiertas chirrían contra el cemento. No entiendo qué sucede, porque lo siguiente que veo es que vamos directo hacia un árbol. El impacto, el cinturón de seguridad me sujeta, a mi madre le salta el airbag. El tornado nos pasa cerca, o eso dijo la policía, porque yo no lo recuerdo, una rama se quiebra y atraviesa el parabrisas hasta incrustarse en mi pecho. Quedo atrapado. Mi madre está viva, en mi recuerdo ella se mueve —la policía dijo que murió en el acto, por lo que esa parte puede ser una invención de mi mente—, me busca, extiende su mano hacia mí. Yo quiero gritar, la voz no me sale...

—¿Qué le quieres decir? —pregunta Hanna.

Empiezo a hiperventilar mientras busco la respuesta en mi cabeza. Está ahí, como cuando se te escapa una palabra que conoces y tu mente no sale al rescate.

—¿Quieres decirle que la quieres?, ¿que te encuentras bien?, ¿que luce más grave de lo que es? —Se supone que no debe intervenir, solo guiarme, pero yo le he pedido que lo hiciera. Según Hanna es peligroso; por eso tampoco intentó la regresión mediante hipnosis, pueden suplantar recuerdos. Hay casos en que personas inocentes confesaron crímenes no cometidos por el mal uso de las herramientas del psicoanálisis. A estas alturas, ya no me importa la verdad, me conformo con una mentira que sane.

Aun así, no me atrevo a mentir.

—No, siento miedo. Es algo relacionado con ese temor.

Hanna escarba un poco más, sobre el miedo a la muerte, sobre la importancia de despedirnos de los seres queridos, las palabras atoradas en el pecho. En mi caso, de un modo más literal que figurativo.

—Intenta volver con tu mente un poco más atrás, a ese día. ¿Qué desayunaste?, ¿jugaste?

La espesa negrura de la amnesia me invade.

—Creo que ya es la hora —respondo, esquivo—, y no estamos llegando a ninguna parte.

Suspiro. Me pregunto una vez más qué hago aquí, porque insisto. Shannon, mi novia, cree que debo dejar el pasado atrás, que revivirlo una y otra vez es lo que me impide avanzar.

—Blaze...

Adivina mis palabras, no son la primera vez que las digo.

—Voy a dejarlo, Hanna. Eres una excelente terapeuta, pero... pero estoy cansado.

—Blaze, ¿eres tú o es Shannon quien habla? —indaga de esa manera tan suya, como si no existieran los secretos indescifrables.

—Yo —miento. Lo sabe—. Si mi mente quiere bloquear el recuerdo, será porque es mejor así. ¿No lo has dicho tú?, lo hace para protegerme.

Contiene la expresión irónica, conoce los trucos de los pacientes. Quiero sonreír con ella, la doctora Spencer tiene la capacidad de hacerme sentir válido sin que eso me convierta en *especial*. Detesto ser especial, me gusta pensar en mí como en uno más de muchos, similar a tantos otros, sin nada particular ni en mi trauma ni en mi forma de afrontarlo. Soy simplemente

humano. Tal vez por eso es por lo que me cuesta dejar la terapia, escuchar el consejo amoroso de Shannon.

—También te deja sin habla, te asalta con recuerdos vividos... Me parece a mí que tu inconsciente tiene más deseos de manifestarse que de permanecer en las sombras.

—Bueno, cuando lo haga de una manera clara, lo vemos —digo y me pongo de pie.

—Podemos dejar de tratar el tema de tus recuerdos y enfocarnos en Shannon —sugiere—, en por qué sientes la necesidad de complacerla.

—Oh, no... no tomaremos ese camino. —El problema de la terapia es que saca a relucir demasiados trapos sucios. Mi relación con Shannon, mi hermano Roman, mi padre...

Su reloj titila, la alarma de fin de sesión es silenciosa. Suele dejar quince minutos entre paciente y paciente, porque no es de las que cortan la conversación sin más, con un desinteresado «lo dejamos para la próxima».

—Porque como dice el refrán, todos los caminos conducen a Roma.

—Ya debe estar la señora Milton —respondo, evasivo.

—¿Te veré el siguiente martes, Blaze? —insiste.

—No.

No puede obligarme, lo sabe, no represento una amenaza para mí ni para otros. Nadie puede ayudar a quien no desea ser ayudado y yo... yo soy de los segundos. ¿O no?, ¿o Hanna está en lo cierto y dejo terapia por la insistencia de Shannon? Me ve dudar, vacilar, me invita a regresar al sillón, un «hablemos, estaré siempre para ti». Busco la salida con la mirada, luego a ella.

—Eres la mejor, Hanna, pero no volveré de momento.

—De momento es mucho mejor que nunca. —Me sonrío, todavía tiene fe en mí.

El que perdió toda esperanza soy yo.

CAPÍTULO 2

Blaze

Las tareas del rancho me brindan la excusa necesaria. Siempre hay algo por hacer. Animales, plantaciones, la maquinaria, los silos, el reducido espacio de la lechería. Las tierras Davenport se extienden acres tras acres, uniendo por una carretera secundaria el pequeño pueblo de Fort Creek con el siguiente, en dirección a Omaha. El rumiar de las vacas que pastan al aire libre acompaña mis pensamientos. Abro la portezuela trasera de mi camioneta y me siento con las piernas reposando en el parachoques. El café que llevo en un termo ya está frío, aun así, le doy un sorbo. No debería, me cuesta conciliar el sueño y la infusión no ayuda.

Tres perras de raza Border Collie corren hacia mí y meneando el rabo, se suben a la camioneta de un salto y reclaman mi atención. No les gusta cuando notan que estoy sumido en mis pensamientos, es como si adivinaran que son oscuros. La más joven de las tres, Lottie, me lame la cara y consigue arrancarme una sonrisa.

—Ey, tú —le digo y le cojo la cabeza entre las dos manos, ella ladra—, ¿no conoces el término consentimiento?

Su madre la reprende poniendo una pata sobre su lomo y soltando un ladrido bajo. Juraría que su tía rueda los ojos, ¿pueden los animales hacer eso? Es la quinta camada de la misma familia de perros que tenemos, siempre nos aseguramos de tener a la madre con alguno de los cachorros, porque de esa manera, al igual que los hombres Davenport, aprenden el oficio de ranchero generación tras generación. Lottie no necesitó adiestramiento, sabe arrear las vacas como el mejor de mis hombres y solo pide un par de caricias en compensación. Tras la amorosa reprimenda de su madre, las tres perras y yo permanecemos en silencio, postergando el regreso a casa.

Las cosas no van bien con Shannon y no sé qué hacer al respecto. He dejado de asistir a las sesiones con Hanna y me pican los dedos de ganas de llamarla, no para indagar más en mis recuerdos y lagunas mentales, sino para que me oriente sobre las cosas que siento y no sé cómo organizar. Pero a Shannon no le gusta que haga terapia, ésa no es la forma en que los hombres afrontan los problemas en Nebraska. En otras palabras, no soy lo suficientemente hombre para ella.

Y lo que es peor, a veces estoy de acuerdo con ella.

Estoy roto, me falta un trozo de memoria y creo que sin ella estoy incompleto. No puedo entenderme y por eso no pretendo que ella lo haga. No le pido que me arregle, aunque quizá me gustaría que me acompañara de otra manera mientras yo intento recomponerme.

Shannon esta enfadada conmigo porque vivo en el pasado, porque no puedo pasar página y afrontar el presente. Está cansada de la vida de rancho, de las jornadas interminables, del olor a animales y grano que impregna mi piel como el más caro de los perfumes. Está cansada de no ir de fiestas, ni viajar... ¿De qué valen los millones de dólares en las cuentas bancarias cuando no puedes salir a gastarlos?

Se ha quedado con el peor de los hermanos Davenport, veo el reproche en su mirada. Intento ser paciente, complacerla y compensarla por ello, pero eso no implica que la sensación de injusticia me golpee en el pecho y enfurezca con ella. Porque yo por Shannon lo intento, y no estoy muy seguro de que ella lo haga por mí.

Soy un cobarde. Estos mismos pensamientos tendrían que salir de mi boca en un planteo racional, en un diálogo claro como lo hacen las parejas normales. En cambio, callo. La garganta se me cierra y la simple idea de que Hanna me abandone me empuja al pánico.

Bandera roja, relación tóxica, codependencia afectiva... cualquiera de esas expresiones me describe, aunque aún no sé cuál es la que se ajusta a ella. Yo sé por qué callo, aguanto y prefiero quedarme bebiendo café frío con tres perros en medio de una noche helada; sin embargo, no alcanzo a vislumbrar por qué Shannon no me deja definitivamente.

No es el dinero. Su padre es socio de mi padre, administrador financiero, sus cuentas están abultadas gracias al rancho Davenport.

Además, está el hecho de que, como bien reclama, no salgo a gastarlo, a vivirlo.

Me gustaría creer que es amor. Me miento, mi ingenuidad tiene un límite. Soy una persona querida por mi familia, sé cómo se siente recibir afecto, y casi puedo decir que Shannon me odia.

Se me terminó el café, el cielo se tornó entre morado y naranja, es hora de volver y enfrentar lo que postergo. Bajo de un salto, cierro la portezuela con las tres perras dentro y me siento al volante. La camioneta traquetea por el camino de tierra y las perras les ladran a las vacas desde su lugar de privilegio.

Las luces del centro del rancho contrarrestan con la oscuridad que cubre las tierras aledañas. La casa principal, donde vive mi padre y, cuando los negocios lo traen aquí, Wade, se alza resplandeciente en el extremo más alejado e íntimo. Es una construcción que mezcla la madera de estas zonas con cristales por los que se puede ver la extensión de tierras del imperio Davenport. Varios metros por delante, se encuentra otra casa, la que antaño habitó mi hermano Roman con su exesposa Eliza. Allí me mudé yo cuando decidimos dar un paso en la relación con Shannon. O, básicamente, en uno de mis intentos desesperados de salvaguardar lo que ya no tiene arreglo.

En cuanto desciendo la velocidad, las perras bajan de un salto y persiguen la camioneta, ladrando felices. Aparco a un lado de la casa y camino hasta el porche. Vale, yo lo llamo porche, el arquitecto lo nombró *deck*. Es una superficie de madera, decorada con sofás del mismo material y cojines claros, varias plantas y spots de luces que desde el suelo elevan sus rayos generando un ambiente romántico y acogedor. Los ventanales forman un ángulo recto y a través de ellos se puede ver el interior. La gran cocina moderna, la sala inmensa y el comedor. La escalera metálica agrega un detalle industrial, a juego con los electrodomésticos en color acero. Hay, por supuesto, una puerta principal, pero nadie la utiliza. Suelo entrar por aquí por una obvia razón. En cuanto abro el cristal, la voz de Shannon me llega clara y demandante:

—Imagino que te habrás quitado las botas.

—Lo estoy haciendo ahora mismo —respondo, al tiempo que me sostengo del marco de la ventana y tiro del talón de mi bota.

—Y esos tres perros sucios no van a entrar —advierte. Miro a mis niñas, las tres están muy cómodas en los sofás del exterior. A Shannon tampoco le agrada, pero yo no pienso reprenderlas.

—Ya se han puesto cómodas aquí.

—¡No puedo creer que les permitas dormir en los sofás! —grita y al fin veo su rostro al otro lado del cristal. Shannon tiene el don de verse hermosa en todo momento, incluso en chándal como ahora. El cabello rubio le cae en una cascada ondulada y sus facciones resaltan gracias a las cremas de cuidado facial y al bálsamo en sus labios.

Me encojo de hombros, la apatía es mi forma de desafiarla, parece molestarle mucho más

que las confrontaciones. Al quitarme la otra bota, mi móvil suena. Escucho a Shannon de fondo decir que bajará a las perras a la fuerza de ser necesario; no lo hará, les teme, por más que yo le haya dicho mil veces que son unas santas.

—¿Wade? —respondo al leer el nombre en la pantalla.

—Estoy en casa, ven, tenemos que hablar. —Y corta. Suelto un bufido, siempre tan específico.

—Shannon —le digo y vuelvo a calzarme las botas—, Wade quiere hablar, deja las perras en paz, ¿vale?

—Es la hora de cenar —me responde en un tono de voz completamente distinto, me desconcierta. Sale y no le brinda ni una mirada a las perras, parece que ha olvidado cuánto le molestan—. Dile a Wade que puede esperar, ¿vale? —Me abraza y noto cómo frunce la nariz, detesta tocarme antes de que me haya bañado—, podemos cenar, ver una película y... —Deposita un beso en mi mentón.

Cierro los ojos, suspiro y me siento derretir en sus brazos. Las veces en que ella se comporta así me hace olvidar lo demás, pienso que podríamos ser felices, que menos mal me callé lo que siento, ahora sí podremos coger nuestra nueva oportunidad e intentar ser una pareja funcional.

Pero entonces la beso, poso mi boca en sus labios llenos con sabor a fresa gracias al bálsamo, hundo mi lengua y percibo el dejo a hiel, a beso falso. Suspiro y me separo, apoyo mi frente en la de ella y le contorneo el rostro con mi pulgar. Ella es tan suave y mi mano tan áspera... ¿puedo culparla por retroceder?, ¿por alejarse de mi contacto?

Ante el evidente rechazo escondido en su invitación, doy un paso atrás.

—No te entiendo, Shannon —le susurro, realmente confundido. ¿Por qué me seduce si no me desea?, hay una única respuesta lógica, porque quiere retenerme a su lado, aunque no adivino la razón ulterior.

—Intento que seamos una pareja normal —me recrimina—, y tú solo sabes de trabajar y estar entre vacas. ¡Es la hora de la cena!, y te vas a una reunión de trabajo con Wade.

—No sé si es de trabajo —aclaro. Sé que no viene al caso. Shannon palidece.

—¿Y de qué puede ser si no? —la voz le tiembla. Yo me encojo de hombros.

—Lo averiguaré si voy. —Me calzo las botas nuevamente. En cuanto bajo los peldaños del porche, ella me detiene.

—Blaze... —Casi veo pavor en su mirada—, te quiero, ¿lo sabes, verdad?

No. No lo sé. No lo siento, quiero responder. La sensación de mi pecho hundirse y mi garganta cerrarse me impide contestar, asentir o hacer cualquier cosa salvo alejarme de ella.

La casa de mi padre es silenciosa. Mis botas resuenan en el suelo de piedra, luego hacen lo mismo sobre la madera, hasta llegar el punto de ahogarse sobre la alfombra del despacho. La figura de mi hermano se recorta contra el cristal, su sombra se proyecta sobre el escritorio y apenas una luz dorada ilumina la mitad de su rostro. Alza la vista hacia mí, se pone de pie y avanza hasta detenerse a mitad de camino. Yo hago lo mismo y, cuando estamos frente a frente, un saludo escueto de asentimiento de cabeza basta. Me siento como un niño reprendido en el medio del sillón de cuero negro y Wade retrocede hasta que su trasero toca el borde del escritorio. Cruza los brazos a la altura del pecho y me observa entre las sombras.

Solo puedo ver parte de su rostro y el brillo de la hebilla de plata de su cinturón. Viste de negro y consigue camuflarse en la oscuridad del despacho. Todo aquí es madera de nogal, piedra y metal, un estilo de líneas firmes, demasiado impersonal.

—Suéltalo ya —le pido, su porte me indica que lo que va a decir no me agradará.

—Shannon... —dice y yo bufo.

—¿Qué pasa con ella?

Las cejas de Wade se arquean, ladea un poco la cabeza y suspira, resignado.

—No lo sé, dímelo tú.

El silencio es tan tenso que podría cortarse con un cuchillo. Aguarda por mi respuesta que se niega a abandonar mis labios, o mi pecho, donde la siento aprisionada. Él lo sabe, por eso hace lo usual, monologar. Un monólogo que intenta ser mi voz y al cual guía en base a mis asentimientos o negaciones.

—Sabes que en general hago oídos sordos a las habladurías —comienza—, no suelen afectarnos en los negocios, pero...

—Ya... —artículo. Eso basta. Casi sonrío al pensar en Hanna y el festín que se haría si nos oyera conversar a los hermanos Davenport. Apenas soltamos dos frases seguidas y damos la mitad de las emociones por asumidas y la otra mitad por omitidas. La pesadilla de cualquier psicólogo.

—Roman... —menciona, como una pieza más de la charla.

—Lo entiendo.

—¿Quieres una copa? —ofrece, al tiempo que se dirige hacia la bandeja con bebidas. No respondo, Wade sirve dos güisques y me alcanza uno. Mientras lo hace, yo me dedico a la tarea de recomponer esta conversación fragmentada.

Roman nos ha puesto en el centro de los cotilleos con su divorcio y su pelea definitiva con papá. Nuestros socios comerciales empiezan a preguntarse si el viejo Davenport está senil, si mi hermano Wade se aprovechó para apropiarse del patrimonio familiar y si yo estoy tan loco como dicen. Nada de esto es bueno para los negocios.

Me alcanza el vaso y regresa a su posición con el trasero en el escritorio. El cielo pasó de morado a azul y las estrellas salpican el firmamento.

—¿Qué hizo Shannon? —pregunto, la voz me raspa la garganta y deshago la sensación dando un sorbo.

—Coquetear. —A Wade parece faltarle más las palabras que a mí, está incómodo—. Me atrevo a decir que hasta conmigo, pero es difícil estar seguro.

Comprendo el pánico en la mirada de Shannon antes de marcharme, su declaración de amor; es la confirmación de que mi hermano puede no estar seguro, pero yo no debería de tener dudas.

—No estamos bien —confirmo.

—Ya —sisea Wade y pasa de la postura cautelosa a una que denota furia contenida. Rodea el escritorio, atina a sentarse en la butaca, vuelve a colocar la butaca en su sitio, da otro rodeo, aprieta el vaso y se dirige hacia donde yo estoy. Va a ocupar el sillón enfrentado y sé lo que se avecina. En cuanto su culo toca el asiento, gruñe—: ¡No puedes dejarte tratar así, Blaze! Al demonio si no estáis bien, ¿coquetear con otros?, ¿en el club de golf, donde todos nuestros socios pueden verla?

—Está enfadada. —Cierro los ojos un segundo, sé que sonó a que la justifico—. ¿M-me...? —Intento preguntar.

—No. Que yo sepa, no te ha puesto los cuernos.... Todavía. ¿Eso esperas?, ¿eso necesitas para darle una patada en el trasero? Blaze, deja de aguantar su mierda como si no merecieras algo mejor.

Da en el clavo, la situación empieza a ponerse fea. La presión aumenta, las palabras me faltan. Wade intenta regresar a su versión compasiva, le cuesta. Es mi hermano y me quiere, yo

también me enfadaría si alguien se atreviera a menospreciarlo como Shannon hace conmigo. ¿Por qué siempre es más fácil ser comprensivo con otros que con uno mismo?

—Vale —cambia de estrategia ante mi silencio—, no lo hagas por ti, pretendamos que mereces una mujer que te desprecie porque... ¿por qué, Blaze?, ¿por qué tenías cinco años cuando mamá murió y a esa avanzada edad no pudiste evitarlo?

—Wade... —le pido. Gruñe.

—Ya, busca otra forma de castigarte, las habladurías sobre Shannon son malas para el rancho. No lo hagas por ti, que vales menos que el barro que ensucia tu bota, hazlo por el jodido rancho —dice, tan furioso que siento a la distancia el calor que emana su cuerpo. Sé que su insulto no es real, busca sacarme de la angustia para llevarme al enfado, porque así es como él funciona. Cuando se cabrea, pasa a la acción, espera que yo haga lo mismo. Que, en el afán de desmentirlo, deje a Shannon de inmediato.

La idea me causa gracia, sonrío. Wade pone los ojos en blanco, frustrado.

—Iba a dejar a Shannon esta noche, justo cuando me llamaste —confieso. Ahora Wade dirige su enojo hacia sí mismo.

—Bromeas.

—No. Pero ahora me has hecho dudar.

—Me cago en... —maldice. Inquieto como es, regresa al escritorio—. ¿Qué dudas?

—Su padre es nuestro asesor financiero, no quiero que lo personal afecte lo laboral. Las habladurías son malas, pero cambiar de asesor por mi ruptura será mucho peor, nos hará ver como dos niños caprichosos que se cargan los socios de su padre por cuestiones de falda.

—Robert Tate no es tan imbécil —alude al padre de Shannon—, su fortuna depende del rancho y, además...

—¿Además?

—Los rumores lo alcanzan a él. Está furioso con Shannon.

—Mierda... —mascullo. Wade se lamenta de haber soltado la lengua.

—Se lo merece, Blaze, deja de compadecerte de ella —me reprende—. Venga ya, es una niña malcriada que merece que papi la reprenda. Tú no le has fallado a Shannon, tú no eres quien ensució una relación de amistad entre padre y Tate, ni años de negocios conjuntos. Fue ella.

—Déjale claro a Robert que rompimos en buenos términos —le pido. Lo haría yo, pero Tate es una de las personas con las que más me cuesta hablar en el mundo. Es casi imposible conversar sin sufrir una parálisis.

—Lo haré. Yo me encargo de la tormenta, tú... tú... —Me esquiva la mirada, porque sabe que sus palabras serán hirientes: tú encárgate de que arreglar un poco tu mierda.

Igualmente, no me duelen. Al menos no como él piensa, lo que me incomoda es saber que Wade tiene que dar la cara por otro de sus hermanos. Debe estar hasta los cojones de nosotros y, encima, el mundo no se lo reconoce. Solo padre y yo comprendemos la magnitud de la tarea de Wade. Él dice que Shannon es una niña malcriada, pero olvida que yo también lo soy. Como padre casi muere de la angustia al haber perdido a su esposa y, por poco, a uno de sus hijos, me sobreprotege. Permite que yo haga lo que me plazca, rara vez me insta a enfrentar cualquier tarea desagradable. Si no deseo asistir a reuniones de negocio, no lo hago. Si no me apetece salir del rancho, no salgo. Si deseo mudarme a la antigua casa de Roman, pues es mía.

Roman, por su parte, es un capullo. Era adolescente cuando nuestra madre murió y no afrontó muy bien la pérdida, como tampoco el hecho de que nuestro padre se enfocara tanto en mi recuperación. Sintió que perdía a los dos a la vez y lo hizo notar con su rebeldía. Nuestro

padre, al darse cuenta, se dio a la tarea de compensarlo con lo que tenía a mano: dinero, lo cual empeoró el carácter ya de por sí veleidoso de mi hermano. El pico máximo de su vileza lo alcanzó cuando dejó a su propio hijo, Ryan, quien tiene un problema cardíaco congénito, sin seguro médico para vengarse de su exesposa. Desde entonces, el viejo y Roman no se hablan, y las tareas que llevaba el mayor, recayeron en... por supuesto... Wade.

Wade es el pilar. A él la muerte de nuestra madre lo hizo madurar de golpe, afrontar el rol de pegamento familiar. No siente celos de las atenciones que recibo ni demanda compensaciones como Roman. Asumió la parte de su hermano mayor sin inmutarse y carga con el mundo a sus espaldas. Sin embargo, nuestros socios lo subestiman. En parte porque Roman, en su enfado, se dedicó a esparcir rumores sobre los problemas familiares y a hacernos ver como personas emocionalmente inestables. Vale, yo lo soy, pero solo yo. La gente cree que a Wade le sientan grandes las responsabilidades, que no tiene las agallas que hay que tener para llevar los negocios.

Se equivocan, por supuesto. Pero los negocios se basan en gran medida en la confianza y el buen nombre, y por eso es importante no estar en el centro de cotilleos. Ya nos alcanza con no poder silenciar a Roman y su lengua llena de veneno, rencor y envidia, como para sumar a Shannon.

—Lo compensaré —le prometo—, ya me dirás cómo. Te haré más fácil detener la tormenta.

—De momento, desátala —me pide, una suave sonrisa asoma en sus labios. Se ha dado cuenta de que no eran ideas tuyas, Shannon se atrevió a coquetear con él, está furioso y casi ansía el tornado.

—Sabes... —Le digo, poniéndome de pie—, puede que yo sea un desastre con mis emociones, pero al menos no dejo que la ira me domine. No es sano, Wade.

—Lo sé. —Se termina su güisquis de un sorbo—. Tal vez si dejaras de pensar que eres el único Davenport roto, te darías cuenta de que no hay sanos en el mundo y frenarías eso de flagelarte.

No respondo, porque aun siendo consciente de la verdad en sus palabras, soy incapaz de ponerlas en práctica.

CAPÍTULO 3

Blaze

Sentado detrás de mi escritorio, miro fijo la pantalla del ordenador. La lista de información que hay que rellenar se mofa de mí, y no es la única.

—¿Estás castigado, tío Blaze? —pregunta una voz burlona desde la entrada del despacho de mi padre. Es el pequeño Ryan, que ya no es tan pequeño, pero como comparte nombre con mi padre, le diferenciamos así.

—No es un castigo, es trabajo —miento descaradamente Y una mierda. Sí es un castigo, Wade me las hace pagar. Ryan lo sabe y suelta una risita baja. Cruza los brazos sobre el pecho y me mira por debajo del ala de su sombrero blanco. Está listo para el rodeo, como llama al hecho de trabajar de sol a sombra. Le encanta dedicarse al rancho, está en sus venas, y ahora que su madre se ha vuelto a casar con un vaquero, puede llevarlo a cabo de lunes a sábado. Sin embargo, el rancho Pearsoll no se parece en nada al Davenport, es un rancho ganadero tradicional y Ryan ve el contraste sin la avaricia que caracteriza a su padre, Roman, sino como una escuela. Aprende, se nutre, analiza e, incluso a su corta edad, sugiere mejoras.

Mi padre le adora. Porque es encantador, sin duda, y porque es el único nieto y empieza a contemplar la idea de que será así para toda la eternidad.

—Es trabajo feo —precisa y me descubro sonriendo.

—Alguien tiene que hacerlo. —Relleno un campo más del formulario de exportación. Odio esto. Christine Maddox, mi mano derecha, porque llamarla capataz es acortar sus funciones, entra en la oficina, golpea con un dedo el sombrero de Ryan y lo hace volar por los aires. El chico lo alcanza y se ríe; la única sonrisa que se borra es la mía, pues Christine trae diez carpetas más con información sobre exportaciones. Contengo mis maldiciones.

—¿Y tú? —increpa Christine a Ryan—, ¿te vas a quedar mirando o vas a mover el culo? Hoy toca limpiar los lotes.

—Aguarda por mí —responde mi padre, después de asomar la cabeza por la puerta. El viejo Davenport ya se considera retirado, en su vida social hace algunos contactos de negocios, pero en el rancho sus quehaceres se limitan a pasear por la tierra y apreciar lo que ha conseguido tras años de esfuerzo. Excepto, por supuesto, cuando su nieto favorito está de visita. Entonces sale al ruedo solo para pasar un buen rato con él y enseñarle lo que sabe hacer. Lo he dicho antes, no somos diferentes a mis perras, aprendemos el oficio generación tras generación—. Se necesitan todas las manos, ahora que Blaze se ha decidido por el trabajo de oficina.

—Que os den... —suelto entre dientes, mi padre no me reprende y Ryan se ríe, Christine se muerde para no ahondar en la herida. Además de capataz, es mi amiga, y como tal, no aprecia demasiado a Shannon. Se alegró de la ruptura y aunque eso no quita que esté disfrutando de su momento de gloria. Llevaba años diciéndome que no era la indicada y considera mi castigo proporcional a mi terquedad.

—Si te das prisa, puede que veas una vaca antes de que anochezca —se mofa.

—Te despediré —la amenazo.

—No, cielo. —Me lanza un beso al marcharse—. No lo harás. —Y la risa de mi padre corona la despedida. La sonrisa ha vuelto a mis labios. Claro que no lo haré, Christine es la mejor.

Una vez a solas, devuelvo mi atención a los papeles. Wade hizo su parte, consiguió

contener el alboroto y apaciguar a Robert Tate. No fue fácil, Roman hizo de las suyas en cuanto se enteró de mi ruptura con Shannon. Difundió el rumor de que cortaríamos lazos con Tate, que los Davenport éramos traicioneros, que por capricho rompíamos años de lazos comerciales y lealtades. Hizo hincapié en mi problema mental, nunca utiliza el término trauma o problema psicológico, se asegura de dejar claro que estoy loco, o fallado, y no perdió la oportunidad de afirmar que mi padre está senil y que Wade es un oportunista. En Nebraska, sus palabras valen menos que papel higiénico, pero en el resto de Los Estados Unidos es otra historia. Su paso por las grandes universidades y sus contactos en el mundo financiero le dan cierto respaldo, y las operaciones empresariales de Davenport traspasan las fronteras del Estado. Wade debe demostrar su valía y yo debo demostrar que no estoy loco, lo cual bastará para dejar claro que mi padre tampoco está senil.

—Maldito Roman —gruño al enviar un formulario más. Miro los restantes y acepto mi destino: No veré una vaca hoy. Cojo el siguiente, abro la carpeta y repaso los números. Suena mi móvil, es Shannon. Lleva llamándome desde que rompimos, hace ya tres meses. Quiere volver, y juro por Dios que no entiendo por qué. Cuanto más tiempo pasa, más comprendo que ella nunca me quiso, y en esa falta de amor por su parte, mi afecto tampoco se desarrolló. Ignoro la llamada y me concentro en mi tarea. Como se trata de una actividad mecánica, transcribir números de ganado en un formulario fiscal, mi mente se centra en mi ex. No puedo evitarlo. Siento una punzada de culpabilidad, porque comprendo que me aferraba a esa relación fallida por ser incapaz de ir a por otra. Encerrado en el rancho como estoy, impedido de salir al mundo donde las mujeres habitan, mis posibilidades se limitan. Si a eso le sumamos lo obvio: atracción y compatibilidad, pues esas posibilidades se reducen a... cero. La única era Shannon y la hemos cagado. ¡Perfecto!

Pero ella tiene un mundo de opciones, no sufre de ansiedad social y en nuestro entorno hay un montón de buenos partidos. Hombres ricos, algunos guapos, otros simpáticos, y sí, bastantes Romans, o mejor dicho, gilipollas. Es cuestión de tener un par de citas, Shannon puede manejarlo. Es atractiva, culta, elegante, con vínculos comerciales... no sé cómo me ha aguantado tanto tiempo junto a mí, mucho menos soy capaz de vislumbrar por qué insiste en volver.

Reviso el formulario, porque lo relleno sin prestar atención, parece correcto. Lo envío y paso al siguiente. En el móvil recibo un mensaje de voz y otro de texto de Shannon. Suspiro y sigo con el trabajo. La puerta del despacho se abre, imagino que será Carmen, a diferencia de mi casa, aquí el servicio está disponible a todas horas.

La voz de mi primo Karl me sobresalta.

—¡Blaze, bro! —saluda, efusivo, y tengo que agacharme para recoger las hojas que se me han caído. Mientras lo hago, desde debajo del escritorio, observo otro par de piernas que acompañan a mi primo. Dos perfectas pantorrillas femeninas. Me enderezo de repente, mi educación me obliga a ponerme de pie en presencia de una dama. Lo hago torpemente.

—Buenos días, ma'am —me dirijo a ella. Sé que estoy sonrojado, la mujer me observa con una sonrisa amable y no parece notar mi incomodidad.

—Buenos días, señor Davenport —dice con voz es melodiosa y tranquila. Juraría que en ella se basan los cuentos de sirenas.

—Blaze, te presento a Charlotte. Charlotte, mi primo Blaze.

—U-un g-gusto. —Aprieto la mandíbula al volver a tartamudear, aunque ella no da muestras de darse cuenta—. ¿Q-qué quieres, Karl?

Vuelvo a sentarme, que Charlotte excuse mis modales, pero Karl es conocedor de mi problema y sabía de antemano que mi reacción ante una extraña, y más una tan intimidante como

esa mujer mitad ángel mitad demonio, sería la ansiedad.

—¿No puedo venir a saludar a mi primo favorito y ver cómo está después de una ruptura?

—Pasaron tres meses.

—Preferí dejarte espacio.

Ruedo los ojos, cojo una carpeta como indirecta: *estoy ocupado, vete*. Karl no mueve el culo, invita a Charlotte a sentarse en el sofá y le ofrece una copa de mi bandeja. Ella se lo agradece amablemente y admiro su capacidad para mantener la compostura en un ambiente tan hostil. Resulta evidente que mi primo y yo no congeniamos. Karl se sirve un güisqui, sin importarle que sea de mañana, y se vuelve hacia mí.

—Supuse que necesitabas un amigo, estando aquí, encerrado en el rancho. Me llegó el rumor de que volviste a la antigua casa de Roman, debe estar llena de recuerdos de Shannon. — No contesto. Volví porque en la casa principal hay demasiado personal, y por supuesto, eso me incomoda. El silencio es pesado.

—Tiene usted unas vistas magníficas —comenta Charlotte, su charla parece calmar cualquier tormenta—. Las vistas de ciudad están sobrevaloradas, ¿no lo cree así, señor Davenport?

—No las cambiaría —digo y dirijo mi mirada a la planicie de Nebraska— ni siquiera por las vistas de la Torre Eiffel. Lo cual, en lo que a urbanidad y buena educación se refiere, me convierte en un completo bruto.

Charlotte se ríe.

—Le convierte en un completo cowboy americano, señor. No le pedimos peras al olmo, y no le pedimos a un vaquero que encuentre algo más hermoso que su rancho.

Sin imaginar que tal cosa fuera posible, me encuentro riendo con ella. Karl nos observa, sus ojos destellan y no son, como pudiera uno creer, celos. Es... ¿codicia?

Charlotte continúa su conversación, no puedo decir que me estimule, hay algo en la forma de hablar de esta mujer que recuerda a la música de fondo de los ascensores o de las salas de espera de los consultorios médicos. Y al igual que esa música, tiene el poder de calmarme, no necesito ser demasiado espabilado en cuestiones de comportamiento social para darme cuenta de que lo que me apacigua es que ella no precisa respuesta por mi parte. Nada parece ofenderla ni desanimarla, y eso me hace olvidar mi torpeza. Tampoco hace falta ser un genio para comprender que la única razón por la que esta hermosa mujer acompaña a mi primo es el dinero, es capaz de soportar mi estoicismo y su imbecilidad a cambio de unos minutos de buena vida. Es el tipo de compañía habitual de Karl, y de la mayoría de los hombres que me rodean. Mujer objeto, algo que Shannon quería ser y yo le impedí ser con mi reclusión.

Una vez más me pregunto por qué ha venido mi primo, es evidente que no tenemos nada en común. Pero es en vano indagar directamente, Karl es para nosotros lo que, evidentemente, Charlotte es para Karl: un adulator capaz de aguantar cualquier cosa a cambio de migajas de buena vida.

Miro la pila de carpetas y contengo el bufido, si no se van pronto, perderé la mañana siguiente en trabajo de oficina.

—K-Karl —intento, mi tartamudeo me delata, la confrontación tiende a hacerme flaquear —, realmente tengo mucho que hacer —suelto de manera apresurada, eso consigue disimular mis balbuceos.

—Deberías aprender a relajarte un poco —dice, estirado en el sillón de cuero negro, con el brazo apoyado en el respaldo y la mano, al final de este, jugando con los hielos de su güisqui —. Y por eso estoy aquí, ya que no te atreves a preguntar... —Charlotte regresa a su lado, se

sienta como una niña obediente y sonríe. Es una muñeca perfecta.

—Por regla general, se debe trabajar primero para disfrutar después. —Una regla que Karl desconoce por completo, jamás ha trabajado de verdad. Cada tanto intenta montar alguna empresa que dé rédito sin esfuerzo de su parte, siempre termina en la bancarrota y los Davenport salvándole el culo. Solía ser colega de Roman, iba a todos lados con mi hermano y se valía de las relaciones familiares. Su madre es la hermana de mi padre y él jamás los dejaría a la deriva. Pero desde que Roman cayó en desgracia con el viejo, la vida de Karl se fue por el desagüe con él. Wade no es tan fácil de manipular y arrastrar a juergas de ricos y yo... ni siquiera salgo del rancho.

—Y si alguien ha trabajado lo suficiente, ese eres tú. Te esfuerzas más que tus empleados.

—Esa es la idea. —Les devuelvo mi atención a las carpetas en un rudo intento de que se vayan. Karl permanece impassible, no está dispuesto a renunciar a tener un nuevo aliado que le salve las castañas del fuego. Solo de imaginarme cómo le habrá mandado Wade al infierno se me dibuja una sonrisa en la cara. Ojalá yo tuviera su firmeza.

—No pretendo ser grosero, menos frente a una dama, pero, Blaze... no has follado desde lo de Shannon.

Siento el ardor subir por mi cuello e instalarse en mi rostro. Clavo mi vista en él, comprende que la ha cagado. Charlotte consigue mantener la calma, como si se hablara del tiempo, si bien juraría que está tensa y me mira con una leve, imperceptible, expresión de disculpa.

—V-v-v-vete —gruño, y mi tartamudeo me avergüenza. Es la prueba de que es cierto, llevo meses sin follar y mis perspectivas de cambiarlo son escasas. ¿Dónde voy a conocer a alguien? Es un puto problema, porque puede que mi cabeza no funcione bien, pero mi cuerpo sí. Soy joven, sano y con necesidades naturales. De hecho, mientras el gilipollas suelta eso, intento apartar la mirada de Charlotte, porque su belleza roza lo absurdo. Algo en mi tensión me delata y hace sonreír a Karl.

—Charlotte puede presentarte a una de sus amigas —dice—, verdad, ¿cariño?

—K-Karl —amenazo entre dientes. Charlotte sale al rescate.

—Creo, señor Davenport, que la idea de Karl no es tan descabellada. —Su voz de sirena me atrapa y por un instante de debilidad, considero la opción—. No se trata de sexo, se trata de compañía, ¿verdad?, de alguien que lo escuche, le permita relajarse, le ayude a librarse por unas horas del peso de las responsabilidades sobre sus hombros.

Voy a insistir en mi negativa. Karl interviene.

—Estoy seguro de que tienes alguien en mente, ¿no es así, Charlotte?, ¿la indicada?

La forma en que lo dice denota ironía.

—Se me ocurre.

—Y-yo...

Karl aprovecha mi incapacidad de hablar para adelantarse. Deja el vaso en la mesa auxiliar y se pone de pie.

—Me encargaré de concertarte una cita, primito —dice y rodea a Charlotte con un brazo —, lo único que tienes que hacer es vestirme e ir. El resto corre de mi cuenta.

—No...

—Está hecho. Ahora puedes volver a trabajar como un buey.

—Los bueyes no rellenan formularios —mascullo—. Y no tendré una cita a ciegas —agrego también entre dientes, porque me falla la voz.

—Tienes tiempo para pensártelo —insiste Karl, sé lo que pretende, que esté en deuda con

él y poder apelar a ello cuando necesite dinero para su ostentosa vida—, hasta la noche anterior a la cita puedes cancelarla. Después de eso... sería una vulgaridad.

—Karl, déjalo estar —exijo—, y ahora vete, que estás a punto de que te mande al infierno como habrá hecho Wade. —Es su turno de sonrojarse.

—Vale —Levanta las manos en gesto de rendición—, me marchó, de todos modos, yo también tengo trabajo por hacer. Estoy emprendiendo un nuevo negocio y me reclama mucho tiempo. —Aguarda a que le pregunte por él, no lo hago. Ese era el verdadero motivo de su visita, lo comprendo, pero se marcha con la nueva idea de convertirse primero en mi *bro*. Suspira ante mi silencio—. Vale, vale. Nos vemos pronto, primito, y piensa en la cita, alguien tiene que cuidar de ti, ¿verdad?

Como mi silencio tensa la despedida, el encanto Charlotte vuelve a manifestarse.

—Que tenga un buen día, señor Davenport.

—Usted también, ma'am —respondo sin tartamudear. Cuando se marcha, el hechizo se rompe y la ausencia de ambos no se siente en el despacho. Es increíble, cavilo antes de que mi mente regrese por completo a los formularios de exportaciones, cómo existen personas tan vacías, personas que pasen por la vida sin dejar impronta alguna. Aunque algunas sean cautivadoras como Charlotte y otras, irritantes como Karl.

Y ese es el último pensamiento que les dedico en el día.

CAPÍTULO 4

Maddie

Mis pies laten con furia. Siete manzanas separan la parada de autobús de mi pequeño piso. Doce horas es mi jornada laboral en la cafetería de la interestatal, siete días a la semana desde hace seis meses. Cada músculo me lo recuerda.

—Vale —me digo con falsa alegría; Sue, una compañera de trabajo me ha prestado uno de sus libros de superación personal al verme tan abrumada—, el esfuerzo merece la pena.

Tal vez las afirmaciones me servirían mejor si no las dijera en tono irónico, pienso, mientras abro la puerta de mi piso. Está atiborrada de sobres que el cartero ha echado por el buzón. Al agacharme para recogerlos, me cruje la columna como si tuviera setenta años y no solo veintiuno. Cada uno de los sobres lleva un sello rojo. La única variación es entre los que dicen «urgente» y los que dicen "«último aviso»". Los paso uno tras otro al tiempo que cierro la puerta tras de mí de una patada.

—Seguro médico... —Lo hago a un lado—, impuestos locales... —Lo aparto—, alquiler... —Joder—, la clínica de mi madre... —Joder, joder, joder.

Me quito los malditos zapatos, antes sentía un ligero alivio al hacerlo. Ahora no, los dedos palpitán frenéticamente y resaltan cada ampolla conseguida. No hay forma de alargar mi jornada en la cafetería, ya cojo el máximo de horas. Alcanzo mi móvil y me trago el orgullo con fuerza, la garganta arde al hacerlo.

—Buenas tardes —saludo—, soy Magdalen McEwan, la hija de Jasmine... —La voz al otro lado de la línea me reconoce, gracias a eso no sucede lo habitual, que me bauticen Madelaine y deba o bien corregirle o bien resignarme.

—Maddie —responde amable y en su tono hay una dosis de pena—, lo sé, ha llegado el aviso, ¿verdad?

—Sí, Ruth. Por favor, por favor...

Esta conversación se ha ido repitiendo mes tras mes durante los últimos cuatro meses. El primero pude pagarlo sin problemas, porque tenía el dinero ahorrado. El segundo, lo cubrí con mi sueldo de camarera, a costa de no pagar algunos servicios, en el tercero empezaron los juegos del hambre.

—Sabes que dos meses de retraso es demasiado, cariño. Lo siento...

En la institución donde está hospitalizada mi madre son amables, pero si algo he aprendido en mi vida y reafirmado este último tiempo, es que nadie hace caridad. Estoy sola, muy sola, y mi madre también. Por eso ella... ella ha...

—Pagaré al menos el mes atrasado, de acuerdo, pero por favor, que no se quede sin tratamiento y, lo más importante, que no se entere de mi apuro.

—No te preocupes por ello, Jasmine está en buen resguardo.

Mientras pueda pagar, ¿verdad? Finalizo la llamada y, sin demora, intento pasar mis tarjetas de crédito por la página web de la clínica. El logotipo de la institución, con una cruz, parece burlarse de todos nosotros. ¿Dónde está la caridad que nos transmitió el Señor, la de curar a los enfermos y dar de comer a los hambrientos? Desde luego, aquí no.

—Rechazada... Rechazada... y... Rechazada. ¡Perfecto!

Ahora me laten las sienes al igual que los pies. Me dejo caer sin gracia en el sillón frente

al mueble vacío del televisor, que ya ha sido vendido. Los muelles se me clavan en el trasero. Quiero gritar, patalear, maldecir al mundo, aunque sé que es en vano.

Solo puedo recurrir a una persona: Sonia. La última persona a la que deseo acudir.

Si le preguntáis, os dirá que es amiga de mi madre. Mejor amiga, compañera, inseparable. Oh, sí, Sonia estará a mi lado para abrazarme, consolarme y, por supuesto, recordarme que así es la vida, dura y cruda. Que hay que ser inteligente y aprovechar las oportunidades que nos brinda, sin cuestionamientos morales. Mira a dónde ha llevado el remilgo a tu madre, directa a una clínica. Me prestará un hombro para llorar, me dará mil consejos, pero no me dará un duro. Aunque los tenga, aunque pueda, aunque le jure devolvérselos. Porque Sonia sigue el más importante de sus consejos: no confiar en nadie.

A veces me enfado con ella, a veces me resigno. Quizá tenga razón y mis problemas se deban a que mi madre me ha contagiado sus remilgos, pero... solo de pensarlo....

Suena mi móvil y al leer la pantalla encuentro el nombre de Sonia. La he llamado por el pensamiento o ella ha oído mi desesperación.

—Sonia...

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras? —saluda.

—Bien.

—¿Tu madre?

—Bien —respondo con la mayor de las mentiras. No se traga mi farsa.

—Maddie, sabes que puedo ayudarte.

—Sonia, sabes que no es ayuda si la que hace el trabajo sucio soy yo —replico. Me apetece darme un baño y meterme en la cama para releer algún libro; sin tele, sin Netflix y sin dinero, no hay libros nuevos, pero con leer El conde de Montecristo por decimoquinta vez me basta.

—Con más razón, cariño, no es aceptar limosna.

—A estas alturas, limosna suena bien y algo más digno que lo que me propones, y lo sabes.

—Por ese tipo de pensamiento tu madre está como está —me gruñe y yo cierro los ojos en un torrente de remordimiento. ¡Vieja zorra!, pienso, porque sus palabras me han herido en lo más hondo.

Sí, mi madre fue prostituta al igual que Sonia, con la única diferencia de que mi madre siente una profunda culpa por ello. Y la entiendo, porque hace tres meses, cuando me encontré en la misma situación que hoy, acepté un cliente de la cartera de la madame. Y aunque afortunadamente no tuve que follar, porque al maldito viejo verde no se le subió el muerto, sigo sintiéndome sucia y asqueada.

A Jasmine le ha pesado su antiguo trabajo. Con el paso de los años y la lista de facturas selladas en rojo que me esperan sobre la mesa, he llegado a comprender que lo hizo por mí. Para que no acabara en el sistema o, peor aún, con mi abuela. Lo que no cambia los sentimientos de mi madre, ni la vergüenza, y Sonia tiene razón, pensar que es lo más bajo en lo que se puede caer no ayuda a Jasmine con la recuperación. Porque ella ya lo piensa y se desprecia por ello.

—Hacemos lo que podemos, Maddie —me recrimina Sonia al otro lado de la línea—, es un trabajo como cualquier otro. Vendemos placer y compañía.

—¿Sabes, Sonia? —me enfado porque estoy tan desesperada que soy capaz de acceder—, es obvio que si me llamas es porque estás más desesperada que yo. Tienes un catálogo de chicas que haría babear a todos los degenerados de Nebraska, ¿por qué no me dices el motivo de la llamada y ya?

—Eres una desagradecida.

—Ya que no me das limosna, como bien dices, no necesitas mi agradecimiento. Escúpelo.

—Un cliente...

—Eso ya lo había adivinado.

—Es una situación delicada. —Detesto el rodeo, hago silencio y aguardo a que ponga en palabras la verdadera intención de su llamada—. Resulta que un cliente habitual nos ha solicitado una muchacha para un amigo... —Se oye pasar las páginas al otro lado, Sonia guarda los expedientes en papel, porque teme que la policía se le eche encima si descubre que está en Internet. O peor aún, que se echen encima de sus clientes y no le permitan seguir con su negocio desde la cárcel. El problema de los registros en papel es que no son tan eficientes como los digitales y algunos detalles se traspapelan—. Entonces su amigo se negó, pero al parecer volvió a cambiar de opinión a último momento.

—Y tú, con tal de no perder ni medio dólar, ya habías asignado a todas tus muchachas a otros clientes.

—Esto es un negocio, Maddie.

—Oh, no. Es como tú dices, un servicio a la comunidad. ¿Alguien puede pensar en esos hombres que necesitan ser halagados por una mujer veinte años más joven? —Se me escapa el sarcasmo.

—¿Puedes coger a mi cliente sí o no? —me increpa, tajante. Estoy a punto de decirle que se ocupe ella misma de su cliente, ya que solo quieren compañía y una persona con la que sentirse bien, no carne joven a la que cosificar, pero los putos sellos rojos se burlan de mí.

—Necesito el pago por adelantado. —Escucho mi respuesta antes siquiera de haberla pensado—. Y el pago es completo, folle con el cliente o no, que no es mi culpa si el Viagra no surte efecto.

—Vale...

Debe ser un cliente importante, pienso, de lo contrario, la *generosa* Sonia hubiera negociado. Ante mi silencio, continúa con los datos del encuentro. Al menos es una buena noticia, no debo viajar lejos, es cerca de un pueblo llamado Fort Creek, en el restorán de un club ecuestre.

En cuanto finalizo la llamada, el pago ingresa en mi cuenta bancaria y, nada más entrar, va directo a la clínica de mi madre. Me dirijo directamente al cuarto de baño y me meto bajo la alcachofa de la ducha, el agua ardiente me escuece la piel. Aún no he tenido el encuentro y ya me siento sucia. Quiero llorar, pero hace tiempo que las lágrimas han dejado de brotar de mis ojos. Al prepararme, me hago una sola pregunta: ¿hay alguien que merezca la pena en este mundo de sálvese quien pueda?

Blaze

Mentiría si dijera que no tengo dudas. Me planteo cancelar en el último minuto y quedar como un capullo. ¿Hay algo peor para una persona ansiosa que una cita a ciegas? Me tiembla el pulso mientras acomodo el pasante en el lazo que cuelga de mi cuello. Casi a medio camino de coger el móvil y mandar a Karl al infierno, los ladridos de mis chicas me distraen. Unos segundos después, la voz de mi hermano consigue sacarme de mis cavilaciones.

—Eh, vosotras tres —le oigo decir—, por fortuna sois labradoras y no guardianas. Llega un extraño y vosotras le indicáis dónde escondemos el dinero, a que no...

Recibe un ladrido juguetón como respuesta. Bajo las escaleras y encuentro a Wade

asaltado por mis perras. Lottie brinda por su barriga, Snowie salta sobre él y Queen, como su nombre indica, contempla el cuadro con superioridad.

—Wade... —saludo. Las tres perras detienen su espectáculo y me mueven el rabo a mí. Son las únicas hembras del planeta que me prefieren antes que a mi hermano.

—Veo que es verdad, tendrás una cita.

—No dejo de sorprenderme de lo cotilla que sois todos. —Voy hacia la cocina, Wade me sigue. Le ofrezco un botellín de cerveza, yo no cojo uno porque pretendo conducir.

—Sí, lo somos. Pero a mí no me importa si tienes una cita o no, me incomoda un poco que el artífice de esta cita sea Karl.

—En eso estamos de acuerdo. —Me apoyo sobre la encimera, cruzo los brazos y los descruzo al instante. Estoy nervioso, Wade lo nota.

—¿Entonces, por qué accedes? —Antes siquiera de que pueda responder, prosigue, no puede cerrar la boca—. Todas las mujeres que Karl conoce son como Shannon, lo sabes, ¿verdad? Mujeres que solo buscan un marido millonario que las lleve de compras y de vacaciones en yate.

—Lo sé.

—Mujeres que cuando tú les digas que no, te harán sentir igual de miserable que como te hacía sentir Shannon.

—Ya...

Mi impasibilidad le sorprende; antaño, cuando alguien hablaba así de Shannon, yo salía en su defensa. Me mira, arqueando las cejas.

—Vale, no entiendo nada. —Levanta las manos en un gesto de rendición. Yo sonrío apenas. Lo cierto es que empiezo a experimentar una dosis de ansiedad, que, vale aclarar, no es lo mismo que nervios. La gente suele confundir ambos sentimientos, pero la diferencia radica en que la ansiedad no tiene una razón de ser, es una sensación de alerta que no responde a una amenaza real, o al menos, no visible. Por ejemplo, ¿qué es lo tan amenazante de una cena?

—Hace más de tres meses que no ligo, ¿qué no entiendes? —respondo algo brusco.

—Que hoy tampoco vas a follar, Blaze. No jodas, tú no eres de los que se tiran a una mujer en la primera cita. —Pongo los ojos en blanco, él agrega—: Ese don recayó en Roman y en mí.

Tiene razón, pero no voy a admitirlo.

—Quizá estoy lo bastante desesperado como para cambiar mis principios.

Wade bebe un sorbo de su botellín, niega con la cabeza, no me cree ni media palabra y no se irá hasta que le diga la verdad. A veces es un verdadero grano en el culo. Sé que se preocupa por mí, pero en ocasiones cruza la delgada línea que separa la preocupación de la invasión de la intimidad. Y ahora... la verdad es tan embarazosa que no me apetece compartirla.

—Blaze...

—La única mujer con la que trato es Christine. ¡Oh, tenemos mucho en común Christine y yo! Somos almas gemelas. A los dos nos gusta el trabajo de rancho... —Es el turno de mi hermano de poner los ojos en blanco—, levantarnos al alba, estar con los animales...

—Y a los dos os gustan las mujeres... Sí, tenéis mucho en común.

—Ya ves por dónde voy. —Me encojo de hombros—. ¿Con quién más puedo tener una cita?, oh, ya... con Gabrielle. Salvo que es la novia de Christine. O MaryAnn, ¿qué crees que hará nuestro romance más prohibido, que sea casada o que sea veinte años mayor? O...

—Vale, lo entiendo. Pero las mujeres de Karl... —insiste.

—Wade —Suelto el aire—. Estoy a esto... a esto —insisto, acercando mi índice al pulgar

tanto que casi se tocan— de llamar a Shannon. No porque quiera volver con ella, no porque esté enamorado de ella, sino porque me siento jodidamente solo. Ves todos los defectos de Shannon, pero no te paras a mirar los míos. Soy un capullo tóxico, estaba con ella porque era la única mujer que no me daba ansiedad y eso porque la conozco desde antes del accidente. Y ahora, que me siento solo, estoy dispuesto a retomar una relación sin afecto por egoísmo. ¿Ves?, ¿no es ella la villana en esta relación?

—Salvo porque se aprovecha de tu dependencia emocional para manipularte, pero como no soy psicólogo, no opino —resopla. Es mi hermano y, a diferencia de Roman, siempre va a elegir mi lado de la historia. Yo, en cambio, no soy ciego a mis defectos. Sigo sin saber por qué demonios Shannon quiere regresar a una relación que rivaliza con Chernóbil en radioactividad—. Lo que no me cuadra, Blaze, es que pienses que una mujer del entorno de Karl te va a brindar algo diferente. Además, lo sabes, ¿verdad?

—¿Que Karl quiere que esté en deuda con él para convertirse en un parásito mío como lo fue de Roman?

—Sip...

—Lo sé.

—Vale, entonces, vamos a lo otro, al tipo de persona de la que se rodea —insiste. Pienso en Charlotte, la mujer que estaba con él aquella mañana, y me doy cuenta de que no la recuerdo bien. Sé que me había parecido guapa, pero soy incapaz de invocar su rostro o su cuerpo, y que su charla fue amena, aunque no me acuerdo ni de media palabra. Eso, en lugar de preocuparme, me tranquiliza y hace que mi ansiedad remita un poco. Es exactamente lo que quiero en estos momentos.

—No pretendo conocer al amor de mi vida, Wade —suelto—, busco probarme a mí mismo que puedo tener una cita normal, que no dependo de Shannon, que ella no es la única mujer con la que puedo entablar una relación. Una vez me quite ese peso de encima, quizás entonces me atreva a ir a por la indicada y toda esa chorrada.

No parece muy convencido. Se termina su botellín de un trago y mira mi atuendo de pies a cabeza.

—¡Joder!, ojalá pudiera ser yo quien te presente alguna dama, pero mis compañías no son mucho mejor que las de Karl.

Me río. En su caso es porque no pasa de una noche con cada mujer y las que tienen dos dedos de frente saben que estar con Wade es una pérdida de tiempo, salvo que busquen lo mismo que él, sexo sin compromiso. No haré un drama de niño rico al respecto, es lo que nos tocó en suerte y, comparado a los problemas de otras personas, no es para tanto. Pero es cierto, nuestro entorno siempre intenta sacar tajada de relacionarse con nosotros, los vínculos forjados son interesados, y encontrar a una mujer que nos quiera por nosotros y no por nuestra cuenta bancaria es como hallar una aguja en un pajar. Roman lo consiguió y, como es un imbécil, lo echó a perder. Wade ni siquiera lo intenta y yo... No puedo hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Estás satisfecho? ¿Ya has cumplido tu rol de hermano mayor? —Le quito el botellín y lo dejo en el cesto de reciclables—, porque, aunque no tengo ninguna intención de encontrar al amor de mi vida, no quiero llegar tarde y causar una mala impresión. No es bueno para mi ansiedad.

Cojo el sombrero y la chaqueta de camino a mi camioneta, mis perras me siguen y me increpan con la mirada por abandonarlas. Me parece que las consiento demasiado.

—Intenta romper tu regla y echar un polvo —me aconseja. Mi respuesta es un «jódete» que queda ahogado por la portezuela al cerrarse. En cuanto arranco el motor, en mi reproductor

de música empieza a sonar «One night at a time» de George Strait, y hago el trayecto cantando, de mejor humor del que pensé que estaría.

CAPÍTULO 5

Maddie

Pasa a recogerme un taxi de la compañía de «citas» y yo no puedo dejar de mirar cómo aumenta la tarifa. Si me hubieran dado a elegir, me habría ahorrado el dinero y cogido el autobús. Pero, claro, no me dieron opción. La imagen es lo que cuenta. Sonia no para de repetírmelo, a diferencia de mi madre: «*Tu trabajo no es de calle, a merced de los chulos; eres una escort de lujo*». Según ella, mi servicio no es el sexo. El sexo es un extra al que los clientes pueden optar, pero la finalidad principal es lucir mona en algún evento y escucharlos quejarse de que su empresa ha ganado medio dólar menos este trimestre. Pongo los ojos en blanco.

Sonia puede ir de realista y cínica todo lo que quiera, pero también se engaña a sí misma. Somos putas, prostitutas, meretrices, fulanas, cortesanas... y cualquier otro nombre que se nos haya puesto a lo largo de la historia. Y sí, el sexo es el servicio final, por muchas capas de pintura dorada que quieran ponerle al asunto.

Me pregunto quién ha pagado por mí esta noche. ¿Qué lleva a un hombre a elegir compañía de pago?

La cita es en el restaurante de un club ecuestre, a las afueras de un pueblo llamado Fort Creek. Aunque no hubiera tenido esta cita, igualmente habría tenido que pillar un taxi, pienso resignada. El conductor me mira las piernas por el retrovisor. No sabe a qué me dedico, por eso disimula. Si lo supiera, seguramente se sentiría con derecho a tratarme como a un objeto, a faltarme al respeto. Eso lo he visto muchas veces cuando mi madre trabajaba en lo mismo. Los hombres creían que podían tratarla como basura, golpearla, humillarla, incluso robarle el dinero que había ganado, porque no lo había hecho «dignamente». ¿Y a quién recurre cuando estás en una situación tan vulnerable? A la policía, no, porque en Nebraska mi trabajo es ilegal. Así que acabas bajo la «protección» de un matón, hasta que tu vida deja de ser tuya y...

No quiero pensar en eso. Me recoloco el vestido, tirando hacia abajo para cubrir las piernas lo mejor posible. Mi atuendo no es provocador, otra de las ventajas de ser escort en lugar de prostituta: no tienes que parecer una. De hecho, salvo petición expresa del cliente, se espera que vayas como una chica de buena familia. Suerte que está de moda el lujo silencioso y el estilo *old money*. No tengo que gastarme una pasta en ropa para un trabajo que detesto. Hoy llevo un vestido azul recto, hasta justo encima de la rodilla, botas altas marrones y un abrigo camel. Pendientes dorados y una coleta alta. Poco maquillaje, y listo: casi no parezco una camarera arruinada que se ve obligada a vender su cuerpo por desesperación.

Al bajar del coche, antes de que pueda echar un vistazo al restaurante, un hombre trajeado abre la puerta para darme la bienvenida y recoge mi abrigo.

—Buenas noches —le digo—. El señor... —Busco el nombre en el móvil; no me lo he aprendido ni he buscado quién es antes de venir—. Davenport.

—Por aquí, por favor.

Una segunda puerta acristalada se abre ante mí y el ruido característico de las conversaciones susurradas y la platería musicaliza la noche. La luz es tenue, cada mesa está decorada con una vela en el centro. Un hombre mayor, sentado casi al fondo del lugar, me mira fijo y aprecia mi aspecto. Debe ser él, pienso y siento mis mejillas tirantes por el intento de sonreír. Tiene poco cabello, cano, y su calva reluce a la luz de las velas. Sobre su corbata, la

papada sobresale y lo único que puedo pensar es que si intenta con el viagra tendré que llamar a urgencias. Ese corazón maltrecho a base de tocino no soportará un encuentro.

Concentrada en mis pensamientos, impacto contra el camarero. ¿Por qué se detuvo?

—Disculpe... —le digo, intento agregar algo más pero mi voz se corta. Un metro noventa de hombre joven se pone de pie, rodea la mesa y aparta la silla para que me siente. Tiene que ser un error, pienso, esta no es la clase de clientes de Sonia. Sin embargo, mi trasero cae por inercia sobre la silla y la sonrisa tiesa se tatúa en mis labios—. ¿Señor Davenport? —pregunto, sin saber si quiero o no que sea un malentendido.

Asiente con la cabeza y regresa a su sitio. El camarero me pregunta qué quiero tomar y, para no complicarme, digo que lo mismo que él.

—L-lo siento —Su voz... Su voz es acorde al aspecto. Gutural, algo ronca y susurrada. Si no fuera por un leve tartamudeo, sonaría como la de un locutor de radio nocturna—, b-bebo soda porque conduzco.

—Entonces, soda será.

El camarero se marcha y el silencio se vuelve algo tenso. Se lo nota nervioso, mira a ambos lados, evalúa las posibilidades de escape y yo lo observo a él. Cabello castaño, ojos color güisqui, rodeados de largas pestañas. Son los ojos de un niño en el rostro de un hombre. La mandíbula es cuadrada y está recién rasurada. Un par de pecas salpican su nariz y mejillas, no como las mías, que soy una colorada a toda regla, sino como las que les salen a las personas que pasan mucho tiempo al sol. Sin saber cómo sucedió, tengo el menú en las manos y una soda con lima servida ante mí. No hemos dicho ni media palabra.

Sé que es mi trabajo hacerle sentir cómodo, iniciar la conversación, pero estoy empezando a ponerme tan nerviosa como él. Por qué un hombre así alquilaría un compañero de piso, la única respuesta que encuentro es que debe ser un pervertido, de los que se excitan con una paliza o tal vez con juguetes sexuales exóticos. Al diablo con Sonia, no dejaré que me peguen.

—Perdona —dice casi en un susurro—, lo mejor será empezar por el nombre, creo. No suelo hacer esto.

Ruedo los ojos. Eso dicen todos.

—Magdalen, pero me dicen Maddie.

—Blaze y me dicen Blaze.

—Un gusto, Blaze. —Ya puedes decirme qué extraño fetiche tienes, así decido si debo huir, pienso; en vez de eso, sonrío. El camarero trae un paté, una selección de encurtidos y panes variados. Como tengo hambre y ya empiezo a convencerme de que saldré de aquí más pronto que tarde, decido abandonar el papel de mujer recatada y fina. Cojo una barra de pan, la abro con los dedos y la unto con paté. Cuando me lo meto en la boca, no puedo contener mi expresión de asco. Blaze se ríe y me sirve más refresco—. Gracias, creo que es hígado de pato.

—Mmm... —Valientemente, me imita. Coge el pan y lo unta, se lo lleva a la boca y yo le miro los labios. No son muy carnosos ni sensuales, es una boca firme, algo severa. Me gustaría no encontrarla tan tentadora.

Recuerda, Maddie, pagó por sexo. Eso consigue dejar de pensar en besos.

—¿Veredicto?

—Del hígado de algún animal proviene —confirma— y como el vino recomendado por el chef es un blanco seco, imagino que sabrá mejor con una copa. ¿Seguro que no quiere pedir?

—Segura. —No me emborracharás, pervertido.

—E-entonces, Magdalen —El leve tartamudeo regresa, empiezo a darme cuenta de que

no se trata de un nerviosismo normal—, curioso nombre.

Sonrí. Por fin entiendo la razón de su tartamudeo, le cuesta mucho mantener conversaciones banales, superficiales, para romper el hielo. Sabe que está haciendo un comentario tópico, adivina las cien veces que me han hecho la misma pregunta, por qué Magdalen y no Madelein.

—¿Crees en que nuestros nombres nos predestinan de algún modo? —pregunto—, siempre he pensado que nuestros padres nos lo ponen como meta o como escudo, un obsequio lleno de esperanza.

—Sí, lo creo.

No dice nada más, aunque esta vez su silencio no es tenso. Es una persona de pocas palabras y punto, puede que sea un pervertido, pero de momento es bastante simpático.

—Entonces, Blaze... ¿Qué te obsequiaron tus padres con tu nombre?, ¿qué expectativas pusieron en ti al llamarte Blaze?

—Libertad. —Vuelve a cerrar los labios y empiezo a evaluar la posibilidad de aplicar tortura para conseguir una conversación. Pero él me brinda una leve sonrisa tímida y prosigue—: Mi hermano se llama Roman, como mi abuelo paterno. Mi segundo Hermano se llama Wade, como mi abuelo materno. Es más, mi sobrino, el hijo de Roman, se llama Ryan, como mi padre... y así sucesivamente. Cuando yo nací, ya no había más abuelos, estaban todos tomados. Mi madre decidió darme un nombre que nadie, jamás, en ninguna de las dos familias hubiese tenido. Un nuevo comienzo, sin presiones ni mandatos.

—Blaze, el primero en su estirpe —bromeo y alzo mi vaso de soda para brindar—. Tu madre te ha dado un hermoso obsequio. —La mirada que me brinda es rara, como de sorpresa—. ¿Qué sucede?, ¿he dicho algo malo?

—No, no... —se apresura a calmarme. Los nervios regresan, posa la vista en la ladera que se ve por la ventana. Hay un campo de polo y una línea de cuerdas pintadas de rojo. El sitio es hermoso, he de reconocer. Tiene un estilo colonial, a dinero antiguo, a generaciones de familias ricas. Cuando regresa su atención a mí, está algo más sereno—. En g-general me cuesta hablar, estoy algo sorprendido de lo mucho que dije.

Ya no lo veo como un pervertido, necesito averiguar por qué ha pagado para tener compañía. ¿Qué busca en mí? La pregunta se intensifica cuando, en lugar de dejar la historia aquí, me sondea. A los clientes de Sonia les encanta escucharse a sí mismos, presumir de sí mismos, de su linaje. No quieren que su acompañante hable, arruina la velada. Pero no Blaze, él insiste.

—¿Qué obsequio te dieron tus padres, Magdalen?

—Madre —corrijo—, solo madre. —Él asiente, hay un brillo de pena en sus ojos. Lamenta la ausencia de mi padre más que yo—. Pues... —Bebo un poco de refresco, el camarero vuelve a traernos el menú para que elijamos, los dos lo dejamos a un lado, concentrados en la conversación—. Mi madre descubrió la fe cuando quedó embarazada de mí y quiso brindarme ese regalo. Por supuesto, el primer nombre en el que pensó fue Mary, pero Mary es una elegida, ¿sabes?, sin pecado concebida, santa, impoluta. Magdalen es el recuerdo de que no solo los santos van al cielo, que puedes equivocarte en el camino y que nunca es tarde para remediarlo. Magdalen es perdón y segundas oportunidades.

—Magdalen es un hermoso obsequio.

—Y adecuado a mi destino —bromeo. Blaze sonríe sin entender y siento un escalofrío recorrer mi cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—A mi trabajo —respondo lo obvio. Él sigue sin comprender y mis alarmas suenan cuando pregunta:

—¿Por qué?, ¿a qué te dedicas?

¿Cómo? Una nueva duda me asalta. Si no es un perverso, ¿quién es? ¡Un policía! Palidezco y empiezo a buscar una excusa para marcharme. ¡Joder, joder, joder, joder! Debería haberlo sospechado nada más verle, era demasiado bueno para ser verdad.

Si acabo en la cárcel, juro por Dios que delataré a Sonia y a toda su red. A la mierda, no voy a caer sola. El problema es que no puedo acabar en una celda, mi madre me necesita. Finge, me grita mi mente, cíñete al papel y estarás bien. Sonia te ha explicado lo que debes hacer, nunca llames a las cosas por su nombre, nunca aceptes dinero en mano ni menciones lo que realmente haces.

—Soy camarera —digo con mi segundo empleo, el oficial. Él luce confundido.

—¿Camarera? ¡Vaya!, ¿y de qué conoces a Karl?

—¿Karl? —¿Quién demonios es Karl? Oh, ya... el cliente real de Sonia, quien concertó la cita para «un amigo». Tú también caerás, Karl, quien quieras que seas, prometo.

—Mi primo —explica aún más desconcertado. Al ver que no respondo, intenta—. ¿Y... cómo era que se llamaba...? ¿Charlotte?

—Te refieres a una muchacha que luce como si Marilyn Monroe hubiese tenido una hija con Alain Delon...

—Y esa hija hubiese tenido a su vez una hija con Brad Pitt. Sí, ella.

Suelto parte del aire, aunque aún no me confío.

—Sí, conozco a Charlotte —respondo, cautelosa—. Si esperabas a alguien como ella, lamento decepcionarte, es única en su especie —reconozco. Blaze sonríe, esa jodida sonrisa tímida. No sé qué prefiero, si un perverso o un policía. ¡Mierda!

—No me decepcionas, Magdalen... De hecho, empiezo a entender por qué no lo haces.

—¿Ah, sí?

—Claro. Porque no conoces a mi primo, eso explica que seas...

No encuentra la palabra y yo vuelvo a maldecir. Se ha encerrado solo, el pez por la boca muere. Pese a mis nervios, se me escapa una risotada. Los comensales nos miran y Blaze se sonroja de manera adorable.

—Ya. Que sea *diferente*, que no sea como *las demás* —completo y vuelvo a reír.

—¡J-joder! No quería sonar así, de verdad. Que no hay nada más gilipollas que decirle eso a una mujer y, además, no era lo que pretendía. —Se disculpa de manera apresurada.

—No te preocupes, lo entiendo. Esperabas una Charlotte y te tocó una Magdalen. La próxima vez no ordenes en páginas chinas —me mofo y ya no puedo más de la risa. Blaze arde de vergüenza. Corto mi carcajada al percatarme de que luce más afectado de lo normal—. Tranquilo —le digo y le cojo la mano—, que me lo tomo a broma.

¿Y por qué demonios te estoy consolando yo a ti, poli? Empiezo a dudar de que lo sea, pero si no es perverso, ni policía, qué cojones está sucediendo.

—V-vale —No se ha calmado nada—. Eres camarera y amiga de Charlotte... ¿y cómo llegamos a esta cita entonces?

—Lo mismo me pregunto —mascullo.

—Disculpa... —No me ha oído y vuelve la desconfianza. Mi vida no ha sido de color de rosa, si tuviera que describirla, diría que sólo he conocido gente mala y he pasado por experiencias horribles. Cuento los días felices con los dedos de una mano y todos fueron con mi madre, por eso sigo un lema: piensa mal y acertarás.

No puedo bajar la guardia, delatarme y acabar en la cárcel.

—A través del aplicativo de citas —digo con un dejo de duda. Intento evaluar su reacción, adivinar si es al punto que quiere llegar, a la red de acompañantes.

Su reacción me desconcierta aún más.

—¿A-a-aplicativo de citas? —¡Joder!, a Blaze le falta el aire. ¿Está por tener un ataque de pánico? ¡Un policía no tendría un ataque de pánico!—. M-mi-mi p-p-primo se ha hecho p-pasar por mí en... en...

—No, no —trato de calmarlo—, no es un aplicativo como Tinder. Tranquilo, es... —¿Qué demonios digo para serenarlo y, a la vez, no delatarme? ¡Sonia, voy a matarte!—, solo tiene que describir tus gustos y hobbies y el algoritmo —Sonia revisando sus carpetas, completa mi mente— elije a la apropiada para ti. —O la última opción porque las demás estaban asignadas.

Levanta la vista, clava sus vulnerables ojos güisqui en mí y puedo ver el terror más profundo reflejado en ellos. Sin ser una experta, puedo entender que no tiene nada que ver con la maldita aplicación, su primo o lo que demonios sea. Ahí hay algo más.

—¡J-j-joder! N-nos... n-nos... Nos están mirando.

Estudio el entorno. Sí, nos observan y, lo que es peor, susurran. Me esfuerzo por recordar mi papel, la Maddie acompañante y no la Magdalena que se ha defendido toda la vida de los matones y las habladurías por tener una madre prostituta.

—Nadie nos mira —miento descaradamente.

—L-lo siento. —Saca su cartera y deja dos billetes de cien dólares sobre la mesa. Se pone de pie, me regala una última mirada y se va.

No es un perverso. No es policía. ¿Quién coño es Blaze Davenport y qué coño ha pasado?

Maddie

Por primera vez el lema de mi vida me falla. Con Blaze Davenport, acabo de darme cuenta, es piensa bien y acertarás.

—No sabe que soy una puta —murmuro y miro alrededor. Los ojos de los comensales están puestos en mí, sus labios se mueven, susurran. Lo hacen sin mucho disimulo, puedo oírlos.

Es el Davenport loco.

Creí que estaba en una clínica.

El viejo no quiere aceptar que su hijo necesita ayuda.

Pero lo que más se repite es «loco», «enfermo», «mal de la cabeza».

Cojo los doscientos dólares de la mesa y voy a la recepción del restaurante. Allí los camareros murmuran cosas parecidas, que no acabo de entender. No me entero de todo el cotilleo, maldigo una vez más no haber buscado en Google a tiempo. Hablan de Roman Davenport y recuerdo que así se llama su hermano; eso dijo Roman, repiten los camareros, su hermano pequeño es un desequilibrado, el mediano un advenedizo y su padre está senil.

—La cuenta, por favor —pido, interrumpiendo el cotilleo. El mismo hombre que me recibió me observa como si me hubiese salido una segunda cabeza. ¡Ni de coña te dejo doscientos dólares por dos sodas y un paté horrible! Le sonrío, la sonrisa más falsa que soy capaz de esbozar. El camarero me extiende la carpeta con la cuenta en el interior. La abro y leo el número. ¡Ochenta dólares!—. Por este precio, lo mínimo que uno pediría —les digo— es que no critiquen al cliente. —Pongo un billete de cien en el interior de la carpeta de piel y me marchó.

La única razón por la que dejé propina es porque yo también soy camarera. Alcanzo a ver el rostro enrojecido de mi colega de oficio.

Cojo mi abrigo y, al ver que Balze está en el aparcamiento, le pido también el suyo. Bajo por el camino de grava en dirección a mi cliente. ¿En qué demonios estoy pensando? Huye, Maddie, me dice mi instinto. Huye, has sobrevivido a tu segunda cita como prostituta sin follar. Pero verle ahí, sufriendo, me retuerce las tripas igual que el puto paté.

A medida que las cosas se me aclaran, por fin puedo estudiar a Blaze Davenport como lo que es. Un hombre de carne y hueso que creyó acudir a una cita a ciegas, y la única duda que ahora me asalta tiene que ver con aquel ataque de pánico y los murmullos de su supuesta locura. ¿Será por eso que ha quedado con una completa desconocida?, porque con su físico, su dinero y esa preciosa camioneta, no le deben faltar mujeres, pienso con un horrible atisbo de envidia.

Nunca pretendí ser una santa, el desarrollo de personaje que me está dando la vida es para convertirme en la villana de una historia y solo puedo aspirar a ser épica.

Y sin embargo me acerco a ayudar al pobre niño rico sin amor.

—Eh, ¿te encuentras bien? —Ni siquiera puede hablar. La portezuela de su camioneta está abierta y él está sentado con las piernas hacia afuera. Una de sus manos coje su rodilla hasta que sus dedos se ponen blancos, la otra está sobre su pecho, como si sufriera un infarto—. Si sientes dolor en el brazo debo llamar al 911. —Niega con la cabeza—. Vale, un ataque de pánico. —Le extendo la chaqueta y la brisa me trae su perfume. Huele de maravilla, madera y especias mezcladas con el aroma de la lluvia y la hierba cortada; una vez leí que el olor de la lluvia se llama petricor y me parece precioso. Al ver que no coge la chaqueta, rodeo con ella sus anchos hombros mientras me pregunto si Blaze Davenport tiene algún defecto que lo compense. Al instante recuerdo que le han calificado de loco y que está sufriendo un ataque delante de mí, y la pregunta es sustituida por otra. ¿Por qué demonios no creo que eso sea un defecto? Vale, necesito alternar con hombres mejores, no solo mis expectativas son bajas, empiezo a pensar que en mi caso nací sin expectativas.

—N-no es un... un ataque de pánico.

—Se le parece.

Por fin. Blaze alza la mirada y clava en mí sus ojos de niño. Mi cuerpo se debate entre responder con un suspiro o salir corriendo de allí.

—Lo siento, he arruinado la cita.

—No te preocupes, la ha arruinado antes el paté.

—Antes del paté, mi primo K-Karl. —Ese último tartamudeo es de ira—. Tendría que haber sospechado algo, siempre se trae una entre manos.

Me muerdo para no explicarle qué se trajo entre manos esta vez. ¿Por qué callo?, no lo sé ni pienso analizarlo en estos momentos. Su estómago ruge y sus mejillas arden de vergüenza. Yo río y niego con la cabeza. Soy una imbécil, una completa estúpida. Yo...

—Te invito con tus cien dólares a cenar —digo y le muestro el billete. Él no entiende cuándo me hice con su dinero y río con más fuerza—. ¡No dejaría que esos se llevaran ciento veinte de propina! Y eso que soy camarera.

—No entraré de nuevo ahí —declara—, es más, estoy evaluando cambiar mi nombre, mudarme de continente y hacerme una cirugía de reconstrucción facial. ¡Qué embarazoso, joder! —Se cubre el rostro con las manos.

—¡Claro que no entraremos de nuevo allí! Los he mandado al demonio y me he quejado del precio. Es más, entrégame tu móvil.

—¿Qué?

—Tu móvil, porque tú no lo harás. —Me extiende el móvil y yo le cojo la mano, el contacto nos estremece y los dos observamos nuestras manos tomadas por unos segundos. Alza la vista, me mira sin comprender, y yo vuelvo a pensar que es adorable. Desbloqueo con su pulgar la pantalla, me apoyo sobre la camioneta y busco en Google Maps el sitio.

—¿Qué haces?

—Ambos necesitamos trabajar la confianza. Tú tienes mucha y yo muy poca. —Le sonrío y me dispongo a escribir con su usuario una reseña creativa:

«Si alguna vez os sentís mal y pensáis que la vida es amarga, llena de sinsabores, os recomiendo venir aquí y pedir el paté. Os aseguro que nunca habréis pasado un día tan duro como el pan que os servirán, y que, tras untarlo con el dichoso paté, la vida os parecerá dulce y encantadora en comparación. En resumen, una experiencia gastronómica pésima, pero ¡qué gran lección existencial!».

Consigo darle a «enviar» antes de que me quite el móvil de las manos.

—¡Por el amor de Dios! —exclama horrorizado—. Conozco al dueño.

—Pues la próxima vez díselo en persona: que los camareros cotillean sobre ti a tus espaldas y que te han cobrado ochenta dólares por un paté rancio. ¿Te apetece comer algo de verdad?

Gracias a mi reseña, Blaze ya no parece al borde de un ataque de no-pánico. Ahora está dividido entre reírse o borrar la reseña. Pero su estómago decide por él.

—Vale, ¿alguna sugerencia?

Blaze me observa con una media sonrisa, algo sonrojado, con sus ojos brillantes y ese aire de vaquero tímido. Y entonces caigo en la cuenta: si no ha pagado por mis servicios y piensa que esto es solo una cita, entonces... lo es. Estoy teniendo una cita normal en unas circunstancias anormales, con un hombre con el que nunca me habría cruzado de otro modo. Y... quiero disfrutarla. La última vez que salí con alguien de forma romántica fue en el instituto, y, huelga decirlo, fue un fiasco.

—Sugiero que empecemos de nuevo, sin Karls ni aplicaciones. Como si la noche empezara ahora mismo.

—Me parece un buen plan.

—Tenemos cien dólares... —Abre la boca para decir que en realidad podemos gastar más, pero le corto antes de que lo haga— y un lugar ideal. Pero no voy a decirte cuál es.

—¿Y cómo vamos a llegar?

—Yo conduzco. —La sonrisa que le dedico es completamente sincera y llena de esperanza.

Blaze Davenport pone los ojos en blanco, me lanza las llaves y las atrapo al vuelo. Da la vuelta y se sienta en el asiento del copiloto. Yo, por mi parte, tengo que trepar para subir, porque el asiento está altísimo.

Es increíble. Me ha dado las llaves; debe de ser el hombre más confiado del mundo. Y el destino, con su habitual ironía, ha querido cruzarle conmigo, una chica que hace un momento aún se debatía entre si él era un perverso o un policía. Y, por extraño que parezca, esa confianza suya derribe mis barreras. En lugar de salir corriendo, en lugar de volver a mi mundo de farsantes y estafas, me encaramo a la camioneta.

Mi corazón late emocionado, incapaz de procesar esta sensación que llevaba tanto tiempo dormida: diversión. Maddie McEwan está pasando una buena noche.

CAPÍTULO 6

Blaze

No puedo quitarle los ojos de encima. Estoy presenciando algo imposible: ¡Karl no la ha cagado del todo! Maddie, Magdalen... Ella es... Es increíble. Su sonrisa ilumina mi camioneta mientras sus dedos operan el ordenador de a bordo. Sus exclamaciones extasiadas me hacen sonreír hasta que se me ponen las mejillas tías.

—Guau, guau y más guau. —Se vuelve hacia mí, también sonriente. Mueve las piernas y se ríe al señalarme que no llega a los pedales. Me inclino sobre ella, Maddie me mira la boca e intenta disimular que lo ha hecho. Yo siento cómo mi cuerpo responde a su cercanía.

—El mando de la butaca está a un lado —le explico. Ella busca la botonera y nuestras manos se rozan. Cuando acciona el comando, la butaca se mueve y vuelve a sonreír como una niña. Yo la imito.

La vergüenza por mi ataque empieza a remitir; a solas en la camioneta, sin miradas extrañas, reconozco que Maddie no me incomoda. Menos ahora. Al principio de la velada se la notaba algo tensa; no puedo culparla, una cita a ciegas puede ser un gran chasco. Pero ahora todo fluye y me sorprende que lo haga después de haber presenciado uno de mis momentos. Vuelvo a sonrojarme y me arden las mejillas.

Maddie pone en marcha el motor y suelta un suspiro encantador.

—¡Esto es fantástico! —Repica sus manos al volante. La observo y doy gracias por haberme dado una segunda oportunidad, como el destino que rige su nombre. Lejos de los artificios del restaurante, Maddie luce más joven. Tiene la piel tersa salpicada de pecas, los ojos color avellana y el cabello rojo con reflejos dorados. Es muy delgada, con pocas curvas, pero en absoluto aniñada. Es alta, estilizada, como una modelo de pasarela.

—¿Qué edad tienes? —pregunto cuando ya estamos en la carretera.

—Veintiuno. ¿Tú?

—Veinticinco.

—¿A qué te dedicas, Blaze? —indaga, sin apartar la vista de la carretera.

—¿No lo sabes?

—Nop, ¿debería? —responde sin más. Pisa el acelerador, prueba ir más aprisa, aunque sin arriesgarse. Es raro que ceda el volante, que me deje llevar. Entregar el control no es compatible con la ansiedad.

—Soy ranchero y no, no tenías por qué saberlo. Aunque todos parecen hacerlo... —agrego entre dientes.

—¿Te refieres a los chismorreos del restorán?, no hablaban de tus negocios, sino de tu cuadro. ¿Tienes ataques de pánico seguido?

—No son ataques de pánico. —*¿Por qué no puedes simplemente cerrar el pico, Blaze?*, me reprendo. A Maddie no le importan tus traumas.

—Se parecen.

—Sí, de hecho, por años los médicos diagnosticaron mis episodios como ataques de pánico; hace muy poco di con una especialista que se dio cuenta de que eran otra cosa.

¡Ya calla!, me reprendo. ¡Joder! Es una primera cita, la espantarás. Maddie me mira de soslayo, no aparta la vista del todo del camino. Vamos en dirección a Ford Creek, camino a mi

rancho.

—¿Y qué es?, ¿quieres poner música? —Agrega y yo lo hago, la estudio mientras mis dedos elijen la emisora. La voz de Bebe Rexha llena la cabina con la letra de Mean to Be:

Baby, lay on back and relax
Bebé, acuéstate boca arriba y relájate

Kick your pretty feet up on my dash
Levanta tus bonitos pies en mi carrera

No need to go nowhere fast
No hay necesidad de ir a ninguna parte rápido

Let's enjoy right here where we at
Vamos a disfrutar aquí mismo, donde estamos

Who knows where this road is supposed to lead
Quién sabe a dónde se supone que conduce este camino

We got nothing but time
No tenemos nada más que tiempo

As long as you're right here next to me
Siempre y cuando estés aquí a mi lado

Everything's gonna be alright
Todo va a estar bien

Kick your pretty feet up on my dash
Levanta tus bonitos pies en mi carrera

No need to go nowhere fast
No hay necesidad de ir a ninguna parte rápido

Let's enjoy right here where we at
Vamos a disfrutar aquí mismo, donde estamos

Who knows where this road is supposed to lead
Quién sabe a dónde se supone que conduce este camino

We got nothing but time
No tenemos nada más que tiempo

As long as you're right here next to me
Siempre y cuando estés aquí a mi lado

Everything's gonna be alright
Todo va a estar bien

La música cumple con su función de llenar el silencio, de evitar que me ponga nervioso, y entiendo que Maddie lo sabe, por eso lo sugirió. Yo tengo miedo de espantarla. Intento recordar lo que le dije a Wade esta mañana: no busco más que demostrarme a mí mismo que puedo tener una cita. Sin embargo, aquí estoy, temiendo meter la pata como un chaval de instituto. Reúno el

valor.

—Se llama hipermnesia. No es un ataque de pánico, sino un recuerdo muy vívido de algo que me pasó de pequeño.

—Hipermnesia —repite ella—, lo contrario a la amnesia —añade, deduciendo por la etimología de la palabra—. Tiene sentido, pero es la primera vez que lo oigo. ¿Y ocurre sin más?

—Mmm...

Sale de la carretera y toma un camino que lleva al río Misuri. Tararea el estribillo de la canción. *No tenemos nada más que tiempo... Todo va a estar bien...*

—Vale, seré más clara: ¿he hecho algo que haya desencadenado el episodio?

—¡No, no! —me apresuro a negar—. Es... complicado.

¿Cómo le explico que esos episodios me generan ansiedad, y que la ansiedad a su vez alimenta los episodios, sin darle la razón a quienes dicen que estoy loco?

—La mente es complicada, Blaze, no deberías machacarte por eso.

Aparca junto a la orilla del río, al lado de un puesto de kebabs. Mi estómago ruge.

—La mía parece un lío constante.

—Puede ser...

Apara el motor y, con él, la música deja de sonar. Pone toda su atención en mí, y en ese momento soy plenamente consciente de que Maddie ha dejado huella. Puede que no haya segunda cita, tal vez jamás volvamos a vernos, pero sé que algunas noches pensaré en ella y me preguntaré qué habrá sido de su vida, si tuvo segundas oportunidades, si fue feliz.

—Mi madre está en una clínica porque intentó suicidarse. Y no sé por qué te lo estoy contando —dice de golpe. Luego, baja del coche, visiblemente molesta consigo misma. La sigo, y nos dirigimos al puesto de kebabs.

—Maddie, siento lo de tu madre, y siento que mi... —hago un gesto circular junto a la sien— te haya puesto triste.

Ella me da un pequeño empujón para quitarle hierro al asunto. Pedimos un menú con carne de ternera en pan de pita y dos refrescos extragrandes. Maddie paga con mis cien dólares y me devuelve el cambio.

—Tienes que dejar de preocuparte tanto por los demás —dice mientras le da un mordisco a su kebab. Las mesas del sitio no parecen demasiado limpias, así que abro la puerta trasera de mi camioneta y nos sentamos allí. La brisa es fría, pero soportable. Tras tragar, añade—: Algunas de tus manías parecen de primero de Psicología, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí. A ver, prueba. Repite conmigo...

Me recuerda a Hanna, y no puedo evitar soltar una risa.

—¡Venga!, repite: *No te diré qué ha provocado mi episodio porque no es tu puñetero problema, Maddie.*

—Oye, yo nunca diría eso.

—Pues deberías —me recrimina—. Y eso dice mucho de ti, más de lo que tú mismo cuentas. Porque hay una única razón por la que la gente no manda a paseo a los entrometidos: tienen miedo de que les dejen de querer. Así que, Blaze Davenport, no sé nada de tu rancho ni de cómo has pagado esta pedazo de camioneta, pero sí sé algo demasiado personal de ti. —Maddie suspira y aparta la mirada hacia la superficie cristalina del río Misuri. Aunque murmura, la brisa me trae sus palabras—. Y por eso he acabado contándote lo de mi madre como una idiota, porque sentí que estabas en desventaja.

Se vuelve hacia mí, levanta su refresco y me propone un brindis silencioso. Un brindis

que, bajo las estrellas de Nebraska, celebra que dos mundos tan distintos hayan colisionado.

Blaze

Estar quietos más tiempo no es una opción. La sangre ha bajado al estómago para digerir los kebabs, y la brisa comienza a hacerse insoportable. Lo lógico sería meternos en la camioneta y dar la noche por terminada; sin embargo, decidimos movernos. Caminamos por la ribera, aprovechando que hay un sendero cerca. El río Misuri permanece salvaje, tal como lo son las tierras de Nebraska. Solo en los tramos próximos a las ciudades hay señales y pasarelas.

Me ajusto el sombrero más profundamente para que el viento no lo arranque y me coloco junto al agua, para servir de escudo entre el frío y Maddie. Ella se cruza el abrigo sobre el pecho, cerrándolo bien. Su coleta alta, con esos mechones rojizos, le golpea el rostro cada vez que se vuelve hacia mí. Suelta una carcajada mientras aparta de sus labios unos mechones rebeldes que se le han pegado.

Estoy sorprendido por cómo está resultando esta extraña cita. Extraña, pero precisamente por eso memorable. Maddie no tiene ni idea de quién soy, y no solo por esa pregunta que me hizo mientras conducía. Podría haberle dado más información sobre mí, claro, pero no espero que me trate como cualquiera lo haría con un Davenport. Sabe, claro está, que tengo dinero. La camioneta y mi pésima elección de restaurante lo han dejado claro, pero no parece magnificarlo ni espera que presuma de ello.

Disfruta, por increíble que me parezca, de mi compañía y de mi parca conversación. Me pregunto qué demonios habrá puesto Karl en ese maldito aplicativo de citas, y qué escribió ella, para que un algoritmo creyera que somos compatibles. Porque, aunque la cita fluya sorprendentemente bien, no creo que haya dos personas más distintas que nosotros dos.

Ella habla, yo escucho. Ella se ríe a carcajadas; yo apenas esbozo una sonrisa. Ella trabaja de camarera y, aunque lo disimula, intuyo que anda justa de dinero. Yo soy rico como un creso gracias a mi padre. Ella tiene solo una madre; yo, solo un padre.

—¿Te estoy aburriendo? —pregunta de repente, tras otros diez minutos de conversación unilateral. Me estaba hablando de las mediciones atmosféricas antes de una tormenta, y yo he desconectado un poco.

—No, para nada. Aunque tengo que confesarte algo y añadir otro momento embarazoso a la lista...

—¿Qué pasa?

—Le tengo miedo a las tormentas.

—Solo los idiotas no les tendrían miedo a las tormentas en Nebraska —responde sin dudar, mientras empieza a caminar de espaldas, mirándome de frente. Yo no pierdo de vista el camino tras ella, asegurándome de que no haya piedras ni obstáculos—. Yo les temo tanto como me fascinan.

—Yo solo les temo.

Ella sigue andando de espaldas, y yo guardo silencio. Pero esta vez, Maddie puede observarme detenidamente, y no tengo forma de refugiarme en mi habitual silencio.

—Es el momento perfecto para practicar, Blaze. Vamos, di: «No lo diré, Maddie. No importa cuánto insistas, mis pensamientos no son asunto tuyo». Venga, inténtalo.

Le dedico una de mis sonrisas a medias.

—Serías buena psicóloga.

—¡Ni de broma! No tengo paciencia —responde rápido—. Ya estoy a un pelo de

regañarte. —Lo dice con una sonrisa enorme—. No me llevaría bien con pacientes tercos, y tú tienes toda la pinta de serlo. Muchísimo. Así que mejor paso a aplicar técnicas más extremas. Aprovechando que no sabes decir que no y que parece que te has relajado, no pienso dejar de indagar de manera pasivo-agresiva. —Cruza los brazos con una expresión de falsa seriedad.

De pronto, veo una piedra justo detrás de ella. La sujeto cuando tropieza, pero acaba cayendo sobre mi pecho. Maddie alza hacia mí sus ojos avellana, que en la penumbra de la noche parecen completamente negros y reflejan las nubes grises del cielo.

Su mirada es, sin duda, la mejor técnica pasivo-agresiva, porque me desarma por completo y, antes de darme cuenta, estoy diciendo:

—El recuerdo que me asalta durante los episodios es de una noche de tormenta. Acabé con un tronco de árbol incrustado en el pecho, y por eso siento ese dolor, como si fuera un infarto. Es un dolor fantasma, una reminiscencia de aquel momento que vuelve a mi mente y obliga a mi cuerpo a revivirlo.

Maddie posa las palmas sobre las solapas de mi chaqueta. La suelto, pero no se aparta.

—Joder, qué putada —dice con absoluta sinceridad, y me encanta. No intenta adornarlo, ni se pone con caras de pena o piensa que estoy loco y que debería tomarme una pastilla. Simplemente lo llama como es: una putada.

—Lo es. —Empezamos a volver. La pasarela ha llegado a su fin, y, si queremos continuar, tenemos que seguir por un sendero salvaje—. Tu técnica funciona, Maddie. Creo que soy hijo del rigor.

—Te has relajado y eres de naturaleza confiada, tal vez demasiado. Me has dado tu móvil y la llave de tu camioneta.

Y tú me has compensado contándome lo de tu madre, pienso, y comprendo que es un obsequio inmenso. Magdalen no es de las que se abren fácilmente.

—Tal vez porque me cuesta tener citas, entonces es mejor mostrar lo peor de uno a la primera. Una buena manera de filtrar personas.

—Si esto es lo peor de ti, Blaze... —deja la frase en el aire. Yo la observo sin creérmelo del todo. ¿Realmente piensa que estar tan roto como yo no es la gran cosa? Quizá sea mi mecanismo de defensa, pero necesito que comprenda cuán espantoso es estar a mi lado, porque si no...

Si no mi hermano Wade siempre tuvo razón y yo dejé maltratarme...

Si no Maddie tiene razón y mi mayor temor es que no me quieran...

Si no Hanna está en lo correcto y yo me creo poco merecedor de afecto por algo que ni siquiera puedo recordar.

Joder.

—No puedo alternar en sociedad —confieso, afanado en espantarla—. Lo que me sucedió en el restorán me ocurre en cada evento social. Por el hecho de tener episodios, he desarrollado ansiedad. Cada vez que tengo que tratar con personas, mi cabeza empieza a funcionar a mil revoluciones por segundo, plantea todos los escenarios posibles. «A» dirá tal cosa y yo responderé tal otra y entonces quedará como un imbécil, pero tal vez «A» no diga esa cosa y diga tal otra, y yo no responderé y tendré un episodio y entonces pensará... y luego «B» agregará... y mi hermano y mi padre sufrirán. O Quizá haya un incendio, o derrame una copa, o se me desgarre la camisa... —suelto apresuradamente, del mismo modo en que sucede en mi cabeza—. La propia ansiedad alimenta los episodios. Esta noche, por ejemplo, lo pensé todo: cómo serías, qué pediríamos en el restaurante, de qué hablaríamos... con todas sus variantes. Incluso contemplé que en lugar de pedir vino pidieras un refresco. Hasta ese detalle lo tenía previsto en

mi abrumadora ansiedad. ¿Vegana? Evaluado. ¿Abstemia? Considerado. ¿Comida kosher? Por supuesto...

—Pero no se te ocurrió lo del aplicativo —concluye. Cierro los ojos y reprimo una maldición entre dientes. Maddie parece triste. Intenta decir algo, pero se lo guarda a último minuto.

—Sí, Maddie, esto es lo peor de mí. Es la razón por la que acepté desesperado una cita a ciegas. Puedo llegar con una camioneta impresionante y un exceso de confianza, pero no hay salidas con Blaze Davenport. No hay viajes a lugares concurridos, ni hoteles de lujo, ni fiestas sorpresa de cumpleaños, ni barbacoas con un montón de amigos el 4 de julio, ni largas mesas familiares en Acción de Gracias.

—¿Pero la camioneta y la confianza se quedan? —pregunta con una sonrisa, mientras llegamos al puesto. El empleado está cerrando.

—Inamovibles.

—Sigo pensando que es un buen trato.

Ruedo los ojos, entre halagado e incrédulo. También algo asustado.

—Venga, que debes estar helada. Te llevo a casa —le digo. Por un segundo, palidece. Luego oculta su reacción tras una sonrisa. Sí, Maddie tiene que trabajar un poco en eso de la confianza.

—Un aventón hasta Fort Creek, desde allí cojo un taxi.

—De verdad, no me importaría... —Pero su sonrisa se vuelve de hielo. Ella sabe decir que no y poner límites, y yo podría aprender un par de cosas de ella—. Vale... hasta Fort Creek, pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, mientras se sube en el asiento del copiloto. Yo vuelvo a acomodar la butaca del conductor a mis dimensiones.

—Que guardes mi número y me envíes un mensaje cuando llegues a casa. —Me quito el sombrero—. No soy un vaquero solo de pintas, también de educación, y dejarte ir a solas me está quemando las entrañas.

—Vaya estrategia para conseguir el número de una chica —se mofa. Mi mirada le deja en claro que no es estrategia y, que, en esta, si no cede, pierde—. Está bien.

Anota mi número en mi móvil. Tras lo cual pone una emisora en la radio. En Fort Creek, espero con ella hasta que el taxi llega. No puedo dormirme hasta que leo el mensaje:

Maddie: Llegué bien, buenas noches, vaquero.

CAPÍTULO 7

Maddie

Primera vez en el día que apoyo mi trasero. Cojo una tortita fría y pringosa y me inclino sobre la barra para comer sin ganas. Uno de los clientes de la mañana la pidió y luego no pudo comerla. Cuando le ofrecí envolverla para llevar, me dijo que no, que la tirara. Pues aquí estoy, soy Maddie, y estoy a un paso de convertirme en un cubo de basura.

Ojalá pudiera bajarla con un sorbo de café. Desde que Tammy tuvo que vender la cafetería y la compró una gran cadena, el consumo por parte de los empleados está prohibido. Lo mismo ocurre con cualquier otro beneficio, como, por ejemplo, un adelanto del sueldo. Fui a suplicárselo a Bryan, pero fue en vano. Bryan es un gilipollas que cree que, porque ahora trabajamos para una gran cadena, somos más importantes que cuando lo hacíamos para Tammy. Es de esos que hablan de mérito mientras no hacen ni mierda y dan órdenes estúpidas, convencido de que, comportándose así, le colgarán en la pared como empleado del mes y le convertirán en accionista de la empresa.

Si pudiera sentir lástima por alguien más que por mí misma, lo haría por Bryan. Pero no, lo siento, hoy no puede ser. La temida carta con el sello rojo de «último aviso» ha llegado a mi puerta. Si no pago al menos un mes de alquiler, me echarán. Mi cuenta está en números rojos, mis tarjetas también, y la cafetería no adelanta dinero. ¡Perfecto!

La idea de llamar a Sonia cruza por mi mente, y las ganas de llorar me asaltan. No puedo hacerlo, no después de lo de anoche, de Blaze, y de mi último golpe de suerte. No habrá una tercera vez; no podré volver a hacerlo sin follar con alguien. Nadie tiene tanta suerte, y yo, de por sí, soy conocida por mi pésima fortuna.

Pensar en Blaze consigue darme un respiro en medio de tanta desesperación. Reemplaza mis problemas urgentes por las más bellas trivialidades. Anoche llegué a casa tan agotada que apenas fui capaz de quitarme la ropa y meterme en la cama. Mi subconsciente, cruel como siempre, me torturó con cuentas pendientes y pesadillas sobre mi madre, sin regalarme ni un solo sueño agradable. No estaría tan destrozada si al menos hubiese fantaseado con un guapo vaquero de ojos color güisqui haciendo crujir mi cama. Un suspiro se escapa de mis labios.

Ni siquiera me besó.

¿Quería que lo hiciera? Sí y no. Sí, porque sé que jamás volveré a verlo y habría preferido tener algo más que recordar. No, porque esto lo hace aún mejor. Como él mismo dijo, no es un vaquero solo de apariencia; los modales vienen incluidos.

Y ahora no me lo puedo sacar de la cabeza.

Agobiada como estaba esta mañana, no tuve tiempo siquiera de buscarlo en internet, pero ahora tengo unos minutos. Entre el desayuno y el almuerzo, la cafetería se vacía, y la mayoría de las personas piden para llevar. A mi lado está Sue, que pone los pies en alto en el taburete de al lado y suelta un gemido de cansancio. Como al último cliente lo atendí yo, quien cruce esa puerta recaerá sobre ella.

Las dos rezamos para que nadie lo haga.

Estamos tan agotadas que ni siquiera hablamos. Nos llevamos bien; Sue no es como Bryan. De hecho, la mayoría de los empleados no somos como Bryan. Sabemos que estamos en el mismo barco y nos ayudamos entre nosotros, pero lo cierto es que el trabajo apenas nos da tiempo para hablar y conocemos poco los unos de los otros. Solo sé que Sue tiene dos hijos, y su

marido conduce un camión. Pasa largas temporadas fuera, mientras ella se las apaña con los horarios imposibles de la cafetería, la crianza de los niños y las facturas.

Me aseguro de que Bryan no ande cerca y saco el móvil. Es hora de despertar, Maddie; es hora de buscar a tu vaquero en internet.

Blaze Davenport...

—¡Joder! —Sue me mira, y yo me apresuro a negar con la cabeza. No quiero que haga preguntas, preguntas imposibles de responder. Empezando por la más obvia: ¿de dónde conoces tú al... ¡millonario más joven de Nebraska!?

Así lo titula la revista Forbes. Mi corazón late desbocado. ¡Qué narices!, ya sabía que era rico, pero... pero...

—Me cago en la... —Sue vuelve a mirarme—. Perdón, mi cuenta bancaria. —Miento, y ella se lo cree. Cualquiera de nosotros maldeciría al ver las magras ganancias de una camarera. Sin embargo, no es por eso, sino por una noticia de hace apenas unas horas. Dice: «Blaze Davenport, lapidario con un restorán». Ahora sí, pienso, se hará esa cirugía de reconstrucción facial. No puedo evitar reírme. Mi reseña del sitio ha sido recogida por un diario sensacionalista, y caigo en la cuenta, una vez más, del tipo de hombre que es Blaze: alguien que nunca, jamás, pasa desapercibido. Una persona que despierta interés, cuya más mínima tontería ocupa las primeras planas de los periódicos de Nebraska, si no de los nacionales.

¿Cuál es el trastorno de Blaze Davenport? Expertos explican...

Nepo babies, ¿exitosos o niños de papá?

Blaze, el hermano enigmático.

Los titulares sensacionalistas se acumulan, y cometo el error de leer los comentarios. Hay mensajes de chicas como yo, que sueñan con un vaquero y, en el anonimato de las redes, se permiten decir barbaridades. Algunas son bastante ingeniosas, pienso, sonrojándome. ¡Vaya, señorita! Y la que se dedica al oficio de prostituta soy yo, murmuro por lo bajo al leer una guarrería sobre lo que una haría con la boca a Blaze. Otros comentarios son realmente maliciosos, desde acusarle de estar loco hasta de suplantar la identidad.

—¿Suplantación de la identidad? —se me escapa en voz alta.

Sue no me oye; se ha puesto los auriculares, y no la culpo. En la radio suena una canción espantosa. Un par de clics después, comprendo que se trata de una teoría conspirativa porque, al parecer, Blaze es lo suficientemente rico como para que inventen cosas sobre él.

Sin embargo, la raíz de esos comentarios horribles, escritos por personas que creen que al otro lado de la pantalla no hay un ser humano y que se sienten inmunes tras el anonimato de las redes, es una verdad muy triste.

—Por eso le temes a las tormentas... —le digo a la imagen de un Blaze pequeño y sonriente en una vieja foto.

En el accidente del que me habló murió su madre. Él estuvo en coma durante semanas. Despertó con amnesia.

Se me forma un nudo en la garganta. Los malditos del periódico no han cerrado la sección de comentarios de una noticia tan sensible, y los internautas no dejan de escribir que Blaze murió, que la amnesia no es real, sino que alguien ha suplantado al niño, que por eso no se mezcla en sociedad y se esconde en el rancho, porque sabe que lo descubrirán. Y millones de sandeces similares.

¿Cómo no va a tener ansiedad social? Pienso mientras sigo leyendo los titulares. Todo lo que hace termina en internet, donde, a su vez, es sometido al escrutinio público. Lo último fue su separación de una tal Shannon.

—Claro, por supuesto... —comento cuando leo al primer usuario anónimo especular sobre la orientación sexual del más joven de los Davenport.

Yo, por mi parte, siento el impulso de crearme una cuenta solo para escribir que esa tal Shannon no estaba a la altura de Blaze. Pero sería por puro celo y envidia, porque, joder, sí estaba a la altura. Rubia, guapísima, con un cuerpo de infarto.

—Vale. —Aparto el móvil—. Lo que me faltaba, deprimirme por mi aspecto y soñar con imposibles. Tu noche terminó, Cenicienta; regresa al mundo real.

—¿Cómo dices? —pregunta Sue, quitándose uno de los auriculares.

—Que voy a atender al cliente. —Digo mientras un hombre cruza la puerta—. Descansa un poco más; tienes los pies hinchados como globos.

—Gracias, Maddie, eres la mejor. Ya me dirás cómo te compenso...

—¿Me adelantas el sueldo? —Sue se ríe; cree que bromeo. Ninguno de nosotros anda sobrado de dinero.

—No, pero puedo invitarte a una cerveza de lata en mi casa.

—Acepto.

Sonrío sin entusiasmo y, con el mismo gesto en mi rostro, le doy la bienvenida al cliente.

Maddie

Dos semanas después, la totalidad de mis pertenencias están empacadas en dos maletas y una caja. Esa es mi vida y ahora reposa en el depósito de la cafetería, escondidas de la mirada de Bryan y con la esperanza de que un milagro caiga del cielo.

Estoy en la calle.

Mi jornada empieza en unas horas y yo no tengo ni una silla donde sentarme. Decido adelantar la visita a mi madre; al menos ella sí tiene un techo. Su mes en la clínica fue lo último que pude pagar gracias a la cita con Blaze. En treinta días, estaremos las dos en la misma situación.

La desesperación me abruma. Nunca pensé que acabaría sin hogar, que terminaría formando parte de las estadísticas más sombrías que asolan a Estados Unidos cada año. Una visión quizá ingenua de la América profunda nos lleva a pensar que esas cosas solo ocurren en Los Ángeles o Detroit, pero no en Nebraska. No en un pueblo.

No a mí.

Vendí por unos pocos dólares las pocas pertenencias que me quedaban: el sofá con los muelles rotos, la cama de montaje y el conjunto de mesa y silla que ya había sido de segunda mano. Con ese poco dinero tengo que arreglármelas hasta que... ¿me toque el gordo de Navidad?

Por ahora, cojo el autobús y recorro las pocas millas que me separan de Fort Creek. A las afueras de ese pueblo, en un terreno propiedad de la iglesia católica, se encuentra la clínica de rehabilitación donde está mi madre. Tal vez por eso no me rindo; sé que los milagros ocurren, aunque dudo que golpeen dos veces a la misma familia. Esta clínica ha sido un auténtico milagro para nosotras: le ha salvado la vida a mi madre. Pero, a veces, hasta la suerte requiere un pago mensual.

Al entrar, la recepcionista me reconoce y me sonrío. Yo le devuelvo el gesto, ocultando tras mi sonrisa todos mis pesares.

—Maddie, tu madre ya te espera. —Y acciona la puerta de seguridad.

No es una instalación de máxima seguridad, aunque tiene varios controles. Aquí viven personas que pueden atentar contra su propia vida. Podría imaginarse un lugar lúgubre, sombrío,

con lamentos como música de fondo. Nada más lejos de la realidad. Es una casona de estilo colonial americano, con un gran jardín verde, bien cuidado, sillones mullidos y cojines en tonos pastel. Por cada ventana entra luz; la claridad y el sol son fundamentales para la recuperación de los pacientes.

Las habitaciones son acogedoras. Mi madre, por supuesto, comparte la suya; el privilegio de la privacidad absoluta es un lujo que no podemos permitirnos. La señora Bowes es una buena compañera para mi madre. Tiene unos sesenta años y esta no es su primera estancia en la clínica. Su experiencia con esta dura enfermedad le permite detectar las señales de alerta, y suele ingresar por su propia voluntad cuando siente que necesita ayuda.

Jasmine me espera en el porche trasero con un trabajo de ganchillo en las manos. La veo luchar contra unas tijeras infantiles que apenas cortan los hilos. En cuanto me ve, su rostro se ilumina, y sé que el mío refleja la misma alegría.

Verla sonreír hace que todos mis problemas se desvanezcan durante unos minutos. El mundo puede esperar; cualquier lucha merece la pena si es por verla bien.

—¡Maddie! —exclama, dejando el ganchillo a un lado. Yo corro a sus brazos y la estrecho con fuerza.

—Mamá, ¡qué guapa estás!

—¿Te gusta? —me pregunta, mostrándome su cabello trenzado—. Me lo ha hecho la señora Bowes; yo no fui tan hábil con su peinado —ríe.

Señala con la cabeza al lugar donde su compañera está sentada, leyendo una novela romántica. Aquí se aseguran de que los libros sean historias amables que no provoquen angustia. Para sufrimiento, ya está la vida.

—Le ha quedado fantástico. —Me siento junto a ella. Jasmine me observa con su mirada sagaz. Ese es el motivo por el que las visitas son escasas, la presencia de los familiares puede remover demasiadas emociones.

—¿Todo va bien? —indaga—, me ha sorprendido que cambiaras el día de visita.

Mi sonrisa se amplía en un intento por ocultar el dolor. Por fortuna, se me da bien mentir.

—Claro. —Si le digo que la vida va sobre ruedas, sospechará, así que mi mentira debe ser creíble—. Es que mañana haré un par de horas extras para reemplazar a Sue, ya sabes, no sobra dinero. Pero vamos bien. Este mes pagué la electricidad; la renta me toca el entrante —bromeo. Mi madre asiente. Así ha sido siempre, jamás estuvimos libres de deudas, esa es la cultura americana. Cree mi mentira y se relaja. No hablamos más de dinero, es un tema tabú tras estas puertas; si mi visita le angustia, me la impedirán la semana que viene. —Cuéntame de tu proyecto de ganchillo —le pido.

Jasmine se anima. Me pone al tanto de las actividades artesanales que aprende en los talleres; la mayoría de ellos tienen dos finalidades: mantenerlos ocupados y brindarles herramientas cuando deban regresar al mundo cruel.

Hablamos de los avances y me cuenta que le han bajado la dosis del antidepresivo y que está muy contenta por ello.

—Me he echado un par de libras encima, ¿a que no? —se mofa. Yo le digo que la veo fantástica, y no es mentira. Siempre fue muy delgada, al igual que yo, y carente de curvas.

Damos un paseo por los jardines y aprovechamos el sol primaveral. Los planes de futuro quedan relegados y esa regla me viene como anillo al dedo, porque entonces no debo esconder que no hay futuro fuera de estas puertas.

Me despido con otro abrazo profundo y una promesa muda de que seguiré luchando para conseguir que siga aquí el tiempo necesario hasta que sane. No sé cómo lo conseguiré, pero soy

una McEwan como ella y no nos rendiremos. No, señor.

Maddie

—¡Joder, Maddie! Es una puta mierda —me dice Sue, mientras me cubre las espaldas. Me estoy poniendo el uniforme de camarera en el depósito del café.

—¿Dónde dormirás?

—No lo sé. Quizá pueda encontrar una habitación de motel esta noche y... —No tengo mucho más.

—No es la mejor de las situaciones, pero mañana mi marido parte de viaje con un cargamento hasta Texas, por lo que estará fuera unas noches. Puedes quedarte conmigo, si no te importa compartir cama.

—Mi respuesta es abrazarla.

—Me vendrá perfecto, Sue. Prometo devolver el favor.

—No es necesario, aunque esta noche no podrás ser. ¿Segura que te alcanza para un motel?

—Claro. —Si no gasto ni un dólar en comida..., ya me las apañaré. Pienso que quizá puedo pasar la noche aquí, en el depósito, hasta mi turno de mañana.

—Oculta bien las maletas —dice Sue, echando por tierra mi plan mal ideado—, Bryan se valdrá de cualquier excusa para echarnos de patitas a la calle. En su otra vida fue un dictador, no me cabe la menor duda.

—En la otra y en esta. —Empujo mis pertenencias tras las cajas de café y azúcar. Me recojo el pelo en una coleta alta y ya estoy lista para empezar mi turno. La cantidad de clientes me impide seguir dándole vueltas a mi situación y me impide derrumbarme. Creo que estoy en estado de shock, de incredulidad total. Como si eludir asumirlo no lo hiciera real.

La normalidad con la que fluye el día parece burlarse de mí y me hace pensar en cuánta gente sufre mientras seguimos con nuestras vidas y rutinas, ajenos a tanto dolor. Los clientes llegan, piden lo mismo. Louis pide un café y tortitas; Marie, tostadas francesas; Simon, un sándwich; y la pequeña Anabelle, avena con miel. Salvo los viajeros ocasionales, nuestro público rara vez cambia. Me conocen, me sonríen y no se percatan de que mi forma de atenderlos ha cambiado.

Ralph, el cocinero, ya conoce mi secreto. Vio las maletas en el depósito y, al igual que Sue, se apiada de mí. Él no puede ofrecerme un techo, vive con sus padres y también tiene deudas, se deben a una mala inversión del pasado. Sin embargo, no duda en agregar algún detalle a cada comida, sumar un toque personal. Aquí no hay café de barista, así que dibuja corazones con la jalea o forma flores con las hojas de menta, consciente de que ese gesto nos granjeará mejores propinas.

—Maddie, tu móvil está sonando —dice Sue, y se acerca con la bandeja al apartado que estoy atendiendo. —Yo me encargo —dice y me reemplaza con los comensales. Guardo la libreta en el amplio bolsillo de mi delantal y voy en busca del móvil. Tenemos prohibido cargarlo con nosotros y, aunque Bryan no esté a la vista, seguimos las reglas por miedo a las consecuencias. Al coger mi bolso, la llamada ha terminado y desbloqueo la pantalla para ver quién ha sido. Lo hago con miedo, es el primer contacto con el mundo real que tengo desde que empezó esta pesadilla. Los segundos que me lleva hacer una acción tan mecánica como poner mi pulgar en el centro del móvil se hacen eternos; el tiempo se ralentiza y mil fantasmas atraviesan mi mente: ¿pondrán a mi madre también de patitas en la calle?, ¿han iniciado el banco un juicio por mis deudas?, ¿me han cancelado las tarjetas?

Nada me prepara para la verdad.

—¿Una llamada perdida de Blaze? —murmuro incrédula. Mi corazón se me sale por la boca y siento como si mil burbujas estallaran en mi estómago. Tengo las manos temblorosas y el móvil casi se me cae cuando vuelve a sonar.

Tardo en atender. Tengo esa extraña sensación que se tiene en los sueños semiconscientes, en los que atraviesas la puerta de tu casa y, de pronto, sin explicación, te hallas en la escuela o, peor aún, en la guardería. Has viajado en el tiempo y en el espacio y solo te queda adaptarte a la situación onírica.

Eso es la llamada de Blaze, dos mundos separados que no deberían tocarse. Cojo el teléfono y mi voz suena confusa cuando, por fin, consigo articular un:

—¿Hola?

—¿M-Maddie?

Su voz ronca y su leve balbuceo... mis piernas amenazan con dejar de funcionar. Él también suena confuso, casi como si esperara que no cogiera su llamada o...

—Siento no haber llamado antes —dice y entiendo que el muy tonto piensa que estoy enfadada con él por no haberme escrito—. Y siento más llamarte ahora, soy un capullo, lo siento.

Su tono tímido me saca de mi estado de estupefacción y la ternura que me suscita hace que olvide lo extraño que es hablar con un tío mientras mi mundo arde hasta las cenizas.

—Primero, Blaze —respondo y poso los codos sobre la barra. Sue me observa y arquea las cejas; me sonrojo y ella se ríe. Me hace señas con la cabeza para que salga a la parte trasera. A veces, a Bryan le da por venir a controlar fuera de su horario; le hago caso mientras continúo con la conversación —seré yo quien se disculpe. He leído que tu reseña sobre el restaurante salió en la sección amarillenta del diario. —Lo oigo reír al otro lado, una risa contenida, y soy capaz de dibujar su imagen en mi retina. Los ojos, como el güisqui, brillantes; las mejillas, ardiendo; y los dientes, blancos, asomando apenas por debajo de sus labios.

—No te preocupes.

—Y segundo —Ya he llegado a la puerta trasera, mi nariz se da de lleno con el olor a basura de los contenedores. La realidad parece decidida a colarse en mi mundo de fantasías. Las palabras me salen acompañadas de un suspiro derrotado—, creo que has tenido una conversación mental con todos sus posibles escenarios en la cabeza, pero no me has puesto al corriente de ella, ¿verdad?

Tarda en romper el silencio, lo que me confirma que tengo razón. La ansiedad lo ha torturado estos días, se ha debatido mil veces entre llamar o no, se ha imaginado cada posible respuesta hasta agobiarse y ahora, «algo», que no ha conseguido poner en palabras, lo ha obligado a llamarme. Aguardo paciente, poso mi espalda en la pared menos sucia y miro al cielo.

—¿A-aún estás ahí? —escucho.

—No me iré a ningún sitio, Blaze. —No tengo ni para el pasaje, pienso con sorna.

—Vale. Joder... —susurra, pero consigo oírlo. Le cuesta hablar y yo debería encontrar eso molesto, un defecto, un estorbo, un...—. Verás, me han invitado a una fiesta y, la verdad, no pensaba ir, pero... bueno... en realidad, se lo debo a mi hermano, porque él está lidiando con las consecuencias sociales de... de mis problemas. —Suelta el aire y otra vez se instala el silencio entre nosotros. Esta vez le cuesta más hablar, así que le ayudo.

—¿Con problemas te refieres a terminar con una tal Shannon? —Oigo el ruido del móvil, como si se le hubiera golpeado contra algo. Río—. Lo siento, es que la curiosidad pudo conmigo y te busqué en internet.

—No creas todo lo que lees.

—Tranquilo, no lo hago. Pero sí creí en que terminaste con tu novia y algo me dice que sois del mismo círculo. —No conseguí esconder del todo el tono de celos o envidia que me invadió al oírlo. Yo aquí, entre basura, soñando, y ella... Él... Me invade la necesidad de finalizar la llamada y regresar a mi pesadilla; al menos allí no tengo sorpresas, siempre es horror y espanto.

—Sí, eso es verdad —afirma, derrotado.

—¿Irás esta noche a esa fiesta?

—Sí. Aquí llegamos a la parte en la que me disculpo y digo que soy un capullo.

—Descuida.

—Si te hubiera llamado antes, no me sentiría tan mal por pedirte un favor.

Me muerdo el carrillo; ahora es a mí a quien asola la culpa. Y, si tú supieras que soy prostituta, no te sentirías tan mal por contratarme un par de horas, pienso y ahogo mi respuesta. ¿Por qué?, mi conciencia grita díselo, díselo, suéltalo ya. Despierta, Cenicienta, confiesa que estás en un basurero, que eres una sintecho que ha vendido hasta lo último que tiene: su cuerpo y su dignidad. Díselo, aléjalo de ti.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunto, y la sorpresa se cuele en mi voz. La incredulidad gana la batalla, porque es cierto que le mentí respecto a mi «oficio», pero esa fue la única mentira entre nosotros. ¡Y me cuesta mucho mantenerla! Sabe que soy camarera, debe de haber adivinado que no me sobra dinero y conoce mi aspecto de muchacha rural, muy diferente del sofisticado estilo de su ex.

—Sí. —Tras lo cual, dice algo que me desarma por completo—. Tu compañía me vendría realmente bien.

Joder, mi corazón está decidido a matarme. Concentrada en no sufrir un infarto, hago la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Cuándo?

Se toma su tiempo y se lo agradezco, porque le permite a mi corazón regresar a su ritmo normal y a mi cabeza pensar con claridad. ¡¿*Qué dices, Maddie?!*, tienes problemas más apremiantes que Blaze, sus fiestas pijas y su ex de infarto.

—Esta noche. Lo repito, soy un capullo.

—Pues no te sientas mal —suspiro—, porque no podré ir y, aunque seas un capullo, me halaga la invitación. —Es cierto, lo hace, aunque para él solo sea un madero al que aferrarse en un océano de mierda, es bonito sentirse necesitada. Tal vez por eso no me conformo con decir un simple «no», aunque bastaría, y agrego—: Trabajo hasta tarde.

—Vale. Gracias, igualmente. Al menos me sirvió para reunir valor y llamarte, y tal vez quedar para otro día.

—Suenas bien —digo con la voz ronca—. Blaze... —Voy a decirle la verdad, lo sé. Siento las palabras emanar de mí y atorarse en el nudo en mi garganta, en las lágrimas contenidas detrás de mis ojos. Lo percibe, su ansiedad le prepara siempre para los peores escenarios, así que intuye que algo horrible saldrá de mis labios.

Y se adelanta. Bendito sea su trastorno de ansiedad.

—Puedes venir a la hora que quieras o no venir en absoluto —aclara apresuradamente, lo dice para detener mi peligrosa verborrea—. El único que debe cumplir soy yo, así que, si cambias de opinión, solo tienes que coger el coche de la empresa que te estoy enviando ahora mismo y listo. De lo contrario, te quedas en casa, ves una película acompañada de una buena dosis de helado, sabiendo que te envidiaré todo el rato. ¿Vale?

Se instala un vértigo atroz en mi estómago. ¿Cómo explicarlo? Mi intento de confesión se

sintió como pararse junto a un acantilado, dispuesta a saltar, y su interrupción fue como el abrazo salvador de un bombero en el último segundo. Con la adrenalina aún corriendo por mis venas, me oigo decir:

—Vale.

Los dos exhalamos a coro; el alivio que nos invade es igual y distinto. La conversación continúa con varios «vale» más. Hasta que nos echamos a reír por la tensión incómoda.

—Vale —dice por última vez entre risas—. Adiós, Maddie. O mejor, hasta luego —se corrige—, porque ya sea hoy o después, me debes una cita.

—Hasta luego.

Terminar la llamada es como despertar de un buen sueño: vuelvo a la realidad, pero lo hago con una sonrisa que hace que mi espantoso día parezca mejor.

CAPÍTULO 8

Maddie

El sol comienza a esconderse en el horizonte, tiñendo el cielo de un tono entre naranja y morado. La primavera lucha por abrirse paso tras el invierno, pero la brisa fría no cederá hasta dentro de unos meses, cuando el verano se alce implacable. El clima es hostil en Nebraska; no es el mejor lugar para convertirte en una persona sin hogar. Me dejo caer en el único banco del aparcamiento del café, la señal del wifi llega a mi móvil y busco en el mapa los moteles más cercanos.

—Un día a la vez —me repito. Mañana podré alojarme con Sue y, durante esos días, quizá encuentre una habitación para compartir o... no sé. Debo confiar.

Hay un motel a un par de calles de aquí. No es de los mejores; su clientela es de la que paga en efectivo para no dejar rastro de lo que pueda suceder en esas habitaciones. Como mi situación no está para exquisiteces, acepto que allí pasaré la noche. Leo en los detalles de los servicios que puedes alquilar la habitación por horas; si permaneces allí menos de ocho, pagas menos. Perfecto. De todas formas, no podré dormir, pienso, de mejor humor al haber solucionado lo urgente. Al menos no pasaré la noche al raso con este frío.

Abro mi bolso, busco la cartera y hago un recuento del dinero disponible. No es mucho, y me aterra llevarlo en efectivo, pero ingresarlo en el banco, con mi nivel de deudas, es arriesgarme a que lo embarguen y quedarme sin ni siquiera poder comer.

Me alcanza para unas noches más en el motel, quizá incluso hasta el próximo pago de la cafetería, y entonces... entonces volveré a pagar la clínica de mi madre. Lo sé, la situación será igual de precaria.

Vuelvo a pensar en Sonia, y el frío que siento nada tiene que ver con la brisa. Ella podría ayudarme, pero prefiere sacar provecho. No estoy segura de si la culpo o la entiendo. La bondad no suele ser recompensada, eso me ha enseñado la vida. Y con esa idea, otra comienza a abrirse paso en mi cabeza.

Blaze.

Blaze y su confianza, Blaze y sus problemas, tan distintos a los míos, Blaze y sus palabras: «Me haría realmente bien tu compañía».

Sé que no puedo hacer nada por mí misma, pero la posibilidad de hacer algo por él me consuela de una forma difícil de explicar. Quizá sea por la sensación de impotencia que me abruma al verme en la calle, contando los céntimos, a merced de la bondad de Sue o de la avaricia de Sonia. O quizá todo se reduzca a que Blaze ha dejado una profunda impresión en mí. Sea como sea, a cada minuto que pasa estoy más convencida de que debo coger mi único vestido de fiesta —si es que puede llamarse así— y presentarme en el evento para hacerle compañía.

Detrás de su petición hay un matiz que me conmueve. No me ha dicho cuál es el protocolo, ni me ha enviado, como en la película «Pretty Woman» —referente obligado para nosotras, las prostitutas— a comprarme vestidos caros y a ir a salones de belleza de lujo. No ha intentado cambiarme en lo más mínimo. Yo, Magdalen McEwan, camarera a tiempo completo y, aunque él no lo sepa, trabajadora sexual a tiempo parcial, soy suficiente. Quiere de mí algo que sí puedo darle: mi compañía.

Y a medida que lo pienso, cualquier miedo a que los invitados noten que mi vestido es de

una tienda *dress for less*, mis zapatos son imitación y mi abrigo es usado empieza a desvanecerse. Solo me queda un temor: que Blaze Davenport se convierta en un cordero entre lobos hambrientos.

Mi cinismo al servicio de su sinceridad. Mi desconfianza para equilibrar tanta confianza.

—Mi madre siempre dice que el karma existe —me digo para darme ánimo—, ella cree que somos lo que damos.

Ruedo los ojos ante mi propia resolución.

La vulnerabilidad de mi madre me ha obligado a ser práctica, a dejar los sueños a un lado y ser realista, y Blaze Davenport me lo recuerda. El impulso de ayudarle no responde a sus problemas de niño rico, sino a los míos. No pudo hacer nada por mi madre cuando ya era demasiado tarde, pero si hago algo por Blaze, tal vez esa deuda cósmica quede saldada y las cosas mejoren.

Pensamiento mágico, ya... Pero ¿acaso no necesitamos todos un poco de esperanza en nuestras vidas?

Me escapo al almacén a por mis maletas y me visto a toda prisa en el baño de clientes, rezando para que Bryan no me pille. No hay hada madrina ni zapatos de cristal; en mi realista cuento de hadas, la magia hay que crearla.

Excepto quizá la calabaza. Esa me recoge en pocos minutos, dispuesta a llevarme junto a mi príncipe Cowboy de ojos color güisqui.

Blaze

—Toma, bebe. —Wade me tiende un vaso de güisqui. No dudo ni un segundo en apartar la copa de champán intacta que tengo en la mano y aceptar el reemplazo. No bebo de inmediato; aunque los vaqueros estemos convencidos de que el alcohol ayuda a relajarnos, los psiquiatras tienen una opinión científica completamente contraria. No es que vaya a pasar nada por dar un pequeño sorbo, pero sé que estoy caminando sobre la cuerda floja—. Lo estás haciendo bien —me anima. Mi expresión debe haberme delatado.

—Mientras me mantenga en las sombras y no hable con nadie... —Me encojo de hombros. Shannon está a unos metros de distancia. Ha intentado acercarse para hablar conmigo, pero he sido tajante. No solo no quiero saber nada de ella, sino que tampoco voy a permitir que me empuje a una crisis delante de todos los socios del rancho.

La brisa se cuela entre los árboles. Nos encontramos en un precioso claro, situado en un exclusivo club de caza. La celebración no es más que una excusa; a nadie le importa realmente que se cumplan cuarenta y tres años de la fundación de una organización para la protección de la fauna salvaje de Nebraska. Como siempre, lo que de verdad nos reúne aquí es el dinero y los negocios.

La señora Riverton es nuestra anfitriona. Su familia viene de Virginia, y su linaje se remonta a los fundadores de América. Quizás por eso, o a pesar de ello, es la persona menos pretenciosa entre los presentes. No siente la necesidad de alardear de su fortuna ni de mostrarse superior. Puede que sea ese el motivo por el que he elegido su evento para reaparecer y tratar de disipar las dudas sobre mi estado mental.

Nos encontramos bajo una inmensa carpa blanca. El tubo ardiente de una estufa de exterior cuelga sobre mi cabeza y empiezo a notar el escozor en la piel. No me aparto; un movimiento en falso y los presentes podrían pensar que estoy dispuesto a entablar conversación. Especialmente Robert Tate, el padre de Shannon. Ya ha intentado abordar el tema conmigo tres

veces esta noche, y su cercanía siempre logra ponerme de los nervios.

—Pues aguanta, hombre. En una hora habrás cumplido tu condena y podrás irte sin que nadie te reproche nada. Yo me alejaré despacio, no vaya a ser que mi presencia haga creer a los invitados que estás dispuesto a hablar.

—Eso... —Le doy un leve empujón en el brazo—. Aléjate de mí, traes la peste...

No termino de hablar. Mis ojos la ven llegar y mi cerebro se queda en blanco. Wade me observa y sigue la línea de mi mirada, fija su atención en ella y siento algo demasiado parecido a los celos. Joder, es mi hermano, me digo mientras sacudo la cabeza, pero la sensación no desaparece.

Magdalen dice su nombre al hombre de seguridad. Se muestra firme, aunque puedo adivinar el miedo que siente a ser rechazada. Claro que no la rechazan; me aseguré de que estuviera en la lista. Me atrevería a decir que fui exageradamente insistente.

Maddie se vuelve hacia la gente, y esta hace lo propio en su dirección. Me busca sin mostrar el menor indicio de incomodidad por la atención que ha atraído. Los invitados la reconocen como una forastera; la sencillez de su atuendo y lo natural de sus modales la delatan. Aquí nadie es espontáneo, y yo mucho menos.

Por fin me encuentra, se da cuenta de que estoy paralizado y me dedica una sonrisa. Camina hacia mí con decisión, frunciendo el ceño al notar cómo el tacón de sus zapatos se hunde en el terreno. En lugar de seguir el sendero de gravilla, atraviesa el césped porque es el camino más corto para llegar hasta mí. Mientras la observo, recuerdo una lectura de mis tiempos de instituto, *Una habitación propia* de Virginia Woolf, y su paralelismo entre la rebeldía de la mujer y pisar el césped de la universidad. Me parece un símbolo perfecto. Con ese gesto sencillo, Magdalen hizo una declaración de principios ante una veintena de millonarios.

—¡Vaya! —comenta Wade—. No sabía que habías invitado a alguien.

Soy incapaz de responder hasta que ella está a mi lado.

—Blaze, aquí estoy. Un poco tarde, lo sé —dice, sin más. No parece percatarse de nadie más que de mí, como si fuésemos los únicos invitados.

—No has llegado tarde; la fiesta empezó demasiado pronto —respondo, y la saludo con dos besos, como se acostumbra. Apenas rozamos nuestras mejillas. Maddie suelta una carcajada por lo pomposo del gesto. Por primera vez en mis veinticinco años, es Wade quien parece haberse quedado sin palabras. Mis labios se curvan en una ligera sonrisa que se amplía cuando Maddie toma la iniciativa en las presentaciones; soy un desastre en este tipo de situaciones.

—Tú debes de ser Wade. Soy Maddie. —Le tiende la mano con naturalidad. Él se la estrecha, todavía algo pasmado.

—Un placer, Maddie.

—Te estabas yendo —le recuerdo a Wade. Este finge estar ofendido, y Maddie ensancha su sonrisa.

—Llamamos demasiado la atención, ¿verdad? —acierta con perspicacia—. Mi entrada triunfal fuera de tiempo y el chico de la portada de *Forbes* a mi lado... no es la mejor receta para pasar desapercibidos.

Wade casi se disloca la mandíbula al darse cuenta de que, quienquiera que sea Magdalen, sabe de mi problema. Para alguien tan reservado como yo, es desconcertante. Wade se contiene de hacer preguntas, se lleva la mano al sombrero vaquero y se despide con un sencillo «hasta luego».

Nos quedamos a solas Maddie y yo, bajo el tubo ardiente de la calefacción.

—Creo que será mejor que nos apartemos un poco, ¿te parece? —Hago una señal al

camarero, que se acerca con una bandeja llena de bebidas. Maddie coge una copa de espumoso rosado y la examina con cierta desconfianza.

—¿Es dulce? —pregunta, oliéndolo.

—Depende de a quién le preguntes. Un catador diría algo como que tiene un regusto a moras y no sé qué más...

Da un pequeño sorbo, no del todo convencida. Otro camarero se acerca con canapés diversos. La veo coger uno de queso azul y nuez, se lo lleva a la boca y mis pulsaciones se disparan al verla saborearlo. Le gusta y no lo esconde; el suave suspiro que suelta me electriza la piel.

Nos observan, lo sé. Unos segundos antes estaba al límite y ahora... Un bocado, un suspiro y mis nervios parecieron desvanecerse. O, mejor dicho, reemplazados. Porque es Maddie quien alimenta mi inquietud, una excitación pueril, típica de un chaval de instituto cuando consigue hablarle a la chica más guapa.

La sofisticación de mi entorno queda opacada por la sencillez de Maddie. Su vestido lencero asoma por debajo de una chaqueta blazer de corte masculino. El atuendo no es ceñido, pero, cuando el viento la alcanza, la tela se pega a su silueta y se convierte en alimento de mis fantasías.

—No has comido nada por venir aquí, ¿verdad? —Una extraña expresión atraviesa su rostro, que disimula con una sonrisa, pero no llega a esconderla por completo.

—¿Qué sucede?

—Nada, has dado en el pego. Pero no hagas una loca...

—Soy el hermano loco, ¿recuerdas? —bromeo y llamo al camarero. Cojo uno de esos pequeños platos y la insto a llenarlo con una extensa variedad de canapés. Es la única mierda que hay aquí para comer, ojalá pudiera ofrecerle un estofado de res o carne asada, algo más succulento que estos diminutos aperitivos.

—Ninguno lleva paté, ¿verdad?

Los observo con un exagerado detenimiento. El camarero, por supuesto, no entiende la broma interna y se apresura a aclarar:

—Este lleva paté de salmón. —Señala uno. Maddie lo coge de todos modos.

—Valiente —la animo.

—Todo sea por pasar desapercibida. Aún nos están mirando —se lamenta, no por ella, sino por mí.

—No te preocupes, me he tomado un ansiolítico.

—Entonces no deberías beber alcohol.

—No lo hago, solo muevo el hielo rítmicamente. Aunque no voy a negarlo, pensé en dar un sorbo. La fiesta sin ti empezaba a volverse insoportable.

—¿Y por qué has venido? Pensé que los niños ricos podían hacer lo que les apetecía. — La luz tenue de las farolas exteriores ilumina su rostro pícaro. Está bromeando, con una sonrisa suave en los labios. El viento juega con su cabello medio recogido. Desciende largo y cobrizo hasta sus omóplatos, salvo en la coronilla, donde un broche impide que caiga hacia delante. Observa el entorno. Los invitados se mueven entre grupos, conversan un poco aquí, otro poco allí. De vez en cuando nos lanzan miradas curiosas, pero de momento nos dejan tranquilos. Están esperando la señal, una que no llega porque mi padre se contiene, sabiendo que, si se acerca, abrirá la veda para que los demás lo hagan.

—Trabajo. Me temo que hasta los niños ricos tenemos que hacer sacrificios. —Ruedo los ojos con exageración, y ella contiene la risa.

—¿Juntar fondos para salvar a la chinchilla apestosa de Madagascar es trabajo?

Suelto una carcajada. Eso casi hace que mi padre mande al diablo su autocontrol y venga directo a presentarse ante Maddie.

—Sí. —Se lleva el canapé de paté de salmón a la boca; le gusta, y yo me doy cuenta de que estoy llevando una cuenta mental de sus preferencias—. Las chinchillas apestosas de Madagascar son solo una excusa. Mira a tu alrededor —le señalo—. Aquel de allí, el que intenta no mirarnos pero fracasa estrepitosamente, es mi padre. Y quien está a su lado es un inversor de la industria láctea. Hasta hoy, la escasa producción de leche de nuestro rancho se vende a un grupo de acopio. Ese hombre quiere optimizar lo que podría considerarse una pequeña producción para hacerla más rentable, y desea que los Davenport invirtamos. Conseguir un sí por parte de mi padre vale más que horas de conversación con Wade, aunque el viejo ya casi no esté en el negocio. Es una cuestión de respeto, así que organizan estas fiestas para asegurarse de adular a la persona adecuada.

—¿Y tú tienes que adular a alguien o vienes para que te adulen?

—Por desgracia, me toca el papel de adulador, y de momento no lo he cumplido.

—Espero que no sea a tu ex. Antes que trabajar haciendo la pelota a alguien que me ha herido, preferiría seguir como camarera mal pagada.

La mención de Shannon me pilla por sorpresa, porque, desde que Maddie está a mi lado, no he pensado ni un segundo en ella. Saber que iba a verla fue lo que me obligó a tomar el ansiolítico, y ahora apenas me inquieta.

—No, no es ella. Pero sí su padre. Ese de allí —señalo con disimulo— es Robert Tate. Amigo de mi padre desde su paso por Yale y asesor financiero de los Davenport. La he fastidiado a lo grande al mezclar esa amistad con relaciones amorosas fallidas. Ahora tengo que demostrar al mundo que soy un hombre maduro, que no permite que los negocios se vean afectados por cuestiones sentimentales.

—¿Y lo hace? ¿Afecta?

—No, no realmente. Excepto porque, pese a ser yo quien está en la veintena y él supera los sesenta, es Robert quien se alía con su hija para complicar las cosas. No me apetece hablar de ella, ¿vale? —le digo, haciéndola volverse hacia mí. Se acabó eso de compartirla con los presentes. Dejo mi vaso intacto en una bandeja para tener ambas manos libres. Una banda está en el escenario; aún no tocan melodías para bailar, pero lo harán. Será el pretexto perfecto para sentir el cuerpo de Maddie junto al mío.

—Vale. ¿Y qué hacemos? ¿Qué negocio podemos emprender?

—El de catering seguro que no. Allí está el dueño del restaurante al que has dado una reseña tan *constructiva*.

—¡Oh, por Dios! —Se sonroja sin dejar de reír—. Juro por lo que más quiero que no sabía quién eras en realidad ni qué impacto tendría...

Y, aun así, o tal vez precisamente por eso, me has ofrecido la mejor cita de mi vida, pienso, obnubilado por su frescura.

—Nada de qué preocuparse, ha venido a adular a la anfitriona, la señora Riverton. De momento, los Davenport estamos fuera de su radar.

Pongo a Maddie al corriente de algunos cotilleos más sobre el entorno y noto que empieza a comprender la dinámica real de todo esto. Lo sé, habitualmente la gente de otros estratos sociales ve estos eventos como una simple banalidad de personas con tiempo libre. Claro que es banalidad; sería mucho más sencillo sentarse cara a cara en una oficina y tratar directamente el asunto que nos ocupa. Pero esta forma, heredada desde los tiempos de la nobleza,

resulta más eficaz. Asistir a una fiesta implica «pertenecer», y «pertenecer» te da prioridad en los negocios. Los Davenport intentamos recordar nuestros orígenes, cuando estos eventos nos cerraban las puertas en las narices. No nos limitamos al círculo sectario de unos pocos, pero tampoco podemos darle la espalda. Así que aquí estamos... incluso yo.

Mi presencia ha cumplido su cometido con la mayoría de los presentes. Shannon y yo estamos en el mismo espacio, nos hemos saludado cortésmente y la fiesta sigue en paz. Pronto podré volver a esconderme en el rancho, donde apenas sufro episodios. Aunque la cantidad de empleados es abrumadora y tengo infinidad de reuniones con capataces, transportistas, jefes sindicales y con cuanta eventualidad surja, ese contacto social no parece afectarme. Es como si fuese otra persona. El Blaze vaquero no se corresponde con el Blaze niño rico.

Por desgracia, la llegada de Magdalen ha alargado mi condena. La hace más llevadera, sí, pero también más extensa. Puedo permitirme el lujo de ser hermético y excéntrico hasta cierto punto, pero marcharme sin intercambiar palabra con mi padre sería cruzar un límite insalvable y volver al problema inicial: demostrar que la nueva generación de los Davenport es tan confiable como la anterior y cuenta con su aprobación.

Ryan Davenport lo sabe y, por eso, tan pronto como la banda vuelve a coger el micrófono y los presentes ocupan la pista, viene a nuestro encuentro. La distracción permite que no muchos lo sigan y nos brinda algo de privacidad.

—Maddie... —la pongo sobre aviso. Ella no parece preocupada; apura el último canapé, se asegura con la lengua de que no le haya quedado nada en los dientes y deja su copa en la primera bandeja que se cruza. Su espontaneidad me fascina y me hace preguntarme cuándo dejamos de valorar lo simple y cuándo el dinero pasa de ser un medio a un fin en sí mismo, contaminándolo todo, hasta los gestos más simples.

Las odiosas comparaciones arremeten contra mí, sacudo la cabeza para no permitirles ganar. Pero mis ojos se dirigen hacia Shannon, con su vestido de alta costura, su maquillaje sutil aunque costoso, su peinado de estilista y sus gestos medidos. En los años que pasamos juntos jamás le vi con los ojos llorosos, el cabello enmarañado o usar una camiseta con agujeros. Y montaba en cólera si yo no cuidaba de mantener ese muro entre nosotros. Mis botas embarradas, no rasurarme una mañana o coger una camiseta vieja en lugar de una camisa recién planchada podía desatar un inmenso reproche.

No quiero a un hombre como pareja, quiero a un Davenport —parecía clamar, pese a que nunca lo expresaba abiertamente—; deseo la imagen congelada que aparece en las tapas de las revistas, la marca registrada del rancho, lo que Roman y Wade han aprendido a aparentar, y tú fracasas rotundamente.

—Blaze. —La voz de Maddie atraviesa mi neblina. Está preocupada, y entiendo que mi silencio ha sido prolongado, que acabo de desconectarme del mundo real. Me vuelvo hacia ella, y no finge sonreír ni estar tranquila. A su lado está mi padre, y yo no sé cuándo ha llegado ni qué le ha dicho—. Estoy aquí, ¿vale? Y, como nadie me conoce, puedes usarme de pretexto para marcharnos sin ofender a ninguno de estos «grandes hombres de negocios» —completa burlándose—. ¡Oh! Es que mi acompañante no sabía que era alérgica al caviar, ¿podéis creerlo? Es la primera vez que lo prueba en veintiún años. Y nos largamos de aquí.

—G-gracias. Estoy bien —miento a medias. Lamento haberme deshecho del güisqui; si lo tuviera a mano, daría un sorbo. Mi padre me impide buscar a un camarero, porque está decidido a informarse sobre mi nueva compañía.

—Bien, Maddie, de momento sé tu nombre y que conoces a mi hijo, pero no mucho más, y no me gusta estar al margen de lo que sucede en mi rancho.

—¡Joder, papá! —me quejo. Sé que está usando su porte de patriarca para intimidarla. No lo hace en serio; tiene ese sentido del humor horrendo con el que se permite esconder la verdad entre bromas. Siempre le funciona, pero me molesta que lo aplique a Maddie.

—Estás mal informado. Se llama Magdalen, le dicen Maddie, y nunca ha pisado el rancho, así que harías bien en dejar tu numerito de rey león —intervengo.

Es raro que me enfade con mi padre. Sé que no es un hombre fácil, pero he aprendido a lidiar con él. Sin embargo, siento una veta protectora al notar ese trato hacia Magdalen.

—¡Mira tú, Maddie! Si has conseguido que mi cachorro muestre los dientes. —Se ríe, complacido—. Nunca has pisado el rancho, ¿eh? Eso debemos solucionarlo. ¿De qué trabajas?

A punto de intervenir, Magdalen se adelanta sin vacilar.

—Soy camarera.

Entiendo que al viejo le cae bien; le gusta la gente que no se avergüenza de sus orígenes y que demuestra trabajar duro. Asiente con firmeza y pasa a la siguiente pregunta de su interrogatorio.

—¿Y cómo conoció una camarera a mi hijo?

Me sorprende ver a Maddie palidecer. Sus ojos avellana me buscan desesperados, y abre la boca como un pez fuera del agua. El pavor parece contagiarme, y me desconcierta; el error que nos reunió no me parece tan grave. A Ryan no le gusta su vacilación. Él, a diferencia de mí, es desconfiado por naturaleza, y su cabeza debe de estar imaginando malos escenarios en los que una joven sin recursos hace cualquier cosa por atrapar a un niño rico.

—Por Karl —digo, y mi padre empieza a enrojecer; conoce la calaña de su sobrino—, por una de sus cagadas, mejor dicho.

—¿Cómo es eso? —gruñe.

—Al parecer, se hizo pasar por mí en una aplicación de citas o algo así, no lo sé, y me aseguré de no volver a cogerle una llamada a Karl en semanas. Maddie ni siquiera sabía con quién se encontraba esa noche. —Niego con la cabeza. Es mi culpa, transmito con el gesto, por haber caído en las jugarretas de mi primo.

—Perdona que sea tan receloso, Maddie, pero cuando mi sobrino se involucra en algo suele salir muy mal —dice el viejo, tajante. Estoy de acuerdo, no obstante, su tono me cabrea; no quiero que ponga a Magdalen y Karl en el mismo saco, como si fueran de la misma calaña.

—Ya lo creo —la escucho responder, y el alma se me cae a los pies. ¿Me ve como un error? No puedo culparla; no solo presencié uno de mis brotes en nuestra primera cita, sino que ahora debe soportar los embistes suspicaces del viejo Davenport—. Blaze tuvo una crisis debido a eso y yo, sin saber quién era él en realidad, dejé una reseña mala en su nombre, y han hablado de ella hasta en los periódicos. No conozco al tal Karl, pero ya empiezo a formarme una opinión de él. —Me observa de reojo y parece disculparse por el malentendido que nos une. Me enfado aún más; ella es inocente en este embrollo, y mi padre bien podría dejar a un lado su perniciosa indagación.

Ryan Davenport estudia a Maddie con un descaro que solo su edad y su dinero le permiten, extendiendo el incómodo silencio que nos rodea a los tres. En cualquier otro, su forma de actuar resultaría completamente desconsiderada. No ha abandonado el escepticismo, y lo entiendo; no solo porque la vida le ha enseñado que muchas personas quieren aprovecharse de nosotros, sino porque ve algo que yo también he notado.

Magdalen es espontánea, natural... una brisa de aire fresco en una habitación viciada; no obstante, oculta algo. Tras sus ojos brillantes hay una mota de oscuridad, en sus risas a veces asoma la tristeza, entre tanta franqueza hay zonas escudadas.

A mí me importa una mierda; es libre de guardar algo para sí misma, ¿quién no lo hace? Mi padre, empero, es más severo.

—Entonces, no sabías quién era Blaze, ha tenido una crisis delante de ti y, aun así, estás aquí hoy, entre fieras y alimañas, para acompañarlo... —Arquea las cejas. No consigue dar un veredicto. Si lo que hizo Maddie es desinteresado, pasará a ser su persona preferida en el mundo; si descubre una trampa, la aplastará bajo el tacón de su bota campera.

La respuesta de ella nos descoloca a los dos.

—Lo hace ver como si hiciera caridad, señor Davenport —bufa incrédula; su semblante deja entrever la halagadora opinión que tiene sobre mí, y paso a ser yo el incrédulo. Luce muy convencida de que mi simple compañía es premio suficiente—. Entiendo que pueda tener reparos, claro. Mi madre solía repetir un refrán, algo así como: «Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía». Pero aquí sobran los recelos. Vine porque no tenía nada que hacer tras salir de trabajar, imaginé que aquí habría comida gratis y era la excusa perfecta para volver a ver a Blaze, quien tardó dos semanas en llamarme —me recrimina sin maldad y decide no prestar más atención al interrogatorio de mi padre. Bien por ella. Tiene más agallas que la mayoría de los socios comerciales de los Davenport.

—Lo siento, juro que quería llamarte antes.

—Bueno, no es que yo haya tenido el valor tampoco, ¿verdad?

Y, cuando su sonrisa vuelve a asomar, me olvido del viejo, de sus modales hoscos y del mundo a mi alrededor. ¿Quiso llamarme? ¿También dudó? Deseo navegar en el mar de sus pensamientos, saber cómo se siente, qué despierto en ella. La ansiedad que me invade está lejos de ser patológica y se asemeja más a la que vale la pena experimentar, esa duda y miedo ante la mirada del otro.

—Y cuando al final me decido, en lugar de comida gratis, recibes estos miserables canapés. —Hago un ademán para llamar al camarero.

—¡Eso es cierto! Yo te he alimentado con un succulento kebab y tú me pagas con... ¿qué es esto? —Alza uno.

—Brie y miel.

Lo lleva a la boca; sigo el movimiento, cautivado.

—Retiro lo dicho, escaso pero delicioso. —Se lame la miel que le queda en los dedos. Me sonrojo al notar el examen detallado que hace mi padre de mis reacciones. Me he delatado por completo frente a él. Estoy hipnotizado por Magdalen.

Como es habitual en mí, los sueños, incluso los que tengo despierto, no tardan en convertirse en pesadillas.

Robert Tate se encamina hacia nosotros y, como si no fuera suficiente, le hace señas a Shannon para que se sume. Su mirada de acero se clava en Maddie, y en mi pecho se desata una batalla: la sensación de peligro que augura un brote contra la necesidad imperiosa, casi instintiva, de proteger a Magdalen de esa amenaza. Doy un paso al frente sin que mi cerebro intervenga. Ryan Davenport es el único en percatarse de lo extraño de mi comportamiento; al fin y al cabo, es algo común entre los de nuestra especie, como gustan llamarnos los ciudadanos a los habitantes de la América profunda.

Detrás de nuestras capas de modales, de los ma'am's y los toques de sombrero, somos bastante primitivos. Todavía solucionamos algunos de nuestros problemas con los puños, y el concepto de pareja abierta no aparece en el diccionario de un buen vaquero.

Pero yo jamás me había mostrado así con una mujer... hasta ahora. Nunca tuve la oportunidad de comprobar si mis ataques prevalecerían o no sobre mi deber masculino.

Prevalecen. Incluso cuando la amenaza no es real, porque, ¿qué demonios puede hacer Robert Tate? Aparte, claro está, de clavar en ella sus ojos llenos de desprecio y atacar con su lengua venenosa. Maddie ya ha demostrado tener con qué defenderse; no se amedrentó con mi padre, así que Tate no podrá hacerle mella.

Sería genial si mi cerebro se enterase de ello, en lugar de quedarse anclado en su mundo de amenazas ficticias, joder.

—¡Vaya, Blaze! Veo que has hecho nuevas amistades —suelta Tate al llegar a nuestro lado—. ¿No piensas presentarla?

Y el castillo de naipes que he mantenido en equilibrio durante la noche comienza a temblar. Una leve brisa será suficiente para derribar mi logro; aun así, no me aparto, no dejo que se acerque a ella. Shannon se aproxima, y su expresión es compungida. La sonrisa que me dedica es una disculpa muda.

Los ojos de Tate cambian de dirección; dejan de intentar calcinar a Magdalen y se centran en su hija. La veo estremecerse y me apeno por ella. Sé que Robert es un padre severo y siempre consigue hacerla sentir pequeña.

—Soy Maddie —dice ella, asomándose desde detrás de mí. Extiende la mano, y Robert la estudia con descaro. Parece hacerle una placa de rayos X, y su escrutinio me obliga a reparar en lo mismo que él. En las uñas cortas y las manos algo ásperas de Magdalen, en su piel joven, con pecas, que asoma por debajo de una chaqueta con demasiados usos. En el perfume silvestre que emana de su cabello, propio de los champús de supermercado y las fragancias de farmacia. La sonrisa de Tate se torna despectiva.

—Un placer, Madeleine.

—Magdalen —le corrijo.

—Al menos el nombre no es corriente —suelta, dejando entrever que lo demás en ella sí lo es. Se vuelve hacia su hija una vez más.

Le conozco demasiado bien. Son tantos los años a su lado, primero como amigo de mi padre y después como suegro, que soy capaz de leer sus pensamientos. No solo desprecia a Maddie por lo mismo que a mí me tiene obnubilado, su simpleza, sino que también desdeña a su propia hija por haber sido desplazada por aquella a quien considera tan poca cosa.

Shannon nos estudia, y el pavor hacia su padre se disipa, reemplazado por el mismo gesto de desdén. El último vestigio de empatía que siento por ella se desvanece, y abro la boca para mandarla al demonio, a ella y a su jodido padre, aunque ello arruine lo conseguido esta noche.

Mi padre interviene justo a tiempo.

—Robert, me sorprende que seas tan inmaduro —dice, y le da una palmada que pretende lucir amistosa, pero que en realidad es de advertencia—. Te desquitas con una chiquilla. Pareces más despechado tú que tu hija, o, para el caso, mi hijo —remata, molesto. Las mejillas de Shannon se enrojecen y las de Tate arden. Lo que resalta entre palabras no dichas es que el único desairado aquí soy yo, por los coqueteos indiscretos de mi ex.

Sé que Maddie tiene mil réplicas atoradas en la garganta que no le importaría soltar. Pese a no conocerla demasiado, puedo estar seguro de ello. Ya lo demostró en el restaurante, luego con mi hermano y más tarde con mi padre. No le interesa el qué dirán, tiene agallas. No le impresionan los millones, los Ferrari ni las ropas caras. La intromisión del viejo consiguió apaciguarla un poco, pero la verdadera razón de su silencio es mi aspecto.

Siento las miradas sobre nosotros, las voces murmuradas me aturden. Sé que lo que mi mente proyecta no se condice con la realidad. Es probable que los invitados solo estén conversando sobre sus asuntos o, incluso, que tomen partido por mí en esta contienda tonta. Sin

embargo, la ansiedad tiende a disfrazar los hechos, presentarlos siempre del peor modo. Y entonces... entonces empieza la sensación de vértigo. Ya no estoy en la fiesta, sino en un coche. Ya no es una noche fresca de primavera, es verano, y la tormenta pesada cae sobre nosotros.

El rostro de mi madre, el embudo del tornado, la presión en mi pecho...

—¡Oh, me ha parecido ver un zorro! —Una voz femenina irrumpe en el recuerdo. Mi yo de cinco años busca en la oscuridad el origen de esa distracción—. Blaze, mira... ven...

El volantazo de mi madre, el árbol, la tormenta, y caigo de rodillas. Mi madre intenta apartar el airbag con movimientos bruscos, se vuelve hacia mí, trata de hablar. Me dice algo, pero sus labios no se condicen con las palabras que oigo. Su voz no suena igual, es la de Magdalen:

—¿Blaze? —Siento su mano algo fría por su mejilla, tras lo cual noto que me quitan el sombrero y el roce de un pañuelo desechable en mi frente lo reemplaza—. Ya pasó, Blaze, estás a salvo. Enfoca, sé que puedes —insiste—, tienes los ojos abiertos, pero no están viendo el presente, están en el pasado. Yo estoy aquí. —El tono es suave, calmo. Consigue que, poco a poco, ese recuerdo vivido sea reemplazado por la realidad ante mí.

—Magdalen... —Sus dedos peinan mis cabellos una última vez, y cuando baja la mano, me invade una sensación de desarraigo, como si me hubieran amputado una parte de mí.

—Sí, Blaze.

—Joder, joder, joder... —mascullo al comprender que tuve un ataque frente a los invitados.

—No te han visto. Estabas tan ido que solo tuve que tirarte de ti como si fueras un muñeco.

—El zorro... —digo, y me sonrío.

—Creí que no me habías escuchado. Lamento decirte que no había ningún zorro, me lo he inventado.

Me río, una risa aliviada. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos entre los árboles, la fiesta sigue a lo lejos. Estoy apoyado contra un tronco seco, con Maddie tan cerca de mí que me basta con rodearla para convertir esa cercanía en un abrazo. Y, mierda, quiero hacerlo.

—Lo siento. Solo puedo decir en mi defensa que te lo advertí. —Puedo recrear en mi mente la secuencia de su rescate. Maddie pretendiendo ser una tonta niña sin modales que corta una conversación solo para ver un zorro, y lo único que puedo hacer es disculparme y agradecer.

Me siento fatal.

—Ya... —Se encoge de hombros y añade—: Y yo te dije que la camioneta y la confianza pesaban más. Lo sostengo. Además, esta noche ha sido más fácil.

—Esta noche ha sido peor que en el bar. Pude irme del bar por mis propios medios —explico, extrañado.

—Ya, pero en el bar fue mi culpa y esta vez no me cabe duda de que la responsabilidad es de ese tal Robert Tate. —La simple mención de mi exsuegro consigue estremecerme; a Maddie la asalta una sensación similar—. Si te sirve de consuelo, ese hombre pone nerviosa hasta a una estatua.

—Tendría que haberle soltado unas cuantas, Maddie. No tenía derecho a hablarte así.

—Estabas demasiado ensimismado, ¿sabes?, pero sí lo has puesto en su sitio. —Maldice porque su tacón se hundió en el terreno desigual. En la zona de la carpa, una moqueta de falso césped protegía los zapatos femeninos; aquí no corren la misma suerte. Yo la ayudo con mi brazo y ella tira de su zapato.

—¿A qué te refieres?

Sigue sin mirarme, concentrada en el barro.

—Diste un paso al frente, te interpusiste entre él y yo como si mi vida dependiese de ello y... uff... —Alza el rostro hacia mí—, el modo en que lo miraste, Blaze. Parecías querer matarlo. El tan gallito señor Tate se puso blanco como un papel. Pero bueno... Me di cuenta de que tu cabeza estaba en otro sitio y solté la primera excusa que se me ocurrió para sacarte de allí. Tu padre me siguió el rollo, somos los únicos que han visto el famoso zorro imaginario.

—Gracias. De verdad que gracias —repito conmovido—. Has hecho muchísimo por mí sin siquiera conocerme. Y eso incluye conseguir caerle bien a mi padre.

—Si caerle bien es esto, no quiero saber cómo es caerle mal.

—No. No lo desees. —Finjo estremecerme. Maddie se ríe. Yo la cojo en brazos de un solo movimiento, me sorprendo de lo poco que pesa y la llevo hasta un madero caído para que se siente y deje de maniobrar con sus tacones. Me quito la chaqueta y la pongo debajo de su trasero para evitar que el vestido se dañe con la corteza.

—Blaze, créeme, tendría que ser yo quien pusiera su vestido para proteger tu chaqueta.

—Estás bellísima. Debería haberte dicho eso nada más verte.

—Prefiero ser de las que dejan a los hombres sin palabras —bromea, haciéndome sentir menos mal por mi torpeza. Sobre todo porque está en lo cierto: no solo me dejó sin palabras, también sin aliento—. Tu padre es intimidante —comenta. Me siento a su lado y el madero se hunde un poco bajo mi peso—. Todo esto lo es. —Señala en dirección a las luces de la fiesta y añade:— Sé que tienes un problema, Blaze, pero déjame decirte que tu trastorno en este entorno es como soltar a un talasofóbico en mitad del océano o a un aracnofóbico en mitad de Australia. Una persona normal sentiría angustia ante la idea de relacionarse con esos seres —dice como si hablase de personajes mitológicos o monstruos de cuentos de hadas—, alguien con tu ansiedad... Bueno, bastante bien lo has hecho al soportar dos horas. Casi me he echado a temblar frente al gran Ryan Davenport.

—¿No te resultó peor Tate?

—En absoluto. No lo conozco personalmente, pero sí a gente como él. Por desgracia, esa fue la clase de acompañantes habitual de mi madre. Hombres que se sienten pequeños y que compensan su inferioridad maltratando a los demás. —Sueno realmente irritada al describirlo, percibo su dolor. Suele ser así en ella: lacerante en lugar de cargado de pena. Hay rencor y enfado, y cuando deja entrever su vulnerabilidad me subyuga. En un suspiro extraño, como si lamentase haberme dejado entrever sus grietas, añade—: Es extraño que un hombre como tu padre sea amigo de alguien así. Da la impresión de ser los que calan a las personas a la primera... O mis instintos me fallan o los de él. Y por tu reacción, incluso en pleno brote, tus instintos están en sintonía con los míos.

Clavo mis ojos en sus labios. Tiene un pequeño hoyuelo en el mentón que me tienta a cogerla y besarla hasta olvidar los males del mundo.

—Cuando mi madre murió y yo estuve en coma, y también después, cuando desperté con amnesia, Tate no se movió de nuestro lado ni un momento. Fue la única vez que mi padre estuvo realmente indefenso: había perdido al amor de su vida y casi a un hijo. En esos momentos uno descubre quiénes son los verdaderos amigos.

—Vale, entonces quizá le perdona que sea un capullo.

—No lo hagas, nadie se ha ganado el derecho a tratar mal a los demás. —Me pongo de pie y le extiendo la mano—. Y eso incluye a mi padre. Sé que su temor a perderme lo llevó a sobreprotegerme en exceso, hasta el punto de resultar agobiante, pero eso no le exime de

responsabilidad.

—Es cierto. Solo que...

—¿Qué? —La insto al notar que pretende guardarse su conclusión para sí misma.

—Que tú... no lo sé, Blaze, tienes algo... Como si tu aislamiento hubiese impedido que te contaminaras del mundo y ahora solo queremos mantenerte así, impoluto, lejos de los dolores, la corrupción y... la mierda de los demás.

—Pero en el mundo hay gente como tú, Maddie. Vale la pena exponerse para encontrarte.

Se forma una tormenta tras sus ojos avellana y me mira con algo similar al remordimiento. Baja la vista, incapaz de soportar la mía, y el frío de la noche me alcanza con mayor fuerza.

—Regresemos —le digo—, terminemos con esto y huyamos de aquí. Nuestra misión está completa.

La vuelvo a coger en brazos y ella se ríe de lo fácil que me resulta. Se estira hasta alcanzar mi chaqueta y se pone mi sombrero. Le queda algo grande y cae hasta la línea de sus ojos.

—¿Me llevarás en andas toda la noche? —Me rodea con los brazos por el cuello y mi piel responde a su roce. Bajo la mirada. Magdalen es la estampa de una fantasía masculina. Su vestido de satén bajo una chaqueta de traje y mi sombrero, esa combinación equilibrada que la hace única. Ella es un contraste: su apariencia juvenil y sus ojos que parecen haber visto mil vidas. La mezcla entre la vulnerabilidad y una fuerza arrolladora. La espontaneidad que sale de pronto a flote y golpea con fuerza las murallas que la envuelven.

La atracción que despierta en mí es indiscutible, soy humano y Maddie es bellísima. Pero es la fascinación, el deseo de desnudar su alma lo que me tiene cautivo.

—Podría, pero me temo que solo lo haré hasta la pista de baile. Una canción y nos marchamos —prometo.

Dejamos atrás la protección del bosque y los sonidos de la fiesta nos sacan de nuestra burbuja. Debemos regresar a este mundo de apariencias.

—¿Estás seguro? —duda, la preocupación le empaña la voz—: Nos mirarán.

—De todos modos lo harán, ¿verdad?

Nada más poner un pie en el falso césped, la banda cambia de melodía. Con solo echar un vistazo al escenario, se adivina que fue idea de mi hermano, Wade. El muy maldito lo tenía preparado. Empieza a sonar «My girl» de Dylan Scott.

She looks so pretty with no makeup on

Se ve muy linda sin maquillaje

You should hear her talkin' to her mama on the phone

Deberías oírla hablando con su mamá por teléfono.

I love it when she raps to an Eminem song

Me encanta cuando rapea una canción de Eminem.

Huh, that's my girl

Eh, esa es mi chica

Man, her eyes really drive me crazy

Hombre, sus ojos realmente me vuelven loco.

You should see her smile when she holds a baby

Deberías verla sonreír cuando sostiene a un bebé.

I can honestly say that she saved me

Honestamente puedo decir que ella me salvó.

My girl, yeah
mi chica, si

—Mi hermano está más despechado que yo. —La hago girar en mis brazos y ella lleva la mano con la chaqueta tras mi nuca; con la otra, regresa el sombrero a mi cabeza.

—Yo estoy más despechada que tú. —Mira por encima de mi hombro—. Tu hermano sabe golpear, ¿eh? Shannon tiene la vista puesta en nosotros y parece enfadada.

—No me importa, porque no dejo de mirar a ti.

Con un último acorde, la acerco a mí hasta pegarla a mi cuerpo.

—Ni se te ocurra —me advierte con una sonrisa.

—Ya se me ocurrió. —Chilla cuando la levanto, pero esta vez no lo hago de manera caballerosa, sino que la cargo sobre mi hombro—. Pesas menos que un saco de pienso para vacas, Maddie.

—Te llaman Romeo, ¿verdad? —ríe—, es lo que todas las chicas queremos oír.

Sin bajarla, extendiendo el cheque que ya tenía preparado y firmado a nuestra anfitriona. La señora Riverton lo coge y nos observa con una cara agradable.

—Me alegro de haberte visto, Blaze, y de que estés feliz. Nada me satisface más que acallar los rumores.

—Lo mismo digo, aunque les confirmé que estoy loco, pude dejar claro que soy un loco inofensivo —bromeo.

—Lo de inofensivo lo determinará esta buena muchacha que cuelga de tu hombro. Es un gusto conocerla, señorita... —Arqueo las cejas, sé que el rumor se ha corrido y conoce su apellido—. Vale —agrega, sabiendo que la han pillado—, señorita McEwan.

—El gusto es mío —responde Maddie, me vuelvo sin bajarla para que estreche la mano que la señora Riverton le tiende. Las dos ríen por la situación tan ridícula.

He hecho mi salida triunfal, misión cumplida. Siento mi corazón acelerado porque sé que me han observado y juzgado; la ansiedad está por las nubes, al igual que la adrenalina por haber hecho lo que se esperaba de mí. Cumplí, mi deuda está saldada, ya nadie podrá decir que no soy capaz de continuar con los negocios familiares y mis trastornos quedaron camuflados de excentricidad.

Dejo a Maddie en el suelo, junto a mi camioneta, y le abro la portezuela. Ella duda y me abandona la sensación de éxito.

—Había pensado que quizá podía regresar en el mismo coche. —Me esquivo la mirada, y yo no puedo permitirme eso. Le cojo el mentón y, con suavidad, empujo hasta que sus ojos vuelven a estar en contacto con los míos.

—Y yo pensé que podría llevarte a casa, porque me apetece mucho darte un beso de buenas noches, Maddie.

La aflicción que se refleja en el rostro de Magdalen me golpea hondo en el pecho. Se muerde el labio e intenta esbozar una sonrisa.

—Es que... no quiero que conduzcas tanto... He dejado algo en la cafetería que debo recoger antes de...

Sé que me está mintiendo. Joder, el deseo de sonsacarle la verdad me abrumba, no solo porque detesto las mentiras, sino también porque me enfada que no confíe en mí. No nos conocemos, vale, lo acepto, pero... Joder, joder, joder, joder... Le he dejado ver lo peor de mí, ha sido testigo de mis brotes, mis crisis, cómo me ve el entorno ¿y ella no puede decirme qué le pasa?

No la presiono, no tengo derecho a hacerlo. Lo entiendo.

—Entonces te daré un aventón hasta la cafetería, ¿te parece bien?

Duda, el miedo que la atraviesa me empuja a rendirme y a dejarle ir sin más. Resisto, no me apetece claudicar con ella tan fácilmente. Si pude afrontar mi miedo, puedo vencer su recelo.

—Solo hasta la cafetería, ¿de acuerdo? —pide, y sus ojos avellana reemplazan el pavor por una furiosa determinación—. No vale llegar allí e insistir, promételo.

—No sé qué idea absurda se te ha metido en la cabeza, pero si eso te tranquiliza, te lo prometo.

Se sube a la camioneta y suelta el aliento con alivio.

—Gracias —responde sentidamente, como si poder confiar en mi palabra fuera el obsequio más valioso del mundo. ¿Con qué clase de gente se relaciona Maddie?, pienso espantado. Me sitúo en el asiento del conductor y enciendo el motor; la tensión empieza a disminuir a medida que nos alejamos de la fiesta.

—Maddie...

Quiero decirle que no me importa si vive en un lugar feo, en una caravana o en el peor barrio de Nebraska. Que no me hará cambiar de opinión sobre ella, que no soy tan jodidamente esnob.

Ella pone su mano sobre la mía, me detiene y niega con la cabeza, antes de decir conmovida:

—Un beso de buenas noches será el broche de oro, ¿vale? —Y casi puedo oír lo no dicho: así es como debe terminar nuestra historia.

CAPÍTULO 9

Maddie

Ninguno se atreve a encender la radio; dejamos que el zumbido del motor se mezcle con nuestras respiraciones. Sus faros son los únicos que alumbran el camino y la inmensidad de Nebraska parece no ser suficiente para albergarnos.

Joder, eso ha sido un error. Lo observo y ya no me importa nada. Me giro en la butaca hasta ponerme de lado para mirarlo mejor. Quiero retener su imagen en mi retina, su aroma en la punta de mi nariz, su voz ronca y con acento marcado en mis oídos, el tacto de su piel bajo mis dedos... Solo me resta su sabor para completar mi colección de recuerdos. Me lo ha prometido, algo me dice que es de los que cumplen su palabra.

Blaze no puede apartar la vista de la carretera por más de un par de segundos. Se vuelve hacia mí en esos instantes y me permite leer sus ansias. La forma en que me mira con sus ojos güisqui me hace sentir hermosa, especial y, lo admito, ardiente. Sí, me ha prometido un beso, pero su mirada me dice que habrá más.

Sé que no será posible. Esta noche tendré que decirle que se marche y después... no lo sé. Quizá decirle la verdad o tal vez bloquear su número y obsequiarnos con estos minutos sin mácula.

Ahora no quiero pensar en el mañana. Yo no tengo futuro y él lo tiene todo por delante. Yo solo soy dueña del presente, de lo inmediato. Una noche, una comida, una hora... Y en este instante está él, hay que disfrutarlo.

Las luces del letrero que indica el camino a la cafetería rompen la espesura de la noche; desde aquí hasta mi destino debemos coger la autopista y la iluminación vial se interpone entre nosotros y el cielo estrellado. Vuelvo a mi posición original, el corazón se acelera y quiero que la camioneta ralentice, hacer el viaje eterno y habitar por siempre este delicioso estado de expectación.

Blaze, en cambio, acelera y lleva la camioneta a la velocidad máxima permitida. Despierta en mí un cosquilleo en el estómago, él no quiere esperar. Toma la última salida y el letrero del café está ante mí.

—Se siente extraño —digo antes de pensar lo que digo—, tú aquí.

—¿Por qué? —Se vuelve hacia mí, apaga el motor—. Bebo café como cualquiera, Maddie.

Sé lo que piensa, que mi recelo se debe a mi precaria situación económica. En parte tiene razón, pero no es vergüenza, es...

—Es que siento que son dos mundos paralelos, que he roto alguna ley cósmica al cruzar al tuyo y que la vuelvo a romper al traerte al mío.

Y que pagaré muy cara la osadía. Antes de hacer cualquier movimiento, me quito el cinturón de seguridad y bajo de la camioneta. Me arrepiento de haber fantasiado con él, de haberle permitido traerme... ¿Cómo podré seguir en mi realidad sabiendo que existe otra en la que habita él?

Blaze se apresura a bajar y rodea la camioneta. Antes de que pueda escapar, estoy atrapada entre el capó y sus brazos.

—¿Qué sucede, Maddie? Si no te gusto, está bien, solo debes decirlo y te dejaré en paz.

Se me escapa una carcajada, lo sé, la peor reacción ante alguien que sufre ansiedad y siempre cree ser juzgado. No pude contenerme.

—¿Bromeas, Blaze? —Las jodidas palabras no acuden a mí, o tal vez no existan en ningún diccionario y deba inventarlas. Quizá su nombre, Blaze, se convierta en un adjetivo por sí mismo. A falta de vocabulario, paso las manos por su camisa hasta los hombros fuertes y anchos, sigo el recorrido por el cuello hasta llegar al mentón. Su barba rasurada empieza a asomar y raspa mis palmas. Y pierdo la batalla.

Sus manos me imitan y recorren mi cuerpo. El vestido barato de satén no sirve de mucho para protegerme; su calor atraviesa la tela y enciende mi piel. Sube desde mi cadera hasta la cintura, casi puede rodearla por completo. Su altura y fuerza parecen magnificarse cuando estoy a su merced. Lleva una mano a la parte baja de mi espalda, por debajo de la chaqueta, y la otra sube más, hasta el valle entre mis omóplatos. Me atrae hacia él, levanto el rostro y me pongo de puntitas de pie. Lo rodeo por el cuello con los antebrazos, porque quiero sentirlo cerca y porque no quiero caer al suelo. Mis malditas piernas han decidido que mantenerme erguida no es su trabajo; hasta que no les ordene cercar la cintura de Blaze, se pedirán la baja.

Y me apetece darles esa orden.

A un milímetro de que nuestras bocas se toquen, un gran alboroto nos obliga a separarnos.

El fuerte vozarrón de Ralph y el estruendo de la puerta de la cafetería al abrirse me obligan a volverme hacia la entrada. Empujo a Blaze de inmediato, sin pensar. Una parte estúpida de mi cabeza me grita que aún puedo obligarlo a marcharse y salvar la poca dignidad que me queda. Bryan lanza una de mis maletas hacia el aparcamiento, Ralph lo maldice e intenta detenerlo mientras mi superior camina a grandes zancadas en mi dirección.

—¡Tú! —exclama, elevando el dedo índice de su mano derecha; Ralph lo retiene tanto como puede. El cocinero me lanza una mirada de disculpa y no necesito saber más. Intentó cubrirme las espaldas sin éxito; Bryan descubrió mis maletas—. ¿Qué demonios te crees, que este es un hospedaje para vagabundos?

—Bryan, permíteme que te explique —le ruego. En mi interior se desata una tormenta: la desesperación por quedarme en la calle y la vergüenza de que Blaze atestigüe esto se unen para aplastarme con su brutal fuerza.

—¿Que usas mi depósito de apartamento mientras te vas de fiesta? —Me observa con desprecio—. ¿Por qué no le dices a tu acompañante que te pague la noche de motel?

El cabreo reemplaza cualquier otra emoción; mi cuerpo reacciona por instinto y alzo la mano dispuesta a darle una bofetada. Pero no lo alcanzo, porque de pronto Bryan deja de tocar el suelo con los pies y el cuello de su camisa gris a rayas se arruga entre los puños de Blaze.

—Si vuelves a hablarle así, serán tus últimas palabras —sisea. Esa voz gutural suena mucho más firme e infernal cuando susurra. No hay balbuceos ni miedos, los ojos brillan casi con el mismo fulgor endemoniado con el que miró a Robert Tate durante su brote.

—¿Tú quién te crees que eres? —le exige Bryan. Yo intento separarlos con la estúpida y vacía esperanza de recuperar mi empleo y convencer a Blaze de que lo sucedido es un gran malentendido. Ralph se ríe, una risa que desentona con la escena. Con apenas aliento, dice:

—Es un Davenport... —Y sigue riéndose. Joder, ¡cómo me gustaría reír como él! Bryan palidece, intenta hablar y solo consigue boquear como un pez fuera del agua. Por fin podemos ver a nuestro supervisor sin voz, sin creerse más que los demás. Por fin, una dosis de justicia... o karma.

—V-vaaale —consigue articular—, tendremos esta conversación en paz.

Blaze duda unos segundos antes de soltarlo. Lo hace de manera brusca y Bryan tropieza al tocar el suelo. Yo siento que también caigo al suelo. Lo único que deseaba cuando me puse este vestido barato era conseguir una noche para recordar, ¡y desde luego la recordaré! Pero no lo imagino como un lugar feliz al que viajar mentalmente cuando la vida se me venga encima y la realidad me aplaste con su peso de plomo, sino como el momento más embarazoso de mi vida.

—Blaze... —les doy la espalda a mi supervisor y al cocinero, a mi vida miserable por unos segundos—, por favor, vete. Por favor... Necesito solucionar esto, el empleo y... Vete, te lo ruego.

Cierro los puños a los lados del cuerpo, y la impotencia y la vergüenza me invaden por completo. Él aparta la mirada colérica de Bryan y, cuando la posa en mí, es reemplazada por algo similar a la indignación.

—No —es lo único que responde. El aire sale por su nariz con fuerza, como si buscara purificar su organismo de tanto enfado.

—Me lo prometiste, me traerías hasta aquí y nos despediríamos...

—Bien puedes aprovechar y subir tus maletas a su camioneta, porque no quedarán en mi depósito —interviene Bryan.

—¡Cierra el pico, Bryan! —le espeta Ralph.

—Ciérralo tú y agradece que tienes trabajo. Porque Maddie lo ha perdido.

Aspiro una gran bocanada de aire, juro que lo intento, trato de mantener la calma. Fracaso. Si algo podía hacer el momento más penoso era esto: ser despedida delante de Blaze.

¡Al demonio! Siento cómo el calor sube por mi cuello, ya he pasado por esto antes. De hecho, así ha sido el transcurso de mi vida, un momento bochornoso tras otro. Compañeros del instituto que descubrían que mi madre era prostituta, profesores que se daban cuenta de que no había comido, proxenetas que me alzaban la falda y se preguntaban cuánto podían sacar si me introducían en el negocio... Las humillaciones se acumulan en mi historial y solo hay una forma de sobrevivir a ellas: con agallas y sin mostrar jamás cuánto duelen. Con los puños, con los dientes, con todas las fuerzas que puedas reunir en ti.

Si te ven débil, te devorarán los buitres.

Me vuelvo hacia Bryan, echa una furia, y le lanzo:

—¿Sabes dónde te puedes meter tu puñetero trabajo, Bryan? Ese —Señalo el café— no es tu café, no es tu depósito, no te pertenece. Eres un patético, insignificante perdedor que solo puede aspirar a aprovecharse de la desesperación de la gente. —Recojo mi maleta del suelo y Ralph me alcanza la segunda—. Puede que no tenga empleo ni techo y que mi vida sea un desastre, pero joder... vale la pena si gracias a ello puedo decirte: «Vete a la mierda, gilipollas».

Le doy la espalda y arrastro una maleta con cada brazo en dirección a la autopista. No le dedico ni una mirada a Blaze, lo rodeo y sigo mi camino. Sé que está hablando con Bryan en términos poco amistosos; es probable que él sí conozca al puñetero dueño de la cadena de cafeterías. Tendría que regresar e intentar recuperar mi trabajo. ¡Mierda!, mi situación no puede ir a peor, pero mi orgullo duele tanto, sangra tanto, que mis tacones me impulsan y ahogan el dolor lacerante de mis pies.

Una mano cubre la mía sobre el asidero de mi maleta e intenta detenerme, pero yo tiro con más fuerza.

—Maddie...

—¿Qué? —protesto. Me vuelvo encolerizada.

—Deberías haberme dicho que tu situación era tan desesperada. —Si pudiera hacer algo más que clavar mis ojos en él con ira, los pondría en blanco.

Leo la pena en su mirada y, algo peor, adivino que cree entender mi ostracismo. Piensa... ¡Demonios!, piensa que la pobreza es lo único que le oculta y que, develada la verdad, mi comportamiento cobra sentido.

Y yo no puedo sacarlo de su error, simplemente no puedo, porque no soporto sentir más vergüenza. Así que la culpa se baña en una pátina de horrible rabia, el escudo endeble tras el que me he protegido toda la vida.

—No fui por ti, fui por la comida —siseo—. Ahora, si no te importa, iré a buscar un motel donde pasar la noche.

Sigo camino, no sin antes comprobar que mi enfado no le ha hecho mella. Si me arrancara el vestido, no estaría más desnuda que ahora, cuando cada una de mis heridas está al descubierto. Su puñetera empatía me enfurece más. Si fuera un capullo, si tan solo fuera una mierda, a mí no me importaría su opinión. Sería más fácil recoger los fragmentos de mi orgullo herido y seguir adelante. Pero le he dejado entrar, me permití romper la regla del pragmatismo, de ser la de los pies en el suelo, esa regla que me mantuvo a salvo estos años, a mí y a mi madre, y ahora tengo que lidiar con las consecuencias. El desencanto es el único resultado de tener esperanzas.

—Puedo darte empleo y techo —dice, sus palabras me llegan desde atrás y se clavan en mí como mil agujas. Me vuelvo y siento cómo me arden las mejillas por la vergüenza y el cabreo.

—¿A cambio de qué? —Ladeo la cabeza, suspicaz, enfadada e injusta. Descargo en él mi frustración como un pararrayos lo hace con la energía de una tormenta—. ¿Qué servicio debo prestar al gran Davenport a cambio de su caridad? ¿O es que ahora tienes vocación de Madre Teresa de Calcuta?

Blaze iguala mi cabreo al oírme. Sus mejillas se encienden, no por pudor o remordimiento, sino por pura ira. Los ojos se ven negros y las aletas de su nariz se dilatan, soltando un bufido de toro. Los puños se les cierran a los costados del cuerpo y la boca..., esa boca que hace instantes deseaba besar, se convierte en una línea fina y tensa.

Tarda unos segundos en recuperar la calma, porque hasta en eso está dispuesto a demostrar que es la hostia. Su autocontrol alimenta mi descontrol y deseo lanzarle mis zapatos sucios por la cabeza. Porque, cuanto mejor se muestra él, más basura me siento yo por el engaño y por usarlo como saco de boxeo inmerecidamente. Debería ser el rostro de Bryan el que reciba mis embistes.

—Magdalen —usa mi nombre como un conjuro—, pese a que no me has permitido conocer cosas de ti abiertamente, la verdad se escapa por las grietas. Siempre lo hace. Hoy me has dicho que estás acostumbrada a hombres como Robert Tate y juro por Dios que deseo arrancarle la cabeza al gilipollas de tu supervisor... Vale, ese es tu mundo... Pero no podrás conocer otro, ni yo ni nadie te podrá enseñar que hay gente distinta, si cada vez que nos acercamos nos despedazas con tus garras. Yo no soy Tate ni Bryan, déjame probártelo.

Una amarga carcajada me nace en lo más profundo del pecho y escapa agria por mi garganta. Los ojos se me nublan y la imagen de Blaze se me presenta borrosa.

—¿Crees que no lo sé? —Mi voz denota incredulidad—. ¿Piensas que no sé que eres distinto? Lo sé desde la primera vez que te vi, Blaze. Y desde entonces también supe que debía alejarme de ti, que nuestros mundos no debían cruzarse. Tú habitas el mundo de los cuentos de hadas, el de las fantasías, en el que los tacones no se hunden en el césped, los canapés saben a miel y lo más irritante que te puede suceder es que un padre te quiera tanto que se comporte como un imbécil ante la más mínima amenaza contra su cachorro. Tú vives en un mundo inmenso y yo, en una isla. Aquí somos islas, estamos solos, nos las apañamos solos y morimos

solos.

—Maddie, sé lo que es la soledad —responde. La serenidad con la que lo dice me sosiega; cuando la furia se va, la pena resurge con inmensa fuerza—. Le hablas a alguien con mi trastorno, ¿recuerdas?

—No tengo dinero, no tengo empleo, no tengo techo... —confieso con voz temblorosa—. Lo único que me quedaba era mi orgullo y mi mundo de fantasías. El lugar al que viajar cuando la vida se me hiciera insoportable. Y las dos cosas acaban de romperse, Blaze. Déjame ir, desaparecer. No quiero despedazarte, ¿vale? No era mi intención. Solo regresa al cuento de hadas y permíteme quedarme aquí, en el mundo real.

—No puedo volver al cuento de hadas porque no existe, Magdalen. Y respecto a tu orgullo, lo veo intacto. Lo que sucedió aquí no tiene nada de humillante; la vida está llena de imbéciles, el único que debería sentirse avergonzado es ese gilipollas. —Señala en dirección al café. Aspira una gran bocanada antes de continuar—: Coincido contigo... —Da un paso al frente y ya no tengo fuerzas para escapar. Está tan cerca, anhele un abrazo con tanta desesperación que me siento desfallecer, y añade: —Somos islas, por eso para sentirnos menos aislados necesitamos construir puentes. Algo que debe hacerse de ambos lados, Maddie. Nadie se salva solo.

Le aparto la mirada, en mi isla solo hay un puente y es el que me une a mi madre. Un puente que se encuentra a medio destrozar. Soy incapaz de hablar, el nudo en mi garganta me abrasa y hace que cualquier intento de respuesta sea en vano. Me coge del mentón con el índice y el pulgar, y me obliga a leer sinceridad en su rostro.

—Puedo darte empleo y techo. El alojamiento sería temporal —aclara casi como una disculpa y yo solo puedo pensar que nada en mi vida es permanente—. Sin favores a cambio, sin caridad de por medio. Tú haces tu trabajo, yo gano dinero gracias a ello y te pago un salario acorde.

—Dices que sin caridad, pero no me has entrevistado, no sabes cuáles son mis habilidades ni si estoy capacitada para el puesto. —Mi réplica sale sin fuerza, porque estoy tan desesperada que sé que debo aceptar. Y también me doy cuenta de la razón de mis reparos, de la estupidez que me impide abrazar el pragmatismo que siempre me caracterizó y me lleva a aferrarme al clavo ardiente de los sueños imposibles. No quiero que Blaze Davenport sea mi jefe, porque eso supondría renunciar a que se convierta en alguien más; sería poner fin a la fantasía infantil que iluminó estos días oscuros. Por una vez, quise ser soñadora en lugar de racional y la vida me ha espabilado de un bofetón—. Lo haces porque te doy pena.

—No, lo hago porque tú no me abandonaste en mi isla ni te rendiste cuando mi proyecto de puente se derrumbó tras colocar el primer ladrillo. Hiciste algo muy importante por mí y eso tiene que contar, ¿verdad? ¿Qué sentido tendría el mundo si no se recompensaran las buenas acciones?

—El mundo no tiene ningún sentido, Blaze —digo, derrotada. Al ver que no me opongo, arrastra la maleta hasta su camioneta. Yo hago lo mismo con la otra y él la sube a la parte trasera sin mucho esfuerzo. Me abre la portezuela y la cierra después de que me suba. Se sienta al volante y se pone en marcha.

Yo miro el paisaje pasar a mi lado como una mancha borrosa. Sé que mañana agradeceré haberme cruzado con Blaze Davenport. Esta es la oportunidad que llevaba toda mi vida buscando, la clase de ayuda real que te hace volver a creer en Dios, en que los seres humanos son su mejor creación y en que existe tal cosa como la justicia. Pero esta noche, cuando poso la cabeza en el cristal de la ventanilla y mi yo real se topa con el reflejo, soy tan consciente de que

el espejismo ha llegado a su fin y era una mera ilusión que solo puedo llorar por el único sueño que alguna vez me atreví a tener y que acaba de desvanecerse.

La melodía de «Cowboy Dreams» de Jimmy Nail se burla de mí.

Sueños de vaquero, sueños de vaquero

Me das sueños de vaquero

Si alguna vez estás en problemas, si alguna vez estás deprimido

Voy a ser el juez y el sherif en la horca

Voy a sacar tus problemas de la ciudad...

Blaze apaga la emisora con una maldición. Y en el silencio de la cabina, no lo soporto más y rompo a llorar por fin.

CAPÍTULO 10

Maddie

Creí que tendría malos sueños o incluso insomnio. Imaginaba que daría vueltas en esta extraña cama y que el alba me encontraría con los párpados abiertos y las retinas cansadas.

Pero nada de eso sucedió.

En cuanto puse la cabeza en la almohada, sufrí un desmayo y me despertó la alarma de mi móvil a las cinco y media de la mañana. No mentiré, me llevó un buen tiempo comprender lo sucedido e intentar conciliar la realidad con esta sensación de descanso.

Y, como sucede desde que Blaze Davenport se cruzó en mi vida, él es el artífice de mi paz. Primero era ese sueño inalcanzable que me funcionaba de refugio mental y ahora es el inesperado amigo que tiende una mano en la adversidad.

Anoche lloré como no recuerdo haberlo hecho nunca. Catalogo el día de ayer como el segundo peor de mi vida y, sin embargo, como el que más lágrimas me arrancó. El día que aún conserva el podio inamovible fue tan duro que el estupor le ganó a la tristeza; aquí venció la angustia y, para completar mi bochorno, lloré hasta el espasmo frente a Blaze. Tenía la nariz roja, el rímel dibujaba ríos negros por mis mejillas y el rostro estaba inflamado por el dolor. Con ese aspecto llegamos al rancho Davenport.

Me habría gustado poder ver más allá de mis lágrimas, hacerme una idea mejor del terreno, porque lo único que recuerdo del sitio donde me alojo es un borrón de plantaciones y caminos intrincados. Una gran verja con una caseta de seguridad a un lado nos dio la bienvenida. El guardia alumbró el interior de la camioneta.

—Soy yo, Dash —dijo Blaze. Dash lo saludó con un toque a su sombrero y un leve encogimiento de hombros. Debía comprobar incluso la camioneta de sus jefes, no fuera a ser el caso de que se la hubieran robado o los estuvieran reteniendo como rehenes. A su jefe esta noche solo lo acompañaba un desecho de muchacha llorona. Sin más comentarios, abrió la verja y seguimos camino.

Me pongo de pie esta mañana y empiezo a recomponer el puzzle.

El camino estaba pavimentado hasta cierto punto, luego vino un traqueteo y la perfecta suspensión de la camioneta no se inmutó cuando pasamos a tocar tierra. Fueron varias millas de trayecto, y Blaze lanzaba miradas preocupadas en mi dirección. Yo ya no lloraba, aunque mi silencio era pesado. Eso sí lo recuerdo: atravesamos una zona iluminada. Entre los árboles se veían destellos dorados y un sendero cuidado. A través de la frondosidad de las copas se adivinaban dos inmensas casas, una mucho más grande que la otra. Blaze aminoró la velocidad.

—Maddie —suspiró. Me volví hacia él—. Tendrías tu propio baño, tu espacio, no me verías las narices, lo juro....

—No alojas allí a tus empleados, ¿verdad? No es ese el sitio al que hacías referencia cuando me ofreciste techo. —Negó con la cabeza—. Ya has hecho demasiado por mí, Blaze.

Lo entendió, con renuencia pisó apenas el acelerador y pasamos de largo su casa. Las lágrimas regresaron a mis ojos y los dedos de Blaze se pusieron blancos alrededor del volante. Me presionó demasiado y se maldijo por ello.

En cambio, yo sé por qué las malditas lágrimas decidieron brotar. Porque Blaze Davenport, un desconocido, alguien a quien apenas conozco, fue la primera persona en mi

puñetera vida que puso mis deseos y decisiones, acertadas o no, por encima de sus deseos e imposiciones. Y verlo allí, tragándose las réplicas, me hizo ver que jamás me habían respetado. Sonia pidió algo a cambio, e incluso mi madre, cuando tomó su horrible decisión, lo hizo sin tener en cuenta mis sentimientos y mis preferencias. Blaze... Él pisó el acelerador y, sin estar de acuerdo conmigo, se tragó sus protestas.

No quiero analizar cómo me sentí. Me visto esta mañana e intento empujar al fondo de mi pecho cada sensación, porque no puedo reconocerlas. Si intento ponerle nombre a ese conjunto de emociones, si tomo conciencia del modo en que mi corazón latió, del cosquilleo insoportable en la boca del estómago, de la corriente en mi piel... voy a estar muy jodida.

Llegamos entonces a una construcción. De lejos pensé que se trataba de un granero, como tantos otros que se encuentran en los ranchos de Nebraska, pero, a medida que nos acercábamos, el edificio se hacía más inmenso. Era una especie de nave industrial, tan grande que, una vez que aparcamos, no pude abarcarla por completo con la vista.

Blaze dejó el motor encendido, se extendió en mi dirección y abrió la guantera de la camioneta. Varios papeles, carpetas y una Tablet cayeron sobre mis rodillas y entre mis piernas.

—Mierda —maldijo. Y yo sonreí, la primera sonrisa de la noche.

—Eres un mentiroso —le recriminé. Él me miró, algo asustado por mi declaración, hasta que divisó el brillo de diversión en mi mirada. Supongo que asomaba apenas entre tantas lágrimas—. No eres ordenado, solo has escondido el desorden para aparentar.

—Esto no es nada, créeme. Tendrías que ver mi escritorio. —Se inclinó para recoger. Su mano tocó mi pantorrilla y aún puedo sentir el calor de su roce. Yo me volví torpe y casi hizo un bollo con los papeles que tenía en las manos. Al fin dio con lo que buscaba: una tarjeta de ingreso. Divisé el logotipo del rancho, que había visto antes en letreros y en páginas web. Era una D bastante discreta y seria, que bien podría ser la de una farmacéutica o un estudio de abogados—. Aguarda —pidió—, ya regreso.

—Tranquilo, no tengo dónde ir —le dije en broma. Lamenté mi comentario: Blaze no estaba de ánimos para el humor negro, o tal vez es que sabe que el humor es una herramienta de defensa. En cualquier caso, clavó sus ojos en mí durante unos segundos y luego se marchó.

Lo vi pasar la tarjeta por el lector y luego introducir unos números en el panel de la gran puerta de acceso que protege la nave industrial. La oscuridad lo devoró al otro lado y, al perderlo de vista, sentí que me arrancaban una parte de mí. Bajé la ventanilla, necesitaba aire y creo que lo que encontré fue la paz que me permitió descansar. Eso y, por supuesto, lo que sucedió después.

Apoyé la cabeza sobre el antebrazo, asomado por el agujero de la ventanilla, y miré hacia el cielo. Estábamos tan lejos de la ciudad que la contaminación lumínica no nos alcanzaba. La luna menguante formaba un círculo incompleto y algunas nubes absorbían su luz, esparciéndola como una pátina plateada sobre las tierras del rancho. Poco a poco, los insectos se acercaban a las farolas de la camioneta, atraídos por la luz. Oí sus zumbidos y, de pronto, fui capaz de percibir el resto de la melodía. También oía el canto de las aves nocturnas, el mugido lejano de las vacas y el ronroneo de algunos motores que no supe identificar. Tal vez algún generador o un enorme frigorífico.

La calma era tal que casi me quedé dormida allí. Blaze regresó y mis ojos se resistieron a cerrarse. Me embebí de su imagen y de los sonidos nocturnos. Su altura, su espalda ancha que se estrecha en la cintura. Es muy fornido, el más alto de los hermanos Davenport y también el más fuerte pese a ser el de menor edad. Como si la naturaleza hubiera querido compensar, es también el de rasgos más dulces. Tiene unas pestañas larguísimas alrededor de sus ojos color güisqui y su

cabello castaño irradia destellos rojizos. Wade posee más pecas, es casi tan pecoso como yo, pero en Blaze están dispuestas como si las hubiese dibujado un maquillador: algunas en la nariz y en las mejillas. Y luego están sus lunares, esos merecen un capítulo especial. Podría pasarme el día y la noche... la eternidad contándolos. Memorizándolos. Besá...

Abrió la puerta de la camioneta y soltó la tarjeta en el posavasos.

—Para qué aparentar, ¿verdad? —se mofó. Le sonreí algo embozada, así que es desordenado, pensé, con humor. Cada rasgo que él intenta mostrar como un defecto me parece encantador. Convierte a mi vaquero idealizado de cuentos de hadas en uno de carne y hueso.

Me tendió una llave con un llavero en el que estaba escrito el número veintiocho. Lo vi dudar, intentando una última vez hacerme cambiar de parecer. Se contuvo a fuerza de voluntad. Se puso en marcha de nuevo y rodeamos la nave industrial.

Tomamos un sendero y nos alejamos aproximadamente media milla. Aún me cuesta calcular las distancias del rancho. Llegamos a un barrio, sí, un barrio completo dentro del rancho Davenport. A medida que nos acercábamos, pude ver que no se trataba de casas propiamente dichas, sino de caravanas. No se parecían en nada a la caravana en la que vivía mi madre con mi abuela en su infancia y en la que yo pasé una temporada horrible; las de aquí me recuerdan a los camerinos que les instalan a las estrellas de Hollywood cuando deben trasladarse a un set de filmación a las afueras de Los Ángeles. Son inmensas y están elevadas del suelo con soportes de metal.

Blaze apretó los puños y los dientes alrededor del volante, y necesitó todo su autocontrol para no dar media vuelta e ir a su casa, ordenándomelo con el poder que le brinda su apellido y mi desesperación por dejar esta estupidez e ir a su casa. Encuentra mi nuevo alojamiento muy por debajo de mi nivel y yo quiero reír a carcajadas al pensar que probablemente es el lugar más digno en el que me he hospedado.

—Maddie. —Mi nombre fue apenas audible a través de sus labios.

—¡Joder, Blaze! Tienes un barrio entero aquí, es asombroso. ¿Cuántas personas viven aquí?

Tardó en responder. Aparcó la camioneta frente a la caravana con el veintiocho en la puerta. Algunas pocas luces aún estaban encendidas y nos alcanzaba el resplandor de un televisor.

—Aquí no vive nadie a tiempo completo, es para los trabajadores golondrina. —Miré a mi alrededor sin entender.

—¿Qué son los trabajadores golondrina?

Vio mi desconcierto y se explicó: —En temporada de faena o de cosecha, el trabajo se multiplica y necesitamos muchas manos. El problema es que Nebraska está muy al norte y no ofrece demasiados empleos en temporada baja, así que los obreros no pasan el año aquí. La mayoría prefiere probar suerte en los estados del sur.

—Oh, vale. Por eso se llaman «golondrinas», porque como ellas, vienen en verano y emigran en invierno.

—Exacto. Pero cada vez es más difícil que lleguen hasta aquí. A medida que se desplazan, los rancheros del sur van contratando a los mejores y los del norte cogemos lo que podemos. Además, la mayoría son inmigrantes y tienen una cadena de capataces que les consiguen los contratos temporales, con sus hospedajes, y, sobre todo, son su red de contención. No es lo mismo trasladarte solo, a tu suerte, que hacerlo con personas que conoces o que son de tu misma cultura...

Lo dijo con pasión: Blaze está comprometido con cada detalle del rancho.

—Claro.

Mi atención estaba fija en él; no había ni un rasgo de balbuceo o ansiedad cuando hablaba de trabajo.

—Esto fue lo que se nos ocurrió para conseguir mejores trabajadores: quienes deseen hacer temporada en el norte ya tienen alojamiento. La hora se paga mejor aquí que en el sur y, si descuentan el gasto de hospedaje, pueden ganar mucho más en los meses buenos. —Abrió la puerta y rodeó la camioneta, abrió la mía como el vaquero que es y me tendió la mano.

Esperó por mí bajo la escalerilla que llevaba a la puerta. Probé la llave como si se tratara de uno de esos viejos programas de juegos en los que elegías si querías dinero o una misteriosa sorpresa tras la puerta. Blaze bajó las maletas de la parte trasera y las dejó junto a la puerta. Yo me volví hacia él y, por fin, pude decirlo:

—Gracias. Gracias, Blaze, por todo. No solo el hospedaje, sino también por la oportunidad y por respetar mi decisión de quedarme aquí, aunque pienses que es una estupidez. Gracias por ser tan confiado, pero, sobre todo, por ser tan de fiar.

Me di cuenta de que lloraba de nuevo cuando noté que tenía las mejillas húmedas. Blaze se acercó, me abrazó y me permitió llorar sobre su camisa blanca. Intenté borrar con el dedo la mancha de rímel sin éxito.

—Buenas noches —me dijo, y fue como un conjuro. Su abrazo tuvo el efecto de mil tiritas en mis heridas, las unió y les brindó una noche para cicatrizar.

—Mañana te recogeré a las seis menos diez, ¿vale?

Asentí con la cabeza y ya no recuerdo nada más. El cansancio me pudo.

Faltan diez minutos para que me recoja, debo apresurarme, no quiero empezar mal lo que parece ser el primer día de una nueva vida.

Maddie

Reviso los aparadores y descubro que hay café soluble, azúcar y unas galletas María en una cesta de bienvenida estándar con el logotipo del rancho. Enciendo el calentador de agua eléctrico tras leer el letrero de advertencia: «No consumir el agua del grifo». Junto al fregadero hay un garrafón de agua potable. En la puerta hay otro letrero que indica las reglas básicas de convivencia. Mantener la higiene, no escuchar música a un volumen alto y otras cosas de sentido común. Disuelvo el café en la taza y pienso que tendré que ir a Fort Creek a por las compras básicas de alimentos. Al no haber tenido que pagar la noche de motel, aún tengo algunos dólares que puedo invertir en comida hasta recibir mi primer salario.

Enjuago la taza y la pongo a secar justo cuando llaman a mi puerta. Junto valor para abrir, no sé cómo reaccionar ante su presencia. Al final, cojo coraje y, al verlo, se me corta el aliento. Me recibe un completo vaquero apoyado en la portezuela de su camioneta. Lleva una camisa a cuadros sobre una camiseta blanca de algodón, pantalones vaqueros, un cinturón de piel del que pende un portaherramientas y botas tejanas.

—Buenos días, Maddie —saluda, y su voz suena más ronca de lo habitual. Tiene los ojos algo entornados, no ha pasado ni quince minutos desde que se despertó. Huele a café recién hecho y a su aroma habitual, picante y especiado. —Espero que hayas dormido bien.

—Sí, gracias —consigo responder. Mis piernas se resisten a moverse; él me observa y clava su mirada en mis tenis de tela. Frunce el entrecejo, pero no dice nada. La tensión crece y nos cuesta comportarnos de manera profesional. Por fortuna, una hermosa cabeza de border collie asoma por la parte trasera de la camioneta y consigue que me olvide de la incomodidad.

Me sale un tonto y chillón—. ¡Oh!, pero, ¿quién es esta belleza? ¿Y este perro lindo? —Le cojo la cabeza entre las dos manos y recibo un beso húmedo en la nariz. Me echo a reír.

Blaze también se ríe, su risa sincera y relajada me pone la piel de gallina. Solo puedo pensar en lo duro que será trabajar con él cuando otras dos cabezas asoman a la espera de mis atenciones.

—Maddie, ellas son Lottie, Snowie y Queen. Mis chicas.

—Tú sí que te rodeas de bellezas. —Lottie es la más revoltosa, comienza a dar brincos en dirección a Blaze y se olvida por completo de mí. «Te entiendo, pequeña», le digo mentalmente, «yo también me ignoraría a cambio de la atención de Blaze». Snowie lucha por imponerse como la alfa de la manada y Queen se acerca a mí, por lo que la altura de la camioneta le permite quedar cara a cara conmigo y me empuja el mentón con su hocico, como diciendo: «Ánimo, chica, lo harás bien».

—Le gustas a Queen —me dice, sorprendido.

—Es mutuo. No pueden ser más monas.

Rodeo la camioneta dispuesta a subirme. Blaze se apresura a abrirme la puerta y regresa al volante. Me giro para ver a las perras en la parte trasera. Estoy encantada con ellas y, al parecer, eso es de agrado de mi nuevo jefe.

El trayecto es corto, regresamos a la nave industrial de anoche, solo que ahora entramos por una gran puerta central, tan alta y ancha que pueden entrar tres camiones a la vez. De hecho, hay uno dentro. Durante el recorrido, Blaze me pone al tanto de algunos asuntos. Se relaja al hablar de trabajo, pero de vez en cuando me observa intensamente y se le escapaba un leve balbuceo.

—P-puedes usar esos —señala unos transportines como los del campo de golf—, las distancias son largas y hay que hacerlas a pie. —O... s-sí... —Toma aire y dice lo siguiente en una exhalación—: si sabes montar, puedes pedirle un caballo a Thomas.

—No sé montar, soy una chica de ciudad. Si es necesario, usaré los transportines. ¿Cuál será mi trabajo?

Aparca la camioneta y nos bajamos en la nave. Varios hombres están ocupados descargando la mercancía del camión, otros leen códigos como los de los supermercados y dan órdenes de llevar aquí o allí. Intento adivinar cuánto pesan esos sacos y si podré moverlos, hasta que me percató del extraño silencio. La tarea continúa, pero ahora parece una escena de una película muda.

No soy una persona vanidosa y no me creo el regalo de los dioses a los hombres, le delego ese puesto con honores a Charlotte. Pensar en ella no me ayuda a calmarme, no puedo más que ser consciente del error que me ha traído hasta aquí. En fin, lo que intento decir es que, estadísticamente, al menos un par de hombres me deberían encontrar atractiva; sin embargo, aquí los trabajadores encuentran cualquier objeto más interesante y digno de su mirada que yo. A uno le cae un saco de lo que sea que carga en el pie por no mirar hacia delante y exclama una maldición.

El silencio es tal que consigo oír el susurro de uno de ellos: cierra el pico, es la chica del jefe.

—Mierda —mascullo. Blaze me observa de lado, es evidente que él no lo ha oído.

—¿Qué sucede?

—Nada, me tropecé —miento. No pienso hacer nada que ponga en riesgo mi puesto. Elevo la barbilla y avanzo firme sin intimidarme por los cotilleos. Claro que piensan eso; pese a no llevar muchas horas aquí, comprendo que el rancho Davenport es como un pequeño pueblo.

Deben de haber escuchado el rumor de que llegué con él anoche y sacaron sus propias conclusiones.

«Lo siento, muchachos, pero ni vosotros tenéis cotilleos ni yo tengo premio. Blaze está fuera de mi liga, por mucho que soñemos despiertos».

Intento mantener el ritmo de sus zancadas. La nave cuenta con una planta alta a la que se accede por una escalera de metal. A través de los cristales, adivino que hay algunas oficinas y depósitos de papeles. Subimos y, antes de llegar a ninguna de esas puertas, una mujer nos intercepta.

—Blaze, por fin llegas. —Miro la hora en el móvil disimuladamente: son las seis y cinco de la mañana. ¿A esta hora alguien puede decir «por fin llegas»?

—Christine Maddox, Magdalen McEwan, Maddie, Christine —nos presenta con premura—. ¿Qué ha pasado?

—Hola, Maddie, es un gusto. —Me estrecha la mano con fuerza y pasa a ignorarme por completo. Siguen camino y yo mantengo el ritmo, sin saber qué hacer—. El pienso que llegó no es el que ordenó Gabrielle, ella especificó que quería el que viene libre de antibióticos, pero el capullo de Kirkland dice que no, que este envío se corresponde con el de la orden anterior, y yo le envié por correo electrónico la orden y el número. ¿Y sabes lo que me ha respondido el muy gilipollas? ¡Que por eso no se puede tratar con mujeres! Que hablaría contigo.

Blaze extiende la mano y Christine le coloca un iPad en ella. Un suave gruñido de descontento escapa de la garganta masculina.

—Kirkland me está tocando los cojones. El muy hijo de puta se cree el dueño del pienso de Nebraska. ¿Qué le has respondido?

—Que por sus problemas para tratar con mujeres es que el cartero se tira a su señora, él sí sabe cómo tratarla.

Me ahogo al oírla. Blaze le sonrío y frunce el ceño.

—Además de eso...

—Además de eso, que le pediría cotización a McComb por el pienso y te diría que lo mandarás a tomar por culo.

—Vale.

—El problema es que Kirkland se niega a dar la orden a su chófer de regresar con los camiones y nos están obstruyendo la entrada al rancho. El chófer es un chaval, no sabe qué hacer, si cabrear a un Davenport o a su jefe.

—Bueno, iré a hablar con el chaval. Tú encárgate de Maddie, ¿de acuerdo?

Al fin se acuerdan de mí, se vuelven y me observan. Blaze parece algo incómodo y Christine me observa de pies a cabeza. Dibuja una media sonrisa e intenta decirle algo más. El ceño fruncido de su jefe se lo impide, pero la socarronería no abandona su mirada. Se entienden sin hablar, comparten un par de gestos más y Davenport gana la contienda no verbal.

—Vale —dice al fin Christine—. Maddie, ven conmigo.

Seguimos un par de pasos, yo no veo el camino porque solo tengo ojos para la espalda de Blaze. Debo recordarme que es mejor así, estar a su lado el día entero sería una tortura. Ahora es mi jefe y yo rogué porque me tratara como a una más, sin ningún privilegio, sin nada más que una relación profesional.

«Hazte cargo, Magdalen McEwan».

Christine parece adivinar mis pensamientos y me pregunto si ella también babea tras su jefe. Llegamos a una de las oficinas que había visto desde abajo. La abre para mí y yo sonrío al descubrir lo que hay dentro.

—Vaya, esperaba una expresión de espanto. Me gusta tu sonrisa —dice.

Yo me sincero:

—Temía que Blaze me hubiese dado un puesto inventado, algo así como cuidar que no se escape una abeja, pero veo que el trabajo es real.

—¡Espero que ese entusiasmo dure! —dice, y suelta una carcajada—. Cielo, en el rancho Davenport siempre hay trabajo.

—¡Demasiado! —exclama una mujer mayor.

—Ella es MaryAnn, la secretaria de Blaze. —Me vuelvo hacia Christine, confundida. —Oh, no, yo no soy su secretaria, soy la jefa de capataces. MaryAnn trabaja con Edward —señala a un muchacho delgado que lleva una muleta porque tiene una malformación congénita en la pierna—. Son el nexo entre Producción, que somos nosotros, y Gerencia, que es Wade Davenport. Aunque no te fíes, las líneas no están muy delimitadas.

—De acuerdo...

—Pero tú no tendrás tanta suerte, no trabajarás para el bueno de Blaze, sino para mí —dice en tono amenazante, aunque con un deje bromista.

—¡Benditos los oídos que te oyen, Christine! —Una muchacha joven eleva las manos al cielo dando gracias al Señor. Mi nueva jefa se ríe de buena gana.

—Ella es Hope Lynch, tu peor pesadilla.

Me doy cuenta de que me duelen las mejillas de sonreír; el ambiente de trabajo parece muy agradable, incluso cuando se ve que hay mucho por hacer.

—¿Qué tendré que hacer? —pregunto con una extraña timidez.

—¿Has jugado al Tetris alguna vez en tu vida? —indaga Hope. Los demás se ríen.

—Sí, en el móvil.

—Entonces irás bien.

Antes de que me expliquen más, Christine me presenta a la última incorporación a la oficina.

—Bailey se ocupa de las relaciones con los contables, no preguntes por su trabajo, es imposible entenderlo.

Bailey sonríe. Lleva unas gafas enormes de marco dorado que la hacen parecer salida de una sitcom de los setenta.

—Es el secreto mejor guardado, como nadie sabe bien qué hago, nadie puede discutirme cuando digo que merezco un aumento.

—La única que se merece un aumento aquí soy yo —replica MaryAnn—, si hasta me tienen haciendo café.

—Yo puedo hacer café, fui camarera.

—De eso nada. —MaryAnn se acerca y me susurra, aunque lo suficientemente fuerte como para que los demás la escuchen—. Hacer café es una excusa para tomar un descanso, ya verás cómo nos peleamos todos por ser quien pone la jarra.

—¿Debo asustarme?

—¡Oh, sí! —dicen a coro. Las risas parecen desmentir la advertencia.

—Vale. Dejaremos el resto para después —termina Christine, al tiempo que lee el móvil —; Blaze se cabreó con Kirkland porque el muy capullo amenazó con despedir al chófer si se movía de nuestra puerta. Ya sabéis cómo se pone con los abusones. Tendré que ir a impedir un homicidio. Maddie, Hope te explicará los detalles del trabajo. Un breve resumen es que esta planta alberga todas las oficinas administrativas de la sección operativa del rancho. Hay departamentos como Personal, Contabilidad, Administración...

—Nosotros —agrega MaryAnn, por si no me había quedado claro.

—Gestión de depósito de ingresos. Gestión de depósito de egresos y...

—Nunca vayas allí, Simba —bromea Edward. Los demás ríen.

—Sí, el sector oscuro de misceláneos. Allí hallarás de todo: gestión de laboratorio, papelería administrativa, insumos, administración de los hospedajes... Pues va allí.

—Vale, me mantendré alejada.

—Eres muy lista. Por último... —Mira una vez más tu móvil, luce preocupada—. Verás, temías que te dieran un empleo inventado, la realidad es la opuesta. Siempre faltan manos...

—Y esto no es nada —agrega Bailey—, la temporada empieza en unas semanas... —Finge estremecerse.

—Exacto. El tema es que, aunque todos tenemos un puesto determinado y nadie te exigirá más, muchas veces nos las apañamos como podemos. Ya verás cómo llevas eso, ¿sí?

Asiento con la cabeza.

—Entonces —interviene Hope—, ven aquí, que la partida de Tetris debe comenzar.

Hope escribe en una nota adhesiva su usuario y contraseña para que los use hasta que me den de alta en el sistema. Comienza a explicarme el trabajo, mi cabeza echa humo. Los capataces cuentan con tablets en las que pueden cargar tareas o ver sus asignaciones. Hope se encarga de recibir o crear esas tareas, que pasan a llamarse «incidentes», y los registra asignándoles una prioridad, relevancia, cantidad de horas estimadas, número de trabajadores necesarios y posibles herramientas o suministros requeridos. Luego entro en acción y debo asignar esos «incidentes» a los capataces sin superponer ninguna de sus variables y respetando el orden de prioridades.

Es mucho más difícil de lo que parece, porque quizá el capataz A tiene cuatro horas libres para trabajar, pero solo dos trabajadores disponibles y la tarea requiere tres. O el capataz B tiene horas y trabajadores, pero los insumos están ocupados por el C.

—Y si llega un incidente con Rojo, puedes cancelar otros ya asignados, aunque es recomendable que llames directamente al capataz para informar de la premura. ¿Entendido?

Asiento y, pese a que tanta explicación empieza a provocarme migraña, la felicidad es plena: ¡es el trabajo más real que he tenido en mi vida! Entiendo que no solo me ganaré cada dólar con el sudor de mi frente, sino que además es un trabajo importante. Cuando Blaze dijo que era un trato justo, no mentía. Me sigue sorprendiendo lo fiable que es y lo raro que me resulta aún. Debo empezar a asumir que en mi vida solo he conocido hijos de puta, pero Blaze tiene razón, él me probará que no todos son iguales.

—Vale —digo, lista para salir al ruedo. Entonces veo un código que no me ha explicado.

—¿Y qué pasa si hay un incidente negro?

Se forma un pesado silencio a mi alrededor.

—Esos no deberás asignarlos, tu único trabajo será correr al refugio para tornados.

CAPÍTULO II

Blaze

Decir que estoy de mal humor es quedarse corto. Kirkland me ha jodido la mañana y no es la primera vez. El muy capullo detesta trabajar con Christine porque es mujer, intenta pasar por alto su rango o la menosprecia frente a los demás capataces; busca minimizar su poder y yo no puedo permitir que la desautoricen, ya que es esencial para que el rancho funcione como un engranaje bien engrasado.

—Mueve el puñetero camión, chaval —gruñí. A veces, mi trastorno me resulta muy útil, dado que no soporto las confrontaciones y las discusiones me hacen tartamudear, suelo usar un tono de voz bajo y firme que es mil veces más efectivo. Cuando alzas la voz, la gente entiende que estás cabreado y a punto de perder los papeles, pero cuando hablas así... Oh, piensan que tienes todo bajo control y que la amenaza es fría y medida. El chófer, a quien trato de «chaval», tiene mi edad y, sin embargo, se estremece—. Quien vendrá a hablar contigo es Richter, ¿sabes quién es Richter?

—E-el representante d-del sindicato.

En mi mundo, este jodido rancho, yo no balbuceo, lo hacen los demás.

—Y a él le explicarás por qué tiemblas como una hoja.

Richter llega en una de las camionetas con el logotipo de Davenport que utilizamos dentro del rancho. Desciende junto a otro de los delegados y se encaminan hacia el pobre chaval. Ha quedado en medio de una disputa que Kirkland no ganará, porque si despide al muchacho, el sindicato le hará un hueco, y si no mueve el puñetero camión, el hueco se lo haré yo.

Sin embargo, ya ha conseguido tocarme los cojones. Mi día debería haber comenzado con un recorrido por el rancho en compañía de Maddie, en el que yo le explicaría cuál sería su trabajo y podría atisbar en su mirada el mismo brillo que tuvo anoche, cuando me permitió abrazarla y me agradeció que fuera de fiar.

Sé que debo ganarme su confianza poco a poco. Y esta mañana tenía entre manos una contienda fundamental que el puñetero Kirkland me ha echado a perder. Debí enterarme por un mensaje de Christine.

«Nunca vi a una chica más feliz por tener que trabajar como una burra, B. Tiene madera de vaquera, aunque zapatos de ciudad».

¡Yo tendría que haber presenciado esa alegría! Y ya me he dado cuenta de lo de los zapatos. Me subo a la camioneta y le ordeno a Siri que llame a mi hermano.

—Dime que no me llamas por la muchacha, ya me llegó el rumor de que la has contratado —dice Wade sin siquiera saludar.

—Joder con los cotilleos. No, ¿por qué te llamaría por ella? Yo contrato al personal que me da la gana en el rancho.

—De acuerdo, por tu humor no has follado. Los cotilleos no siempre son del todo acertados.

—Vete a la mierda. Te llamo por Kirkland, ha pasado por alto el mando de Christine y me tiene hasta las narices. —Avanzo en dirección a la nave principal. Mi iPad muestra una alerta indicando que me necesitan en los corrales, pero es amarillo y puede esperar. Me apetece ver a Maddie y ya se me ocurrirá alguna excusa de camino a su oficina—. Haremos un pedido a McComb, pero el viejo no da abasto para surtir el rancho con su pienso. Necesitamos otro

proveedor.

—Hablaré con Kirkland...

—No, no vas a hablar con Kirkland, Wade. Harás tratos con otro proveedor.

—¡Joder, Blaze! Sabes que Kirkland tiene el mejor precio de Nebraska.

—Pone el precio que le da la gana porque tiene el monopolio a gran escala y, además, vende un pienso de mala calidad. Compremos en Kansas... —He dicho una tontería, lo reconozco por el suspiro largo de Wade al otro lado. A mí se me da bien la producción, pero en los números contables... —Extraño a Eliza —confieso, y mi hermano se ríe sin humor.

—Podríamos habernos quedado con ella y deshacernos de Roman. Malditos lazos de sangre.

Eliza es la exesposa de mi hermano Roman, era un genio de las finanzas y quien me mantenía los pies en el suelo en términos contables. Pero Roman la engañó, la abandonó con su hijo enfermo a su suerte y luego quiso vengarse quitándole la custodia; Eliza no volverá a trabajar con un Davenport ni por el oro del Vaticano.

—Bueno, nos deshicimos de Roman —respondo sin humor, es un tema delicado, porque pese a las discrepancias es nuestro hermano—. Regresemos al pienso...

—Kansas es imposible, Blaze. Los ranchos del sur son inmensos y, si entramos a pujar, el precio del mercado se disparará más de lo que a todos nos conviene. Pero déjame analizar las posibilidades con Colorado, ¿vale? ¿Tú estás ocupado ahora? —Gruño. Wade suelta un suspiro—. Tendrás que ver a tu chica más tarde...

—Tengo una alerta amarilla.

—Sí, vale, y yo nací ayer. Ve a hablar con el viejo, él tiene contacto con los proveedores de Colorado. Pero hazte a la idea de que no nos desharemos de Kirkland, lo único que conseguiremos es que se cague en los pantalones y se porte bien.

—Realmente quiero eliminar a Kirkland de mi cadena de producción.

—Oh, y yo quiero unas vacaciones de un mes en el Mediterráneo con tres modelos de Victoria's Secret, pero aquí estamos, hermanito. —Termina la comunicación sin despedirse; es inútil perder el tiempo con formalidades cuando probablemente hablaremos ocho veces más a lo largo del día.

Doy la vuelta antes de aparcar frente a la nave y maldiciendo a Kirkland en todos los idiomas posibles, me dirijo a casa de mi padre. Mi cabeza funciona a mil por hora y empiezo a sopesar cada posible escenario. Pese a tratarse de un asunto del rancho, hay una cuota personal en el proceso y eso siempre alimenta mi ansiedad. El viejo tendría que haberse retirado hace años; debería poder confiar en sus hijos para continuar su legado. Sin embargo, aquí estamos. Por un lado, Roman está distanciado tras su metida de pata con Eliza y, por otro, yo estoy destrozado, incapaz de coger un vuelo con destino a Colorado para negociar un cargamento de pienso.

—Perfecto —mascullo. Y mis botas resuenan en el suelo—. ¿Mi padre? —le pregunto a una de las muchachas que está aspirando la alfombra.

—En el despacho, señor Davenport.

—Gracias.

Me quito el sombrero como muestra de respeto por su amabilidad y por la casa en sí. Sigo sin detenerme, aún más nervioso que antes. Si mi padre está en el despacho, significa que trabaja, y eso significa que nosotros, sus hijos, no hemos hecho algo bien, y por supuesto eso implica que le he decepcionado una vez más.

No me odia, es mi padre y no me odia, me repito una y otra vez. «Pero eso no implica que

no esté harto de tus problemas», responde la otra voz, la que me suele conducir a mis brotes.

Respira... respira... respira...

—Tu hijo está pensando con la polla, Ryan, y eso es malo para los negocios —escucho a Robert Tate, me detengo en seco.

—Perfecto, lo que me faltaba —siseo. Tomo aire e intento reunir el valor necesario para atravesar la puerta.

—Eres mi amigo, Robert, pero de quien hablas es de mi hijo —el viejo suena amenazante.

—Contrató a una muchacha sin experiencia solo para tirársela...

—Tu hija le salía más cara y ni siquiera trabajaba.

Abro la puerta y los dos me vuelven a mirar. Robert está rojo como una fresa madura, y mi padre no se queda atrás. Lleva un cabreo de los que cualquiera con sentido común escaparía.

—Buenos días —artículo sin titubear, y me doy por satisfecho. Miro a mi padre, él hace el resto.

—Robert, necesito hablar con Blaze. Si te apetece, almorzamos juntos.

Esa actitud de mi padre siempre me resultó envidiable, es la que lo llevó a la cima y la que hace que el mundo se pregunte si nosotros hemos heredado esa cualidad. Nunca permite que un arrebato se interponga en los negocios, siempre consigue mantener cada asunto en su lugar correspondiente. A Robert le cuesta más, se nota que no está nada satisfecho ni con la respuesta del viejo ni con no haber conseguido su objetivo: que me deshaga de Maddie.

Tate me mira y niega con la cabeza.

—No, mejor me marchó. Hay unos asuntos que debo tratar con Wade sobre inversiones, así que os dejo con las cosas del rancho. Sabéis mejor que yo cómo administrarlo. —Intenta sonreír, me da un apretón de manos y se marcha.

—Debería recordarlo —comenta mi padre, dejándose caer en la butaca. El silencio se vuelve pesado, hay un elefante enorme en la habitación con el letrero que reza Magdalen. Busco las palabras para evadirlo e ir directo al grano: Colorado.

El viejo no me permite escabullirme

—¿Has contratado a la muchacha porque quieres tirártela? —espeta.

—He contratado a Maddie porque necesitaba trabajo —replico, y me rindo a mi suerte. Lo imito, me siento, mi trasero se hunde en el sillón de cuero. Nunca se nos ha dado bien hablar de estos temas de índole personal. Somos rancheros, después de todo. Hombres de armas (o herramientas) tomar. Quienes conocieron a mi madre suelen decir que era ella quien mantenía el equilibrio y el mundo en equilibrio. Yo era muy pequeño y mi único recuerdo no traumático de Caroline Davenport era que su presencia hacía que todo fuera mejor.

—¿Y nosotros necesitábamos una empleada? —insiste.

—Siempre se necesitan más manos, no recuerdo una vez que diéramos abasto.

El silencio regresa. Mi padre bufa, suele hacerlo a menudo.

—Esa muchacha esconde algo, Blaze. —No cuestiono la sagacidad de mi padre, yo también lo he notado, pero sé que su recelo nace de la conversación que tuvo con Tate.

Al oírlo, cierro los puños; Maddie despierta en mí el instinto protector.

—¿Sabes, padre? Las personas tienen derecho a guardarse algo para sí, se llama privacidad. Por lo visto, un concepto que no se maneja en el rancho Davenport.

—A veces, las personas son taimadas, Blaze, deberías desconfiar de vez en cuando.

—¿Para qué? Al parecer ya has acaparado el recelo para ti. Maddie puede esconderme lo que quiera y también puede compartir conmigo lo que le plazca; eso dependerá de la confianza

que me granjee. Aunque no tengo mucha esperanza, si ni siquiera mi padre se fía de mi criterio, ¿cómo voy a esperar que lo haga una desconocida?

—¡Joder, Blaze!, ¿cómo hemos terminado discutiendo? —El viejo se pone de pie, da un rodeo al escritorio, apoya el trasero en el canto de este y se cruza de brazos. El mismo gesto que Wade—. Tienes razón, puede guardarse la mierda que quiera, que seguro es la misma mierda que cargamos todos: ¿un padre alcohólico?, ¿una madre ludópata?, ¿un hermano en prisión? —Enumera una lista de dramas conocidos por nosotros: cada uno de los trabajadores del rancho tiene su propia historia de dolor a cuestas. Nosotros no somos distintos, ¿acaso no seguimos llorando la pérdida de mi madre?

Suelto el aire.

—Se había quedado en la calle y su madre tiene problemas de salud —respondo evasivamente.

—Ya. Confío en ti, Blaze. Lo hago, me has demostrado muchas veces que sabes cómo llevar el rancho. Solo que...

—Solo que... —Aquí se viene el pego. Pongo los ojos en blanco, siempre hay un «pero» conmigo, el hijo roto al que hay que proteger.

Suspira, se hace más pequeño, más frágil, y yo, por supuesto, lamento la confrontación. Una enorme sensación de remordimiento me invade.

—Roman y Wade son tan parecidos a mí... —suspira—. Roman tiene mi ambición, aunque le falta cerebro. Wade... Estar con Wade en la misma habitación a veces resulta insostenible; es un espejo en el que verme joven y, en ocasiones, debo recordarme a la fuerza que él no soy yo, que debo permitirle vivir su vida y cometer sus errores, pese a que sean réplicas de los míos. —Clava sus ojos en mí y niega con la cabeza.

—Pero yo soy tu gran decepción. —Es la otra voz, la de la cabeza, la que suelta esa declaración.

—¡Claro que no, joder, Blaze! Tú... tú... —Inhala por la boca y suelta sus palabras con la exhalación—, tú me recuerdas a tu madre.

Mierda. Empiezo a sentir el temblor, las palpitaciones, el leño que se dirige derecho a mi pecho. Al ver que no respondo, prosigue:

—Robert está equivocado, no piensas con la polla, y he ahí mi temor: ¡Wade piensa con la polla, Roman piensa con la polla! Y yo puedo entenderlos perfectamente. Pero tú, Blaze, tú eres como tu madre. Tú piensas con el corazón. Dime, ¿por qué la contrataste?

—Ya te lo dije, necesitaba el empleo.

—No, hijo, lo que necesita es dinero.

—Da igual.

—No, no lo es. Podrías darle el dinero, soy consciente de que te sobra. Eso sería pensar con la polla: le regalarías un reloj sabiendo que lo revenderá, o un collar de diamantes o cualquiera de esas cosas que le diste a Shannon durante años para «compensarla». —Dibuja comillas en el aire—. Pero no, le has dado empleo y MaryAnn me ha dicho que no la has puesto a prueba; su contrato está por sindicato.

—Como el de todos —me apresuro a decir. Entiendo lo que reclama, le di a Maddie independencia, me quité todo el poder sobre ella que podía. Si la despidió por no follar conmigo, el sindicato se me echará encima. Si las cosas no funcionan y le rescindo el contrato sin motivo, puede hacerme un juicio laboral.

—Me recuerdas a tu madre porque eres arriesgado. ¿Sabes por qué Wade folla con cuanta mujer se le cruza?

—¿Porque puede? —respondo. El viejo ríe.

—Porque es un cobarde, Blaze, porque no tiene tu fuerza. —Ruedo los ojos, incrédulo—. Venga, dime, ¿qué harás si Magdalen te rompe el corazón? Ya sabemos que oculta algo. ¿Qué tal si oculta un marido, un amante, un secreto que te hiera? Dime, ¿qué harás?

—Nada, papá. Juntaré mis pedazos y seguiré adelante. Volveré a asistir a sesiones con Hanna, ya sabes...

—Ja, ja. ¿Lo ves? —No, no lo veo. Mi ausencia de respuesta lo hace negar—. A tus hermanos ni se les ocurriría exponerse a ese dolor y mucho menos decir lo que tú has dicho. ¡Joder, Blaze! Si Roman por poco se caga en su propio hijo para vengarse de su ex por no soportar el rechazo. ¡Rechazo! Imagina si Eliza le hubiera roto de verdad el corazón. Nebraska ardería hasta los cimientos.

—¿Y qué? No veo a dónde quieres llegar.

—El punto, Blaze, es que te expones al dolor y yo soy tu jodido padre. Y tú me recuerdas a tu madre, a quien no pude proteger y perdí; sin contar con que tampoco pude protegerte a ti y estuve a punto de perderte también. Y tú vas y me obligas a ver cómo te lanzas sin arnés a la experiencia de vivir y... ¡Mierda, eres mi niño!

Leo en su mirada un dolor que se me hace carne; él, al igual que yo, posee un recuerdo que lo empuja al pasado y le impide avanzar. Me mira y lo que ve es a un niño de cinco años en una cama de hospital, en coma, con el pecho abierto y pronóstico reservado.

—Tengo veinticinco años —le recuerdo.

—¡Y yo más de sesenta! Así que eres mi niño. —Golpea el escritorio con el puño. Tarda unos segundos en calmarse, se acerca de nuevo al escritorio y pasa los dedos por su pulida superficie—. ¿Sabes? Antes, cuando el rancho lo manejaba tu abuelo y en mis primeros años, teníamos una regla de no permitir relaciones entre los empleados. En parte, porque en aquella época casi no empleábamos mujeres y las únicas relaciones que podían darse eran entre hombres, algo penado por ley.

Vuelve a su butaca y me mira con una sonrisa nostálgica. Yo no digo nada, porque cada vez que habla de mi madre, el recuerdo del accidente regresa con fuerza. Es extraño, porque no lo hace en un brote, sino con el dolor que, supongo, todos experimentan ante una pérdida.

—Tu madre había viajado a Francia, ya sabes, venía de una familia culta, no como yo; hizo un curso de seis meses de arte, le gustaba y se le daba bien... —rememora, su rostro se dulcifica al pensar en ella— y regresó con la mente llena de ideas progresistas. ¡Imagina cómo la recibió Nebraska! —Ríe y siento cómo me tiran las comisuras de los labios al imitarlo—. Entonces nos casamos y vino a vivir aquí, a un rancho en medio de la nada, lejos de sus amigos bohemios y de la Torre Eiffel. —Sus ojos recorren el paisaje del rancho—. Las mujeres empezaron a trabajar en los ranchos y llegó MaryAnn. MaryAnn se enamoró de Luke, pero lo mantenían oculto por esa estúpida regla...

—¿Mamá quitó la regla?

—Yo quité la regla, pero porque ella me lo hizo ver —continúa—. Me contó una leyenda, un mito o quizá una historia real. No lo sé, yo solo sé de vacas. Su libro está en la biblioteca. —Hace el esfuerzo por recordar—. El batallón sagrado de Tabas. Eso es. Batallón sagrado de Tabas.

—Lo siento, no me parezco tanto a mamá. No sé de qué hablas.

Suelta una carcajada.

—Griegos y esas cosas. Al parecer, el Batallón Sagrado de Tabas era un ejército formado por amantes. Vale, eran todos homosexuales. Pero el punto de tu madre era enseñarme lo

importante: que eran invencibles. Se querían tanto que se cuidaban las espaldas mejor que nadie. Luchaban juntos por una causa y por ellos mismos. ¿A quién le confiarías tu vida si no es a la persona que amas y te ama? El trabajo en el rancho es arduo: se trabaja codo con codo, espalda con espalda, de sol a sombra. Enfrentamos tormentas, sequías, plagas... Es normal que se forme esa clase de camaradería, esos amantes inseparables e invencibles... —regresó la mirada a mí—. No solo eliminé esa absurda regla, sino que supe que quería que tu madre fuera mi compañera, la única en quien siempre confié ciegamente. Ella jamás me falló, nunca estuve tan seguro de vencer como cuando luché junto a ella... Yo, en cambio, sí le fallé. La perdí en la tormenta.

«No le fallaste tú, estaba conmigo, fue mi culpa». No puedo articular palabra, el nudo me estrangula.

—Lo que intento decir, Blaze, es que mi trabajo es cuidarte. Tus hermanos y tú sois lo que me queda de ella, su legado, y no tengo ninguna intención de fallarle otra vez. Pero, sobre todo, pretendo que entiendas que el trabajo espada con espalda te unirá a esa muchacha, tendrás que confiarle tu espalda. Si te falla, el golpe será mucho más fuerte que con Shannon.

—¿Y si no me falla?

—Entonces, hijo mío, sabrás que es la indicada y correrás aún más peligro de que te rompan el corazón. —Sé lo que intenta decir: él nunca se recuperó de la pérdida de mi madre, jamás intentó tener otra pareja ni se abrió a nadie más—. Pero en ese caso, valdrá la pena.

—Vale. —Me gustaría poder decirle más. Nunca he deseado con más ahínco no sufrir mi jodido trastorno y poder hablar con libertad. El viejo no necesita respuesta alguna; por la forma en que me mira, sé que me ve hasta el alma.

—Blaze, sé que diste tu palabra de vaquero. No conozco a Magdalen, no sé si su intención de ganarse el dinero es honesta o si es una estrategia a largo plazo. En cualquier caso, ya es más lista que Shannon, así que le daré el beneficio de la duda. Pero sí te conozco a ti y sé cuánto te costará ir contra tu palabra, por eso me veo en la obligación de dejar claro que tienes mi apoyo. Siempre. Si ella te falla, podrás echarla de patitas a la calle sin que yo diga ni pío; nos rearmaremos como hicimos tras lo de Shannon. Y, si es sincera, si de verdad es de las que valen la pena, espero que te olvides de tu promesa de «solo seremos jefe y empleada», «nuestra relación es profesional, y bla, bla, bla...». Solo una cosa vale más que la palabra de un vaquero: el corazón de uno. Que el orgullo y el honor no se interpongan en tu felicidad. Fui claro.

—Sí, padre.

—Y una cosa más antes de que me digas a qué has venido.

—¿Qué?

—Incluso si dejas que tu polla tome el control, nadie tiene el derecho a juzgarte por ser humano y joven. Ahora sí, suelta el problema.

Me sonrojé hasta las orejas y tardé otros cinco minutos en calmarme hasta poder hablar de Kirkland.

Maddie

La mañana fue deliciosamente infernal. Nada más Hope terminó de explicarme la tarea, entré en acción. Los incidentes fueron cayendo uno a uno y la metáfora del Tetris cobró sentido. La interfaz con la que trabajo es muy visual: puedo superponer los calendarios para compararlos o aislarlos para analizarlos, y las actividades se van asignando mediante un sistema de arrastrar y soltar. Mi curiosidad pudo más y accedí a la agenda de Blaze; si no estuviera sentada, me habría caído de culo. Es el único en el rancho que tiene tareas superpuestas. Me preocuparía por el nivel

de estrés si no fuese porque no tengo tiempo para hacerlo.

No solo no di abasto con las agendas, sino que, a lo largo del día, tuve que firmar el contrato que me trajeron los de personal, dar de alta mi usuario y contraseña con la ayuda de Kevin, el muchacho de Sistemas, y... sí, inevitablemente, es hora de dirigirme al oscuro mundo del departamento de Misceláneos.

—Maddie —me detiene Christine.

—¿Has podido impedir el homicidio?

—No fue necesario, Blaze optó por la tortura... Les envió a los chicos del sindicato. — Simula estremecerse. Suelto una carcajada; conocí a Richter hace unas horas y se aseguró de dejarme claro cada uno de mis derechos laborales y cómo hacerlos valer. Es un encanto... si te gusta el estilo chico malo.

—Me alegro, nada mejor para un matón que otro matón.

—Veo que ya te has aclimatado por aquí. Lo que me recuerda... —Se quita el sombrero y me lo pone en la cabeza—. Sé que vas a Misceláneos...

—¿Y para eso necesito un sombrero?

—Claro, chica. Te tomarán la foto para la tarjeta de seguridad, no puedes lucir sin sombrero.

—¡Vaya! Y yo con esta cara —me lamento. Christine coje su tarjeta y me muestra lo poco favorecida que salió ella. Me echo a reír y recibo un suave golpe de castigo.

—Es como las fotos del carné de conducir, Maddie, siempre sales mal.

—Pero con sombrero.

—¡Exacto! —Me empuja hacia el departamento y cierra la puerta tras de mí, como si no quisiera dejar escapar a ningún demonio de aquel infierno. Desde que empecé el día, no hago más que reír. Entiendo que así debería ser en cualquier empleo: cuando el ambiente es bueno, la camaradería surge sin necesidad de discursos de recursos humanos ni cursos de integración.

Los nombres empiezan a mezclarse, aquí trabaja un hombre casi en edad de jubilarse que se presenta como Luke.

—Tú debes de ser Maddie. —Me escruta; sé que también ha oído el rumor de que soy «la chica del jefe». Me sonrojo un poco.

—Soy yo.

—Pues bien, muchacha, ven aquí y esboza la mejor cara de «no quería despertar tan temprano».

Me coloco frente a una pared blanca y me hace una foto con la webcam de su ordenador. Un par de clics más tarde, la imagen sale impresa en mala calidad sobre una tarjeta de ingreso.

—Podría ser peor —digo al ver mi imagen. El sombrero de Christine es bonito y disimula lo despeinada. Lamento tener que devolvérselo.

—He dado lo mejor de mí. —Me extiende un gancho con el logotipo de Davenport para colgar la tarjeta del cinturón con un hilo extensible.

—¿Listo?

—Casi. —Se dirige a unos estantes, coge unas cajas y las lee en el ordenador antes de entregármelas—. Aquí tienes tu condena, muchacha. Dile al rubio de Sistemas que te lo configure y que se guarde las miradas de enamorado para el resto de las muchachas si sabe lo que le conviene.

Estoy segura de que mis mejillas han adquirido el color del fuego. Tendré que encontrar la manera de explicar que no soy la chica de Blaze, por mucho que me duela.

—Gracias, Luke. —Cojo las cajas, que contienen un móvil y un iPad, y me marchó

rápidamente. Kevin ya me espera en la oficina, apenas si me mira al recoger los artículos electrónicos, como si hubiera oído la amenaza. Bailey suspira al verlo marchar. —No te preocupes, debe regresar a traérmelos.

—Hay que aprovecharlo cuando está por aquí —comenta—. Ya se ha dado cuenta de que MaryAnn fingía no entender del sistema.

—Ya hice mi papel de tonta por demasiado tiempo por vosotras —reclama a Hope y Bailey— y si ese muchacho no os valora, no os merece.

—Pero es tan guapo... ¿No lo crees, Maddie? —pregunta Hope.

—Eso, Maddie —insiste Christine. Recupera su sombrero—. ¿No es guapo?

—No está mal —coincido. Me siento en mi sitio, introduzco la clave y ya veo tres incidentes sin asignar. ¡Vaya! MaryAnn me alcanza una taza de café sin que se lo haya pedido, parece que estamos en el recreo no pactado, la pausa necesaria ante tantas horas de trabajo.

—¿No está mal? —Bailey suena sorprendida—. ¿Lo has visto bien? Ese cabello rubio, esos ojos azules, ese trasero...

Bebo un sorbo, es el mejor café que he tomado en años.

—Los rubios están sobrevalorados —confieso—. Lo encuentro normal, promedio...

Christine carcajea.

—Lo que me costará no correr el rumor de que eres inmune a nuestro Casanova...

—¿Acaso pretendías contener el rumor? —la pincha MaryAnn.

—¡Claro que no! ¿Vamos a almorzar o esperan que os coja a todos la tanda de la tarde con el estómago vacío? —Cambia de tema rápidamente. Me doy cuenta de que la muy taimada me estaba poniendo a prueba y, en su opinión, la superé con creces. ¿Le diré a Blaze que solo tengo ojos para él, que me ha arruinado para el resto de los hombres del planeta?

Me bebo el resto del café de un sorbo y la sigo escalera abajo. La conversación continúa y me sorprende con la cantidad de cotilleo que circula por el rancho. En especial, porque ninguno de esos rumores es malintencionado; las personas están al tanto de la vida de los demás para poder echar una mano o acompañar en un mal momento. Solo hay un nombre que no despierta esa comprensión: Shannon.

Cuando la mencionan, lo hacen con frases como «ya sabes quién» o «la que no debe ser nombrada». Me costó darme cuenta de quién se trataba y mucho más procesar el daño que le ha hecho a Blaze. La lealtad de los empleados hacia su jefe es absoluta y entiendo que se la ha ganado. Recabo información con ansias, incapaz de mantener la impávida distancia. Pese a saber que no podré tener nada con él ahora que es mi superior, mi necesidad de conocerlo es abrumadora. Quizá pueda ser su amiga, como Christine, pienso, y la idea me deprime enormemente.

Cogemos uno de esos transportines de golf, con capacidad para cuatro personas, pero nos las apañamos las seis.

—Somos delgados, ¿verdad? —insiste MaryAnn con una sonrisa, se sabe con sobrepeso y nos desafía, entre bromas, a que comentemos algo al respecto.

—Sin duda.

Edward y MaryAnn cogen los asientos de adelante; la agilidad del muchacho para maniobrar su muleta es encomiable. Lleva una vida con ella, es una extensión de su cuerpo. Hope y Bailey se sientan detrás y Christine y yo ocupamos el espacio destinado a la carga, viajando de espaldas.

Observo a mi alrededor: el rancho se extiende inmenso ante mis ojos. Por primera vez logro ver los corrales con animales y percibo el olor característico a heno, estiércol y tierra

húmeda. Cuando giramos, tres enormes silos se yerguen ante mí; detrás de ellos se extienden las plantaciones de soja.

—Pensé que era solo un rancho ganadero —comento en voz baja. Christine se da por aludida y su sonrisa se extiende orgullosa por lo grande que es el negocio de los Davenport.

—Una cosa llevó a la otra —explica—. Hacia allá verás una pequeña lechería. La cantidad de cruas nos da un excedente de leche, pero no es nuestra principal producción. Además, no son vacas lecheras, no están tratadas para producir más y durante más tiempo, por lo que la producción es baja y distinta. En general, lo que vendemos no se usa para consumo humano, sino para extraer vitaminas, en la industria farmacéutica y en la de cosmética.

—¿Y las plantaciones?

—Oh, eso es para pienso. Kirkland es nuestro grano en el culo, pero también nuestro principal comprador de soja y proveedor de pienso. Los Davenport tienen acciones en cada eslabón de la cadena de producción, así se aseguran de no depender de los vaivenes del mercado ni de la mano invisible de esos grandes señores que manejan el mundo.

—Se encargan de manejarlo ellos.

—Solo *su* mundo —reafirma Christine—, el rancho.

Arribamos a un granero rojo, de esos que ya son paisaje común en la América profunda, con puertas de madera oscura y vigas pintadas de blanco. Es encantador, no solo por su estilo, sino porque parece hacer coincidir más de una época. Hay bebederos y caballos atados junto a ellos, transportines aparcados y varias camionetas de tracción a las cuatro ruedas. Al entrar, vemos varias mesas con sus bancos de madera dispuestas en dos filas y, en un extremo, un bufé con una escasa variedad de platos, todos ellos suculentos.

Al fondo del granero se encuentran los aseos, que es donde vamos primero. Pasamos por el de las damas para lavarnos las manos y luego nos dirigimos directamente a por las bandejas. Sirvo una ración de pollo asado, patatas y verduras asadas. En las mesas ya hay jarras de agua dispuestas, algunas con rodajas de limón. Nos sentamos los seis juntos, como si fuéramos un bloque, pero las barreras departamentales se diluyen aquí y, a los pocos minutos, se suman un par de muchachos.

La conversación fluye sin problemas; una vez dejan los cotilleos, el centro de la conversación es la temporada que está por llegar. Parece ser un problema la falta de mano de obra en los ranchos; cada vez más gente elige buscar empleo en la ciudad o quedarse en zonas en las que los tornados no son tan frecuentes.

—Es que una vez que has vivido un tornado... —comenta Sam, uno de los chicos. Me observa de reojo, solo para no ofenderme, pero se asegura de no mirarme durante mucho tiempo y reservarse las impresiones para sí mismo—. ¿Eres de aquí, Maddie? Magdalen... —se apresura a agregar.

—Maddie está bien. Así me llama todo el mundo... —Excepto Blaze cuando se cabrea, pienso—. Sí, he vivido toda mi vida en Nebraska, primero en Omaha y luego en Lincoln, pero mi madre y yo optamos por las ciudades pequeñas. Son más económicas y suelen ser mejores para quienes no hemos estudiado una carrera universitaria. Aquí importa cuánto te esfuerzas y no cuántos títulos tienes.

—Eso es cierto —coincide MaryAnn.

—Entonces sabes de qué hablamos respecto a las tormentas.

Mi móvil suena y leo un mensaje de Sue, me pregunta si estoy bien y me dice que se ha enterado de lo de anoche. Le respondo un escueto «sí, luego te cuento» y siento un nudo en el estómago. Sue ha intentado echarme una mano, al igual que Ralph cuando procuró ocultar mis

maletas, pero, por desgracia, la amistad jamás floreció entre nosotros y, en parte, eso es culpa de la política de trabajo que aplicaba Bryan en la cafetería. El individualismo, la competencia, el sálvese quien pueda. Me pregunto si podré hacer algo por ellos cuando mi situación mejore, porque se merecen salir de allí y descubrir que hay algo mejor.

Recuerdo las palabras de Blaze: «No podré ni yo ni nadie enseñarte que hay gente distinta, si cada vez que nos acercamos nos despedazas con tus garras». Me pregunto si no estaré corriendo un enorme riesgo al guardar mis garras, al creer que este día maravilloso y agotador es suficiente evidencia de que Davenport está en lo cierto y debo confiar en él. Dejarle entrar.

Guardo el móvil e intento retomar la charla. Fracaso. Al levantar la vista, me encuentro con Blaze, que acaba de entrar en el granero y me quedo sin aliento. Le lleva casi una cabeza al hombre que lo acompaña. No sé en qué ha estado trabajando, pero luce empapado. Se quita el sombrero y el agua hace relucir sus cabellos castaños con pequeños destellos cobrizos. Se lo echa hacia atrás con las manos. Algunas gotas se deslizan por la piel de su cuello hasta perderse bajo su camisa a cuadros. Al volver a colocárselo, veo sus antebrazos desnudos: está arremangado hasta los codos y quedan al descubierto sus músculos bronceados, sus tendones y venas marcadas. Mi estudio finaliza al llegar a sus pantalones embarrados; el lodo se ha secado y la tela está endurecida. También sus botas sufrieron el mismo destino: golpea los talones, como el saludo de un militar, y las costras se desprenden.

Escruta las mesas y me encuentra, mis ojos no se separan de él. Su sonrisa y el brillo de su mirada me petrifican en el lugar. Luce como si hubiera descubierto un tesoro, como si mi simple imagen le alegrara el día. No reacciono hasta que oigo carraspeos a mi lado.

—Ahora ya sabéis —dice Christine— por qué es inmune al Casanova.

—Oh, no —me apresuro a corregirla—. Por favor, no penséis mal. No sucede nada entre Blaze y yo, es solo mi jefe.

—Ya... ¿Y miras así a todos tus jefes? —se mofa MaryAnn.

—No, el anterior era un capullo. —Mi respuesta consigue aliviar el momento, pero no les hace cambiar de parecer. Sam clava sus ojos en mí e intenta adivinar si mis palabras son reales. Edward bufa y habla para que Sam lo oiga.

—Mira, Maddie, da igual si aún no ha pasado nada entre vosotros dos —insiste en el «aún»—. Tú debes valorar tus ventajas.

—¿Y cuál es la ventaja de que todos creáis que conseguí el empleo por acostarme con el jefe?

—Primero, que eso no es lo que creemos. Sería pensar muy mal de Blaze y ya has notado que lo apreciamos mucho. Si fuese Wade quien te contratara...

—Wade no es tan gilipollas —interviene MaryAnn.

—Ya, pero le gusta dar la imagen de ser un gilipollas. En el fondo, disfruta que lo subestimen para que, cuando dé el golpe, duela en el bolsillo y en el orgullo. Pero no hablo de Wade, hablo de Blaze. Blaze es de los que no tienen dos caras: piensa lo que dice y dice lo que piensa. Es transparente como el agua. —Los presentes parecen coincidir con su apreciación—. Maddie, da igual si has conseguido el empleo por favor de Blaze o no, igualmente tendrás que demostrar tu valía si quieres nuestro respeto. Fíjate que se ha tirado a Shannon durante años y nunca la hemos querido.

—Necesito que dejemos de hablar de ella —masculla Christine, enfadada.

—Pues igual no me tiro a Blaze —replico de mala manera; creo que es la decepción la que habla por mí y la cuota de celos ante la mención de Shannon. ¡Si seré tonta!, pienso, y aprieto los dientes. Los celos son una estupidez y sentirlos por alguien que no es tu pareja es aún

más estúpido.

—Y entonces, ¿qué más da lo que los demás piensen? Mientras crean que tú eres la chica de Blaze, no te molestarán. Ya Sam te mira con ojitos de vaca desnucada...

—¡Hey! —se queja el aludido.

—Y cada vez que dices que no te tiras a Blaze, le crecen más los colmillos.

—Será la primera vez que golpee a alguien con muletas —dice Sam.

—Y no será la primera vez que me defienda —replica Edward. Los dos se sonríen, no discuten de verdad.

—Lo que Edward dice es que igual tendrás que probar tu valor, pero nadie intentará tirarte los tejos.

—Que aquí es igual que hacerte *mansplaining* —comenta Hope. Rueda los ojos con hastío—. Deja, yo te lo explico, muñeca. —Imita una voz gruesa y eleva el brazo, marcando los bíceps. Se me escapa una carcajada.

—La idea que tienen los tíos por aquí de ligar es tratarte de idiota —completa Bailey. Sam se sonroja, pero asiente.

—Un poco os gusta el espectáculo de macho alfa —dice en su defensa.

—Los bíceps, sí. —Hope le coge el brazo y aprieta el músculo—. Pero que nos tratéis de tontas no, y además no podéis competir con los del jefe, ¿verdad?

Es mi turno de sonrojarme, sobre todo porque me rodean las risas.

—Ya ves, tú deja que piensen lo que quieran y aprovecha la ventaja. Te ahorrarás disgustos y, en unos meses, cuando sí seas la chica del jefe, no tendremos empleados incómodos por haberse comportado como unos capullos contigo.

—Cogeré tu consejo, pero lo siento, Ed, no tendrás suerte con los cotilleos en el futuro. Blaze está fuera de mi liga, ¿vale? Tendréis que buscaros otra fuente de entretenimiento.

—Ya... —Sueltan a coro mis compañeros de mesa—. Dos veces más que os miréis así, como recién, y nos tendréis organizando una boda —agrega Hope. No se apiadan de mi sonrojo.

—Dejaré el asunto aquí, soy la nueva y llevo las de perder —digo a modo de tregua. Sé que esto no tiene nada que ver con ser la nueva.

Nos levantamos para dejar las bandejas y cogemos algunas porciones de pastel de manzana para acompañar el café en el escritorio. Se acerca el segundo asalto del día, necesitamos energías. Echo un vistazo antes de dejar el granero y veo que Blaze ya se ha marchado. Apenas se ha tomado veinte minutos para comer, no puedo evitar pensar que eso le hará daño y que necesita descansar más. Tras ver su agenda y su aspecto desaliñado —y excesivamente sexy— al llegar, puedo imaginar lo estresante que debe de ser su jornada. Por ello lo admiro más, empiezo a entender la lealtad de sus empleados. Trabaja más que cualquiera, lo hace codo con codo, sin encontrar ninguna tarea indigna, come con ellos, el mismo plato, con la misma hambre, en el mismo banco. Jamás se posiciona por encima de nadie, excepto, claro, en la toma de decisiones. Pero es precisamente por eso por lo que sus decisiones son tan respetadas: aquí no lo ven como las revistas del corazón, un niño mimado que ha recibido lo que tiene de arriba. Ha probado su valor, y Edward me recuerda que yo también debo demostrar el mío. Cuando el trabajo es arduo, como en un rancho, no hay espacio para privilegiados.

Entre risas, abrimos la puerta de la oficina. Mi móvil nuevo ha comenzado a sonar sin piedad; los incidentes se acumulan. Me detengo de golpe al ver a Blaze junto a mi escritorio, dejando dos bolsas. Se vuelve hacia nosotros, pescado in fraganti, y se sonroja al verme.

—¿Blaze? —pregunto, confundida.

—E-es —carraspea, sé que está juntando valor—, e-es de trabajo.

MarryAnn no se apiada de él, arquea la ceja y lo increpa.

—Entonces imagino que has enviado la factura a Contabilidad, ¿verdad?

—C-claro. —Sus mejillas arden. Yo sí me apiadó de él, le brindo una sonrisa y él se lleva la mano al sombrero a modo de saludo. Deja la oficina sin emitir palabra y yo me quedo petrificada unos segundos antes de ir a mi sitio y ver qué me ha dejado.

—Mueve el trasero, chica —me empuja Hope. Me siento en mi butaca y cojo las bolsas. Son de una marca de ropa de trabajo de primera calidad. Unas botas camperas preciosas y un sombrero, ambos a juego, de piel resistente de color marrón camel. No puedo contener mi entusiasmo al quitarme los tenis de lona y probar el número de las botas. Un leve gemido de satisfacción escapa de mis labios al sentir la suavidad del material, la forma en que me coge el pie y lo acolchado de la plantilla interna. El arco de mi pie nunca se había sentido mejor, es como recibir un masaje en un spa de lujo. El sombrero huele a talabartería y es suave por dentro. Mi sonrisa es tan amplia que se contagia a los demás.

—Déjame adivinar, Bailey —dice MaryAnn, casi tan sonriente como yo—, la factura se ha extraviado y nunca llegó a Contabilidad.

—Así parece, ¿será que la envió sin querer a las cuentas de Wade?

—Mmm —se mofa—, aquí no ha cargado nada.

—Me lo temía, este muchacho es muy desordenado...

Me miran alegres y yo no intento contener mi dicha. Sé que debería rechazar el obsequio, recordarle lo pactado, pero es lo más bonito que me han regalado nunca y se me pone el corazón calentito. Pretendiendo que mis latidos no se han disparado, introduzco mis credenciales y sigo con el sinfín de actividades diarias.

CAPÍTULO 12

Blaze

—Mueve el culo, Blaze. —Christine me empuja en dirección a la camioneta—. Si no, Maddie te cortará los cojones, ya verás.

La mención de Maddie consigue ponerme en marcha, no sin antes soltar un gruñido.

—¿Siempre tenemos tantos problemas en este rancho del demonio? —pregunto. Enciendo el motor y nos ponemos en marcha. Christine elige la emisora de radio; le gusta el rock más que el country como a mí.

—De hecho, diría que tenemos menos problemas. Tu chica ha resultado ser un activo muy valioso.

Mi respuesta es otro gruñido. Nos hallamos varias millas dentro del terreno Davenport; a un lado tenemos los sembradíos y al otro, las cabezas de ganado. Soy consciente del olor a estiércol, cuero, barro, pastizales segados... Mis sentidos están agudizados por el mal sueño. Anoche tuve pesadillas una tras otra. No las recuerdo al despertar, por mucho que me esfuerce por retener las imágenes, estas se desvanecen. Pero sé con qué sueño, porque el dolor en el pecho es el mismo que en mis episodios, al que se suma el de cabeza por no haber dormido bien y el esfuerzo que hago para evocar los sucesos.

En general, no afecta a mi humor; estoy tan acostumbrado que agradezco las jornadas extenuantes que me impiden pensar. Hoy es distinto, porque cuando desperté anoche y me rendí a mi amnesia, fue Magdalen la que se impuso en mis pensamientos. Ella es incapaz de desvanecerse. La primera noche, con su vestido azul y su cabello recogido en una tensa coleta cobriza, sus pómulos altos, su boca roja, su piel blanca salpicada de pecas, sus ojos avellana y ese jodido hoyuelo en su mentón... Y en la fiesta, con su maldito vestido lencero, casi como si hubiese salido de la cama, de mi cama... su aroma frutal...

—¡Mierda!

—¿Te encuentras bien? —Christine me observa, y con tantos años de amistad es capaz de adivinar lo que me sucede.

—Sí... mmm...

—Suéltalo ya. ¿Te arrepientes de haber contratado a Maddie?

—¡No!, claro que no —respondo con un suspiro—. Lo has dicho, resultó ser muy eficiente. Tal vez demasiado...

—¿Eso es malo?

—No es lo que dije...

—Pero sí es el tono en que lo dijiste.

—Dormí mal, ¿vale?

—Ya... ¿Y qué? No cambies de tema ni uses tus problemitas para eludir el asunto. Dado que has dejado terapia porque la idiota de Shannon te convenció de que hurgar en el pasado es una pérdida de tiempo, soy la única con quien hablas.

—No voy a hablar de mis sueños, Chris. Además, no son nada nuevo...

—¡De tus pesadillas! —me corrige—, salvo que me estés intentando confesar que has soñado con ella.

—Ya casi llegamos. —Nunca voy a entender la costumbre masculina de bajar el volumen

de la radio cuando buscamos un sitio para aparcar, incluso en medio del campo, pero lo hago. La música se convierte en un susurro lejano dentro de la camioneta.

—¿Has soñado con ella! Vaya... diría que quiero detalles, pero no, gracias. Demasiada información.

—No he soñado con ella —aclaro. Mis fantasías me asaltaron estando despierto, lo cual es peor, porque... joder, necesitaba hacer algo al respecto y no sé cómo mirarla sin imaginarla como anoche. Aparco a un lado de la entrada del rancho, en la zona de carga y descarga. Cojo mi sombrero y lo calzo hasta casi las cejas, con la esperanza de que baste para ocultar mi expresión, porque Maddie está aquí.

—Dime en qué estabas pensando cuando hiciste ese primer juramento o dejaré que mi gran boca te delate —amenaza Christine. Bajo de la camioneta, la ignoro. Ella me detiene y no se rinde.

—Huelo a... a... a mierda de vaca —susurro.

—Todos aquí, es lo que hay —responde e insiste en impedirme el paso, hasta que lo comprende—. No me lo dices para que me aparte, ¿verdad? Eso era lo que pensabas reamente...

—Se ríe, los hombres que están en la entrada se vuelven a mirar, Maddie también y yo quiero ahorcar a mi amiga.

—Déjalo estar.

—Ni de coña. ¿Crees que a Maddie le molesta el olor a rancho como incordiaba a Shannon? Dios, soy una pésima amiga, porque tendría que compadecer a mi tonto amigo y, en lugar de eso, me reiré de ti sin piedad. —Dicho lo cual, se ríe a carcajadas.

—Has saltado a conclusiones, nunca dije que tuviera que ver con Maddie ni que me importara su opinión sobre mí. Tú preguntaste en qué estaba pensando y yo respondí. —Aprieto los labios, es la mentira más grande que ha salido de ellos en años—. Coincido, eres una pésima amiga. —La rodeo y me acerco a la zona de trabajo. Christine se apresura a igualar mi paso. Sin piedad, sigue la conversación:

—Vaquero, hasta yo puedo ver en los ojos de Magdalen McEwan lo que quiere hacerte sobre el heno de las vacas y empiezo a sonrojarme... —Me mira de soslayo—, aunque no tanto como tú.

—Te odio.

—Me amas. Soy el diablillo susurrando en tu oído. Porque tú, Blaze, pareces haber nacido con dos ángeles. Alguien tiene que equilibrar la balanza.

Cierra la boca en el mismo instante en que los hombres pueden oírnos, coge el iPad de Richter y revisa el documento. Necesito hablar con Maddie y temo que no me salgan las palabras. Ella me mira y, joder, Christine tiene razón. Siento que el calor de mis mejillas baja por mi cuello, mi pecho y se concentra en mi polla.

Richter me salva de ponerme en ridículo, capta la atención de Magdalen con sus bromas y yo cambio el bochorno por la diversión.

—¿Crees que esta noche lograremos fugarnos para casarnos en Las Vegas, Maddie? —le pregunta, mientras carga una malla metálica sobre su hombro. Maddie se agacha para que no la golpee.

—Por supuesto. Solo necesitamos descargar este camión, rellenar el formulario por triplicado, cargar los insumos en el sistema, pasar la factura a contabilidad, asegurarnos de que Carrington esté al tanto de que ya puede iniciar su actividad, ver si necesita más hombres para llevarla a cabo, coordinar con el proveedor la siguiente entrega, registrar en depósito que estas mallas están reservadas y ya... nos podremos fugar a vivir nuestra historia de amor, Richter. —

Mientras hablaba, Maddie leyó el código del producto y puso una tilde junto a la copia del manifiesto.

—Ya casi —se mofó Richter—, que nuestra numerosa familia no puede esperar.

—Abbie...

—Ben...

—Camile...

—Daniel...

—Emily...

Siguen enumerando a los supuestos hijos por orden alfabético mientras descargan las mallas y registran el ingreso. Dash se concentra en el monitor de su garita de seguridad. Sam se ocupa de ordenar las mallas enrolladas en el segundo camión. El único que se atreve a bromear con Maddie es Richter; los demás temen las consecuencias de mostrarse demasiado cercanos a «la chica del jefe». Sé que debería aclarar el asunto, pero me gusta que la consideren mía y que mantengan las manos lejos de ella.

—¿Qué tenemos aquí? —le pregunto a Maddie, mi voz suena baja porque me costó articular las palabras. La observación de Christine me ha trastocado por completo. Maddie se vuelve hacia mí y ahora solo puedo ver el brillo de sus ojos avellana. Trago saliva, ella fija la vista en mi nuez de Adán y se aclara la garganta antes de responder.

—No era necesario que vinieras, sé que estás ocupado. La firma de Christine nos bastaba.

—No es molestia.

—En tal caso, necesito tu firma aquí —me extiende un papel—, aquí —lo mismo hace con una de las tablets— y aquí... —le tiende la mano al conductor que le alcanza el manifiesto original—. La compañía nos envía la mitad del encargo, pero se compromete a hacernos llegar el resto antes del 21 de este mes. Asegura que habló contigo sobre este tema.

—Sí, lo ha hecho. Le informé a contabilidad, ¿han revisado el manifiesto?

—En eso estamos con Richter.

—No es tu trabajo, Maddie —le reprendo en tono suave.

—Ya, a Bailey le salió una horrible ampolla en la planta del pie, cojea a cada paso. No me costaba nada. —Se encoge de hombros—. ¿Cómo vamos, Richter?

—Sé que estás ansiosa por huir conmigo, cariño, pero estas mallas pesan mucho.

—No te veo comprometido con la causa, cielo, pensaré que ya no me quieres.

—¡Jamás! Mi amor... crece... día a día...

Termino de firmar los documentos y me calzo los guantes de seguridad que sobresalían del bolsillo trasero de los vaqueros. A descargar se ha dicho, o no terminaremos nunca.

—El señor Davenport se empeña más que tú, Richter. Me decepcionas... —Me giro hasta dejar el código a su vista y ella marca en el manifiesto. Ya casi terminamos. Richter se ríe, me mira con suspicacia entre carga y carga.

Sé lo que está haciendo y se lo agradezco; protege a Maddie bajo su ala. La primera semana fue dura, se notaba que estaba incómoda por los rumores de que nos liábamos y por la sensación de excesivo agradecimiento. Poco a poco se fue relajando y comenzó a bromear, tal y como hizo cuando la conocí, con ese deje algo mordaz. Les toma el pelo a los hombres del rancho que la tratan como a una princesa por creerla mi chica, hasta que al fin vence el recelo y consigue sacarles una carcajada. No negaré que, en ocasiones, siento un incómodo cosquilleo cuando lo hace y luego me encuentro buscándole una tarea absurda al hombre que osó sonreírle, pero esa sensación se desvanece al instante cuando Maddie me observa.

Porque, joder, Christine tiene razón. Sus ojos parecen decirme las mil guarradas que me

haría si estuviéramos solos; no mira a nadie más como me mira a mí.

Cargo las mallas metálicas, necesito apresurarme y huir de sus ojos. Necesito gastar tanta energía física como sea posible para quedar extenuado y no pensar en ella, si no, me volveré más loco de lo que estoy.

—Espera —Su mano toca mi vientre. Un bufido de toro escapa de mi nariz. El calor de su toque atraviesa la tela de la camisa y llega a mi piel—. Aún no he leído el siguiente código. Como estás cargando de a dos...

—Empezaré a cargar de a tres —digo entre dientes. Marca el manifiesto y le lanzo las mallas a Sam.

Habito mi propio infierno, uno que me forjé yo solo a base de supuestas buenas intenciones. ¡Coño!, debería haberle encontrado un empleo con Wade o con cualquiera de nuestros socios. Lejos de mí, donde su imagen no se convierta en el aliento de mis demonios cada mañana.

—Te harás daño —me susurra, en un gesto de preocupación y, a la vez, para no dejarme como un idiota frente a mis empleados. Cargo dos mallas más. Sé que tiene razón, estoy exigiendo demasiado a mi columna y no llevo el cinturón de fuerza.

—Estaré bien.

Se muerde el labio para contener su réplica y yo me muero de ganas de pasar mi pulgar por su boca y obligarla a soltar el agarre. ¿Sentirá mi mano demasiado áspera sobre su piel?, ¿le agradará el contacto? Mierda, mierda, mierda...

Maddie no se preocupa en ocultar que despierto algo en ella. A veces, cuando la encuentro mirándome como ahora, solo se encoge de hombros y me brinda una sonrisa pícara, como diciendo «ups, lo siento, no me juzgues por ser humana», que me pone a mil. Termino con la última malla, me quito el sombrero y me echo el cabello hacia atrás antes de volver a calzarlo. Sé que el sudor cae por mi frente y que los guantes han dejado una marca de suciedad en mis sienes. Le ruego a Dios que Maddie me mire con asco y no con esa expresión de deseo.

Voy a sufrir combustión espontánea.

—Vale —le dice al conductor, y le extiende la copia firmada. Dash anota la matrícula del camión y la introduce en la planilla de horarios—. Que tenga un buen viaje —lo saluda, y se lleva la mano al sombrero. Por debajo, su larga trenza rojiza cae hasta el delicado hueco entre sus omóplatos. El camión sale marcha atrás y yo veo una bicicleta destartada junto al camino.

—¿Qué es eso? —le pregunto. Richter termina de cerrar la parte trasera de nuestro camión, que acabamos de cargar.

—Oh, mi nuevo transporte —responde Maddie, inclinándose para recogerla del suelo—. Como no sé montar a caballo y no me parece utilizar una camioneta o un transportín solo para mí...

Richter pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—No aprende, jefe, y eso que lo intento.

—Lo hacéis ver como si en lugar de coger una bicicleta hubiese decidido caminar descalza sobre un sendero de espinas...

—Tal vez no lo veríamos así si fuese lo único que hicieses, Magdalen. —Me doy cuenta de que uso el tono de jefe cabreado—. Pero no, hoy has empezado la jornada a las cinco de la mañana y también ayer...

—No lo he hecho por el cuadro de empleada del mes, señor Davenport. —Detesto que se dirija a mí como señor Davenport, porque lo hace en dos ocasiones: cuando juega conmigo a tenerme en la palma de su mano o cuando desea poner distancia entre nosotros. Y ahora es el

segundo de los casos—. Le he pedido permiso a mi jefa para salir antes y solo compenso las horas.

Me vuelvo hacia Christine, que está sentada en el camión con las piernas hacia afuera rellenando vaya uno a saber qué formulario. No levanta la vista al responder.

—Le dije que podía cogerse las horas sin más, están en el convenio, pero es muy terca.

Maddie no responde, arrastra su bicicleta hasta el camino y, cuando me mira, agrega:

—El horario de visita de la clínica de mi madre coincide con el del trabajo, no puedo cogerme dos horas cada semana, no sería justo. Este acuerdo es mejor; no hay ningún otro sitio que me brinde esta libertad.

Es tiempo de bufar de Richter. Sé que le ha explicado mil veces que el convenio contempla los días por familiar enfermo. Son estas situaciones las que siguen enfriándome la sangre y las que me impiden exigirle que cumpla la promesa que brilla en sus ojos cuando me mira.

Me trago la réplica, su madre es un tema delicado.

—Jefe —interviene Christine—, nos llevamos este camión y dejamos la camioneta a los muchachos. ¿De acuerdo?, porque Carrington quiere la carga de inmediato.

—Vale. Maddie...

—Yo la doy de alta y la bajo automáticamente del depósito, jefe —se adelanta y la sonrisa regresa a sus labios. Asiento y me dirijo hacia el camión. Escucho a Richter decirle que suba la bicicleta a la parte trasera y que le dé un aventón hasta la nave principal. Maddie lo hace y luego se dispone a subirse en la zona de carga. La veo clavar su bota en el parachoques y levantar la pierna derecha.

—Hoy he tenido demasiado —protesto. Voy hacia ella y la cojo en brazos. La oigo chillar por la sorpresa y ese es el único sonido, porque los demás parecen haberse quedado helados—. Mi paciencia tiene un límite, Maddie.

—Su sombrero cae hacia atrás y el lazo lo sujeta desde el cuello. Se le sueltan los mechones de la trenza.

—¿Qué demonios he hecho ahora?

—Ibas a viajar como si fueras una vaca, peor que una, porque las vacas tienen más seguridad en el camión que tú allí atrás. Sam, mueve el jodido trasero.

Sam obedece y se pega a Richter, tanto que por poco se sienta en su regazo. Dejo a Maddie en el suelo, junto a la portezuela, y atrapo su cuerpo contra la camioneta, impidiéndole subir aún. Primero debe escucharme:

—Sigue esforzándote más que los demás, trabajando más que los demás y sacrificándote como si fueras una esclava en lugar de una empleada, y yo romperé nuestro trato... —le susurro para que nadie más nos escuche.

—Me dejarás sin empleo, lo entiendo... —dice en el mismo tono susurrante. Baja la mirada y yo le alzo el rostro desde el mentón.

—No. La parte del trato que romperé es la de no tratarte distinto. ¿No querías ser uno más de mis empleados? Pues compórtate como ellos o me veré obligado a marcar la diferencia. Creí que no querías eso, pero tal vez me equivocaba....

Detesto llevar aún los guantes, es la piel de estos los que roza la de Maddie, la que absorbe su calor y palpa su suavidad. La noto estremecerse, su respiración se acelera y me muero de ganas de que rompa el acuerdo, de que quiera todo lo que tengo para ofrecerle y ya no le apetezca jugar al macabro juego de jefe y empleada.

—Me comportaré —dice y me rompe el corazón.

—Vale, sube a la camioneta y regresa a tu puesto. Y usa las jodidas horas del convenio para visitar a tu madre, Maddie, o me cabrearé de verdad —le suelto en volumen normal. Oigo las palabras de Richter:

—¿Eso no era estar cabreado?, porque es lo más cabreado que yo lo he visto desde que trabajo aquí.

Maddie sube a la camioneta como una niña regañada y yo voy hacia el camión. La mirada de Christine no augura nada bueno; ahora será mi turno de ser reprendido. Cojo valor y me subo al asiento del copiloto.

Blaze

—¡Pon en marcha el puñetero camión! —le ordeno a Christine. Ella se quita el sombrero con parsimonia, ajusta la butaca a su medida y tararea una canción. Busca desquiciarme, esa es la dinámica de nuestra amistad. Recuerdo cuando yo estuve en su lugar, dando consejos, y ella, reprimiendo los miedos.

—A ver si lo entiendo —dice, y mira por los espejos. Conduce muy bien, es una de las pocas personas a las que le cedo el volante. Lo que me recuerda que a Maddie le cedí el volante sin apenas conocerla. Es mi turno de sacarme el sombrero, pero no lo hago lentamente. Lo arrojo sobre la guantera con frustración contenida. Parte de mi rostro se refleja en el segundo espejo, el de la derecha. Estoy hecho un asco: sudado, sucio y despeinado. Christine ignora mi berrinche infantil—, los dos queréis follar como si no hubiera un mañana. Los dos sois mayores, solteros, jóvenes... Dime que sufres de disfunción eréctil, Blaze, o pensaré que eres gilipollas, lo que es peor.

Me reacomodo en la butaca porque la puñetera media erección que llevo desde que atrapé el cuerpo de Maddie contra la camioneta empuja la costura de mis vaqueros y es una tortura. Lo único en lo que puedo pensar, si es que se le puede llamar pensar a esto, es por qué cojones no la besé en el aparcamiento del café, por qué quise ir lento y por qué mierda no le dije que al demonio con nuestro acuerdo, ella nunca será una más.

—Vale, entonces eres gilipollas —concluye Christine.

—¿Más gilipollas tú, que has tardado años en darte cuenta de que no soy listo? —bromeo a mi costa.

—No te creas, me daba pena hacértelo notar. Necesito saber ahora cuán gilipollas eres. ¿Shannon tiene algo que ver con que no folles? ¿Es sobre alguno de esos asuntillos tuyos de «no soy suficiente»? —Imposta una irritante vocecita tonta—: «Soy el hermano roto», «el premio consuelo» y esas chorradas.

—No. Esas chorradas siempre están, pero... —Busco el botón de la ventanilla para respirar.

—¿Pero qué...?

—Si te lo digo, no me dejarás en paz jamás. ¡Conduces muy lento! Carrington nos cortará la cabeza.

—Eres el jefe, cuanto mucho me la cortará a mí y estoy dispuesta a correr el riesgo. Suelta lo que viene detrás de ese «pero».

—Magdalen consigue aplacar esas chorradas, ¿vale?

¡Mierda! Christine ha apagado el motor, se vuelve hacia mí, apoya el codo en el respaldo de la butaca, la cabeza en la mano y me mira fijamente.

—¿Te hace sentir seguro? —pregunta, sorprendida.

—¡Ni de coña!

—Joder, Blaze. Tienes que volver a terapia y pagarle el doble. ¡Es imposible hablar contigo! Di una frase completa, ¡por favor! —Me da un puñetazo en el brazo.

—Es que no sé cómo explicarlo. No me hace sentir las inseguridades que tú dices, sino todo lo contrario. Ya sabes... —Mi silencio no la desanima—, si eres un Davenport no puedes confiar cuando la gente dice que eres guapo. Son puras tonterías, podríamos ser Quasimodo y nos halagarían lo mismo. Maddie... ella...

—Sí, la pobre te mira como una vaca desnucada. Es inmune a Kevin y tú sabes que no eres rival para nuestro chico de sistemas. ¿Entonces, qué temes?

—Cagarla —respondo rápido.

—¿Y por qué la cagarías? Blaze, gilipollas o no, eres mi amigo y sé que eres buena persona. Y es evidente que ella quiere liarse contigo, joder. No te quita los ojos de encima.

—Ese es el problema, no quiere liarse contigo.

—Chorradas...

—Es verdad —insisto—. De hecho, eso de no quitarme los ojos de encima forma parte de esto, de nosotros, de lo que pudo ser. Pon en marcha el camión, vamos... Necesito trabajar o no dormiré esta noche tampoco.

Christine lo hace, lo cual no implica que cierre el pico.

—Si te mira así sin ofrecerte nada más, está jugando contigo, Blaze, y eso no está bien...

—No es un juego, o no como crees.

—Harás que aparque de nuevo, Blaze.

—La noche en que descubrí su situación, Christine, estaba muy vulnerable. —Christine detiene el camión una vez más y retoma su posición anterior, yo sigo mirando al frente—. La has visto, Maddie bromea con todos, siempre sonrío y está dispuesta a echar una mano..., pero esa noche era un jodido animal herido. Cuando le ofrecí el empleo, me espetó que a cambio de qué. —Las palabras me salen con la misma bronca con la que las soltó ella esa noche.

—Ya lo has dicho, estaba vulnerable. La evolución le ha dado púas a los animales para que se defiendan y a los humanos, una lengua venenosa.

—No sé qué le ha sucedido en la vida para haber desarrollado tanto veneno. Lo que sí sé es que no se fía de nadie. —El silencio parece prolongarse antes de que pueda añadir—: Acepté este empleo porque estaba desesperada, no porque realmente confiara en mí. Quizá me he ganado un par de puntos al dejarle hospedarse en esa puñetera caravana en lugar de insistirle para que se quedara conmigo y hacerle ver que el empleo no es una limosna. Pero la desconfianza sigue ahí, Chris...

Se recuesta en el asiento del conductor, cruza los brazos y sé que está sopesando mi confesión, buscando una solución. Me río sin humor, yo llevo noches sin dormir buscándola.

—Sus miraditas son un juego, pero no uno cruel —prosigo—. Sabe, a su modo lo sabe, que con ellas barre los escombros que dejó Shannon. No conoce los pormenores de mi relación, pero es observadora y yo no sirvo para ocultar nada. Es como si me dijera a mí mismo que, con mi amnesia, ya tengo bastante bajo las sombras como para, encima, ser enigmático.

—Puede que no quiera ser cruel, pero eso no quita que tú no estés viviendo un infierno. ¿Recuerdas? Estuviste allí para mí cuando sentía un deseo ardiente por alguien que creía inalcanzable. No es agradable.

—Mi situación es distinta, Chris. Porque su pasatiempo es mi triunfo parcial, ¿lo ves? —Le sonrío—. Significa confianza. Confía en mí lo suficiente para relajarse, para no temer que la obligaré a cumplir las promesas implícitas en su mirada. Ella necesita alguien en quien fiarse y

yo necesito ser esa persona. De modo que sí, arderé un poco más, estaré de un humor de perros y rogaré a cada hora que ella dé ese jodido primer paso.

—Vale. —Vuelve a encender el motor—. Yo estaré aquí para ti, como tú estuviste para mí. Y, si la oportunidad surge, al igual que tú, le ayudaré a ver el camino correcto. Porque ya tienes suficiente con las tías tercas como yo y no pienso irme a ningún sitio.

CAPÍTULO 13

Maddie

Shelly, la dueña del diner de Fort Creek, me pone otro café y me ofrece una sonrisa amable.

—No hubo suerte, ¿eh? —Deja junto al café una galleta de chocolate.

—Lo siento, no la ordené —le respondo, pensando que se trata de un error.

—Invita la casa. Tienes pinta de necesitar güisqui o mucho chocolate, y no servimos güisqui aquí.

Me echo a reír, le agradezco con un gesto y miro a mi alrededor. No hay muchos clientes, me recuerda al café de la autopista antes de que lo comprara una cadena. La atención es cálida, la comida sabe a comida y el café te da energía como corresponde. Christine me ha advertido de que Shelly es una cotilla de buen corazón, incapaz de guardar secretos ni de hacer daño alguno.

—Sigo sin encontrar hospedaje, nunca pensé que sería tan difícil.

Shelly se desliza por la butaca acolchada. El local tiene estilo de los años cincuenta; uno espera que Elvis entre por la puerta de un momento a otro.

—Fort Creek es un pueblo pequeño, sus habitantes residen aquí desde los fundadores, no existe el concepto de alquiler y mucho menos el de Airbnb.

—Lo noté. De hecho, Davenport me habló de ello cuando me permitió quedarme en una de esas caravanas. El problema es que la temporada está a punto de comenzar y las necesitan para los trabajadores temporales. —Me dejo caer abatida sobre el respaldo.

—Davenport no te echará de patitas a la calle —me anima Shelly, al posar su mano cálida y algo áspera sobre la mía.

—No, no lo hará. —Mi sonrisa se vuelve nostálgica—. Y por eso debo hallar una solución urgente —agrego en un murmullo.

—La señora Webb está cabreadísima con su hija —bromea Shelly—, quería alquilarte una habitación y estar al día de los cotilleos del rancho. Pero esa muchacha anda con problemas de dinero... —Suspira, preocupada por los pormenores de una de las familias del pueblo. Así eran en Fort Creek: metomentodo, pero de buen corazón.

—Espero que lo solucione pronto, créeme, sé de qué se tratan los problemas de dinero y no son agradables.

—Ya... si pudiera, le daría un empleo. Sin embargo, aquí tampoco nos sobra. Una importante cadena quiere comprarnos, ¡lo arruinarán! Yo me he dejado la piel aquí como para que alguien pase a llamar flat white al café con leche de toda la vida...

—¡Resiste, Shelly, resiste! —exagero y consigo que sonría. Seguro que es la misma endemoniada cadena para la que trabajé. Imagino este sitio administrado por Bryan y me estremezco—. Ya encontraré algo. Lo bueno de esta situación es que pude calmar a mi madre. Desde que trabajo en el rancho, mi suerte es tan buena que mi madre empezó a pensar que le mentía. —Me río—. Cuando le dije que aún no tenía techo, se alivió. ¡El mundo sigue igual!

Shelly tarda en comprender que me río de mis desgracias; el humor sarcástico no es común por aquí. Le palmeo la mano para tranquilizarla y entonces sí, me sonrío.

—Seguiré preguntando por ahí, Maddie, ya saldrá algo. —Se desliza por la butaca una vez más, con esfuerzo, hasta librarse y regresar a sus tareas. Yo no tardo en engullir la galleta de chocolate. Definitivamente necesito un güisqui y una cama.

Pese a mis mofas, lo dicho es verdad. Mi madre pensó que le ocultaba la gravedad de mi

situación, pero jamás estuvimos tan bien como ahora. En el rancho pagan por quincena, en la primera pude ponerme al día con su clínica y en la segunda, con la mitad de mis deudas. ¡Hasta recuperé una de mis tarjetas!, y mejoré mi índice crediticio lo suficiente como para poder solicitar un alquiler.

—El problema es que no hay sitio en Fort Creek —murmuro. Bebo un sorbo de café y cojo el móvil para seguir buscando un lugar. Ese es otro tema: aquí la gente se entera por boca de otros, así que tienes que preguntarle a Shelly, a Dolly o al doctor Fletcher, el médico del pueblo, si sabe de alguien que conozca a alguien que haya oído hablar de alguien que alquile un piso o una habitación.

—Y la temporada está a punto de comenzar... —agrego, frustrada. En cuanto lleguen los trabajadores, aumentará la demanda de alquileres y la oferta seguirá siendo nula.

Amplíe mi alcance, quizá puedo irme al siguiente pueblo, pese a que tendría que madrugar para coger el autobús y llegar a tiempo. Un poco desesperanzada, con migas de galleta en la comisura de los labios y la tercera taza de café de la tarde en la mano, me encuentra Christine. Sus botas tejadas resuenan en el suelo del diner, se quita el sombrero, saluda a Shelly y al cocinero, que asoma su cabeza por el pasaplatos, y se dirige hacia mí.

—A ti te buscaba —dice a modo de saludo, deja el sombrero en la butaca y bufa al maniobrar para sentarse—. Tenemos un problema y para él, una solución, y necesito que me digas: «Sí, Christine, me parece perfecto».

—Sí, Christine, me parece perfecto —respondo.

—Sabía que estarías de acuerdo.

Shelly le pone un café y una porción de pastel de manzana.

—No me olvido de la nata —dice la mujer—, solo no me bastan las manos. —Va y regresa con el envase, lo agita y suelta un copo inmenso sobre la tarta.

—Ahora sí, bon appétit.

—Gracias, eres la mejor. —Se llena la boca, sin decir nada más, como si realmente hubiésemos llegado a un acuerdo. Me veo en la obligación de interrumpir su disfrute.

—¿A qué accedí?

—A vivir conmigo —dice con la boca llena. Me aferro a eso para simular que no lo entendí.

—¿Cómo dices?

—Tú necesitas un sitio donde vivir, yo tengo una habitación de invitados que nadie usa porque la mitad de mi familia son unos hijos de puta y la otra vive lejos, y los Davenport tienen que usar todas las caravanas.

—¡Por fin lo admite! —Como me terminé mi galleta, cojo la cuchara con la que revolví mi café y le robo un bocado de pastel con crema.

—¡Eh! —se queja—. Una pésima forma de empezar nuestra convivencia.

—Juro que no sé qué me enfadaba más, si no encontrar alojamiento o que Blaze no me recordara que el tema de la caravana era temporal, que cogiera mis cosas y me fuera a tomar por culo de una buena vez.

Christine suelta una carcajada sonora.

—¿Crees que Blaze sabe de esto? —Vuelve a reír hasta ahogarse—. Joder, Maddie, que tú eres más inocente que Bambi. Vas a matarme —agrega entre toses.

—Él lo sabe todo, Chris, no me jodas. ¿Me vas a decir que no le llegó el informe de las contrataciones de la temporada?

—Eso es exactamente lo que digo: obligué a MaryAnn a fingir que se ha vuelto vieja y

torpe para no adjuntar el informe al correo.

La risa pasó a ser una sonrisa de esas que acalambran las mejillas.

—¡Venga, Blaze no es gilipollas! —Me preocupo.

—Cuando se trata de ti, cielo, sí. Pero tienes razón, se huele algo. Le envié un mensaje a MaryAnn para aclarar que la caravana veintiocho estaba ocupada y sonaba enfadado...

—Mierda.

—Pero tú te mudarás conmigo, la caravana veintiocho quedará libre y todos estaremos felices y contentos, ¿verdad?

—Mmm...

—Oh, no, no, no... —me detiene—. A mí no me sirve eso de yo me lo curro todo y no confío en nadie. Guárdate esas chorradas para Blaze, que tiene paciencia y está coladito por ti. Aquí dejaremos las cosas claras.

—Lo haces por Blaze y no por mí, ¿verdad? —le pregunto.

—Si pensar eso te hace mover el trasero y mudarte a mi casa, pues sí, cariño, lo hago por Blaze y no por ti. ¡Cómo se me ocurriría ayudar a alguien desinteresadamente! Ah, y no te dije que, además, te pondré a fregar el baño. ¿Estás feliz?

Ruedo los ojos, una vez más me encuentro en una situación con pocas alternativas. O jodo a Blaze, al rancho y a un empleado que no podrá coger el trabajo por falta de alojamiento, o acepto la propuesta de Christine, a la cual no consigo ver la trampa. ¿Será que la gente es buena y ya? ¡Naah!

—Por supuesto que fregaré el baño —respondo. Le robo un bocado más de su pastel; al demonio, ella se lo ha buscado.

—Lo haremos por turnos, como buenas compañeras de piso.

—Christine...

—No te diré qué saco yo de provecho, además del pago mensual, lo tendrás que descubrir tú misma, y espero que lo hagas pronto porque no tengo la paciencia de mi amigo, ¿vale?

Deja unos dólares en la mesa y bufa una vez más para salir del banco. Yo la imito: cogemos nuestros sombreros al unísono y nos marchamos, saludando a Shelly y al cocinero a la par. Christine tiene una vieja Ford pintada de rojo, subimos y nos ponemos en marcha. En su apuro, me doy cuenta de que no quiere que Blaze nos vea hacer la mudanza y me entra la risa, como si estuviéramos haciendo algo prohibido.

Nos miramos, bajamos las ventanillas para que el viento juegue con nuestros cabellos y conecto mi móvil a su reproductor para musicalizar el viaje a todo volumen. «I Can See Clearly Now» de Johnny Nash empieza a sonar y nos ponemos a cantar a gritos.

I can see clearly now the rain is gone

Puedo ver claramente ahora que la lluvia se ha ido

I can see all obstacles in my way

Puedo ver todos los obstáculos en mi camino

Gone are the dark clouds that had me blind

Se han ido las nubes oscuras que me tenían ciego

It's gonna be a bright (bright)

Va a ser un día brillante (brillante)

Bright (bright) sunshiny day

Día soleado brillante (brillante)

Christine me ayuda a hacer el equipaje. En su mirada se adivina lo que piensa sobre mis

escasas pertenencias, pero no dice nada. Yo hace mucho que dejé de sentir pena por ello; siempre he dicho que hay que ir por la vida ligeros, sin amarres ni pesos extras, y de tanto repetirlo me he creído mi propio lema. Funciona. Y esta situación es prueba de ello.

—Venga, mueve ese trasero, que Blaze nos cogerá.

—No entiendo por qué os complicáis tanto con esto, es fácil de explicar. Necesitáis la caravana, él mismo me dijo que el alojamiento era temporal.

—Ya, pero Blaze esperaba que lo dejaras cuando te dieras cuenta de que tu sitio era en su casa y, por lo visto, has resultado ser más cabezota de lo que creíamos.

—De acuerdo, pero no es un necio, lo entenderá —insisto. Arrojo las pocas latas que conservo en la despensa en una caja y la llevo hasta la parte trasera de la Ford de Christine.

—Maddie, si necesitas seguir engañándote un poco más, vale. Pero de momento tenemos que lidiar con un hecho: he incumplido una orden explícita de Blaze. Y su decisión tenía como finalidad tu bienestar y solo tu bienestar. Si debe elegir entre tú y un empleado temporal, te elegirá a ti. Si debe priorizar un puesto en la cosecha o el tuyo, la balanza se inclinará a tu favor. Y si tiene que enfadarse con alguien porque no hemos obedecido su orden, se enfadará conmigo. Te has metido bajo su piel, tía, y es en vano que sigas resistiendo. Puede que te creas muy terca, muy decidida, muy me valgo por mí, pero no vencerás a Blaze en ese terreno, es el menor de tres hermanos con carácter endemoniado y un patriarca que fundó un imperio ganadero y ha aprendido a hacerse oír. Lo firme se quiebra, lo resistente perdura, y él es el resistente de esta familia.

Escucho su discurso con la mochila a cuestas, la última de mis pertenencias. Ella cierra la caravana y se vuelve hacia mí. Me observa, busca en mi expresión la certeza de que he entendido su punto.

—Sé que lo sabes, y más aún, que lo sabes de su boca, que es mucho decir. Ha sobrevivido a un accidente en medio de un tornado en Nebraska, ha visto morir a su madre, ha despertado de un coma y ha luchado incansablemente por recordar lo que nadie en su puñetera vida quisiera recordar —agrega con la voz estrangulada por la emoción—, si ese cabronazo está decidido a que tú, por una jodida vez, tengas una buena vida, lo logrará, y yo soy su amiga, de modo que siempre lo ayudaré.

Se sienta tras el volante e insta a ponerme en marcha. Yo acato la orden sin decir nada más, ¿qué puedo añadir? Las palabras certeras no necesitan respuestas.

Maddie

Antes de tomar la rotonda que nos lleva al centro de Fort Creek, Christine gira a la derecha por un camino secundario. Las casas están más espaciadas aquí, separadas unas de otras por vallas de madera que terminan en punta. Al final de la calle, nos espera una fachada de madera pintada de celeste. El techo y las aperturas son blancos, al igual que el porche y la escalera que lleva a él. En el extremo izquierdo del porche ondea la bandera de Estados Unidos. No hay plantas ni flores, solo césped cortado con esmero, junto al cual se halla la entrada al garaje. Christine aparca en la puerta principal, no se molesta en entrar al garaje, coge las llaves de la guantera y baja de un salto. Yo la imito y, juntas, recogemos mis cosas de la parte trasera de la camioneta y las subimos por los tres escalones de ingreso maniobrando un poco.

—Hogar, dulce hogar —dice ella al abrirme la puerta. El aroma a comida casera me toma por sorpresa, dada la hora y el ajetreo; imaginé que pediríamos comida para llevar.

—¡Vaya!, la palabra «hogar» da el pego —respondo al entrar. Christine sonrío orgullosa.

—No es gracias a mí, tenlo por seguro.

Miro a mi alrededor: la sala es acogedora, con un gran sofá de color tiza y almohadones celestes y amarillos claros. Hay jarrones y floreros por todas partes, llenos de hojas artificiales que parecen plumas. Los cuadros que decoran las paredes son de gatos, perros y otros animales adorables. Definitivamente, no parece el estilo de Christine. Dejo mis maletas en la entrada y sigo a mi anfitriona —ahora compañera de piso— hasta la cocina.

—Ella es la razón por la que mi casa es un hogar —me dice. Gabrielle, una de las veterinarias del rancho, está horneando un pastel de verduras. Christine la rodea, la abraza por detrás y le da un dulce beso en la mejilla.

—Veo que la has convencido —responde Gabrielle, y me brinda una sonrisa.

—Soy muy persuasiva.

Christine me mira, busca mi reacción y yo suelto una carcajada.

—Hola, Gabrielle, gracias por hospedarme en vuestra casa. —Niego con la cabeza—. Y tú, Christine —le digo—, ¿realmente creías que me estabas poniendo a prueba? Eres muy tonta, por algo os lleváis tan bien Blaze y tú. —Vuelvo a reír.

—¡Oh, vaya! ¿No te ha dicho que somos pareja? —Gabrielle luce compungida.

—No, no se lo he dicho. Pero no para ponerla a prueba sobre su tolerancia y esas chorradas, sino para que vea que todos ocultamos algunas cosillas que, al salir a la luz, nos hacen darnos cuenta de que éramos nosotros quienes hacíamos un mundo de nada. ¿Verdad?

Estoy segura de que mi rostro muta, porque Gabrielle me observa preocupada. ¿Acaso sabe de mi anterior «oficio»? ¿Habla de eso?

—¿Te encuentras bien, Maddie? —se preocupa la mujer.

—Tranquila, ni yo ni Blaze sabemos aún ese secretillo. Suelta el aire... —Christine va a la nevera y coge tres cervezas, dos normales y una IPA. Le extiende la última a su pareja. Yo me quedé sin palabras—. Aunque espero que confíes en nosotras lo suficiente, no espero que lo hagas ya. Primero, brindemos por tu nuevo hogar.

Chocamos los botellines y vuelvo a dar las gracias por su hospitalidad. Christine me muestra mi habitación y dónde está el baño; la suya tiene baño en suite, así que este es casi por completo mío. Dejo las maletas junto a la gran cama. Estudio el espacio, que es igual de acogedor que el resto de la casa. Un plumón recubierto con una funda beige cubre el colchón y varios almohadones azules completan el conjunto. Las paredes son blancas, los muebles también son de estilo campestre y las cortinas azules impiden el paso de la luz por las mañanas. Regreso a la cocina, donde Gabrielle está sentada en un banquillo, bebiendo una IPA y acariciando un gato tuerto.

—Él es Pirata. Pirata, ella es Maddie... —El gato me escruta con su ojo bueno y esa es toda la atención que recibo de su parte—. Por cierto, ¿cómo es que no sabías lo de Christine y yo? En el rancho no hay cotilleo que no se difunda.

—Oh, eso... Pues sí lo escuché, pero no presto atención a los cotilleos...

—¡Cómo se nota que eres una chica de ciudad! —bromea Christine.

—Además, siempre llaman «bollerías» a las mujeres con carácter. Y el rancho no es precisamente la meca del progresismo —digo, poniendo los ojos en blanco. Gabrielle ríe.

—Pues a nosotras nos llaman bollerías por las dos cosas. ¿Te gusta el pastel de verduras, verdad? —cambia de tema la veterinaria.

—Sí, y más con lo bien que huele.

—Pon los platos en la mesa, Chris —ordena Gabrielle—, ya no somos solo dos.

—Por mí no se molesten, ¿suelen comer aquí, en la barra? —Ellas asienten y yo les pido

que sigamos así, no quiero alterar su rutina, sobre todo cuando parece tan agradable. Las veo moverse por la cocina como si danzaran, rodeándose la una a la otra en perfecta coordinación. Una coge los platos y la otra, los vasos; las puertas de las alacenas siguen el ritmo. En las diferencias están las simetrías. Christine es morena, delgada, alta y fuerte. Gabrielle es rubia, de tez clara, corpulenta y también muy fuerte. La he visto maniobrar toros como si fueran del tamaño de Pirata. Ayudo en lo que puedo, pese a darme pena irrumpir en ese espacio tan íntimo.

Tras dejar todo listo, cambiamos las cervezas por limonada y yo me encargo de servir el delicioso pastel de verduras. La conversación fluye, me preguntan por mi madre y su estado de salud, por mi vida antes del rancho y yo me abro bastante, hasta el punto de confesar el intento de suicidio de mi madre.

—Debe de haber sido durísimo —se compadece Gabrielle.

—Lo es aún. —El silencio se vuelve pesado—. Sé que está enferma, ¿sabéis?, soy consciente de ello, de que no fue adrede, pero... —La voz se me quiebra un poco. Pirata se acerca, me presta su suave pelaje atigrado para descargar mis miedos sobre él— siento que me quiso abandonar. Que me dejó sola cuando más la necesitaba. Que... —me falta el aire.

Christine completa mi pensamiento:

—Que, si no pudiste apoyarte en ella, entonces no podrás apoyarte en nadie. —La miro, sorprendida de que haya expresado mis sentimientos con exactitud. Christine me sonríe y responde—: No soy tan lista, sabes cómo lo sé.

—Blaze... —murmuro.

—Lleva semanas estudiando exhaustivamente a su nueva obsesión: Magdalen McEwan.

Me sonrojo hasta la raíz del cabello.

—Tú eres su amiga, deberías aconsejarle que lo deje estar. Podría conseguir a cualquier mujer que quisiera, una con menos problemas que yo para empezar.

—¡Buena suerte con eso! —interviene Gabrielle—, no solo no le aconsejará tal cosa, salvo que tú resultes ser una arpía como Shannon...

—Ni siquiera sé qué le ha hecho Shannon; cada vez que alguien la nombra en el rancho se hace silencio. —Las dos mujeres se ríen, pero no me cuentan el chisme. Frunzo el entrecejo.

—Es que es la innombrable, no queremos ni pensarla —bromea Christine, y Gabrielle ríe.

—En cualquier caso, no solo no le aconsejará tal cosa, sino que además las dos le debemos su apoyo cuando fuimos nosotras las que casi se rinden, ¿verdad, Chris?

—Cierto. —Comparten una mirada—. Tú me preguntaste qué ganaba en alquilarle la habitación, ¿te acuerdas? Pues lo que ganamos las dos es centrarnos en lo bueno y no darle más importancia a lo malo.

—Esa habitación era para cuando viniera mi familia a visitarme —dice Gabrielle—. La decoré con esmero; ese tono de azul es el preferido de mi madre. Cuando me enamoré de Christine, mi madre me dijo que no volvería a hablarme si seguía con esto de «hacerme lesbiana».

—Y yo pensé en dejar de insistir, por fortuna, tuve un amigo que no me permitió rendirme. —Christine le pide un beso a Gabrielle y presencio el beso más dulce que jamás vi.

—Siempre pensé que mi madre cambiaría de parecer y que priorizaría mi felicidad. Aspiraba y ventilaba esa habitación todos los días a la espera de su visita y cada noche me dolía un poco más su ausencia.

—Pero entonces alguien necesitó esa habitación...

—Y nosotras necesitábamos pasar página...

—Enfocarnos en el bien que podíamos hacer por alguien...

—Y no en el mal que alguien nos hacía a nosotras...

—Una vez hiciste lo mismo, ¿no? —me dice Christine—. En aquella ocasión no pensaste en lo mal que lo estabas pasando, sino en el bien que le podías hacer a un vaquero con ataques de ansiedad. Y fuiste a una fiesta llena de gente pija y le ayudaste cuando tuvo un brote...

—Me haréis llorar —les reclamo.

—Lo malo se supera y lo bueno compensa —dice Gabrielle—. Eso es lo que tú haces por nosotras y lo que nosotras haremos por ti.

—Ya lo ves, puede que las personas tengan sus «propios intereses», pero eso no significa que esos intereses sean malos o impliquen aprovecharse del otro.

—Sí —respondo—, ya lo veo. Desde que llegué al rancho Davenport lo veo a diario y a veces me pregunto cómo pueden convivir en el mismo planeta dos mundos tan opuestos.

—Es el mismo mundo —explica Gabrielle—, solo que nos vamos reuniendo con almas afines. Ya era hora de que tú encontraras a personas afines. —Se dan cuenta de que voy a llorar—. Chris, trae otra cerveza, esta muchacha necesita algo más que limonada.

Entre lágrimas y risas, suelto la frase. Brindamos una vez más y seguimos conversando hasta entrada la noche. Sabemos que mañana estaremos cansadas, pero una buena noche de chicas bien merece cada bostezo.

CAPÍTULO 14

Blaze

La nota amarillista me saca una carcajada amarga. ¡Vaya gilipolleces tiene que leer uno! Tal vez otro día me hubiesen afectado, me hubiesen hecho preguntarme si merezco lo que tengo, si me he ganado algo en mi vida o si le debo todo a mi padre. Sin embargo, hoy... hoy le prestaría mis botas a cualquiera a cambio de irme a vivir al bosque como un ermitaño.

Vale, vale, no empezaré a compadecerme. Es cierto que mi vida es grandiosa y que poseo mucho más que la mayoría de las personas. Pero joder, que no siempre es fácil y hoy ha sido un infierno.

Empezando por esta mañana, cuando entre el café y los huevos revueltos me he desayunado una hora de entrevista de mi hermano Roman con un periodista de fiabilidad cuestionable. Mi hermano está en Seattle y me llevé una sorpresa cuando vi en las imágenes que acompañaban la nota a Karl. Ya me parecía extraño que no merodease por aquí y quisiera cobrarse sus puntos por presentarme a Magdalen. Supongo que no se habrá enterado de que Maddie trabaja en el rancho, algo que, sin duda, se lo debo a Wade.

En cualquier caso, la entrevista con este periodista se ha vuelto *trending topic* en X y Roman ha conseguido que el mundo entero hable de él y de lo grandioso que es en los negocios. Y la elección de con quién «romper el silencio» ha sido un acierto absoluto. No gastaré pensamientos en el periodista en cuestión, tiene más causas por difundir noticias falsas que nosotros vacas, pero llega a un público muy concreto: los conspiranoicos. Esos internautas que constantemente piensan que el gobierno se guarda información y difama a quienes hablan con la verdad. Roman se ha convertido en un héroe para ellos, el hijo de un magnate que, en lugar de quedarse cómodo en su sitio, desvela los secretos de los millonarios de América.

Y el secreto que desveló es, por supuesto, una empresa de moneda virtual en la que ha invertido. Las acciones de dicha empresa se dispararon y la presión arterial de Wade también. Temo que sufra un ictus en cualquier momento. Aunque, antes de preocuparme por él, debí ocuparme de mí, porque, en cuanto lo llamé para preguntarle de qué cojones hablaba Roman, Wade me puso al tanto del supuesto negocio propuesto por Robert Tate. Robert Tate está jugando a dos bandas, con Roman y con nosotros; o, mejor dicho, usando a Roman para llegar a nosotros, porque Roman no tiene respaldo desde que el viejo le cortó el suministro.

La noticia me provocó un brote, ¡no sé por qué demonios!, y eso me alteró por completo. En general, reconozco el detonante de mis brotes y suele ser el contacto social. En esta ocasión no consigo descifrarlo, quizá se deba a que sabía que los medios sacarían a relucir los trapos sucios de la familia Davenport. Es decir, yo, que soy el único puñetero trapo sucio de esta familia. El accidente, el coma, mi trastorno y la teoría preferida de los internautas: que no soy yo.

Hoy se han puesto creativos: ahora resulta que a los cinco años me reclutaron los rusos — otros dicen que el Mossad — para infiltrarme en el corazón de América, el rancho Davenport, y no lo sé... supongo que para dominar el mundo.

Así que, en cuanto la espantosa sensación del brote remitió, cuando al fin pude respirar y dejar de sentir el tronco incrustado en mi pecho, la sensación de que mi madre no murió en el acto e intentó decirme algo y la parálisis al no poder despertar del coma, empecé a reír.

A reír a carcajadas desquiciadas, amargas y llenas de frustración.

Ya había empezado el día con un humor de mil demonios; mi ánimo empeoró al llegar a

la nave principal pasada las ocho de la mañana y constatar que la cantidad de tareas en mi agenda era tal que era necesario pedirle a Maddie que reasignara algunas a los capataces. Pedido que me llenó de vergüenza cuando sus ojos avellana se posaron en mí rebosantes de preocupación y soltó:

—¿Has tenido un ataque?

Asentí sin poder hablar, enrojecido por la impotencia y por la sensación de su mano sobre mi pecho. La posó en el centro mismo donde siento la presión en mis crisis, sin que yo se lo haya confesado nunca; fue como si lo supiera, como si lo sintiera. Y tuve un horrible deseo, egoísta y cruel, de usar mi enfermedad para retenerla mediante la pena.

Me sentí doblemente abochornado; a veces puedo ser un jodido capullo, como lo fui con Shannon. Me alejé de ella de manera brusca y vi en su mirada que pensó que la culpaba. Soltó un «lo siento» entre dientes y a mí se me quedaron las palabras agolpadas en la garganta.

Maddie sintió remordimiento, cuando fui yo quien pensó en convertirse en un cabrón. Y casi podría haberme hundido en la autocompasión si Kevin no hubiese venido a decir:

—Jefe, se ha caído el sistema.

—¡Me cago en la leche! —Solté tan fuerte que todas las miradas se posaron en mí—. Intenta explicarme el problema teniendo en cuenta que sé de ordenadores lo mismo que de aviones de guerra.

—Ha habido un agujero de seguridad en el sistema de mensajería que utilizamos —explicó Kevin, y los demás empleados se detuvieron a escucharlo, no porque entendieran, sino porque no sabían qué tarea les correspondía sin el sistema. Un rancho del tamaño del Davenport no puede gestionarse como antes, sería un caos, como iba a ser este maldito día—. No es de nuestro lado... —agregó con tranquilidad y supe que había oído la noticia.

—No nos han hackeado una panda de idiotas, por lo que dijo mi hermano —puse en palabras carentes de eufemismos.

—No, es solo un problema técnico como cualquier otro. Lo malo es que, si no es de este lado, no puedo solucionarlo, jefe. Como es el proveedor de servicios de mensajería, ya le he dicho a MaryAnn para que informe a la gerencia. —En español: a Wade, traduce mi mente, y aquí es cuando empecé a preocuparme por la salud de mi hermano.

—Joder...

—Sí, los afecta a ellos también —se refiere a Gerencia—. Creo que el señor Wade Davenport ha perdido el rastro de un carguero... —terminó en voz susurrada.

—Voy a necesitar café, mucho café —es lo único que pude decir. Y, en ese momento, mi estómago me recordaba la ingente cantidad de café que había bebido a lo largo del día.

—¿Hay algo que podamos hacer?

Maddie se acercó con cautela, se colocó junto a Kevin y yo no fui nada racional al tirar de ella y alejarla del apuesto rubio de sistemas.

—Por lo que me explicó Kevin, los pedidos de los capataces llegan a nuestros servidores, pero no salen de allí los mensajes para conectar con el depósito, ventas, contabilidad, personal y demás...

—Los *request* quedan registrados en los archivos de registro y... —explicó Kevin.

—No lo escuches —rio Maddie, y su risa pareció vaciar la mitad de la tensión de mi cuerpo—, habla en un lenguaje complicado. Lo que quiere decir es que puede guardar las actividades de los capataces y volcarlas después en una hoja de cálculo. Así al menos no perderemos todo el día de trabajo, pero luego...

—Luego tendremos que introducirlos manualmente —entendí. Maddie asintió, como

diciendo: «Sé que no es la mejor de las soluciones, pero es la única que nos ha ocurrido».

Así que aquí estoy, leyendo que una periodista sensacionalista cree que soy un inútil niño de papá, mientras introduzco a mano cada una de las actividades del rancho en el ordenador, ahora que por fin ha vuelto el puñetero sistema. Como si no fuese una de las peores tareas que se me pueden asignar, no hay forma de que las delegue, porque, como bien me explicó Kevin, solo un usuario Maestro puede ingresar datos directamente en el servidor sin pasar por el sistema. Y solo hay tres usuarios maestros: Wade, que está buscando su carguero perdido; Kevin, que trabajó tanto ese día que solo un hijo de puta le hubiese pedido hacer horas extras; y yo.

Me reclino en el sillón y crujen todas mis vértebras. Por costumbre, me encuentro en el despacho de mi padre y mis perras me hacen compañía. Lottie, Queen y Snowie se han echado sobre la alfombra y me miran, preocupadas y soñolientas. Han tenido que soportar mi humor todo el día y los border collie son animales muy sensibles; les ha tocado el peor tipo de dueño. Por consideración a ellas y a mi columna, me pongo de pie, me acerco a acariciarlas, les recuerdo que la situación ya está en orden y regreso al escritorio.

Claro que la situación no está en orden. Mis ojos lagrimean de cansancio mientras miro la planilla de cálculos que tengo delante. Apenas he cargado un cuarto de las tareas y, desde hace un rato, han salido a la luz los problemas esperados. Que como no registramos en depósito nos quedamos sin suministros y hay que hacer un pedido, que como tal máquina sufrió una avería había que informar a soporte, que tal factura no ha pasado a tiempo y perdimos el pago hasta el mes entrante...

Y, mientras me meso las sienes, pienso que tendría que estar en mi casa haciendo esto en lugar de aquí. Lo hice automáticamente, sin pensar, debido a que a Shannon le molestaba que llevase cosas del trabajo a casa. Joder, ¡como si la casa en cuestión no estuviera dentro del rancho! Pero como me sentía culpable, era incapaz de no darle ese gusto.

No tengo tiempo de darle vueltas al asunto, ya está hecho. Pediré que me sirvan la cena aquí y que la sazonen con una aspirina, y ya para la próxima...

Presiono el intercomunicador.

—Marie, no quiero molestar...

—No es molestia —responde antes de que pueda especificar mi pedido—, ya nos avisó su padre. En unos minutos le llevaremos la cena y un analgésico.

—Joder...

La voz de mi padre se mezcla con la de la cocinera.

—¿Te piensas que nunca estuve en tu lugar, hijo? Si necesitas gotas para la vista, están en el primer cajón de mi escritorio. Al menos tú no sufres presbicia.

Me río y corto la comunicación. Busco las gotas en el cajón, pero fallo al echarlas. No hay forma de que no me tiemble el pulso cuando acerco algo a mi ojo. Las dejo a un lado y vuelvo a concentrarme en la pantalla. Allí vamos, me animo y tomo nota de que la tarea de Carrington requiere dos ingresos adicionales: uno en insumos y otro en facturación.

El sol se esconde en el horizonte y la penumbra invade el despacho. Aún anochece temprano; las primaveras en Nebraska son tímidas, tardan en llegar y pronto son reemplazadas por los crueles veranos. Estoy sumido en la penumbra cuando se abre la puerta del despacho y pienso que es Marie, así que le pido sin levantar la vista:

—¿Puedes dejarlo aquí, en el escritorio? En la mesa auxiliar será presa fácil de mis niñas.

—Mirad cómo os difaman —responde Maddie, y alzo la mirada de golpe. Trae la bandeja en las manos, ignora mi orden y la deja en la mesa auxiliar. Se inclina sobre las perras y le da una caricia a cada una. Me doy cuenta de que sonrío cuando siento la tensión en mis mejillas; no

lo había hecho durante el día y tengo los músculos agarrotados de tanta seriedad. Tiene una afinidad especial con Queen.

—Es la experiencia —la corrijo, y noto que mi voz suena ronca.

—¿Ya han comido?

—Sí —la veo coger la bandeja y traerla al escritorio—, les he dado de comer antes de venir aquí.

—Cualquiera diría que te ocupas más de ellas que de ti —me reprende en tono dulce. Al posar la bandeja a mi lado, veo que hay varios emparedados de res y patatas fritas.

—Lo mismo puedo decir de ti, Maddie, pero yo tuve un día de mil demonios, así que no seré muy amable al preguntarte... ¿Qué cojones haces aquí? Tu jornada terminó hace dos horas.

—¿Te refieres a mi jornada de mirar un monitor estático y beber café?

—No es culpa tuya que el sistema se haya caído.

—Tampoco es tuya...

Al decir esto, noto que carga un bolso de su hombro y saca de allí un ordenador portátil.

—Magdalen —intento sonar autoritario, sin éxito. Su nombre siempre escapa de mis labios como un susurro—, ya hemos hablado de que, si pretendes que te trate como a los demás, debes comportarte como los demás. ¿Tú ves a alguien aquí?, ¿alguien más se ha quedado a hacer horas extras? Ni siquiera Christine.

—No me quedo para probar nada, Blaze, me quedo porque me necesitas. —Se sienta en el asiento de al lado del mío, posa el ordenador y abre la tapa—. Además, Gabrielle iba a hacer curry de garbanzos, prefiero el emparedado de res. —Entonces me percató de que la bandeja está dispuesta para dos.

—Vale, gracias por el gesto —No sé cómo interpretar su «me quedo porque tú me necesitas». ¿Amistad?, ¿es esto un avance en su confianza?—, pero se necesita un usuario Maestro y tú no lo tienes.

—Le he pedido el suyo a Kevin. ¿Te imaginas lo chapucero que puede ser el personal de las grandes empresas? —bromea—, uno pensaría que tienen más seguridad o que usan algo más sofisticado que una hoja de cálculo... y aquí estamos.

Me hace reír.

—Los vaqueros seguimos siendo unos primitivos que solo sabemos de vacas. —Suelto el aire—. No podré convencerte de que descanses, ¿verdad?

—No, es mejor que te rindas y te centres en decirme cómo dividimos las tareas. Oh, y por favor, pasa esa Coca-Cola. Necesito cafeína en cualquiera de sus formas. —Le alcanzo una lata y me quedo viéndola como un idiota.

—Ya me dirás si quieres quedarte. —La veo introducir las credenciales de Kevin en el ordenador; las lleva anotadas en una nota adhesiva y no puedo evitar reírme. Sí, por mucha sofisticación, seguimos siendo torpes en algunas cosas—. Hay que ir registrando no solo lo que Kevin pudo rescatar, sino también las tareas que se desglosan. Por ejemplo, Richter necesitó cinco trabajadores temporales y eso tiene que pasarse a personal y a contable... En eso justo estaba.

—Hagamos así —propone Maddie—, yo cargo las tareas de los capataces, que es a lo que estoy más acostumbrada y ya soy veloz, y de ahí te informo de cuáles ingresos son necesarios en los demás sistemas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... y cuando te canses, me lo dices y terminamos.

—¿Es un reto? —Me desafía. Ruedo los ojos en señal de exageración.

—Era una consideración, Maddie.

—Pues a mí me sonó a reto. —Es su forma de decirme que no se rendirá, que no me dejará solo cuando de verdad me viene bien una mano. Una vez más, no sé cómo interpretarla. Me mira como si quisiera arrancarme la ropa y follarme sobre el escritorio, se preocupa por mí como si fuese la persona más importante del mundo, junto a su madre, y me sonrío como si mi sola presencia la hiciera feliz; pero, en cuanto doy un paso, por pequeño que sea, y me acerco a ella, se retrae temerosa y triste.

¡Joder, que no la entiendo! Sé que no estoy para lidiar con alguien tan complejo como Maddie, y Maddie parece pensar lo mismo. Tiene un empleo, un techo, puede pagarle el tratamiento a su madre y, sin embargo, la nostalgia que siempre divisé en sus ojos avellana sigue allí. Una tristeza perenne que clama que, aunque sienta cosas por mí, es mejor alejarse, no arriesgarse. Que sería más fácil convertir el fuego en cenizas y con ellas conformarnos.

—A mí también me sonó a reto —murmuro en respuesta. Magdalen me observa, confundida, con el ceño levemente fruncido y la boca formando una media sonrisa. Tarda en comprender a qué me refiero y en cambiar esa expresión de desconcierto por una mezcla de pavor y anhelo.

Se muerde la comisura de los labios antes de añadir:

—Debemos ponernos en marcha o pasaremos la noche aquí.

—¿Sería tan malo? —La veo sonrojarse y me doy por satisfecho. Maddie ríe, una risa tímida impropia de ella.

—Resultaste ser un explotador. —Coge la plantilla y toma la primera actividad sin colorear. Yo he pintado de amarillo las que fui cargando. Ya no hay espacio para coqueteos, porque la tarea que tenemos ante nosotros es titánica. Suelo ser muy consciente del tamaño del rancho Davenport, pero para Maddie es algo nuevo, incluso tras dos meses trabajando aquí. Ella tiene acceso a un espacio limitado, yo necesito verlo todo—. De acuerdo, de aquí se desglosa una baja en depósito y tres trabajadores de tiempo parcial...

—Podría haberse caído el sistema en invierno —mascullo. Mientras tomo notas de las tareas, me echo el cabello hacia atrás. Voy a quedarme calvo si sigo con este hábito. —Vale, fíjate si no dio de baja la tarea al final —le pido.

Maddie pasa por las entradas y la veo mover los labios mientras balbucea los nombres y algunos detalles.

—Bingo, la tarea fue dada de baja por falta de insumos... Entonces, una tarea a la agenda de mañana... —repito su parte.

—Un pedido a insumos —añado yo. Tipeamos a la vez, terminamos y los dos mordemos un emparedado y bebemos un sorbo de refresco. Pasamos al siguiente.

Una tarea completada, tantas horas de trabajo facturables, una baja en depósito de tantos... Repetimos.

Las horas pasan rápidamente, la oscuridad ha cubierto por completo el despacho y la luz azulada de las pantallas es la única que nos ilumina. El ronquido de Snowie nos obliga a hacer una pausa y a echarnos unas risas.

—Ya casi lo tenemos —me anima Maddie mientras busca el interruptor de la luz. Es de contacto, paso la mano por la base de la lámpara y esta se enciende. —Oh, qué pijo... —se burla, aunque la tecnología capta su interés. No tarda en comprender que si gira la mano en una dirección aumenta la intensidad de la luz y en la otra disminuye. Además de que sí se enciende, se iluminan también las lámparas de descanso del despacho.

Como jugó con las luces, me escuecen los ojos, que están cansados. Me los froto, parezco un niño cuando le dicen que no se quite la costra de una herida y hago justo lo contrario.

—¿Estas gotas son tuyas? —pregunta.

—Son de mi padre, pero me valen.

—¿Y por qué no te las echas? Tienes los ojos rojos...

—Ya... —intento restarle importancia.

—Blaze... —Se pone de pie. Mis ojos pueden estar cansados, pero me bastan para echarle una buena mirada. Lleva los vaqueros del día, son celestes claros y gastados en el trasero y las piernas. Por debajo de su camisa de franela a cuadros asoma una camiseta de algodón de mangas largas. El cinturón marrón se ajusta a su cintura baja y las botas que le regalé le cubren hasta debajo de la rodilla, haciendo que sus piernas parezcan más largas de lo que ya son. No puedo evitar imaginar cómo quedarían en mi cintura, mientras embisto en su interior... mientras mis manos recorren el resto de su cuerpo delgado, se ajustan a sus pequeños y perfectos senos, del tamaño de mis palmas, como si estuvieran diseñados a mi medida. En especial, mientras mi boca se pega a la suya y sus exhalaciones de placer se vuelven el aire que respiro.

—Joder... —susurro—. Me tiembla el pulso cuando debo acercarme a sus ojos. No sé cómo hacen los que usan lentillas.

—Echa la cabeza hacia atrás —me ordena. Ahora tengo sus senos a la altura de mi boca, pero me resisto a ceder mi ventajosa posición. La butaca es giratoria, la vuelve hacia ella y pone una pierna entre las mías para impedirme escapar. Ni que yo quisiera irme a algún sitio, pienso. Sé que tengo la polla dura y que ya estoy demasiado excitado para evitar el elefante que hay en esta habitación. Quiero follar con ella y Maddie lo sabe—. Haz caso. —Su voz suena más gutural. No soy el único afectado; desde mi ventajosa posición, puedo ver cómo se le eriza la piel. Quiero meter la mano bajo las malditas capas de tela y palpar sus pezones erguidos con los pulgares. Siento que su mano se desliza hacia mi nuca, enreda los dedos en mi cabello y tira suavemente hasta que consigue que eleve el rostro.

No pienso ser el único que sufra esta tortura. La aferro de la cintura y la acerco más. La escucho soltar un gemido ahogado. Ahora sí estamos a mano.

—Mira hacia la derecha —me dice, y suelta una gota en mi ojo. Parpadeo por instinto—. Ahora a la izquierda. —Repite la acción y yo también. El alivio es inmediato, algunas lágrimas se escurren por la comisura de mi ojo y, cuando vuelvo a levantar la cara, se deslizan por mi mejilla. Maddie las seca con el pulgar, regresa a su sitio dándome la espalda y mostrándome la mejor visión de su trasero que he tenido hasta el momento.

—Gracias —digo por pura amabilidad, porque en realidad ahora me hallo en el infierno. El único consuelo es saber que ella también. Pasa las manos disimuladamente por su cintura, por el sitio donde estuvieron las mías, y yo aprieto los dientes.

—De mi parte restan tres —cambia de tema abruptamente. Tendría que ser un caballero y responder a lo que espera: que, cuando termine su parte, la llevaré a Fort Creek. No pienso hacerlo; la retengo a mi lado y será su culpa por venir a la guarida del león, sabiendo lo hambriento que estoy.

—De mi parte, muchas más. —Sonrío—. Por cada tarea parecen desprenderse otras mil. Voy a pedir más café, ¿te apetece algo más?

—Café está bien.

Completa sus tareas antes de que Marie llegue con la jarra térmica, las tazas y las galletas con chispas de chocolate. La mujer no puede evitar echarle un vistazo evaluativo a Maddie antes de irse. Asiente con la cabeza desde la puerta, dándome el visto bueno. Hago un esfuerzo por no reírme en voz alta. ¡Sí, soy muy consciente de que Magdalen McEwan está de infarto!

La veo llevarse una galleta a la boca, estirarse en la butaca y se me escapa un gruñido.

Los botones de su camisa se tensan a la altura del pecho y sueña con verlos saltar.

—Espero que no te importe... —No me da la oportunidad de responder y se quita las botas. La entiendo, no soporta más la ropa del día; yo me siento igual. Un vistazo al reloj me recuerda que es medianoche, afuera ha comenzado a llover y ha bajado la temperatura abruptamente. Dentro se está muy bien, me aseguro de que la temperatura interior no baje de los veinte grados centígrados.

—En absoluto, solo por respeto no hago lo mismo —bromeo. La risa de Maddie es suave y perezosa. El sueño la está venciendo.

—Nadie espera que, después de dieciséis horas de trabajo ininterrumpido, huelas a rosas.

—De acuerdo, tal vez no a rosas, pero sin duda no a lo que huelo en este momento...

Sigo introduciendo datos y ella se pasea por el despacho, moviendo los brazos en círculos hacia delante y hacia atrás. Estira los cervicales, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, y pasa a cogerse el tobillo de una pierna y otra, alternando. Yo me quedé embobado viéndola, pero cuando volta hacia mí, simulo prestar atención a mi pantalla. Se sirve la segunda taza de café, me la ofrece y luego se dirige hacia el sofá. Acaricia a las perras con suavidad, sin intención de despertarlas. Se echa bocabajo, con una mano sobre el lomo de Queen y la otra a modo de almohada.

—Háblame de algo —le pido—, o me dormiré sobre el ordenador.

—¿De qué quieres hablar?

—De ti, te has vuelto mi tema preferido —confieso. Estoy demasiado cansado para mantener las apariencias. Maddie también, porque no se sonroja ni se esconde, solo me mira con esa expresión que me hace sentir el hombre más interesante del mundo. Es la primera vez que alguien me hace sentir así y temo que, si no gano en esta lucha de voluntades, nunca más hallaré a una persona que despierte lo mismo en mí.

—Mmm, no soy muy interesante.

—Empecemos con tonterías: tu color preferido, tu comida reconfortante...

—Mi color preferido es el azul noche, mi comida preferida es la lasaña casera. ¿Y el tuyo?

—Aún no estoy satisfecho con la respuesta —la interrumpo, al tiempo que sigo agregando datos al sistema—. Has sido muy específica con que la lasaña sea casera, necesito más información.

Sonríe y niega con la cabeza, resignada. Sabía que me iba a valer de cualquier cosa para sonsacar datos personales.

—Mi madre trabajaba mucho cuando yo era pequeña, tenía dos empleos... —La tristeza asoma en su mirada y se aparta de mí, creyendo que no he llegado a atisbarla. La posa en Queen, pero mi niña es muy lista y también percibe su tristeza. Parece debatirse entre decir algo más sobre los empleos de su madre o callar, y tarda unos segundos en decantarse por el silencio—. Comíamos mucha comida rápida. Pero cuando tenía día libre, hacíamos lasaña casera y ese era el mejor día del mes. *¿Un puñetero día libre al mes?* Siento la garganta escocerme—. Ahora, dime cuál es tu película preferida...

Carraspeo antes de responder:

—La llegada de Villeneuve...

—Vaya, esperaba que me dijeras una de vaqueros, ¿La llegada? —Ha vuelto a mirarme y sus ojos brillan de nuevo—. No me digas, harías lo mismo que el personaje de Amy Adams...

—¿Te refieres a elegir amar incluso a sabiendas de que se terminará, de que dolerá? Sí, claro.

—¡Eres el peor! —se queja sin levantar la voz—: ¿Siempre tienes que ser tan...? —Toma aire y lo suelta resignada—: ¿Perfecto?

—El personaje de Jeremy Renner no estaría de acuerdo. —Maddie niega con la cabeza—. Además, no soy perfecto, hoy he sido un cabrón todo el día. Y ahora mismo también lo estoy siendo.

—¿En qué?

—En no llevarte a casa, en retenerte a mi lado cuando es evidente que estás cansada.

—O eres muy duro contigo mismo o nunca has conocido a un cabrón en tu vida...

—¿Y cuál es tu película preferida?

—Kill Bill. —Mi carcajada despierta a las perras—. ¿Lo ves? Yo sí que soy una cabrona vengativa. Mis libros preferidos son El conde de Montecristo y Carrie. No imaginas la cantidad de veces que, de pequeña, me quedaba mirando fijamente las cosas esperando poder moverlas con la mente y así vengarme de quienes me hacían daño. ¿Tú crees que eres cruel al no darme un aventón a casa? ¿Qué queda para mí, que quería prender fuego a mi maestra de quinto grado?

—¿Se lo merecía?

—¡Oh, sí! —dice, apretando los dientes. Su tono es mitad en broma y mitad muy en serio. Una dosis de veneno aflora junto a sus recuerdos.

—¿Qué ha hecho? —Soy incapaz de seguir ingresando datos, lo intento y es probable que mañana deba revisarlos todos. No me importa, Maddie está siendo más abierta conmigo que nunca.

—Pues... —Vuelve a centrarse en Queen, que le hace de soporte emocional. Lottie me mira a mí; suele percibir mis estados de ánimo y ahora tengo uno de expectación. Snowie media entre los dos, pone una oreja en cada uno—. Cuando estaba en quinto, mi madre se encontró en una situación como la mía, ya sabes... Sin empleo y prácticamente en la calle. Parábamos en casa de una amiga, Sonia... —Lo dice con los dientes apretados—. Sonia... No importa. —Aunque claramente sí importa; algo me dice que a su maestra no era la única a la que quería hacer arder con la mente como Carrie—. El tema es que otros niños se metían conmigo, pero yo no era como Carrie, no agachaba la cabeza...

—Puedo imaginarlo.

—He aprendido a dar puñetazos desde muy pequeña...

—Tendré en cuenta la advertencia. —Me regala una sonrisa, la mejor de todas, y parte de la tristeza se disipa. Sigue hablando, pero suena como si la herida estuviera sanando.

—En uno de esos conflictos de niños, la situación de mi madre salió a la luz y la maestra lo denunció a servicios sociales. Le quitaron la tenencia a mi madre por una temporada...

—¿Estuviste en el sistema? —Me sorprende de lo cargado de ira que sueno.

—Peor aún, me enviaron con mi abuela. Verás, Blaze, si mi madre terminó en una situación tan horrible y, por lo tanto, yo también, fue porque buscaba escapar de mi abuela. En cuanto cumplió la mayoría de edad, se fue de esa casa infernal para nunca volver y lo hizo creyéndole al primer capullo que le prometió el cielo: mi padre. El cielo tenía fecha de caducidad y mi madre y yo acabamos en el purgatorio. Pero al menos no volvíamos al infierno...

—A la casa de tu abuela.

—Exacto. Hasta que terminé allí por esa idiota. —Maddie cierra los ojos, sigue sin mirarme—. Blaze Davenport hay uno solo y en ese entonces eras muy pequeño para cruzarte en el camino de mi madre. Así que debió hacer cualquier cosa para probar que podía brindarme un hogar y salvarme de las garras de esa bruja. Y yo me sentía impotente, solo podía fantasear con la venganza. Desde entonces, me apasionan las historias de ese tipo... —Su sonrisa intenta ser

ladina, pero es triste.

—Me alegro de que lo haya conseguido, Maddie, y admiro el valor de quien hace cualquier cosa por las personas a las que ama. —Sus ojos se cristalizan, sabe que he entendido que detrás de sus palabras se esconden temas que la avergüenzan. No sé cuáles son, no soy adivino, pero supongo que no serán del todo legales. No me importa, jamás juzgaría a alguien en esa situación—. Una vida así de dura lo explica todo —agrego.

—Dejaremos esa parte para otra sesión, doctor —bromea. Sabe que hablo del intento de suicidio de su madre. Le sonrío, yo también estuve demasiadas veces en el lugar del diván.

—Entonces cambiemos de tema. ¿Qué soñabas de niña además de hacer arder a la gente?

—¿Tú? —replica. Intenta mantener el equilibrio de dar y recibir.

—No era muy original, quería ser superhéroe por las noches, como Batman. —La oigo reír y se le escapa un bostezo—. Sufro de ansiedad desde muy pequeño, entonces imaginaba que salía de noche, cuando no había gente, y con el rostro cubierto, nadie sabría que era yo. Así sería libre de mis miedos y ayudaría a combatir los de los demás.

—Voy a empezar a buscar bajo esta casa. Tienes el dinero y, la musculatura... —Es mi turno de reír—, ya hallaré la Baticueva.

—Tu turno... —insisto.

—Soy peor que tú. En mi caso, siempre supe que quería ser meteoróloga, aunque de niña me imaginaba como una cazadora de tormentas. Veía los *reality shows* y Twister... A medida que fui creciendo, entendí mejor el trabajo y supe lo importante que era otra clase de mediciones. —Vuelve a bostezar—. Conseguí una media beca al terminar el instituto, pero no podía pagar la otra mitad y después pasó lo de mi madre... Ella... —No dice más.

—Gracias, Maddie, por confiar en mí. Sé lo que te cuesta.

—No contigo —responde Maddie, aún soñolienta—, confío en ti, Blaze; es en mí en quien no confío, en no tener el valor cuando sea necesario.

Lo dice casi entre sueños.

—¿A qué te refieres? —intento. Pero ya le ha vencido el cansancio.

—Mi madre hizo cualquier cosa por mí, fue mi turno de hacer lo mismo por ella. Perdón, Blaze...

—¿Por qué me pides perdón? Me incorporo y voy a su lado. Cuando llego, la veo profundamente dormida. Un suspiro agotado escapa de sus labios; lo último que dijo fue en sueños.

Le aparto el cabello y la muevo suavemente desde el hombro, pero no se despierta, sino que se ovilla un poco más. La cargo en brazos y ella abre apenas los ojos, sin abandonar del todo el estado de sueño. Vuelve a cerrar los párpados y apoya la cabeza en mi hombro. La cargo hasta mi vieja habitación y la recuesto en mi antigua cama. Despacio, obligándome a desterrar cualquier pensamiento impropio, le quito el cinturón y la camisa de franela antes de deslizarla bajo el pesado plumón. Hago un viaje más desde el despacho hasta la habitación para traer su bolso, donde seguro que está su móvil, y sus botas. Le envío un mensaje a Christine para asegurarle que Maddie está bien y permanezco unos minutos viéndola dormir.

—Magdalen... —le digo, al tiempo que la arropo—, te daría lo que me pidieras: joyas, casas, viajes... y tú solo me pides perdón. ¿Crees que me negaría a dártelo? —Nunca algo me costó tanto como abandonar esa habitación—. Buenas noches, Maddie.

When you need a hand
Cuando necesitas una mano
When you need a shoulder

Cuando necesites un hombro
When you need your space, or
Cuando necesites tu espacio, o
For me to pull you closer
Para que te acerque
I can be your sunshine on rainy days
Puedo ser tu sol en los días lluviosos
I can wipe your tears away, just
Puedo secar tus lágrimas, sólo
Pick out a song, I can hold you to [...]
Elige una canción, puedo sostenerte
«Dance with you» de Brett Young

CAPÍTULO 15

Maddie

La ropa ha dejado marca en mi cuerpo, pese a ello, me despierto descansada, relajada y con ganas de pasar varias horas más bajo las mantas. Los recuerdos me van ubicando poco a poco en el tiempo y el espacio: la noche de trabajo arduo, la conversación con Blaze, los párpados pesados... La sensación de sus brazos al cargarme, mi anhelo de despertar solo para ser consciente de esa sensación y la incapacidad de conseguirlo.

No necesito abrir los ojos del todo para saber que estoy en territorio de Blaze Davenport. Él es de los que dejan huella; hay personas olvidables y luego está Blaze. Aun así, hago el esfuerzo de despegar los párpados. Las figuras se recortan en las sombras; alguien se ha asegurado de echar la cortina *blockout*, pero puedo ver por la rendija que forma la tela con la pared que al otro lado ya es de día. Eso me da una pista sobre la hora, porque a las seis de la mañana aún no asoma el sol.

—Maldición... —Mi insulto no suena muy convencido; realmente me vinieron bien las horas de reparador sueño. Más en esta cama, que es la envidia de un hotel de cinco estrellas. O eso creo, porque nunca he pernoctado en uno. El aroma a suavizante de ropa me acuna junto con otro, quizá demasiado leve para detectarlo, quizá lo esté imaginando... el perfume de Blaze, de su piel.

Me doy cuenta de que ha tenido que quitarme la ropa. En esta ocasión, cierro los ojos no por sueño, sino para poder imaginar la escena, porque, joder, no la recuerdo. Sus manos desabrochando mi camisa, quitándomela de los hombros. Sus dedos ágiles en la cinturilla de mi pantalón, liberándome de la presión de la tela vaquera sobre mi piel. No me ha quitado la ropa completamente, se ha limitado a aportarme comodidad y vuelvo a girar sobre el colchón al pensar en ello.

La fantasía se extiende, cobra vida, justamente por eso. Sé que jamás se habría propasado, así que puedo jugar con la idea de sus manos colándose por debajo de mi camiseta, acariciando mis senos y usando mi cuerpo para su propio deleite.

Gimo.

Siento la humedad crecer en mi centro. Aprieto los muslos y me figuro su mano entre ellos.

Aparto el plumón de un brusco movimiento y permito que el frío de la mañana rompa el hechizo. No es buena idea fantasear con Blaze cuando faltan pocos minutos para verle, ya me cuesta demasiado resistirme a él, no lanzarme a sus brazos sin pensar en las consecuencias.

Aún con un incómodo palpitir, voy al baño en suite de la habitación. Alguien ha dejado allí una toalla blanca y mullida, así como algunos artículos básicos de aseo. Me recojo el cabello en un moño alto y me meto bajo la alcachofa para quitarme la sensación ardiente de mis pensamientos. Por desgracia, tengo que ponerme la misma ropa. Regreso a la habitación sin haberme quitado a Blaze de la cabeza ni la idea de «sexo» de la mente. Miro a mi alrededor, encuentro mi móvil sin batería y lo enchufo con el mismo cargador que mi ordenador portátil. Sé que en cinco minutos tendrá carga suficiente para encenderse. Mientras extendiendo las sábanas —aunque seguro que hay ocho empleados para esa tarea— y termino de vestirme. Al coger la camisa vuelvo a pensar en Blaze quitándomela y me lanzo sobre el colchón, con la cara hundida en la almohada, y ahogo un grito.

—Jodeer, Blaze... —suelto, ahogada—. ¡Joder!

Aquí es imposible no pensarlo. Es evidente que se trata de su habitación de pequeño. No conserva muchas cosas, salvo una foto suya junto a su padre, sujeta en el resquicio del espejo de la cómoda, un trofeo de tiro con arco y un póster de Radiohead.

—Por supuesto —murmuro con una sonrisa—, mi vaquero oscuro y sensible.

Se acercó a la fotografía. La estudió con mayor detenimiento. En la foto, Ryan Davenport le pasa el brazo por los hombros a su hijo en un gesto cargado de orgullo paterno; Blaze, por su parte, parece cohibido. Alza una medalla de plata, seguramente se sentía juzgado y criticado por haber quedado segundo en lugar de primero. Casi puedo visualizarlo, con su ansiedad y la sensación de que el mundo entero estaba pendiente de él, listo para acribillarlo. Acercó la imagen y veo que se trata de un concurso de tiro con arco.

Sin nada más que hacer, excepto esperar a que mi móvil alcance la primera barra de batería, me lanzo sobre la cama, asegurándome de que mis botas no toquen el plumón.

Vuelvo a pensar en Blaze, por supuesto, y en el deseo que me despierta. Pero ya puedo lidiar con el ardor físico y analizarlo racionalmente. No me refiero a lo evidente: que está de infarto y que le incendiaría las bragas a cualquier mujer. No, me enfoco en lo extraño de que sean las mías las que ardan.

El oficio compartido con mi madre me ha marcado a fuego. Sin importar cuánto lo racionalice, en mi inconsciente ha quedado grabado que el sexo es algo que se da a cambio de...

De dinero.

De afecto.

De favores.

Nunca, jamás, el sexo se hace solo por placer. Por eso no comprendía a mis amigas del instituto y, cuando el tema central fueron los chicos, sentí que me quedaba sola en el mundo: ¿por qué alguien querría hacer eso con alguien? Sentía el acto sexual como algo humillante y degradante. Algo que mi madre hacía por dinero y que yo, pese a no haber mantenido relaciones sexuales con los clientes, estuve dispuesta a hacer por el mismo motivo.

Desear tanto a Blaze me resulta desconcertante.

Además, al considerar mi situación, el temor de que él pueda considerarlo un intercambio de favores me enferma. ¿Cómo puedo explicarle a alguien esta extraña diferencia?, ¿cómo le puedo poner nombre a lo que siento si ni yo lo entiendo?, ¿qué tiene él de distinto, de especial, que me hace anhelarlo de esta forma tan descarnada?

Mi primera experiencia sexual fue por curiosidad. Como dije, no entendía a mis compañeras de instituto ni a los clientes de mi madre. El sexo solo me despertaba apatía. Louis era la persona indicada para sacarme la duda: tímido, inteligente y amable. Él tenía otros motivos para tener relaciones sexuales y nos pusimos de acuerdo como dos buenos amigos. Yo intentaba comprender el asunto y él quería quitárselo de encima antes de ir a la universidad, porque temía que, debido a su timidez, la inexperiencia y la vergüenza, acabara siendo célibe hasta los cuarenta. Así que fuimos al grano.

Un fiasco.

Lo repetimos un par de veces hasta asegurarnos de que, al menos, lo estábamos haciendo bien en la técnica. Aun así, seguimos sin entender la fascinación que los demás sentían por el asunto.

Y luego llegó Jim. Lo más cerca que estuve de que me rompieran el corazón y el motivo por el que me cuesta tanto abrirme, siempre espero la puñalada. Sé muy bien que el sexo compra muchas cosas, menos la lealtad.

Jim fue mi novio, usábamos esa palabra. Me presentaba así ante sus amigos y ante sus padres. Tener relaciones era lo esperado, así que yo le dejaba hacer a cambio de lo que él me ofrecía: una vida normal. Jim era de los que hacían barbacoas con amigos y sus novias el 4 de julio, me invitaba al cine, también con otras parejas, a cenar a su casa y a pasar el Día de Acción de Gracias. A su lado, yo sonreía y soñaba con un futuro posible.

—Capullo —gruño. Su recuerdo hace que Blaze me parezca aún más inalcanzable. Jim y su vida estándar eran un saco demasiado grande para mí; Blaze, en cambio, me queda inmenso.

Siento el escozor en los ojos. A Jim le di todo lo que pude dar; no tenía mucho, se me secó la fuente. Le di mis risas, mis planes, mis sueños. Y cuando me llegó la beca y vi que era media beca, que no iba a poder pagar mis estudios de meteorología, él solo me dijo: «¿Qué vas a hacer?, porque yo me iré a estudiar y no creo en las relaciones a distancia». Le respondí que quizá podía ser camarera, ya que hasta entonces trabajaba de camarera los fines de semana y algunas noches para tener un ingreso extra. Huelga decir que la idea le desagradó. «¿Mi novia, camarera y sin estudios?». A la primera adversidad, la relación se vino abajo. El sexo no bastaba para comprar su comprensión ni su empatía. Yo sería una perdedora y Jim no quería estar relacionado conmigo.

Para cuando mi madre intentó quitarse la vida, él ya había conocido a otra persona, alguien con estudios universitarios y un futuro prometedor.

El resto es historia conocida. Sonia, sus clientes y el sexo como moneda de cambio. Mi cuerpo como la última mercancía a vender. Sentirme sucia, usada, pero, sobre todo, sentir que eso es lo máximo a lo que puedo aspirar.

Hasta Blaze.

Él me hace sentir de otro modo. Me hace ver el sexo desde una nueva perspectiva. Que entienda a mis compañeras del instituto. Quiero follar con él solo por placer y quiero conseguir solo su placer. Verlo disfrutar, ser yo quien lo satisfaga. Por nada. Por todo. Y, en especial, por primera vez en mis veintiún años, quiero que alguien me complazca a mí. A mí, que no puedo dar nada a cambio, que no tengo dinero, ni una existencia idílica, ni una familia amorosa. Solo por el mutuo deleite.

—Joder, Blaze, de aquí saldré hecha trizas —murmuro. Enciendo el móvil y compruebo la hora. Son pasadas las ocho. Me llega un mensaje de Christine:

«Chica, te llevo bragas, calcetines y una camiseta limpia».

Junto a varios emoticonos graciosos. Sonríe al contestar «gracias» y salgo de la habitación con la intención de escabullirme y no aumentar mi bochorno. Marie, la empleada que anoche nos preparó los emparedados, me detiene:

—Señorita McEwan, el desayuno está listo.

—No se hubiera molestado... Yo...

—El joven Davenport me pidió que insistiera —dice. Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuánto?

—No especificó cuánto, pero me atrevo a asegurar que debo ceder solo cuando empiece a citar la Constitución de los Estados Unidos de América.

—De acuerdo, no lleguemos a eso.

Y la acompaño al comedor.

Maddie

La cantidad de trabajo del rancho me brindó la oportunidad de mantenerme alejada de

Blaze hasta que pudiera poner en orden mis pensamientos. Christine, mi jefa y compañera de piso, me lanzó una mirada cargada de preguntas y juicios, pero no tuvo el tiempo de hacerlas.

Solo que de ella no podría escapar para siempre.

De todas formas, era de mí de quien necesitaba huir. Aproveché las horas extras que había hecho la noche anterior para ir a visitar a mi madre. Está cada vez mejor y pronto tendré que hallar una solución definitiva al tema del hospedaje. Por lo pronto, los médicos no descartan el riesgo de que vuelva a intentar suicidarse y le darán el alta siempre y cuando yo pueda asegurar su control y la toma de medicación, algo que me resultaba difícil trabajando tantas horas.

Pero mi madre me sonrió y, por fin, salió de sus labios una promesa:

—Me pondré bien, quizá me esté llevando más tiempo, pero lo conseguiré.

En nuestra conversación, supe que su bienestar dependía del mío. Que su mejoría dependía de mi estado actual y que la única angustia que notaban los médicos y la razón de la postergación de su alta era que mi madre temía perjudicarme si debía cuidarla. «Una vez que las cosas se encaminan...», solía comentar en sus sesiones y, sin pretenderlo, lo dejó caer en nuestra charla.

Pronto podría demostrarle que no era una carga para mí, que me hacía feliz poder retribuirle tanto sacrificio y, sobre todo, poder ser la promotora de una vida mejor. Una existencia que se merecía y que ya era hora de tener.

Antes de regresar a casa y enfrentarme a Christine —quizá aliada con Gabrielle—, decido pasar por una venta de coches de segunda mano. No puedo depender de aventones para siempre y el rancho no queda cerca de ninguna urbanización. Tienen su propio transporte para trabajadores, pero ya es un incordio. Con la mejora de mi índice crediticio, soñar es más fácil.

—Buenas tardes, señorita McEwan —saluda el vendedor, y su saludo me toma por sorpresa. El día está nublado, aunque es cálido, se notan las brisas veraniegas y pronto será la hora del agobio.

—Buenas tardes, señor...

—López —se presenta.

—López, no preguntaré cómo sabe mi nombre. —Sonrío algo incómoda. Los cotilleos en Fort Creek alcanzan niveles insospechados. Camino entre los coches, el cemento del aparcamiento desprende un poco de calor y sería bueno que hubiera árboles. Me dirijo a la zona de los automóviles deteriorados—. Supongo que el motivo de mi visita es evidente.

Al parecer no, porque López no habla de coches.

—Trabajé cinco años en el rancho Davenport —me comenta el hombre, y me sigue—. Llegué como trabajador temporal más o menos en 2015. Casi toda mi familia es de Nuevo México y solíamos trabajar en el estado o en los ranchos de Colorado.

—Vaya —respondo. Antes era más introvertida y estaba siempre a la defensiva por miedo a que alguien utilizara mi vida personal en su contra. Aquí empiezo a abrirme; las personas cuentan sus problemas y no solo eso, sino que los vecinos se ayudan unos a otros. Pocos son crueles (desgraciadamente existen en todos lados), pero aquí se conocen y te advierten sobre ellos. Además, se aseguran de que no sean demasiado dañinos—. ¿Su familia se encuentra bien?

—Muy bien. Gracias por preguntar... —Me cuenta las andanzas de una de sus sobrinas y regresa a lo que deseaba contarme—: Así que luego me quedé como empleado fijo del rancho y en cinco años pude ahorrar el dinero suficiente para emprender mi negocio. —Abre los brazos abarcando las plazas de aparcamiento.

—Me alegro mucho por usted, señor López.

—Los Davenport hacen mucho por Fort Creek. No se olvidan de sus raíces... Excepto por

ese Roman... —Chasquea la lengua. Me encojo de hombros, realmente no sé qué decir—. Pero usted viene aquí por un coche y yo tengo los mejores de la zona.

Me ahorro contestar que son los únicos. En cambio, asiento. López intenta llevarme al extremo de las camionetas costosas o de los sedanes de lujo.

—Busco algo que se adapte a mis posibilidades —insisto.

—Si le vendo un coche a la chica de...

—No soy su chica —lo corrijo antes de terminar la oración—, y espero que no me venda una chatarra, pero sí algo económico. Estoy segura de que debe existir ese intermedio, ¿verdad?

Luce poco convencido, sin embargo, me conduce de regreso a la zona donde fui por primera vez y se dirige hacia un Nissan Sentra del año 2017. Su expresión denota recelo y yo frunzo el ceño. Es evidente que no voy a necesitar preguntarle a alguien que sepa de coches, López no me va a estafar porque me cree la «chica de Blaze». Tiene muchos años, sí. También tiene muchas millas. Pero, por lo demás, está impecable. Es cómodo, práctico, consume poco y, lo mejor de todo, puedo conseguir un buen préstamo para comprarlo.

Le doy los datos a López y él me promete que se encargará de todo. Por desgracia, es tarde y tendré que esperar a mañana para retirarlo. Pero eso no me quita la felicidad: ¡por fin tengo mi primer coche!

Al despedirme, López no deja de enviar bendiciones a los Davenport y de prometerme que le dirá a Blaze que intentó venderme algo mejor. Yo me río, los vendedores de coches suelen tener mala fama, pero al parecer, López es la excepción.

Antes de llegar a casa, paso por el supermercado y compro helado y chucherías, sé que estoy intentando conseguir una tregua. También sé que mis esfuerzos son en vano: en cuanto abro la puerta, Christine saca un botellín de cerveza de la nevera y me lo extiende.

Es su forma de decir: tenemos que hablar.

Maddie

Gabrielle ocupa un lugar pasivo, como un referí en un partido. La cena son bocadillos y cerveza, nada demasiado saludable, pero nos basta. Huelga decir que nos sobran chucherías. Les hablo del coche nuevo y se alegran por mí. Esta forma que tienen de compartir la vida me resulta extraña. En otro momento, hubiese considerado su actitud como de metomentodo. Pensé que me costaría más adaptarme; antaño jamás debí pasar por lo que comentan las personas en las redes sociales, el conflicto común en los núcleos familiares: poner límites. Eso sucede cuando en tu entorno tienes gente que se preocupa por ti, gente que, en ocasiones, invade tu privacidad. Sin embargo, mi historia es otra: la única persona que se interesaba por mí era mi madre y tenía tantos problemas que a veces no podía ocuparse de los míos. O más aún, eran los mismos, ¿qué sentido tenía hacer una intervención?

Resuenan en mi cabeza mis propias palabras, aquellas que le eché en cara a Blaze: «Tu vives en un mundo inmenso y yo, en una isla. Aquí somos islas, estamos solos, nos las apañamos solos y morimos solos». Él construyó el puente, unió mi pequeña isla, en medio del océano, con la suya, del tamaño de Australia, y ahora tengo personas que cuidan de mí. Personas que saben que pasé la noche en el rancho, junto al hombre que me quita el sueño y al que me resisto sin razón aparente.

Christine y Gabrielle se comunican con miradas, aunque yo no forme parte de su círculo íntimo, pertenezco a un círculo más amplio que las incluye. He aprendido a interpretar algunas de esas miradas y sé que, tras un último bocado, coinciden en que es hora de abordar el tema,

pese a no saber cómo. Así que tomo la palabra y voy al grano.

—No he follado con él. —Sueno graciosa adrede, quitando el hierro candente de esta conversación tan novedosa.

Las dos se ríen.

—¡Vaya!, eso sí que es dejar de dar vueltas. —Christine carcajea, Gabrielle es más serena y apenas dibuja una media sonrisa—. De todos modos, ya lo habíamos notado: los dos seguís saltando chispas. Si no le ponéis solución al asunto, tendremos un incendio.

—No es para tanto...

En esa ocasión, las dos coinciden en gesto. Alzan las cejas, escépticas.

—Lo preguntaré yo —interviene Gabrielle—, porque creo que seré quien más te entienda. Christine adora demasiado a Blaze como para ser objetiva... —Hace una pausa, se nota que le cuesta abordar temas íntimos y entonces entiendo a qué se refiere con que será la que más me entenderá. Hay algo en su forma de abordar la sexualidad que debió trabajar y percibe un problema similar en mí. Solo que en mi caso no tengo una orientación sexual por asumir, sino mi relación en general con el acto de follar—. ¿Por qué no...? —Su pregunta se completa sola.

Una pregunta muy simple: dos adultos, sanos y solteros, que se atraen, en pleno siglo XXI.

—Complicaría las cosas —respondo sin más. Gabrielle vuelve a esbozar esa media sonrisa, comprendo que debajo de su aspecto de Heidi hay mucho más de lo que deja entrever.

—Lo sabía —dice Christine—, eres desconfiada como yo e insegura como Gabrielle. Pésima combinación.

—Hey —se defiende la aludida y le lanza una servilleta. Recogemos la mesa para llenar el vacío de palabras y regresamos a los sofás con más botellines. Los apoyamos en la mesa de centro. Mañana tendremos jaquecas insoportables—. Ahora soy más segura... —Baja la mirada unos segundos.

—Voy a ir al grano, Maddie. Bebe y escucha. Me caes bien, ¿sabes?, y desde que te conozco intento descifrarte. Pensé en lo obvio...

—Que quería su dinero —completo yo, sin ofenderme.

—Sí, es lo que hace la mayoría de las personas que «pasan por alto» su problema. Pero si fuera así, ya hubieras dado el salto.

—Mmm.

—¿Mmm?, ¿no vas a decir nada más que «mmm»?

—Mmm, su dinero forma parte del problema...

Gabrielle se contiene; al parecer han hablado mucho sobre mí, tratando de entender qué me sucede. Me resulta extraño eso de Fort Creek y el rancho, que puedan verme como una novedad, alguien interesante de quien hablar. Siempre supe pasar desapercibida y ahora soy el centro de atención debido a Blaze. Con su actitud, él deja muy claro que le importo y desata la avalancha que empiezo a comprender que implica entrar en el mundo Davenport. Me estremezco. Gabrielle es quien entiende la parte de la inseguridad; no necesito que me lo confirme para saber que ella le planteó a Christine esa posibilidad. El dinero de Blaze Davenport puede ser intimidante, su vida, que los medios de comunicación hablen de él... Por desgracia, no es la única pega que tengo.

—¿Por qué? Si fuera Wade, lo entendería, pero él... —Bebo, de boca ocupada no salen confesiones peligrosas—. Vale. Sigo... No te mueve el dinero y puedo descartar que no te atraiga...

Me atraganto con la espuma de la cerveza. Las dos se ríen de mí.

—¿Acaso hay alguien a quien no le resulte de infarto?

—¡Nosotras! —bromean.

—Yo lo encuentro achuchable —comenta Gabrielle—, como un grandulón dulce que necesita que lo arropen. —Christine se ríe.

—Eso porque tú jamás lidias con su mal humor. Cuando se cabrea, créeme, no es achuchable.

—Pero nunca se cabrea —sigue la veterinaria. En esa ocasión, somos Christine y yo quienes alzamos las cejas. Es cierto que nunca se enfada con Gabrielle, porque con ella trabaja codo con codo con los animales, lejos de los problemas con los programas, los pedidos que se pierden y la administración engorrosa.

—Coincido con Gabrielle, es un poco achuchable, cuando no es todo lo demás. —Me rindo.

—Y, por último, tengo que descartar que seas una loca que disfruta con juegos psicológicos retorcidos, porque es evidente que tú lo estás pasando peor que él. Además, salvo por Shannon, que era una retorcida, Blaze suele tener piel con la gente. Reconoce a los capullos por instinto.

—Es como los animales, por eso nos llevamos tan bien —coincide Gabrielle.

Sigo cerrada en banda, pese a aceptar sus buenas intenciones; la verdad detrás de mis acciones resulta inaceptable, incluso para mí. No puedo ni imaginar cómo lo tomarían ellas. Siento que la espuma de la cerveza ha empezado a burbujear en mi estómago, los nervios se acrecientan y deseo escapar de esa conversación. Yo también soy como los animales, pero no como los que viven en corral, acostumbrado a los hombres. Soy como los salvajes, que todo lo perciben como una amenaza.

—Mi padre trabajaba para los Davenport antes de que los hijos tomaran el relevo —dice Christine con un tono distinto. Gabrielle se acerca a ella, le coge la mano. También han discutido esto en privado, lo sé, están dispuestas a compartir su historia conmigo y se me nubla la vista por la emoción. No solo por la confianza que ello implica, sino también por la vulnerabilidad a la que se expone una mujer dura como Christine solo por el bien de su amigo. Soy consciente de ello, la jefa de capataces puede tenerme cariño, pero su mayor preocupación es Blaze y eso me hace apreciarla más—. Eran otros tiempos, Ryan Davenport hacía crecer el negocio a pasos agigantados. Ya era un gran rancho cuando lo heredó, pero pasó a ser lo que es hoy en sus manos. No daba abasto, la administración requería cada vez más atención y tuvo que delegar tareas en capataces, administradores, financistas...

—No tienes que contarme esto si no quieres, Christine, ya sé que soy cabezota...

—Te lo cuento porque quiero compartirlo contigo, Maddie. Porque no siento que estés aquí de paso, porque no creo que tu amistad ni la mía dependan de Blaze. Pero, sobre todo, porque sé que te ayudará y quiero ayudarte; para eso estamos las amigas.

Amigas. Esa palabra resuena fuerte en mi cabeza. Suena al fin de la soledad.

—Ryan ya no supervisaba el rancho y, aunque seguía funcionando bien, algunos asuntos que hicieron a los Davenport ser lo que son se fueron desgastando. Uno de ellos es la intolerancia a los matones y la preservación de los valores. —Christine junta valor, Gabrielle la contiene—. Mi padre era un borracho y un violento, Maddie. Mi madre había huido de él y nos había dejado a mis hermanas y a mí bajo su cuidado, sin importarle qué fuera de nosotras. Al principio nadie sabía por qué mi madre había escapado, Fort Creek la juzgó con dureza y protegieron a mi padre y a nosotras hasta que la verdad fue difícil de ocultar. Nosotras lo intentamos... Mis hermanas y yo. Sabíamos que, cuando Fort Creek descubriera que el gran señor Maddox era violento,

dejarían de ayudarlo. Y ayudarlo a él era ayudarnos a nosotras. Le traían comida, porque ¿quién iba a cocinar si no?, con nosotras estudiando y él trabajando todo el día. En el rancho le daban los días libres que necesitara, pensando que los empleaba en nosotras, cuando en realidad los usaba para recuperarse de las borracheras. Escondíamos las palizas, le cubríamos las espaldas... Contábamos los días como los prisioneros, hasta que una consiguiera un empleo que pudiera sostenernos a las tres.

—Joder, esta historia la conozco... —murmuro.

—Lo sé, Maddie. No hace falta ser adivina para leer esta historia en tus gestos recelosos. Has soportado mucho, has llegado al punto que más temíamos: terminar en la calle, en hogares, separadas...

—Lo siento, Christine, siento que lo hayas pasado todo esto.

—Mi hermana mayor conoció a un buen hombre y empezaron a ayudar juntos. Cuando cumplí los dieciocho, solo debíamos resistir hasta que la pequeña cumpliera los mismos años. Pero mi padre estaba cada vez peor, así que empecé a ir al rancho Davenport, cogía cada baja, cada temporada, lo que fuera. Y mientras estaba allí, hacía el trabajo de mi padre para que no lo enviaran al paro, porque en su estado de ebriedad no paraba de cometer errores. Necesitábamos el dinero, no podíamos darnos el gusto de darle una patada en el culo al cabrón. Es increíble lo que llegamos a soportar por necesidad económica.

Sé que estoy llorando, siento cómo las lágrimas me recorren las mejillas.

—No tienes ni idea de cuánto lo entiendo... —Mi voz suena ahogada.

—Tu ángel y el mío son el mismo, Maddie. Porque Blaze intentó ir a la universidad presencial, como sus hermanos. No lo consiguió, los brotes eran demasiado frecuentes, recién había encontrado a Hanna, no tenía aún un diagnóstico real, le daban mil píldoras que lo aturdían... Al final optó por cursar a distancia, aunque no fuese en una de esas grandes universidades pijas a las que fueron sus hermanos, y ya sabes cómo es Blaze... La culpa, la sensación de estar en falta, de ser una carga...

—Las ganas de abofetearlo —digo, y me oigo nasal por el llanto. Gabrielle y Christine ríen y coinciden en que es imposible no debatirse entre achucharlo o soltarle un par de hostias.

—Así que se hizo cargo de la administración del rancho. Era joven, los trabajadores dudaban de él, él dudaba de sí mismo... Sin embargo, no se acobardó, se involucró de verdad en cada aspecto. Cada pequeño detalle. Mi mentira quedó al descubierto ante sus ojos: mi padre era un cabrón y yo hacía su trabajo. Hizo lo que debía: despidió a mi padre y lo mandó al demonio.

—¿Y tú y tus hermanas?

—Blaze me llamó, me dijo que, si hacía el trabajo de mi padre, era porque tenía pasta para ello. Si quería el puesto, era mío. El puesto era de capataz, le propuse empezar de abajo, pero Blaze me dijo que él necesitaba un capataz, no otro peón. O lo tomaba o lo dejaba. —Sonríe, yo también lo hago. Ese es el Blaze que me tiene el corazón en un puño.

—Nunca se aprovecha de la necesidad; podría haberte aplastado con su puño y conseguir lo que quisiera de ti, sabiendo tu situación.

—Como de ti. Por fortuna, Blaze es Blaze. De todas formas, puse pegas. Desconfiaba como tú. Temía como tú, me sentía vulnerable como tú y le pregunté lo mismo que tú: ¿qué cojones sacas de esto? Y me dijo que necesitaba probar y probarse que sabía, que podía ponerse esos zapatos que parecían tan grandes, y que yo sería la primera muestra de ello. Que yo sería una puñetera buena capataz que le cerraría el hocico a todos y, con ello, probaría que Blaze Davenport tenía un jodido buen olfato para los trabajadores. Juntos llevaríamos el rancho a otro nivel de eficiencia y ya nadie discutiría nuestra posición. Y ya ves, ahora soy jefa de capataces,

¿has oído a alguien desafiar mi puesto?

—No. —Mi sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas. Las lágrimas que derramé se cuelan por la comisura de mis labios y saboreo su gusto salado con la dulzura de un final feliz.

—Soy una mujer en un rancho, soy bollera y soy la hostia como jefa, ¿verdad?

—Brindo por ello. —Alzo mi botellín, que aún está casi lleno.

—Y puedo seguir contándote cómo me apoyó cuando decidí tener una relación con alguien del rancho, cómo le debo mi felicidad junto a Gabrielle. Aunque creo que ya entiendes el punto, he estado en tu lugar, entiendo la desconfianza, el miedo y la vulnerabilidad. Blaze ha estado para mí, no es por tirarme los tejos, ¿verdad? Él es, simplemente, así. De modo que esa tampoco es la razón por la que no follas con él, lo que me lleva a la única conclusión posible.

Me cuesta mirar bajo su mirada. Ella no me lo permite.

—Porque temes que, si das ese paso, caigas rendida a sus pies. Te enamores por completo, como una idiota, y la vulnerabilidad sea absoluta. Si te enamoras, el golpe no será uno más, como tantos que has recibido. Si Blaze te falla, será devastador. Pero, cariño —Con la mano que no está enlazada a la de Gabrielle, coge la mía—, ya estás enamorada. Ya ha sucedido. Solo te resta asumirlo y actuar en consecuencia.

—Eso es lo que estoy haciendo —confieso, sin apenas mirarla—. Al resistirme, lo que hago es demostrarle mi amor. Intento darle la oportunidad de estar con alguien más porque lo amo. —Sé que voy a volver a llorar, le suelto la mano porque necesito ovillarme. Hacerme pequeña, protegerme. Me abrazo las rodillas y escondo el mentón entre ellas. Gabrielle y Christine me observan preocupadas. Su intervención fue más profunda de lo que esperaban; creían que no admitía mis sentimientos, no estaban preparadas para saber que son exactamente ellos los que me alejan.

—Si como él sueltas esas gilipolleces de no merecer y demás... tendré que darte una hostia. —Me sorprende que lo diga Gabrielle, lo esperaría de Christine, pero no de la dulce Heidi. En otras circunstancias hasta me hubiese reído.

—No es eso. —Cierro los ojos—. Vale, os lo diré. Tal vez vosotras se lo digáis a Blaze y por fin terminaremos con esta farsa... Nuestra primera cita... La que su primo Karl concertó... No... No fue una cita a ciegas.

—¿Qué hizo Karl?, ¿te obligó? —Christine se pone de pie, furiosa. La fama de Karl lo precede; la gente espera lo peor de él. Y tienen razón; es más, no sé cómo aún no ha salido mi secreto a la luz. Según los rumores, es Wade quien mantiene a Karl lejos del rancho.

—No, o sí. Joder... —Trago saliva, el nudo me impide hablar—. Contrató los servicios de una escort. Mis servicios.

Tanto Christine, de pie, como Gabrielle, sentada, se quedan heladas. Me miran, no parecen haber entendido lo que dije.

—Blaze no lo sabía, y cuando empezó a ser evidente que había un error, tuvo un brote en el restaurante. No se lo expliqué en ese momento, temía que empeorara y, además, pensé que jamás lo volvería a ver, así que solo me limité a quedar con un tío guapo y tener una cita normal. Pasar un buen rato y ya está. Pero luego, unos días más tarde, me llamó: tenía esa puñetera fiesta y yo estaba en la calle. Quise vivir mi cuento de Cenicienta, no podía hacer nada por mí, pero podía hacer algo por él. Y se me pudrió la calabaza. Aquí estoy, nadando en mentiras y más mentiras. No me atrevo a contarle la verdad, odiaría ver desprecio en su mirada, pero más odiaría herirlo. Que piense que siempre fue el dinero lo que nos unió, que pagó por mis servicios y que esa es la única razón por la que estoy con él. —Ahora, las palabras que antes no quería decir brotan como una catarata—. Hacemos cosas espantosas por dinero, tú lo has dicho, Christine,

aunque tú no has llegado tan lejos, no te has rebajado tanto como yo. Siento que el dinero ensucia todo y no quiero que lo ensucie a él. No a él. No quiero que lo nuestro se limite a una transacción y no encuentro la forma de confesarme. Y creo que, si doy un paso más, la caída será peor. Porque la verdad siempre sale a la luz, más aún cuando es espantosa.

El silencio es agobiante, me cuesta respirar. Desenredo los brazos que tengo alrededor de las rodillas, me muevo lentamente hasta ponerme de pie.

—Me iré, desapareceré, lo prometo —digo, conteniendo el espasmo de llanto a fuerza de morderme el labio.

—¡Ni de coña! —me detiene Christine, cogiéndome de la muñeca sin demasiada fuerza—. No vas a ir a ningún sitio, ¿adónde irás? De nuevo al fondo del pozo del que Blaze te ha sacado. ¡Ni de coña! —repite—. Solo puedo imaginar lo desesperada que estuviste para acceder a...

No puede expresarlo con palabras. Eso duele como un puñal, lo que demuestra lo mucho que me he rebajado. Los ojos me arden por el esfuerzo de contener el torrente de lágrimas; siento una mano invisible que me estrangula y, en el pecho, la pena como una herida sangrante.

—Christine...

—Y no se lo diremos a Blaze —interviene Gabrielle—. Es vuestro asunto, no el nuestro. Es la diferencia entre preocuparse por alguien y realizar un rescate de amigas, y ser cotillas.

—Pero sois sus amigas. Tenéis que decirle que le he ocultado la verdad y cuidar de él. —Porque yo no me siento capaz de cuidarlo de mí, completo mentalmente. Cada vez me cuesta más resistirme, alejarme, no soñar con que podamos tener una oportunidad.

—También somos tus amigas. Y es evidente que no pretendes hacerle daño...

—Eso no implica que no vayas a hacerlo si sigues guardando el secreto, Maddie —dice Gabrielle. Me da un fuerte abrazo—. Y le herirás más si no se entera por ti.

—Blaze lo entenderá. Confía una vez más en él, ¿acaso te ha fallado hasta ahora? —Christine suena convencida—. Él lo entenderá. Ven... —Me insta a regresar al sillón. Vuelvo a ovillarme. —Es hora de que hables, de que sueltes esa mierda que llevas dentro; ya no como si esto fuese un confesionario y nosotras juezas y verdugas de tus acciones. Deja ir el dolor, por ti. Cuando al fin lo puedas aceptar y comprendas que fuiste víctima, será más fácil compartirlo con él. Seremos tus oídos...

Asiento. Me cuesta un poco empezar. Unas horas después, les he contado mi vida entera. Mi madre, sus exparejas, las mías, Sonia... y Blaze. Nos vamos a dormir a medianoche, conmovidas, pero tranquilas. Para mi sorpresa, duermo bien, sin sueños ni pesadillas. La conciencia liviana es la mejor de las almohadas.

CAPÍTULO 16

Maddie

Postergo la toma de decisiones con una avalancha de responsabilidades urgentes, escapo de la encrucijada con distracciones en el camino. La temporada está en pleno auge, las jornadas se alargan y, con ellas, el trabajo administrativo. Horas extras, superposición de tareas, revisión constante de prioridades. El iPad es una extensión de mi mano; el casco inalámbrico, una constante en mi oído. Tanto así que apenas podemos bromear con Richter; nuestros sueños de fuga quedaron atrás. Sin nuestros intercambios, no hay válvula que permita liberar tensión. Cada vez que mi camino se cruza con el de Blaze, estamos a punto de provocar un incendio.

Y ya no puedo escapar.

Sé que dije que me iría; ante mi incapacidad de ser sincera, lo mejor es marcharme. Pero no puedo. He desarrollado una adicción a su mirada, a sus brazos fuertes, a su aroma salvaje. Me doy cuenta, como ahora, de que busco excusas para verlo. Da igual cuántas tareas aparezcan en la pantalla de mi tableta electrónica, siempre consigo terminar cerca de él. En este momento estoy supervisando una descarga, lo que se traduce como «espiondo a Blaze». Marco la tarea como completa con el boli táctil y ya es inútil mi presencia aquí. Sin embargo, me quedo en el descansillo que une las oficinas con el centro de la nave y observo a Blaze. No tengo ni idea de para qué sirven esos hierros, creo que son para los cimientos de los corrales; lo único que entiendo es que los músculos de Blaze se tensan bajo su camiseta gris. Está tan bronceado ahora que apenas se divisa dónde terminan los guantes de piel y dónde empieza su brazo. La camiseta se ve más oscura en las zonas en las que el sudor ha dejado huella. Supongo que una dama fina no lo encontraría tan condenadamente caliente; una mujer refinada pensaría en lo sucio que está, en lo intenso de su olor, en lo salvaje y poco elegante de su aspecto...

Me muerdo el labio para contener la sonrisa y evitar el suspiro. Porque su apariencia no hace más que encenderme.

Una alarma roja me saca de mi trance.

—Mierda —grüño, porque casi se me cae el iPad. Vuelvo a soltar un juramento al ver que la alerta roja no tiene descripción. Detesto cuando los capataces hacen eso, creen que es una pérdida de tiempo registrar el incidente con detalles pues consideran que su trabajo es más importante que el de los demás.

—¿Qué sucede? —Hope Lynch asoma la cabeza por la puerta que está detrás de mí.

—¡Qué difícil es trabajar con hombres! —mascullo. Se ríe—. Tenemos una alerta sin descripción. —Hope frunce el ceño, yo llamo al capataz. Recurro a todas mis reservas de paciencia, porque es el señor Allen. Carga con muchos años encima y siempre se queja de que «así no se hacían las cosas antes». No me coge el teléfono.

—Deja que vea en el mapa dónde está, ¿vale? —Hope regresa a la oficina, dejando la puerta abierta. Puedo ver a MaryAnn tan atareada como nosotras, aporreando el teclado de su ordenador a gran velocidad. Bailey no está, ha salido a atender en persona tareas de asignación, y Edward parece haber envejecido veinte años—. Está en el lote C34 —me dice Hope.

—¿Y qué demonios hay en el lote C34? —Empiezo a exasperarme por mi desconocimiento; el rancho es tan grande que nunca termino de conocerlo del todo. Hope tampoco los sabe de memoria, lo que me hace sentir un poco mejor.

—Déjame ver... Animales de pastoreo común.

Intento llamar de nuevo, sin éxito.

—De acuerdo, iré en persona —digo al revisar el mapa—, no está tan lejos y puedo llegar sin coger una de las camionetas.

MaryAnn aparta el auricular del teléfono, le envidio su capacidad para atender más de un asunto a la vez, porque parece no haberse perdido palabra de nuestra conversación.

—Blaze te matará si te ve de nuevo en esa bicicleta destartalada. A ti y a nosotros por permitirlo.

—Pues no se lo diréis, además él está ocupado con la carga de esos hierros que no sé para qué son.

Busco mi bolso y cruzo la correa sobre mi hombro por si necesito la batería solar o la radio. Por fortuna, nunca me ha pasado de sufrir un incidente en medio del rancho, pero he escuchado suficientes anécdotas aterradoras como para no correr el riesgo.

Blaze

Busco a Maddie con la mirada; hasta hace unos minutos estaba en el descansillo, comiéndome con los ojos. Ignorar esos ojos avellanos es la tarea más ardua que he llevado a cabo jamás, y eso que estoy cargando los hierros para los cimientos de los nuevos lotes. Mi móvil vibra en mi trasero; descanso mi cuerpo contra la viga de contención de la nave central, poso la bota izquierda para reposar como una garza y me quito los guantes de trabajo. Los aprisiono con mi cinturón de trabajo; en vano es guardarlos cuando seguro que los tendré que usar en pocos minutos. Me seco el sudor de la frente y vuelvo a calzar el sombrero antes de desbloquear el móvil y leer por fin la pantalla.

—Mierda...

Richter se acerca a mí con el móvil en la mano.

—¿Lo ha visto, jefe? ¿Qué cree que pueda ser?

—No lo sé, pero sin duda es un trabajo de Allen. ¿Quién más cargaría una alerta roja sin especificar? —Ruedo los ojos. Al principio, ni siquiera me inmuto por la alerta; muchas veces, la urgencia no implica importancia. Por ejemplo, es importante que los corrales lleguen al invierno sin inconvenientes, pero en junio no es urgente, mientras que puede ser urgente la pérdida de agua en un caño, pese a no ser realmente un asunto importante. A veces catalogar tareas es un incordio, pero no hay un método mejor para trabajar con tantos empleados y tantos acres de tierra—. Está en los lotes C, del treinta al cuarenta; tenía que segar y reacomodar animales... —Despego mi espalda de la viga y me estiro a lo largo. Mi columna me obsequia con unos insanos «crac-crac-crak». Richter se ríe de mí.

—Venga, hombre. Yo me encargo —dice Richter y juro que abro la boca para decir que sí. Pero no consigo articular palabra.

Es algo que trabajé con Hanna; al igual que los demás problemas, quedó sin solucionar cuando abandoné la terapia. Se trata de la sensación de que algo malo va a suceder, forma parte del cuadro de ansiedad. Hanna solía compartir conmigo una broma al respecto que me hacía reír y me aliviaba el estado: «No es sentido arácnido, es tu cuadro de ansiedad», decía. Sé que ella quería profundizar en el asunto, sin embargo, siempre surgía algo imprevisto o, peor aún, abandonaba la terapia frustrado y más centrado en complacer a los demás que en sanar.

—Voy yo —suelto en un suspiro rendido. Richter asiente, sin saber que se desató el infierno en mi cabeza. Seré incapaz de concentrarme mientras el estado ansioso se apodera de mis pensamientos; necesito ver con mis propios ojos que todo está en orden, que el miedo es

producto de mi imaginación y no se basa en la realidad.

El gran problema es que, a menudo, los indicios son reales y los detonantes, difíciles de detectar, y para identificarlos se requiere un profesional. Hanna nunca me decía los nombres técnicos ni me mencionaba si tenía sospechas de algún trastorno, patología o condición, para que yo jamás buscara información por mi cuenta. Google es el peor enemigo de los ansiosos y me lo tenía terminantemente prohibido, salvo explícita excepción. Como la vez que llegó a la conclusión de que mis brotes eran, en realidad, hipermnesia producida por una amnesia disociativa previa, entonces sí me recomendó bibliografía para informarme al respecto. En cambio, cuando solo se trata de suposiciones, resulta peligroso, ya sea porque los pacientes generamos más angustia o porque, inconscientemente, en el afán de llegar a un diagnóstico seguido de su solución, forzamos los síntomas para que se ajusten al trastorno.

—Definitivamente no debería haber abandonado la terapia —mascullo. Hoy opté por montura, porque he debido desplazarme por el terreno entre lotes y es más práctico que usar una camioneta. Me monto a Eusus, un caballo bayo joven y de mis preferidos de las cuerdas, y no pierdo más tiempo en dirigirme a la sección C en la que está Allen. A medida que me acerco, la sensación de peligro aumenta y me maldigo en todos los idiomas que conozco. También me prometo retomar la terapia con Hanna. La situación con Maddie me tiene estresado, aunque pretenda que no. Me preocupo por ella, me agobia que no se abra a mí y me enfado porque sé que me oculta algo. Y, aun así, no soy capaz de mandarla al demonio; el único trastorno que no sufro es el obsesivo-compulsivo y Magdalen está a punto de provocarlo.

—Perfecto —gruño de peor humor.

Cabalgo a mayor velocidad, apremiado por un miedo irracional.

El mundo se me viene encima. Maddie está aquí. Lo primero que veo es su condenada bicicleta destartada y, lo siguiente, los animales amotinados contra el cercado, algunos de ellos atrapados entre los alambres. Nunca he querido electrificarlos; pese a que el voltaje utilizado es inofensivo, me parece un procedimiento bastante cruel. Sé que mis animales terminarán, mal me pese, en el matadero, lo cual no implica que no pueda brindarles una existencia pacífica y agradable hasta ese momento.

Y justamente eso no está sucediendo. Algo ha aterrado a las vacas, que se apretujaron unas a otras en un afán desesperado por escapar de la amenaza. ¿Y quién demonios busca esa amenaza?, Magdalen.

Allen y algunos de sus hombres intentan liberar a los animales de la trampa de alambre; han derribado parte de la cerca y algunas vacas han caído mientras otras las pisan, presas del pavor. Los mugidos son ensordecedores. Mientras tanto, otros trabajadores de Allen están con Maddie y, al ver lo que están haciendo, comprendo lo sucedido.

—Serpientes... —maldigo—. Allen, llama ya a Gabrielle, joder. —Mi paciencia con que sea «de otra época» tiene un límite: el bienestar de los animales. Ahora le sumo otro límite: la integridad de Magdalen.

Ella se vuelve hacia mí al oír mi voz, se distrae. Nadie le ha enseñado el peligro de la tarea que se ha dispuesto a llevar a cabo; en su dedicación para ayudar, en su miedo a ser reemplazable y volver a ese mugroso café de carretera, es capaz de hacer cualquier cosa. Como, por ejemplo, avanzar por el terreno a medio segar, con los pastizales altos, cuando se sabe que hay serpientes entre ellos.

Voy a colgar a Allen de las pelotas. El enfado se une al terror y el cuadro de ansiedad deja de ser tal para pasar a ser algo físico, real, ajeno a los enredos de la mente.

Sucede muy rápidamente: me mira, nota mi enfado y me cabreo aún más, pero conmigo

mismo. No hay tiempo de explicarle, porque cuando la veo me doy cuenta de lo vulnerable que está. No lleva un arma ni un cinturón de herramientas, solo una guadaña y se dispone a recorrer el camino como hacen los demás.

Clavo el tacón de mi bota y apremio a Eusus, al tiempo que aferro el mango de mi cuchillo de trabajo. El corazón se me va a salir por la boca, joder. Diviso el movimiento en los pastizales y temo no llegar, me inclino de lado sobre el lomo del caballo y alcanzo a Maddie en el momento justo. La levanto con mi brazo sobre la montura; la serpiente se eleva, abre su letal boca con sus dos enormes colmillos y la cierra alrededor de la bota de Magdalen. Si no hubiese llegado a alcanzarla, la mordedura hubiese atravesado sus pantalones vaqueros y hubiese alcanzado su piel.

Se desata un alboroto a mi alrededor: gritos, mandos... Maddie había dado con un nido de serpiente, por eso el animal estaba tan furioso. Yo no pierdo el tiempo, termino de sacar mi cuchillo, corto la cabeza de la serpiente y, al caer sobre el suelo, el cuerpo se retuerce un poco más, dejando la boca pendida de la bota femenina.

¡Nunca me había alegrado tanto de habérselas obsequiado!

—Jefe, ya hemos encontrado el nido...

—¡Que os den! —No puedo creer el cabreo que llevo, mis hombres se quedan de piedra ante mi respuesta—. Magdalen ha encontrado el nido, joder. Allen, ¿qué te costaba escribir la palabra «serpiente» en un puñetero incidente? ¿Has llamado a Gabrielle?

—No, es que... —Se calla, coge el móvil y llama a Gabrielle.

Siento la mano de Maddie en mi pecho, me serena saberla bien y, más aún, percibir el suave temblor. Exhalo como un toro embravecido, suelto mi enfado con ese aire caliente. Está asustada, por instinto la abrazo más, la acuno sobre mi pecho y le prometo en silencio que siempre la cuidaré.

Porque siempre lo haré.

—Ya... —Me calmo—. No pienso perder tiempo en regañinas, que sabéis bien la que habéis liado. Los incidentes se reportan con información; si hay animales heridos, se llama a Gabrielle directamente—. Me vuelvo hacia Maddie, debo sumarla a la reprimenda por varios motivos: porque la ha cagado, el principal; porque, de lo contrario, los demás pensarán que tiene privilegios y ella no me lo perdonará jamás, y, en especial, porque me ha dado un susto de cojones—. Y si no se tienen las herramientas y la preparación necesarias para llevar a cabo una tarea, se delega. Venga, a trabajar... —ordeno y acomodo a Maddie en la montura. Ella se desliza y me entra una risa nerviosa—. Recuérdame que te enseñe a montar.

Mis hombres me escuchan y contienen las carcajadas. Magdalen arde, me calcina con la mirada; a mí me ha bajado la ansiedad, la adrenalina y el miedo, de modo que solo puedo soltar la carcajada que los demás no se atreven.

—Eh, bueno —digo en mi defensa—, no puedo hacerme cargo de los malpensados, estaba siendo un caballero.

Ella me da un golpe en el pecho y los hombres se echan a reír. Al fin consigo que ella se tranquilice y olvide el terror del momento.

—Juro que me cobraré esto —me amenaza. Le miro la boca y el sonrojo de sus mejillas y mi corazón se acelera, ya no por el miedo.

—Eso espero. —Mi voz suena ronca. Carraspeo, vuelvo la atención al capataz y le digo —: Allen, me llevo la camioneta, ¿vale? Me bajo de Eusus de un salto y sostengo a Maddie desde la cintura; me divierte encontrarla tan adorablemente torpe y contengo las risas cuando su trasero queda casi a la altura de mi rostro.

—Eres de lo peor —se queja—, ¿ahora entiendes por qué uso la bicicleta? Mi orgullo ha quedado completamente herido.

—Por fortuna, solo ha sido tu orgullo. —Le cojo la pierna desde la altura de las corvas. Ella contiene el aliento, su mirada vuelve a ser incendiaria, pero ya no por reproche o vergüenza. La aprisiono entre el caballo y mi cuerpo y tal vez me demoro más de lo debido en la tarea. Bajo lentamente mi mano hasta alcanzar su pantorrilla—. Tendré que conseguirte otras —digo, con la mano en la caña de la bota. Observo los diminutos y letales agujeros que ha dejado la serpiente. Maddie se sujeta a mi hombro mientras deslizo el calzado un par de centímetros.

—N-no me ha pasado nada.

La ignoro, necesito comprobarlo. Paso mi pulgar por la piel sana, lisa e impoluta de Magdalen, antes de responder:

—Estás bien. —Le calzo la bota y la suelto con la misma lentitud. Ella no suelta mi hombro y casi pierde el equilibrio cuando la hago girar y encaminarse hacia la camioneta—. Ni se te ocurra mencionar la bicicleta —le advierto.

—¿Cómo sabías...? —Claro que iba a apelar por ese cacharro.

—No tienes ni idea de lo mucho que me cabreas, Maddie, ¿verdad? Juegas con fuego.

Ella me sonríe, niega con la cabeza. Me mira de ese modo tan suyo, como si yo fuese un dios incapaz de bajezas humanas. Tanta adoración seguida de su constante alejamiento me resulta desconcertante y enfermizamente sexy. Me va a volver loco. Más de lo que estoy.

Mi móvil vuelve a vibrar, el de Maddie también, lo que indica que hay más trabajo. En general, amo el rancho, aunque a veces me apetece tener un poco de paz. La veo leer la tarea y fruncir el ceño; yo no lo necesito. Tengo demasiada experiencia como para no adivinar lo que sucede.

—Gabrielle viene para aquí a controlar los animales y ha dejado una tarea sin atender, ¿verdad? —Mi pregunta es retórica—. Venga, asígnamela.

—Tienes tu agenda en rojo, MaryAnn me matará. —Se sube a la camioneta mientras intenta encontrar una solución, yo me siento en el asiento del conductor, me quito el sombrero, lo lanzo hacia la parte trasera y me pongo en marcha—. Déjame en la nave, yo me encargo.

Suspiro.

—Eres administrativa, Maddie. Sé que Christine te puso al tanto de que, cuando el trabajo es muy agobiante, cogemos otras tareas de vez en cuando, pero tú te lo has tomado demasiado a pecho. —Enciendo el motor y me vuelvo, por costumbre. No me acostumbro a las cámaras de asistencia al conductor; necesito ver cuando conduzco marcha atrás. El camino entre los lotes es tan estrecho que es imposible girar en U. Por eso los caballos son tan prácticos, hay tareas que la tecnología no puede reemplazar.

—Ya te lo dije, no intento ser el empleado del mes. Es que resulta imposible desatenderse. En la cafetería no sucedía; desde que Tammy la vendió, competíamos por ver quién hacía el menor esfuerzo. Pero cuando el jefe se arremanga como el más humilde de sus empleados, la cosa cambia. No sé si te han enseñado eso en la *uni* o qué.

—¿Ser medianamente humano?, oh, sí, una asignatura semestral —ironizo. Al fin alcanzo el camino principal y puedo avanzar—. Suelta —ordeno—, ¿qué toca?

—Laboratorio. Vacunas que no deben perder la cadena de frío.

Cojo el camino en dirección a la nave central, el laboratorio está en la zona de corrales especiales y un poco apartado, allí donde están los animales muy débiles, las vacas y los caballos que han tenido crías y aquellos a los que hay que realizarles estudios.

—Vale —extiendo un poco la A, como si fuese un padre que accede al capricho de su

hijo—, puedes venir conmigo. —Maddie aplaude, sumándose al espectáculo.

—¿Y luego me comprarás un helado? —bromea.

—No te lo has ganado.

—Oh, pero mi vida corrió riesgo, necesito compensar la mala experiencia con una buena para no generar traumas.

—Ni me lo recuerdes. —Intento esbozar mi mejor mirada de enfado, fracaso. Magdalen sonríe como una niña, salvo porque nada en ella es aniñado. Tiene los labios rojos y la piel dorada por el sol. Quisiera recordarle una vez más que su sitio es la puñetera oficina, lejos de las inclemencias del tiempo, del trabajo duro, de las serpientes... Es más, su sitio es una cama extragrande de un hotel de lujo. Conmigo. Desnudos. Foll...—. Maddie, lo digo en serio, sé que mi autoridad se diluye contigo, pero si no quieres hacerlo por tu bienestar ni por mi paz mental, al menos piensa en el juicio que me hará el sindicato.

Me cabreo cuando noto que eso, justo eso, la hace recapacitar. También me cabreo al darme cuenta de que he llegado a conocerla tanto como para saber cómo piensa. Bufo.

—Deja de hacer eso —me reprende—, deja de bufar. No lo volveré a hacer, lo prometo.

—¿Por el juicio del sindicato? —marco lo evidente. Aparco sin mucho esmero junto a la zona de veterinaria, cojo el sombrero por costumbre y bajo. Ella hace lo mismo, me sigue de cerca hasta que alcanzamos el depósito de insumos médicos. Las neveras portátiles con el logotipo de la farmacéutica están selladas; Gabrielle nunca hubiera descuidado una carga tan costosa. Sobre la última de la pila, se encuentra el formulario que le firmó al proveedor. Maddie lo coge y lo escanea con su móvil. Lo hace con eficiencia, se ha familiarizado rápidamente con el sistema. Yo paso mi tarjeta por el lector e introduzco el código, aquí tienen acceso muy pocas personas. Algunos de los medicamentos para animales pueden utilizarse para drogarse o, incluso, para matar. Hay que ser cuidadosos. La puerta se sella al vacío y, al abrirla, el frío seco del interior me golpea.

Maddie suspira a mis espaldas, me vuelvo y la veo abrir los brazos y recibir el frescor con placer. Mierda...

—Y tú quieres que me quede en la oficina, se está mucho mejor aquí.

Me río, una risa ronca. Estoy de acuerdo, necesito mudarme a una nevera o no podré soportar su cercanía. Al entrar, noto la diferencia de temperatura y me doy cuenta de lo sudado que estoy. Mi camiseta está pegada al cuerpo y el polvo se me ha quedado en la piel.

—Terminemos con esto —digo, incómodo. No puedo quitarme de la cabeza los reclamos de Shannon y me imagino a Maddie pensando lo mismo de mí. Cojo las neveras y las introduzco, tras lo cual se cierra la puerta.

—¿Nos hemos quedado encerrados? —pregunta con pánico.

—No, tranquila. También tiene lector de este lado por seguridad. —Abro la primera nevera, Maddie se dispone a escanear el producto con su móvil. Lee un producto y cuenta...

—Uno, dos, tres... —rápido, casi sin pronunciar los números, al tiempo que me los va pasando para que los coloque en los estantes correspondientes. Soy meticulouso, sé que, si no respeto el orden, Gabrielle me lo hará pagar. Me aseguro de echar los medicamentos viejos hacia delante y de poner los más próximos a caducar al alcance. Es una tarea meticulousa, prefiero usar la fuerza que lidiar con estas pequeñas cajetillas que se caen con un soplo.

—Estas van en aquella nevera —indico—, deben mantenerse a cero.

—Vale... —Abre la nevera e incluso aquí dentro se vuelve a sentir el cambio de temperatura. Tiene un efecto inmediato en Maddie y en mí. Noto cómo se le irguen los pezones por debajo de la camiseta y cómo se le pone la piel de gallina. Se frota los brazos y se vuelve

hacia mí. Intento, juro que intento, quitar la mirada de allí. Lo consigo, pero solo para alzar la mirada y encontrarme con sus ojos, que me devoran.

—Qué cojones... —Regreso a mis estantes con la frustración fluyendo por mis venas; las cajetillas de medicamentos caen por mi torpeza. Maddie se acerca a ayudar, consigue contener la catástrofe, pero acaba quedando atrapada entre los estantes y mi cuerpo. Ya no siento frío, estoy seguro de que soy yo el que la calienta. Echaré a perder la cadena de frío si sigo aquí dentro—. Maddie, mierda... —gruño.

—¿Qué he hecho ahora? —pregunta realmente preocupada—. Joder, no dejo de cagarla y ni siquiera entiendo... —Tiembla—. No sé si hubiese muerto, no tengo ni idea de serpientes, no sé si son venenosas o no. Lo que sí sé es que me he llevado un susto y que te he hecho enfadar, y ahora de nuevo te he...

Aprieto su cuerpo para que deje de temblar; no es por el frío, sino por el estrés. Del estrés de joderla en este trabajo, del estrés del accidente con la serpiente, pero, sobre todo, del estrés que revela su mirada y calla su boca. Y si quiere estar callada...

Bajo la cabeza y la beso. La interrumpo con un beso furioso, sellando su boca, ahogando sus miedos. Me separo de ella con la misma brusquedad, sin poder creer lo que he hecho. Me meso el cabello.

—Perdona... —murmuro—. Per...

Es ella quien me reemplaza. Posa su mano en mi nuca, se pone de puntita y silencia mis disculpas con sus besos.

—Perdóname tú —me dice y vuelve a besarme. Junto coraje para alejarme un segundo.

—No te entiendo, Maddie. Joder, no te entiendo. Pero te deseo, que me parta un rayo, si no me muero por follarte y mucho más. Me tienes como un borrego.

—Blaze...

—Si después de esto me dirás que no, Maddie, si después de esto vuelves a montar un muro, una muralla o un jodido fuerte a tu alrededor con pretextos a medias, con explicaciones a cuentagotas, mejor dime que no ahora. Mejor mata mis ilusiones en este instante, porque no soy tan fuerte como para alejarme de ti.

—Eso es lo que intenté, yo tampoco soy tan fuerte. No puedo alejarme de ti. —Demanda mis besos una vez más, yo avanzo hasta apoyar su espalda contra los estantes. Las cajetillas caen y sé que Gabrielle me matará, pero no me importa. No soy capaz de pensar en nada más que en Maddie—. Que le den al mundo entero, Blaze Davenport, pero no soy tan altruista como para renunciar a ti.

La agarro desde el culo y la levanto, hasta que me rodea con las piernas por la cintura. Nuestras bocas y nuestros ojos están a la misma altura. Puedo leer la verdad de su declaración en la superficie avellana de sus ojos. Maddie cree que yo estaría mejor sin ella y yo sé que he alcanzado el paraíso. La beso, hundo al fin mi lengua en ella, me embebo de su sabor. Es tan dulce como la imaginé, tan perfecta, que mis fantasías no le hacen justicia. La llevo hasta la pared sin estantes en un raptó de sentido común que no tarda en evaporarse cuando su cuerpo roza el mío, cuando su entrepierna se calza a la perfección sobre mi erección y gime.

Bajo por su mentón y su cuello. Saboreo su piel, el rastro de su sudor, y ahogo los pensamientos intrusivos: yo también estoy sudado, sucio... que así nadie me deseará. La pasión con la que se aferra a mí aniquila mis inseguridades, mi pasado. El mundo se vuelve cenizas y ya no soy capaz de detenerme. Levanto su camiseta y cuelo mi mano bajo su sostén. Ella se arquea hacia mí, su entrepierna me aprieta con más fuerza y siento cómo el placer me recorre la espina dorsal, haciéndome palpar contra ella.

Sé que pueden encontrarnos, que hay quienes tienen acceso a esa maldita puerta, pero no voy a detenerme. No ahora, no todavía. Ella busca el borde de mi camiseta y me devuelve la caricia, me toca como si fuera una obra de arte, como si cada músculo de mi cuerpo estuviera tallado por un artista. Jamás pensé que el placer físico pudiese elevarse a este extremo cuando alguien te estimula más allá de la piel y de las zonas erógenas. Cuando alguien comparte su deseo de una forma tan terrenal y sincera. La ayudo a regresar las piernas al suelo sin dejar de sostenerla contra mi cuerpo y le desabrocho los vaqueros. Las bragas blancas de algodón me parecen más sensuales que cualquier conjunto de Victoria's Secret. De igual modo las destrozaría si no estuviésemos en una situación tan vulnerable, son una maldita tela que se interpone entre mi mano y su delicioso coño. Maddie hace lo mismo con mis vaqueros: abre la hebilla de mi cinturón y el botón, alcanza mi polla y, al acariciarme, contengo el gruñido y el deseo de correrme.

—Joder, Maddie... —Le paso la mano por la entrepierna y palpo su humedad. Ella se detiene en su caricia porque está demasiado concentrada en el placer que le estoy provocando. Será mi nueva adicción; su expresión de deleite será mi droga a partir de ahora. Hundo un dedo en su canal mientras mi pulgar estimula su clítoris trazando círculos. Maddie gime, su sonido es melodioso, una hermosa sinfonía. Bajo más sus vaqueros, ella abre las piernas todo lo que permite la cintura del pantalón y regresa a la tarea de tocarme. Me acaricia suavemente, desde la base hasta la punta, desplazando mi preseminal por el glande.

No quiero que esto termine nunca y, a la vez, no veo la hora de alcanzar el clímax. Y, además, de llevarla al límite. El único inconveniente es que, dada la situación y el riesgo, no podemos quitarnos la ropa ni follar como nos gustaría. Ella lo sabe, yo también.

—Mi cartera —indico. Las manos de Maddie se mueven con sensual torpeza, su cuerpo se enfoca en el goce y no le permite concentrarse en nada más. Aun así, alcanza el bolsillo trasero de mis vaqueros y saca la cartera. Coge el envoltorio del condón con los dientes y deja caer el resto a nuestros pies. Lo abre y yo cojo el condón, dispuesto a colocármelo. Antes de que me lo enfunde, se pasa la mano por su coño húmedo y lleva esa humedad a mi polla para lubricarme y compartir su placer. Mi respuesta desesperada es besarla mientras me coloco la protección. No quiero separarme, sé que la única posición que nos permiten nuestras prendas es por detrás. Es Maddie la primera en romper el contacto, en darme la espalda, ansiosa. La oigo susurrar mi nombre con ansia y la única respuesta adecuada es hundirme en ella.

La levanto por las caderas, sus pies apenas tocan el suelo, la sostengo a mi altura. La embisto, furioso, guiado por los sonidos de placer. Ella vuelve la cabeza hacia mí, me mira por encima del hombro. La boca abierta para dejarle respirar, las pupilas dilatadas por el placer, la piel enrojecida por las ásperas caricias de mis manos. Voy a enloquecer. Cuánto deseaba esto, cuánto tiempo había alimentado esta fantasía y la realidad la supera, hace añicos mis sueños, porque nada me había preparado para ella. Le acaricio los pechos; tiene los pezones duros por el frío y el placer. Su piel se eriza, su respiración se agita.

—Blaze... —me ruega, me suplica, me pide que la libere. Bajo mi mano por su vientre y alcanzo su coño. Se abre tanto como puede con los puñeteros vaqueros y me permite llegar a su clítoris. Mis estocadas siguen el ritmo de mi mano, la acaricio por ambos flancos. Se contrae contra mí, su canal aprieta y suelta mi polla en espasmos cercanos al orgasmo y temo no llegar.

Pero entonces estalla. Suelta un suave grito, se arquea, levanta sus caderas y me exige que vaya más hondo, hasta el fondo. No lo dudo, lanzo maquinalmente mi cabeza hacia atrás, mis tendones están en su máxima extensión y mis músculos buscan retener el placer un segundo más. Solo cuando siento que Maddie se relaja, cae laxa sobre mi brazo que la sostiene, embestir con

violencia y me dejo ir. Ella vuelve a mirarme por encima del hombro, observa mi expresión con la misma fascinación que yo he puesto en la suya y siento que al fin entiendo el mundo. Al fin comprendo lo que los demás hallan de maravilloso en este acto, y no me refiero al placer, pues me he corrido muchas veces..., sino a saber de qué cojones hablan cuando hablan de comunión. Se siente distinto a todo lo demás, se siente fantástico. No hay inseguridades entre nosotros ni un falso compromiso de «cumplir». No hay quejas por estar sudado, aquí no, qué pensarán si nos encuentran... Ni siquiera necesitamos preguntarnos si nos gustó, podemos leerlo en nuestras miradas. No hay sitio para los pudores ni las incomodidades. Salgo de su interior lentamente, asegurándome de llevarme conmigo el condón, y ella se vuelve, apoyándose en la pared. La beso una vez más, me deleito con su imagen, con la camiseta alzada que deja al descubierto sus rosados pezones aún enhiestos, su coño desnudo y las marcas rojas que han dejado mis dedos en su culo. Maddie baja con sus besos por mi cuello y, como de costumbre, me disculpo:

—Estoy hecho un asco... —Su risa sobre mi piel ardiente me hace estremecer.

—Mmm, sí... —Saca la lengua, me saborea—. Un asco. —Y me muerde. La separo de mí, le elevo el rostro hasta que nuestros ojos se encuentran. Hay pura sinceridad en ellos.

—Esta noche. Una cita. Tú y yo. —gruño frustrado al ver la hora en mi reloj, no creo poder esperar seis horas para volver a follar con ella. La veo regresar la ropa a su sitio; yo me deshago del condón.

—Eso no sonó a una invitación, vaquero... Pareció una orden.

—Maddie... —amenazo, tal vez un poco asustado. Aún me recorre la adrenalina, esa sensación de gloria que te embarga cuando al fin consigues algo que has ansiado mucho tiempo, esa mezcla de satisfacción y miedo de que todo sea un sueño.

Su risa hace arder de nuevo mis miedos, mis inseguridades.

—Lo siento, Blaze... —Me besa el mentón—, no te desharás de mí tan fácilmente, ya perdiste tu oportunidad. ¿Me recoges a las seis? —Se acomoda la trenza en su cabello.

—A las seis —repito, sin creer mi suerte. Me quedo embelesado, mirándola.

—Venga, mueve el trasero, si no recogemos esto, tendremos que hacer horas extras. —Reacomoda las cajetillas—. Sabrás tú lo coñazo que es el jefe.

La cojo en brazos de un solo movimiento y Maddie suelta una carcajada. La beso una vez más antes de soltarla y ponerme manos a la obra. Lo que me sobra es motivación.

CAPÍTULO 17

Maddie

Las personas a las que les han amputado un miembro aseguran que siguen sintiéndolo. Así me encuentro yo: percibo aún a Blaze en mi cuerpo, sus caricias, el cosquilleo en mi piel, como si me hubiesen arrancado una parte de mi anatomía que siempre debió estar allí.

Estoy lista antes de tiempo, ansiosa como una chiquilla en su primera cita. Christine y Gabrielle se ríen de mí, felices porque por fin di el salto. No sacan a colación mi secreto ni lo obvio: aún no se lo he dicho. Me obsequian este tiempo en el paraíso. Lo hacen con limonada en el porche, mientras esperamos su llegada.

La camioneta aparece diez minutos antes de lo acordado, sonrío hasta que me duelen las mejillas.

—¡Vaya que estabas apurado, vaquero! —bromea Christine. Blaze baja de la camioneta en el mismo momento en que yo me pongo de pie para ir a su encuentro. Al verlo, el aire abandona mis pulmones: luce unos vaqueros claros, una camisa blanca y un lazo al cuello. El cinturón, como siempre, parece combinar con el sombrero y las botas, todos ellos negros. Su piel dorada brilla en los antebrazos y en su cuello musculoso, pues su camisa está arremangada hasta debajo de los codos. Se ha rasurado con esmero, lo que hace que resalte el bonito hoyuelo que tiene en el mentón. Me quedo a mitad de camino, entre el porche y su camioneta; dudo de mi suerte, ¿acaso existen los finales felices?, ¿acaso yo estoy viviendo uno?

—Te quedas corta, Chris —responde él, mirándome fijamente. Parece comerme con la mirada, como si aprobara lo que ve. Llevo un vestido floreado con volantes, las mismas botas de siempre y el cabello trenzado. Soy consciente de lo humilde que es mi atuendo, pero él no hace que me avergüence. Puedo jurar que no me miraría con mayor admiración si luciera un Balenciaga—. Llevo contando los minutos como un preso. —Avanza hasta alcanzarme, me rodea con su brazo por la cintura y me pega a él. Mi espalda se arquea, él desciende sobre mi boca y me besa con fervor, hasta que oigo los silbidos de Christine y Gabrielle.

—¡Oh, por Dios!, ¿alguien puede pensar en los niños? —se ríe Christine y le cubre los ojos a su novia, que sonrío por la gracia.

—Solo por no horrorizaros, ma'ams, me llevo a la joven lejos de aquí.

—¡Y más te vale traerla tarde! —reprende Gabrielle—. Digo, temprano.

Yo me vuelvo hacia ellas, roja como una fresa.

—Lo estáis disfrutando, malditas.

—No tanto como tú.

Creo que voy a arder de bochorno y deseo, porque él sigue abrazándome, ahora por la espalda, y puedo recordar lo bien que se siente tenerlo por detrás. ¡Demonios!

—Por favor, sácame de aquí —le ruego al regresar mi vista a él. Blaze sonrío, sus labios forman una curva perfecta e inocente. Pero sus ojos gúisqui arden en promesas. Me abre la puerta de su camioneta, el aire acondicionado refresca mi piel y me miro en el espejo auxiliar. Casi han desaparecido mis pecas de lo sonrojada que estoy. Él se sienta en su sitio y, antes de ponerse en marcha, se inclina para volver a besarme.

Le quito el sombrero, paso mis manos por su cabello, aún algo húmedo por la ducha, y hundo mis dedos entre ellos, acercándolo a mí. Su lengua choca con la mía y su mano me recorre la cintura, indecisa entre subir a mis senos o bajar a mi cadera, a mi culo que se levanta de la

butaca para acercarse más a él.

Se separa, frustrado de deseo, y respira hondo antes de concentrarse en conducir. Yo me coloco el cinturón de seguridad.

—¿Adónde vamos? —pregunto. Y, de repente, todo se va al demonio. Palidece un poco y su respiración ya no es embravecida, sino irregular. Intenta serenarse.

—He hecho una reserva en un restaurante muy bonito. En esta época del año tienen las mesas en el jardín, con farolas, flores...

—¿De verdad? —Lo miro de soslayo; mi «¿de verdad?» no se refiere a la incredulidad ante el escenario descrito, sino a su plan de llevarme a un restaurante.

—Te encantará...

—¿Y a ti?

—¡C-claro! —Miente descaradamente. Yo frunzo el ceño, apoyo la cabeza contra el respaldo de la butaca y exhalo. Joder con la maldita de Shannon, que se cuelga entre nosotros incluso cuando no está presente. Lo sé, me embebí de cada cotilleo del rancho. Shannon fue su única pareja desde el instituto hasta meses atrás. Las peleas siempre fueron por «no llevar la vida de millonario que cabría esperar junto a un Davenport». ¿Y las fiestas?, ¿los restaurantes elegantes?, ¿los viajes a Europa? Blaze piensa que eso debe dar para contentarme, no puede estar más equivocado.

—Detén la camioneta —le ordeno.

—¿Qué?

—Blaze... Vale, me parece enternecedor que te sometás a una pesadilla por darme lo que tú crees que quiero, pero no será así entre nosotros.

—Maddie. —Sus ojos ya no brillan de deseo, sino de miedo, y juro por lo que me es sagrado que cambiaré eso. Volverán a ser puro fuego, es la única forma de que me miren—. No quiero que te sientas encerrada, ¿vale?, que el rancho se convierta en una jaula dorada para ti.

No te rías... No te rías... Me lo repito. Por supuesto que no es burla, es mi reacción ante lo absurdo que me parece que piense eso, que un hombre como él no sepa que es jodidamente suficiente.

—No siento eso, Blaze. Pactemos un plan intermedio: el día que quieras ir a un restaurante, para enfrentarte a tu miedo, te acompañaré. Hoy iremos a tu casa, haré mi receta de lasaña y follaremos hasta perder el conocimiento, ¿te parece? —Veo que duda, que lleva mucho tiempo pensando que esa no era una cita perfecta. Agrego—: Vaaale, y compras el vino más costoso, así cumples lo que crees que espero de ti.

—Joder —gruñe, no le gusta que lo haya leído con tanta claridad. Sé que se esfuerza en no mencionar a su ex en ninguna circunstancia, en jamás hacer una comparación; sin embargo, ella lo embebe todo, está presente porque ha dejado secuelas en Blaze. Somos el resultado de las personas que se cruzaron en nuestro camino, quienes dejan y en quienes dejamos huellas. Algunas buenas, otras...

Hago lo que me prometí: borrar los miedos de su mirada. Aprovecho que la camioneta está aparcada y lo beso; me monto a horcajadas sobre él y presiono con mi pelvis su erección, hasta que se vuelva tan molesta que no pueda pensar en otra cosa que no sea hundirse en mí. Lo beso con intensidad y, cuando me invade con su lengua, se la chupo hasta que pierde el control.

—Me olvidaba... —le digo, abriendo la portezuela de su lado y bajando, se la sostengo para que él haga lo mismo—. Hoy conduzco yo.

—Eres una manipuladora, ¿te lo han dicho? —responde, y desciende. Tira de sus vaqueros, que le presionan su polla, y yo bajo la mirada. ¡Qué placer no tener que disimular!,

¡qué gusto poder demostrarle mi deseo sin máscaras!

—No, supongo que es una habilidad que he desarrollado solo para ti. Ya veremos si me empeño en mejorar otras áreas de mi especialidad.

Suelta una carcajada ronca y se sienta en su asiento. Me dispongo a ajustar la butaca a mis dimensiones, hago lo mismo con los espejos y la altura del volante. Cuando termino, él se inclina sobre el panel. Siento el calor de su cuerpo sobre mí y me desconcentro, hasta que veo lo que hace: guarda mi configuración en el ordenador de a bordo. Conductor 2.

—Luego tocas aquí —me explica— y se ajusta solo.

Su sonrisa... Esa jodida sonrisa de niño bueno va a matarme.

—Ahora dime adónde vamos a por ese vino carísimo. —Me indica el camino y lo hago con el corazón acelerado. Blaze va a matarme, puede hacerlo... Me tiene en su puño, me tiene completamente enamorada. ¿Qué haré?, ¿cómo le diré la verdad? Entiendo su angustia, la estúpida idea de que el día de mañana me cansaré de su trauma, porque yo siento una igual. Tal vez, pienso con esperanza, así como él se equivoca, así como cree que todas las mujeres son como Shannon y que, tarde o temprano, le demandarán más, yo también esté en un error. Quizás no todos son como los que juzgaron a mi madre, como Sonia, como los clientes de Sonia. Tal vez él nunca me recrimine el pasado como yo jamás le demandaré más de lo que él pueda dar. Porque él es todo lo que quiero.

La licorería está en Fort Creek, a unas pocas manzanas de la casa de Christine y Gabrielle. Y mía, me recuerdo con una tenue sonrisa. Alquilo una habitación en un lugar seguro y acogedor. Debimos retroceder, porque el restaurante al que apuntaba Blaze estaba en las afueras. En este pequeño pueblo el lujo no es lo común, las casas son de madera, con porches elevados, banderas de Estados Unidos en las entradas y aspersores de agua para mantener el verdor en verano. Las aceras son escasas y las calles anchas, diseñadas para las grandes camionetas de los vaqueros. El ayuntamiento y la iglesia del pastor Sam, la escuela y la oficina de correos se encuentran en el centro del pueblo. Hay poco movimiento a esta hora; los trabajadores han terminado la jornada y los comerciantes extienden su horario un poco más para vender a los rezagados. Nosotros entre ellos.

A medida que conduzco a baja velocidad, las personas que pasan alzan la mano o se tocan el sombrero a modo de saludo, después miran confundidos al conductor y finalmente sonrían con picardía al ver a Blaze a mi lado. Aparco junto a la tienda y, antes de que pueda apagar el contacto, Blaze está a mi lado para ayudarme a bajar. Se lo agradezco, no solo porque estos pocos minutos me han hecho echar de menos sus manos, sino también porque la camioneta es altísima. Debo dar un salto para llegar al suelo, un salto que ahora no hace impacto gracias a su agarre.

Entramos en la licorería, donde el aire fresco y la oscuridad nos reciben de manera acogedora. Afuera, el clima es pesado y húmedo, y pronto habrá tormenta. Lo habitual en esta época.

—Señor Davenport —lo saluda el dueño con entusiasmo. Blaze se quita el sombrero como muestra de respeto y extiende la mano, que el dueño aferra con firmeza y un poco de reverencia—. ¿Qué lo trae por aquí, joven?

—N-no tan joven, si puedo comprar, señor Gerry —bromea. Su voz tiembla un poco, sin que eso sea motivo de preocupación.

—Quizá quiera ver su carné, jovencito. Dígame, ¿cómo puedo ayudarle? —Me observa con mal disimulada atención, Blaze me busca con la mirada y transmite un «lo siento». Es lo que sucede cuando estás con un Davenport—. O a la muchacha, es usted Magdalen, ¿verdad?

—Llámeme Maddie, por favor. —Extiendo la mano y el hombre se sonroja como si yo fuese la princesa Anne en persona. El trato me causa un poco de gracia, también un deje de pánico. Si supieran quién soy en realidad...

—En efecto, busco algo para impresionarla. —Las palabras de Blaze sacan al señor Gerry de su estupor.

—¿El menú? —Pasa a la acción.

—Lasaña —respondo.

—Entonces necesitáis un buen tinto, ¿un Cabernet, quizá? —La pregunta es retórica, se vuelve hacia los estantes y los recorre con la mirada. Yo hago lo mismo, por desgracia, los precios están a la vista. Abro los ojos desmesuradamente y ruego que Blaze no busque impresionarme con su cartera, porque me consumirá la culpa. Hay vinos que cuestan más que mi salario actual, ese que me ha permitido salir de las deudas y comprar un coche. ¡Joder!

Sin embargo, Blaze es Blaze. Él no es su hermano Roman, que busca alardear de dinero, ni Wade, que suele estar con modelos que eso esperan de él. Su forma de impresionar está en los detalles: en las botas camperas que llevo hoy, en agregar mi configuración a la camioneta, en elegir un vino con esmero.

—Señor Gerry, ¿recuerda aquel vino...? Mmm... Lo hacían unos monjes...

—Oh, sí. Claro, ¡por supuesto! —exclama como si se le encendiese una bombilla—. Ese es excelente para carnes, pero este... —Saca un paño de gamuza y busca una botella oculta en el fondo del estante de madera. El diseño es muy sencillo, con una etiqueta ovalada en el centro que parece escrita a mano. De hecho, al observarlo con más detalle, me doy cuenta de que lo está—. Este será perfecto...

—En tal caso, espero que tenga dos botellas.

Demonios, Blaze... quiero decir, pregunta cuánto cuesta. No me sale la voz. Es algo que nadie te dice en las novelas románticas: lo incómodo que es vivir el momento *Pretty Woman*.

—Tengo dos, y solo dos. El lote no supera las mil botellas, es un milagro que dos de ellas hayan llegado a Fort Creek. —Sonríe con un deje de soberbia, se sabe un buen conocedor de vinos y hallador de reliquias. No es casual ni milagroso que dichas botellas hayan llegado a su tienda, aunque solo pueda venderlas a los Davenport y a un puñado de ricachones que conocen la tienda gracias a ellos.

Observo la caja registradora disimuladamente cuando marca los precios. Setecientos cincuenta la botella, impuestos incluidos. Se me seca la garganta, pero reconozco que pudo ser peor. Hay vinos y champán de hasta diez mil dólares en exhibición.

—Oh —dice el señor Garry, mientras prepara el paquete con esmero. No importa que vayamos a beberlo en pocas horas y acompañado de una lasaña hecha con pasta seca de supermercado. Envuelve las botellas con papel de seda, las coloca en cajas de madera amortiguadas con serrín—. Me ha llegado un escocés de primerísima calidad. —Deja la tarea y va a por él. Sirve dos medidas de cata y nos las extiende—. Con miel, os encantará —promete.

Miro la superficie del güisqui y los ojos de mi vaquero son del mismo tono; ¿cómo puedo resistirme? Lo veo a él degustar: se lleva el pequeño sorbo a la boca, lo mantiene unos segundos antes de tragar y luego se relame. Me quedo hipnotizada, sobre todo cuando lo veo sonreír.

—Es mi perdición, señor Gerry. Traiga una botella de esto.

—¡Sabía que le gustaría! —responde, satisfecho por haber consentido a uno de sus clientes estrellas—. ¿Usted no bebe? —me pregunta. Yo me he quedado con la cata a medio camino.

—No soy una experta —reconozco, por no decir: Mejor tirar ese güisqui escocés a los

cerdos, señor Gerry, que ofrecérmelo a mí.

—Los expertos son patrañas, ma'am. Cuando una bebida es buena, no necesita que nadie le diga que tiene un toque de cereza, roble de quién sabe cuántos años o café.

Blaze me observa con aire divertido. Se acerca a mí mientras Gerry retoma la tarea de preparar los paquetes. Me susurra al oído con su voz ronca, su aliento huele a miel.

—Tendrás que acostumbrarte, Maddie, porque pienso consentirte mucho.

Beber ahora es una necesidad, necesito adormecer mis labios para no besarlos de manera escandalosa delante de un hombre que podría tener un ataque al corazón. Imito a Blaze, llevo el sorbo a mi boca y lo retengo unos segundos hasta que le permito deslizarse por mi garganta. El primer sabor es el del cereal, tras lo cual percibo la manera suave en la que baja, sin quemar como los alcoholes baratos, aunque no por eso menos ardiente. El calor se siente de inmediato, pero no en la garganta, sino un poco más abajo, cerca del corazón. Me relamo y allí está la miel, en el regusto tibio de mis labios. Sonrío, maravillada por la experiencia.

—Que sean dos botellas de güisqui, Gerry —ordena sin quitarme los ojos de encima—. Joder, tres.

Yo suelto una carcajada poco elegante.

—¿Pretendes emborracharme, vaquero?

—Tal vez.

—Desperdicias tu dinero, a mí ya me emborrachaste con tus ojos wiski, me tienes rendida a tus pies.

Me abraza por detrás, se inclina más sobre mí para murmurar:

—Si Gerry no se apresura con las jodidas botellas, tendré que matarlo.

Vuelvo a reír, me siento liviana y no es el escocés el que me ha embriagado, sino mi vaquero americano. De todos modos, reconozco:

—Tendrás que conducir camino al rancho, creo que ya perdí la cabeza. —Por ti, completo mentalmente. Perdí la cabeza por ti.

Maddie

¡Vaya casa! Siempre la he visto de lejos. De algún modo, es más lujosa que la principal, pese a ser más pequeña. Blaze parece avergonzado por ello.

—La diseñó un arquitecto para mi hermano Roman —dice a modo de explicación o disculpa.

—Roman tiene su fama —acoto. Estoy al tanto de su historia, de lo que le hizo a su ex, de las discusiones con su padre. Las familias suelen tener su oveja negra; al menos las que no son todas negras, como en la mía. Las perras salen a nuestro encuentro, saltan y nos dan la bienvenida. Lottie me ladra, parece entender que le he quitado a su vaquero. Snowie y Queen nos dan rodeos e impiden que avancemos a gran velocidad. No me molesta, acaricio la cabeza de Queen y sigo explorando el espacio.

—Ya habéis comido —las reprende él—, ¿qué queréis? Supongo que no esperáis chucherías.

—Claro que esperan chucherías, hoy han trabajado más de la cuenta, ¿verdad? —Las border collies han cumplido su papel: una vez que se liberó el terreno de serpientes, fueron las perras las encargadas de conducir a las vacas a su nuevo lote.

Una iba a la vanguardia y dos iban en la retaguardia, asegurándose de que no quedaran rezagadas. Lottie, la más joven, suele ser la que se aventura entre los animales cuando hay un

atasco. Es increíble verlas en acción, más aún cuando sabes que no han sido entrenadas; es puro instinto y conocimiento ancestral en su raza.

—No le diremos que ya habéis recibido, ¿vale?, o creerá que soy un debilucho con vosotras...

Me río al verlo ir a la cocina con las chicas detrás. Yo me quedo en la sala, desde donde se ve el rancho por completo gracias a los grandes ventanales acristalados. Como no hay porche, porque la casa es geométrica y moderna, hay un deck. Me siento torpe al pararme contra el cristal y no saber cómo abrirlo. Blaze presiona algo en un control remoto y la ventana se desliza sin hacer ruido. El calor húmedo del exterior se cuela en el ambiente climatizado del interior, junto con varios insectos.

—Lo siento... —me disculpo, buscando cómo cerrar—, creo que al ser la única luz a millas a la redonda ha llamado la atención de todos los bichos de la zona.

—Entonces, en lugar de cerrar la ventana, apaguemos la luz. —Toca otro de los miles de botones de ese indescifrable control y las luces se atenúan hasta casi ser penumbra. Está anocheciendo, el sol se ha perdido por el horizonte, pero aún nos llega su claridad. Las perras salen al deck, se disponen en los sillones y yo no dudo en sentarme entre dos de ellas. Las acaricio a cada una con una mano mientras observo y me sumerjo en la calma que me rodea. Me recuerda a mi primera noche aquí; desde entonces, siempre he visto el rancho en funcionamiento. Los motores de los tractores, de las camionetas..., las órdenes de los hombres y mujeres, el ir y venir constante de gente... Ahora se oye el lejano mugido de las vacas, el croar de las ranas y, si pones mucha atención, el ir y venir en las caravanas de los trabajadores.

Me vuelvo hacia Blaze, que me observa atentamente. Ha descorchado una de las botellas y me tiende una copa.

—Tendrás que ser cruel y mover a una de las chicas —le digo, pues no hay sitio para nadie más en este sofá.

—Ya sé a qué chica moveré. Me aferra de la mano, tira de mí, me acerca a él y me hace dar una vuelta.

—¿Quieres escuchar música?

—¿Country? —Me hace girar y mi vestido se mueve a mi alrededor.

—En realidad no escucho mucha música country, pero por respeto a mi vestimenta... — Se toca el sombrero imaginario, pues el suyo se lo ha quitado al entrar— tengo una lista de reproducción con una selección interesante.

—¿Y qué escuchas?

—Mmm... —Sin soltarme, saca su móvil y, por los altavoces de la casa, comienza a sonar Creep, de Radiohead. La canta suave a mi oído, con su voz ronca, casi como un relato—: *Cuando antes estabas aquí, no podía mirarte a los ojos. Eres como un ángel, tu piel me hace llorar. Flotas como una pluma en un mundo hermoso. Ojalá yo también fuera especial. Eres tan jodidamente especial.* —Mi piel se eriza, él me toca el antebrazo con el revés de la mano y sigue un poco más, hasta convertir mi sangre en lava—: *Pero soy un perverso, un bicho raro. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? No pertenezco aquí.*

—Sí, perteneces aquí... —le respondo. Me pongo de puntitas, le exijo un beso y que el mundo arda a nuestro alrededor. Dejo la copa en la mesa auxiliar sin siquiera tocarla y regreso a él. A sus labios, a su boca, que sabe mejor que cualquier vino. Blaze me acaricia, baja con las manos por la espalda hasta alcanzar mi trasero. Me pega a él hasta que no es suficiente. Entonces, con un movimiento, me alza, lo rodeo con las piernas y ya puedo besarlo sin esfuerzo. Me pierdo en sus ojos gúisqui, en las pequeñas pecas que el sol ha dibujado en su nariz. En la

escasa sombra de su barba rasurada, que no oculta su mentón ni su hoyuelo. Me lleva de regreso al interior, pero no llegamos a la cama. Esas escaleras suponen un obstáculo que no deseamos sortear. Terminamos en el sillón, él sobre mí. Siento su peso, es delicioso. Es tan grande, tan fuerte... Debería sentirme insegura, nunca me había sentido tan vulnerable. Tanto física como emocionalmente. Blaze tiene el poder de destruirme; podría rodearme el cuello con la mano y terminar conmigo. Podría con su boca confesarme que sabe la verdad, que soy solo una puta que no lo merece, y también así, terminar conmigo. Y, sin embargo, su mano y su boca solo se dedican a darme placer. Más, y más...

Aferra mi vestido y lo levanta, dejando al descubierto mis bragas. Su mirada es una caricia, es tan ardiente que me humedezco todavía más. Blaze las hace apenas a un lado, desnuda mi coño y se relame. Mi respiración se acelera, siento cómo crece el calor y el muy maldito aún no me ha tocado. Cuando al fin lo hace, creo que voy a correrme. Un gemido agónico escapa de mi garganta y me arqueo hacia él. Entonces, el muy maldito me dice:

—Aún no, Maddie. Quiero que te corras en mi boca. —Desciende con ella hasta mi vientre, enredo sus cabellos castaños con mis dedos. Empieza a bajar, besa mi ombligo, mi bajo vientre, mi monte de Venus, hasta llegar a mis labios vaginales. Los abre con la lengua y ya no gimo, contengo la respiración para dejarla ir luego en un grito de placer. Lanzo mi cabeza hacia atrás, me debato entre el espectáculo erótico de su boca en mi coño, de sus ojos mirándome como a un manjar, y la necesidad de concentrarme en el placer indescriptible. Sigue con destreza, guiado por mis muestras más que evidentes de gozo—. Blaze... Blaze... —suelto su nombre como una plegaria. Él imprime más presión sobre mi clítoris y me corro. Me rompo en mil pedazos mientras me saborea, bebe de mi orgasmo como el elixir más delicioso. Laxa, no opongo resistencia cuando termina de desnudarme. Me quita las bragas y el vestido. No llevo sujetador. Estoy desnuda para él, para su deleite.

—*You're so fuckin' special...* —me repite la letra de Radiohead.

—Si algo me hace especial, Blaze, es ser tan completamente tuya. —Le desabrocho el pantalón, desnudo su polla y lo acaricio.

—No, joder. —Me vuelve a recostar en el sillón—. Necesito estar dentro de ti, correrme en ti y mirarte a los ojos mientras lo hago. —Lo dice lleno de impotencia, de la desesperación de esta mañana, cuando follamos de espaldas, apurados y ansiosos.

No tengo quejas. Se coloca el condón y me penetra de una estocada. Ingenuamente, creí que no volvería a correrme, que le ofrecía mi cuerpo como un regalo. Placer por placer, pero Blaze siempre da más. Siempre da un paso más allá y se asegura de alcanzar mi punto G con su polla y de rozar mi clítoris con su pelvis. Tiro de su camisa, ansiosa, sin darme cuenta de que le atrapo los brazos con ella. La cintura de sus vaqueros roza mis muslos con cada embestida. Lo tengo atrapado, por fin tengo la ventaja. Lo hago rodar hasta que queda debajo de mí y lo monto sin cambiar de ángulo, solo que ahora soy yo quien genera la fricción, quien se empala con él.

—Mírame, Blaze —le ruego—, mírame, voy a correrme.

Él me coge del culo, acompaña con sus embistes mis movimientos y vuelvo a alcanzar el clímax. Esta vez me acompaña. Deja escapar un gruñido animal, sus ojos son puras pupilas y su cuerpo musculoso se tensa, marcando cada tendón, antes de derramarse en mi interior con la única barrera del condón entre nosotros.

Caigo rendida sobre él; su pecho se agita, pero no tanto como el mío. Me aparta el cabello, me coge de la nuca y me besa profundamente. Aún siento su polla dentro de mí, mi coño late a su alrededor y puedo jurar que me humedezco un poco más.

—Te prometí una lasaña... —le digo, me pongo de pie. Él me observa, me vuelvo y le

obsequio una mejor vista de mi trasero. Blaze se libera al fin de la camisa que tenía sus brazos prisioneros y los usa para atraer mi cadera y acercármela a él. Me sienta en su regazo, me besa, acaricia mis senos sensibles. Se separa a regañadientes cuando le rugue el estómago de hambre.

—De acuerdo, una lasaña como tregua.

Cojo su camisa y me cubro con ella; reconozco que siempre quise hacer esto, como en las películas románticas. Voy a la cocina y él se suma conmigo con las copas que habíamos olvidado. Me pongo manos a la obra. Esta vez suena una canción country: «The kind of love we make» de Luke Combs.

We've been burnin' both ends
Hemos estado quemando la vela por ambos lados
Keepin' the lights on
Manteniendo las luces encendidas
So I've been thinkin' we need
Así que he estado pensando que necesitamos
A little time alone
Un poco de tiempo a solas
So whatcha say we cancel our plans?
¿Qué dices si cancelamos nuestros planes?
Tonight, I'm only gonna be your man
Esta noche, solo seré tu hombre
Let's get some candles burnin'
Encendamos unas velas
And some records turnin'
Y pongamos unos discos
All the lights down low
Bajemos todas las luces
Take it nice and slow
Tomémoslo con calma
The way your body's movin'
La forma en que tu cuerpo se mueve
Keep doin' what you're doin'
Sigue haciendo lo que estás haciendo
To me all night long
A mí, toda la noche
Writin' our love song
Escribiendo nuestra canción de amor
Girl, I want it, gotta have it
Chica, lo quiero, tengo que tenerlo
Let the passion take us to a higher place
Dejemos que la pasión nos lleve a un lugar más alto
Makin' the kind of love we make...
Haciendo el tipo de amor que hacemos.....

CAPÍTULO 18

Blaze

La presencia de Maddie en mi vida se manifiesta en los detalles. En su cepillo de dientes en mi baño, en la pila de camisetas que usa para dormir, en el yogur de fresa en mi nevera... pero, sobre todo, en mi estado de ánimo. Con ella, las cosas se dan con naturalidad, aunque a una velocidad pasmosa. Pareciera que deseamos recuperar el tiempo perdido, no solo el transcurrido desde que nos conocemos, sino el de la vida que ahora nos reúne.

Ella empieza a confiar, a abrirse y a aceptar que existen personas buenas en el mundo. Y yo empiezo a comprender cómo debe ser una relación. Un lugar en el que sentirse seguro. Ya no debo andar con pies de plomo respecto a mis perras, a quienes Maddie adora, ni sentir pudor por llegar sudado del rancho por el arduo trabajo, ni experimentar remordimientos cada noche que no me atrevo a salir.

Ni siquiera recibo de ella un gesto de condescendencia o de entendimiento, una mirada de pena. No. En cuanto abro la puerta de mi casa —que ya es también suya—, sus ojos avellana brillan de expectación, su sonrisa ilumina el lugar y corre sorteando a Lottie para ser la primera en llegar a mis brazos. Los ladridos se suman a sus risas.

—Está celosa... —digo. Magdalen ríe.

—¿Ella o yo?

—Tú, por supuesto. Lottie llegó primero. —Le acaricio la barriga a mi perra y acepto los besos húmedos de Queen y Snowie.

Maddie llegó antes a casa, yo debí quedarme rellenando formularios. Al final, agotado, traje los papeles conmigo. Tendré que trabajar después de cenar; preferible a perder más tiempo sin verla.

—Me doy una ducha y regreso —le dije, la besé en los labios y bajé corriendo las escaleras. Ella me detiene.

—¿Adónde crees que vas, vaquero? Esa ropa debe ir a la lavadora, y la lavadora está aquí. No pretenderás que sea una esposa tradicional, ¿verdad? —Bromea, veo el brillo en su mirada. No obstante, me cuesta disimular el impacto de pensarla como mi esposa. Es tan apresurado y, al mismo tiempo, tan inevitable... Quiero poner el jodido anillo en su dedo y que el apellido Davenport corone el McEwan.

—No, claro que no. —Mi voz suena ronca. Cambio de dirección y voy hacia el lavadero. Me quito la camiseta de camino, sabiendo que ella no se perderá detalle—. Tú eres demasiado rebelde para ser tradicional.

—Y tú, funcional. No entiendo cómo un hombre no puede poner su propia lavadora.

Me desabrocho el cinturón y lo saco de un simple movimiento. Ella se muerde el labio. Se apoya en el respaldo del sofá y me mira; eso basta para que se me complique la tarea de quitarme los pantalones. De pronto, tengo que lidiar con un obstáculo adicional. Me quito las botas con ayuda del otro pie antes de bajarme los vaqueros por las piernas. Mi erección se adivina a través de la tela gris de mi bóxer.

Me doy la vuelta para llevar el montón de ropa a la lavadora y su voz sensual me acaricia los sentidos.

—Todo.

Cuelo mis pulgares a través del elástico blanco y los bajo. Estoy desnudo y lanzo las

prendas como si fueran balones de baloncesto a los cestos según color. Al darme la vuelta, veo a Maddie a mis espaldas. Se relame y se pone de puntitas para exigirme un beso. No me niego y su lengua hambrienta choca con la mía. Sin embargo, me para:

—A la ducha, que ya está lista la cena.

Respondo con un gruñido, disfruto de su mirada juguetona y de la promesa que se desliza: la espera valdrá la pena. Subo a la planta alta y no tardo en meterme bajo la alcachofa. Manipulo los grifos, necesito agua fría. Lanzo la cabeza hacia atrás, me masajeo el cabello empapado y contengo el impulso de buscar mi desahogo.

No hace falta. Mi desahogo está aquí. Maddie se ha quitado también la ropa y entra conmigo en la ducha. Coge la botella de champú y se la pone en la mano antes de pedirme que me incline para lavarme. No me contento con eso, me arrodillo de modo que sus senos queden a la altura de mi rostro y, mientras ella me lava el pelo, me dedico a acariciar sus rosados pezones con la lengua. Se erizan por mi estímulo, la escucho soltar un gemido ahogado. Con sus dedos tira de mi pelo hasta que alce la mirada, me aclara la espuma mientras me mantiene cautivo de sus ojos avellana. Me pongo de pie, me da la vuelta y me pide que me apoye en los azulejos para enjabonar mi espalda. Lo hace lentamente, recorriendo mi anatomía con deleite. Nunca fui vanidoso, hasta ahora. Ella me hace sentir el hombre más guapo del mundo, una especie de regalo divino para las mujeres. Casi me hace reír: ¿yo, un obsequio? Pero se me corta el aliento cuando me rodea por detrás para pasar el jabón por mi vientre, mi pecho y mi polla. Siente las pequeñas cicatrices, apenas perceptibles porque un cirujano estético se encargó de borrarlas. El agua sigue cayendo y se lleva los restos de espuma.

—Cierra el grifo y vuélvete —me ordena. Maddie no está empapada, como yo, la ducha la ha salpicado, dejando gotas que brillan como diamantes sobre su piel de mármol. Su cabello está recogido en un moño alto y algunos mechones se le pegan a la piel por la humedad del ambiente. Se arrodilla ante mí y se lleva mi polla a la boca. Alza la mirada y me deja ver lo mucho que disfruta. Pasa su lengua juguetona por el glande trazando círculos de fuego y luego empuja hondo hasta el fondo de su garganta.

—Magdalen, me vas a hacer correr, joder.

—Sí —dice, soltando el aliento sobre mi erección, y vuelve a empujarlo hondo, estimulándome con sus labios y su lengua. Sus dedos se clavan en mi trasero, me insta a moverme, a follarle la boca. Es imposible no hacerlo, mis caderas se mueven, estoy al límite.

—Maddie... —le advierto que estoy a punto del orgasmo, pero ella no se aparta. Lleva su mano a mi pene y acompaña los movimientos hasta que eyaculo. Me corro en su boca, ella toma todo el semen que puede o tal vez todo lo que quiere, porque el resto cae sobre el valle entre sus senos. Se pone de pie y me permite ver cómo mi placer se desliza por su piel y cómo eso la excita. Y entonces comprendo que no sabía lo que era estar loco hasta este momento, en que pierdo el control. La levanto en brazos, la siento sobre el mármol del lavabo y le abro las piernas. Su coño me espera húmedo y ansioso, y yo me deleito con él. Introduzco un dedo en su interior y le lamo el clítoris primero despacio y luego más rápido hasta hacer que se corre. Con mi dedo aún en su interior, me incorporo y la beso. Su boca tiene mi sabor y la mía el suyo.

—¿Esta era la cena? —Muevo el dedo en su interior. Ella gime.

—No, este era el postre, pero no pude resistirme.

Su cuerpo protesta cuando abandono el canal, pero también lo hace su estómago por estar vacío. Nos limpiamos y regresamos a la cocina. El pastel de carne está delicioso, pero yo solo puedo pensar en repetir el postre.

Blaze

Maddie pone la película Twister en el televisor y se recuesta con Queen, Snowie y Lotti para verla por enésima vez. No solo le encanta, sino que lo hace para hacerme compañía mientras sigo con la engorrosa tarea de rellenar formularios. Por supuesto que quiso ayudarme, pero se lo impedí. Me valí de mi papel de jefe, porque de lo contrario, habría impuesto su voluntad.

Levanto la mirada de la pantalla de mi ordenador portátil, disfrutando del cuadro que conforma y de la sensación tibia que se extiende por mi pecho. Estoy enamorado de ella. La única razón por la que callo es porque temo asustarla. Sé que es rápido, más aún, sé que Magdalen no se ha abierto del todo conmigo. A veces, la tristeza se apodera de sus ojos avellana. Me observa como si quisiera retener mi imagen para el futuro, para cuando ya no esté.

No quiero presionarla, entiendo que la han dañado demasiado en el pasado, que siempre espera lo peor. Solo a una persona así le relajan las películas de catástrofes naturales, pienso y sonrío. Regreso mi atención al trabajo y, cuando vuelvo a levantar la mirada, la veo dormida, acurrucada junto a Queen. Decido que ya he hecho suficiente por hoy; por culpa de las tareas del rancho, me he quedado sin mi ración doble de postre.

—Definitivamente tengo que hallar el equilibrio entre mi vida personal y laboral — murmuro, bajando la tapa del portátil. Apilo los formularios pendientes, que estarán aquí mañana, y voy junto a Maddie. La alzo en brazos y, cuando la levanto, se despierta y me rodea con los brazos, aún somnolienta, y me da un beso en la mandíbula. Subo las escaleras y la deposito suavemente en la cama. Ella se ovilla y solo murmura:

—No tardes. —Y vuelta a dormir. Le hago caso, solo me detengo lo suficiente para lavarme los dientes y me deslizo bajo las sábanas a su lado. Ella, sin despertar, se desliza por la cama, atraída por mi calor, y me rodea con un brazo. Coloca la cabeza en el hueco que hay entre mi hombro y mi cuello. Le beso la frente y acaricio su brazo rítmicamente hasta que yo también sucumbo al sueño.

No sé cuánto tiempo ha pasado, ese es el problema de los sueños. De pronto, ya no estoy en mi habitación y no es Maddie quien me abraza, sino un cinturón de seguridad que me aprisiona el pecho. Es el mismo sueño de siempre: mi madre conduciendo en medio de la tormenta. Los embudos que tocan tierra, la pérdida de control del coche, el árbol... el tronco en mi esternón y lo que está fuera de lugar. Veo a mi madre darse la vuelta, su mano extendiéndose hacia mí...

—¡Blaze, despierta, cariño! ¡Blaze! —Pero su voz suena demasiado enérgica—. ¡Blaze, despierta, cariño! ¡Blaze!

No puedo respirar. Ni siquiera puedo moverme. Tengo miedo e intento decir algo, pero no me sale voz.

—¡Blaze! —La voz de mi madre suena distinta, más grave y firme—. ¡Por favor, cariño! Estoy aquí.

Quiero hablar, gritar algo. Junto todas mis fuerzas y lo consigo:

—¡Cuidado! —Me incorporo de golpe y vuelvo a estar en mi habitación. Estoy confundido, con el corazón latiendo a mil y los brazos de Maddie rodeándome.

—Shh, fue una pesadilla —me dice serenamente—, solo fue una pesadilla. Estás aquí, conmigo. —Me besa el hombro desnudo, me rodea por detrás y me insta a apoyarme en ella. Extiende su mano hacia la mesilla de noche y me alcanza la botella de agua que siempre tengo allí. Hacía mucho que no tenía pesadillas, al menos no esta, la recurrente.

—Lo siento. —Me desenredo de sus brazos—. Vuelve a dormir, ¿de acuerdo? —Salgo de

la cama, iré al sillón, veré una película o escucharé música, cualquier cosa que me ayude a quitarme las imágenes de la cabeza hasta que pueda volver a dormir. Porque tomar una píldora no es opción, solo conseguiré convertirme en un zombi.

Ella me sigue, en silencio, me brinda el espacio y el tiempo necesarios para serenarme. Yo soy incapaz de expresar cuánto le agradezco el gesto, cuánto necesito un abrazo suyo. Pero no puedo quitarme de la cabeza años de sentirme una carga, un enfermo, un roto... Detesto haberle robado el sueño, hacer que esté tan cansada mañana como lo estaré yo. Arrastrarla a situaciones que no parecen tener solución. Ciertamente es que llevo meses sin mis odiosas comparaciones, dos meses y una semana para ser exactos, el tiempo que Maddie y yo sumamos como pareja. Desde ese día, me planteé entrar en esta relación sin maletas, sin pretensiones, sin ideas preconcebidas. Permitir que Magdalen y yo construyéramos esto juntos, paso a paso, sin dejar espacio a las sombras del pasado.

Pero hoy el pasado ha golpeado y no puedo evitar recordar a Shannon. A sus reproches por mis pesadillas, a su malestar por fastidiarle las noches y a mi negativa a medicarme para hacerle la vida más fácil a todos. Así que, cuando Maddie se sienta junto a mí en el sillón y solo pregunta:

—¿Te puedo abrazar?

Siento que el mundo se abre bajo mis pies. La cojo en brazos, la siento sobre mi regazo y la estrujo con tanta fuerza que una mujer menos firme que mi Maddie se habría fracturado. Con ella, puedo mostrarme vulnerable. Algo que los vaqueros de Nebraska tenemos prohibido. Debemos ser fuertes, debemos poder controlar la indómita naturaleza de nuestra geografía y, para eso, necesitamos saber domarnos a nosotros mismos. Pero muchas veces parece quedar en el olvido que, junto a un hombre fuerte, siempre hay una mujer fuerte que camina a su lado. Nadie se salva solo en estas tierras y yo no soy una excepción. Sin embargo, llevo años solo. Solo de verdad. Por no hacer sufrir a mi padre, he hecho como si estuviera mejor, he borrado las cicatrices de mi cuerpo con cirujano, he dejado de hablar de las pesadillas y he fingido que los ataques son solo de ansiedad. Porque ¿cómo decirle que sueño con la esposa que amó y perdió?, ¿cómo exponerlo al recuerdo constante de que su esposa murió y su hijo quedó hecho polvo? Necesito ser fuerte por él. Y sí, pienso en Shannon, en que estar con ella era como estar solo dos veces.

Pero entonces llega alguien que, con un abrazo, reúne todas las piezas y las pone en su sitio, y te dice: «Yo las sostengo mientras tú las pegas», y empieza a brillar en el horizonte la luz de un nuevo amanecer. La idea de que aún hay esperanzas, de que solo pierde el que se rinde.

—Gracias —le digo.

—No tienes que agradecer, tus brazos son mi lugar favorito, ¿vale? —Me acaricia el mentón, me da un suave beso en los labios—. Fue la pesadilla del accidente, ¿verdad? —Asiento con la cabeza.

—Siempre es el mismo sueño, nada cambia.

—Entonces, no es un sueño, es un recuerdo.

—Por desgracia, no. Porque en mi sueño suceden dos cosas que no se corresponden con lo ocurrido: una es que en él mi madre se vuelve hacia mí y me tiende la mano. Y ella murió en el acto. Y la otra es que no puedo hablar, pero siento la presión en la garganta, no en el pecho. Aunque siento el tronco allí, lo que me impide gritarle algo es la garganta. Nunca sé qué le quiero decir.

—¿Nos sigue, mamá? —dice ella.

—¿Qué?

—Eso dices en sueños. Me costó entenderte porque era casi inaudible. Pero oigo que dices: «¿Nos sigue, mamá?».

—No puede ser, no hablo en sueños. —Ella me sonríe.

—¿Intentas hacerme *gaslighting*, vaquero? —bromea para aliviar la situación—. Te juro, Blaze. —Preguntas ¿nos sigue, mamá?

Deja de sonreír al notar que mi corazón se acelera. El de ella hace lo mismo, pero en su caso, de furia.

—Tal vez algo ha cambiado —intento disminuir el impacto, otorgar el beneficio de la duda. Pero sé que no, el sueño es siempre el mismo, ese es el problema. Llevo años atrapado en él y...

—Nada ha cambiado, Shannon tiene que haberte oído y nunca te lo mencionó. ¡Blaze! No sé si es un recuerdo, una proyección de tu mente o qué demonios, pero si has estado yendo a terapia y lo que le dices a tu psicólogo no es verdad, porque los demás te mienten...

—No sabemos... —Cierro los labios.

—Yo bromeaba, Blaze, pero a ti sí te han hecho *gaslighting*. Que las mujeres seamos más frecuentemente víctimas en las relaciones tóxicas no quiere decir que no exista la versión inversa, que no haya mujeres maltratadoras. Hacerte creer que estás loco o no acompañarte cuando necesitas ayuda ¡es violencia! —exclama. Se pone de pie, porque el enfado la llena de energía y quiere descargar su ira contra algo. Se contiene, ella sabe domar su fuego. O tal vez no—. Voy a matarla, ¿sabes? Voy a convertirme en una de esas novias locas que persiguen a las exparejas con un hacha. Voy a matarla, descuartizarla y... No sé, ¿qué más puedo hacer?

—Maddie...

—Ya te advertí que era vengativa. —Se deja caer en el sillón, frustrada—. ¡Ojalá tuviera el poder de Carrie en este momento y pudiera hacer arder todo!

—Maddie...

—¿Qué? —espeta.

—Estamos sacando conclusiones precipitadas. —Me carboniza con su mirada avellana—. De acuerdo, no estamos sacando conclusiones precipitadas, pero ahora estoy contigo. El pasado, pisado.

—Ni de coña. El pasado te despierta por las noches, te provoca ansiedad y, ahora, te ha provocado baja autoestima. El pasado que venga, que no le tenemos miedo —gruñe. Su enfado ha conseguido mejores resultados que las películas y la música; ya no siento la presión en el pecho. Al menos no por el sueño, sino por lo mucho que la amo. ¡Dios, hasta adoro sus cabreos! Se ve hermosa con su melena despeinada, sus mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas por el odio—. No puedo entender que no te lo haya dicho. ¿Qué ganaba con mentir?

—No quería que fuera a terapia. Supongo que le daba vergüenza salir con un loco. —Maddie abre la boca y la cierra. Se guarda los juramentos que iba a proferir—. Además, cuando voy a terapia, empeora.

—¡Claro que empeora! A veces hay que ir hasta el fondo antes de empezar a escalar. Tienes que volver a terapia, Blaze, pero ahora sabiendo que dices eso. ¿Nos sigue, mamá? ¿Y si resulta que sí os seguían?

—Maddie, no hay pruebas de eso. También la veo a ella volverse y la autopsia dice que ha muerto por paro cardiorrespiratorio debido al impacto. Mis recuerdos están distorsionados.

—¿Cómo lo sabes, si te han estado mintiendo?

Hago silencio. Ella inhala profundamente y exhala, se vacía los pulmones de aire y el pecho del enfado. Se acerca de nuevo a mí, se sienta sola en mi regazo y me mira a los ojos. Me

coge el rostro con ambas manos y me insta a apoyar mi frente en la suya. Nuestros ojos se encuentran.

—Estoy aquí, Blaze. Estoy aquí contigo, ¿vale? Y eso implica enfrentarlo juntos. No me iré, no me quejaré ni me espantaré por atravesar este proceso contigo.

—Maddie, ya tienes bastante con tu madre...

—Y puedo con más. Justamente por eso debes confiar en mí, no soy una niña mimada. Aunque no creo que Shannon lo sea, creo que es una arpía y mala persona. Pero eso no viene al caso. Sé a lo que me enfrento, sé que el camino no es llano ni recto. Que tiene subidas, bajadas, curvas y rotondas. A veces retrocede y otras avanza lento. Te acompañaré, ¿vale?

Vacilo. No quiero hacerle esto. Es cierto que nuestra relación fluye y que en dos meses tengo con ella más conexión que con nadie más, pero temo que sea apresurado poner nuestra relación a prueba. Y la quiero demasiado como para perderla.

—Tú eres el de la confianza, ¿recuerdas? El que me dio el móvil y la llave de la camioneta en la primera cita. —Sonríe—. Yo soy la desconfiada. Blaze, me has enseñado a ver el mundo de otra manera, a tener esperanza en las personas, a creer que en el mundo también existen los buenos y que, de vez en cuando, ellos también ganan. Ahora es tu turno, tienes que creer en mí y saber que no te dejaré. Superar el pasado no es cerrar la puerta y fingir que no pasó, no es pretender que Shannon nunca existió y nunca te hirió ni que el accidente nunca ocurrió... Superar el pasado es amigarse con él, aceptarlo y convertirlo en parte del presente, pero como un cimiento fuerte y no como una viga resquebrajada que, en cualquier momento, hará caer lo que pusimos encima. Y sé que tú puedes hacerlo, estoy segura, sin embargo, por algún extraño motivo, lo sucedido permanece en las sombras. Pedir ayuda no te hará débil, sino todo lo contrario, se necesita una fuerza extraordinaria para hacerlo.

—Detesto arrastrarte a esto.

Ella me mira con tristeza; no parece hacerlo por mí, sino por ella.

—Tú fuiste sincero desde el primer día, siempre supe a quién le entregaba mi corazón y cuáles eran las consecuencias. —Se muerde el labio, como si realmente quisiera decir algo más—. Me ayudaste en mi momento de mayor vulnerabilidad, permíteme devolverte el favor.

—No se trata de favores.

—Lo sé.

Se muerde tanto que se hace sangre. La obligo a soltar el labio del agarre de sus dientes y paso mi lengua por la herida. No se trata de favores, sino de lo que uno hace por quienes ama. Aún no estamos listos para confesarnos, necesitamos tiempo para componernos y poder estar juntos. Cuando no hay palabras, nuestros cuerpos hablan. Mi roce se convierte en beso, su abrazo en caricias y el sexo en el idioma de lo que callamos.

Blaze

El calor es agobiante, se aproxima el peor mes del año. En Nebraska, la diferencia de temperaturas entre invierno y verano condiciona la vida de todos. Por eso los meses anteriores eran cruciales: en el mes más caluroso de verano las actividades menguan para reactivarse en otoño, antes de los fríos helados. Eso no implica que no haya mucho por hacer. Mi sombrero me protege de la insolación, pero también me hace sudar. La camiseta blanca se pega a mi pecho y el polvillo se adhiere a mi piel. Cuando subo a la camioneta, suspirando, el aire acondicionado me refresca. Bebo agua del botellín en el momento exacto en que suena el móvil. No es la melodía que me indica que es MaryAnn con más trabajo, lo agradezco; es la que empleo para reconocer

las llamadas de mi padre.

—Señor Davenport —bromeo al saludarle.

—Blaze, ven a mi despacho. Reunión improvisada...

—Eso no es bueno.

—Es Karl, nunca es bueno —gruñe.

Yo sonrío, sé que el viejo tiene el teléfono en altavoz.

—Espera a que me dé una ducha, apesto.

—Ven así, es el riesgo de tener reuniones improvisadas; además, le vendrá bien ver a Karl cómo luce un trabajador.

—Sí, señor. —Corto la comunicación y maldigo. Karl no me pone nervioso, apenas balbuceo con él, lo que no implica que me caiga mal. Sé que los negocios son así, que uno debe ser un poco adulator, pero lo que te hace un buen negociante es que no se te vean las costuras. Y a Karl se le escapan los hilos en cada puntada. Conduzco en dirección a la casa principal, echo un vistazo antes a la nave central y me alegro de saber que Maddie está ahí, bajo el frescor del aire, desempeñando tareas más ligeras que en los meses anteriores. Se ha dejado la piel en el rancho, se merece descansar.

Al bajar del coche, el calor me pilla desprevenido. Llevo veinticinco años en estas tierras y aún es difícil aclimatarsé. Una vez más, al entrar en la casa, noto el cambio de temperaturas. Si no terminas con un resfriado, alégrate, tienes el sistema inmune de Superman. Al llegar al despacho, veo a mi padre en su butaca, con el imperio a sus espaldas y a mi primo Karl frente a él, como un niño en el rectorado.

—¡Blaze!

Le estrecho la mano, lo miro a los ojos y me deleito con su expresión de asco. Tras el apretón, se mira la palma de la mano para ver si encuentra estiércol de vaca o cualquier otra cosa. Solo para molestarle digo:

—Hemos avanzado mucho en la colecta de esperma de toro, podremos inseminar a muchísimas vacas el año que viene.

Mi padre contiene la risa. Karl ya no, busca con qué desinfectar la mano.

—¿Fue sencillo? —continúa mi padre la broma.

—Muy pocos debieron recibir estimulación de próstata. —Ahora Karl está pálido. De repente, se escucha una risa inesperada en la reunión; mi hermano Wade está en conferencia por teléfono—. Tranquilo, primo —digo y me siento en otra de las sillas. Cruzo el pie sobre la rodilla de la pierna contraria y me recuesto en el respaldo. Me quito el sombrero y me abanico con él; sé que, además de sudado, estoy moreno y mis pecas son más visibles de lo habitual—. Solo estuve apaleando estiércol.

—¿Eso debe tranquilizarme?

—De allí viene el dinero que quieres invertir, Karl —interrumpe Wade al otro lado. Mi primo cierra los labios con fuerza y yo entiendo la razón de la reunión improvisada. Hay decisiones que tomamos los tres.

Antes éramos cuatro. Y ese cuarto aparece aquí como un fantasma, en la voz de Karl.

—¿De qué se trata? —Soy el único que no está en contexto. Mi padre toma la voz cantante:

—Robert Tate llevaba cierto tiempo negociando con Roman sobre la forma de diversificar fondos —explicó—, cuando le di una patada en el trasero por lo que hizo con su hijo, ese negocio quedó sin concluir.

Wade aporta su parte de la historia.

—Tate me trajo la propuesta, la estaba analizando a fondo antes de proponer esta reunión. Karl se ha adelantado.

Miro a mi primo, que se yergue en la silla y saca pecho, como un gallo antes de una pelea. Entiendo que eso es lo que ha estado haciendo con Roman, en sus cruceros, todo este tiempo. Pero sé cuál será su moneda conmigo: Maddie.

—Sí, me he adelantado porque no me gustaría que os perdierais esta inversión por asuntos personales. —Dice esto último con sarcasmo—. Tate, como buen amigo de la familia, también está preocupado por ello y me ha pedido que interviniera, ya que yo también soy familia, ¿verdad?

—Aprecio demasiado a tu madre, es verdad —responde mi padre. Soporta a Karl solo por eso, porque le apena que su hermana tenga un hijo tan imbécil y siente que comparten el mismo karma. A ella le tocó Karl; a Ryan, Roman.

—Tate te ha prometido una tajada; los asuntos personales te importan una mierda, Karl —rebate Wade—. Es una inversión en criptomonedas, una forma de diversificar capitales y hacer transacciones con países de dudosa economía. —Vaya eufemismo—. Hay riesgo, hay ganancia, ¿hay trampa? Eso es lo que intento averiguar antes de dar el visto bueno. Antes de plantearos la idea.

—Vale, pero yo he traído la idea. Tío, ¿tú qué piensas?

—Pienso que Robert Tate podría venir a hablar directamente conmigo si está tan apresurado.

—Lo ha intentado...

—No —lo detiene mi padre—, no lo ha intentado. Es él quien mezcla asuntos personales. —Sus ojos me alcanzan de soslayo—. Está más despechado por el asunto de Shannon que mi hijo, joder.

—Es que justamente por eso me ha pedido que viniera, tío. Como una prueba de que no hay rencor, al fin y al cabo, fui yo el primero que quiso ayudar a Blaze a superar a Shannon, ¿verdad?

—Deja a Maddie fuera de esto —siseo—. No quieren asuntos personales, pues así lo haremos. Ni Maddie, ni Shannon ni Roman tienen nada que ver con el dinero del rancho. Si quieres que invirtamos, debes traernos un proyecto de inversión con su apartado de riesgos, ganancias y aspectos legales.

—¿Maddie? —pregunta, no consigue esconder la sorpresa y se me erizan los pelos de la nuca.

—La novia de Blaze —aclara mi padre. Karl se queda sin palabras. Le lleva varios segundos reaccionar, cuando lo hace, sonrío y repite.

—Novia...

—Hablamos de negocios —lo corto de inmediato.

—Vale, sí, negocios. —Busca cierta complicidad conmigo, soy yo quien no entiende qué sucede—. De todos modos, Maddie es una prueba de que pueden confiar en mí, ¿verdad? Tú no tenías fe en la cita y ha salido... de maravilla.

—Que conozcas a una persona decente no basta para compensar.

—Decente... —Clavo mis ojos en él y se calla. —De acuerdo —Su sonrisa se vuelve de tiburón—, dejemos el asunto personal aquí. Haré lo que me habéis pedido, os traeré un informe completo y veréis que es una buena inversión. Sé que estáis peleados con Roman, pero sigue siendo un capullo muy perspicaz en los negocios.

—Y para la falta de ética —añade Wade—. Pon esmero en la parte legal si quieres que

vuelva a leer la dichosa propuesta.

—Y dile a Tate que no sea cobarde —suma mi padre—, que si ya no tiene las agallas de hablar de negocios conmigo, entonces no lo necesito como asesor financiero.

Tras lo cual, prácticamente echa a Karl del despacho. Quedamos los dos y la voz de Wade al teléfono. Mi hermano aprovecha que ya estamos aquí para ponernos al corriente de las demás inversiones y expresa algunas de sus dudas:

—No veo claro el flujo del dinero, padre. Nadie que haga las cosas legalmente necesita esconder tanto.

—De acuerdo, sabes que confío en tu percepción. Yo estoy viejo, ya ni siquiera entiendo qué son las criptomonedas.

Me río.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo entiendo. Lo mío es la economía real, soy un desastre para la parte financiera. Menos mal que tenemos a Wade.

—Eso, menos mal que me tenéis a mí —bromea—. Por cierto, hermanito, no sé si te has dado cuenta, pero yo sí. Enhorabuena...

—¿Por qué?

—Porque le has cerrado el pico a Karl en lugar de sentirte culpable por lo de los asuntos personales. El muy hijo de puta lo soltó para ti.

—Lo sé. Que le den. —Cojo mi sombrero y me lo calzo, me pongo de pie—. Cuando les conviene, somos familia, amigos desde hace años, exparejas; y, cuando los mandas al tomar por culo, ¡ey, que no es personal, son negocios! Me tienen hasta las narices con sus manipulaciones.

El orgullo se asoma en la mirada de mi padre.

—¿Has vuelto a terapia?

—Mañana tengo cita. —Saludo tocando el sombrero antes de abandonar el despacho y escucho a mi padre.

—Maddie te hace bien.

Sí, sí que lo hace.

CAPÍTULO 19

Maddie

¿La ansiedad es contagiosa? Porque ahora soy yo quien la padece. Blaze ha retomado la terapia y eso me moviliza. Quiero poder ayudarlo, acompañarlo y devolverle todo lo que me ha dado. Cuando hablamos del asunto, él estaba preocupado ante la posibilidad de que yo no pudiera lidiar con las consecuencias y me alejara. Eso no va a pasar. Si no soy capaz de abandonarlo por mis secretos, mucho menos lo haré por su honestidad. Siempre supe lo que significaba entregarle mi corazón, jamás me ocultó su problema y, a diferencia del mío, él es la víctima absoluta de todo esto. No ha elegido vivir lo que vivió, ni el accidente ni lo que sucedió después. Cuando uno tiene un trauma en el pasado es como tener una pequeña falla en los cimientos, un error de cálculo en las bases; desde allí, lo que se construye está sujeto a eso. Entiendo por qué Blaze soportó tanto tiempo la situación con Shannon, por qué teme que yo lo abandone, por qué piensa que debe compensar al mundo por tolerarlo. Es doloroso, pero lo entiendo. Y la razón se halla en la fisura que dejó el accidente, un daño tan hondo que su propio inconsciente lo oculta y solo lo deja salir en sueños. Cuando tiene las defensas bajas. Cuando es más vulnerable. Justo en ese sitio del que su expareja se valió para mentirle.

No entiendo sus motivos. Es cierto que en la América profunda los hombres deben ser rudos y resolver sus problemas como un buen vaquero: bebiendo y peleándose en los bares. Entiendo que se pueda considerar el comportamiento de Blaze como una debilidad, pero yo la considero más fuerte que liarse a puñetazos con extraños. ¡Hay que tener mucho valor para sentarse frente a un psicólogo y dejarse ayudar!

Sé que está de regreso porque las perras ladran y van a su encuentro. Yo aguardo en la cocina, donde preparo lasaña para la ocasión, aunque esta vez la acompañaré con un vino adecuado al presupuesto de un mortal. He invadido su espacio y él no parece molesto por ello. No le importa que use sus camisetas —una de ellas me cubre ahora mismo hasta los muslos—, que mi champú esté junto al suyo ni que pase más tiempo aquí que en mi habitación de alquiler. Al contrario, lo único que ha comentado es que prefiere que tengamos otro sitio, construido para nosotros, según nuestros gustos y necesidades...

En realidad, lo que quiere decir es que quiere que sea un sitio que ni Shannon ni Roman hayan contaminado.

Yo temo hacer estos planes, me consume la culpa. Él es la prueba de que lo que los demás ven como debilidad es en realidad fortaleza, me ha confesado sus fantasmas, mientras que yo soy la cobarde que esconde los suyos bajo sábanas blancas.

Me rodea por detrás y me da un beso en el cuello.

—¿Cómo ha ido? —Intento sonar relajada, se ve que fracaso, porque se ríe.

—Aún no ha empezado lo peor. —Va a por unas copas y sirve vino para los dos. Después, busca el pienso seco de las perras y les llena los cuencos. Yo lo veo maniobrar entre las border collie y sonrío; es el verdadero sueño americano hecho realidad.

—¿A qué te refieres?

—A que recién vamos por la parte conductual —me explica. Regresa a mi lado, se apoya en la encimera y se adelanta a cada necesidad: cuencos, espátulas, asideros...—. Antes de llegar a la parte de ahondar en el pasado, debo fortalecerme en algunas herramientas de guía y control de las emociones.

Decidimos comer en la barra central de la cocina, nos sentamos en los altos bancos enfrentados y pongo toda mi atención en él mientras me aclara en qué consiste el tratamiento. He visto muchas películas, soy de la idea de que uno viaja al pasado con la mente, descubre el problema y ya está, queda curado. No es así. Primero, Hanna le enseña a estar en control. Muchas veces, en las terapias se ve que las personas reviven el trauma y lloran desconsoladamente, y cuando se serenán, ya están sanas. Blaze me explica que eso es muy malo, que revivir el trauma y desbordarse es contraproducente y puede hacer que nuestra mente sumerja el recuerdo aún más hondo para protegernos. Por eso, a pesar de los años que lleva de terapia, debe regresar a las herramientas de control para que, cuando empiecen la regresión, no se desborden. Si sucediera, empezarían de cero. El camino de la sanación es arduo, pero confío en él. Nadie trabaja más duramente que Blaze Davenport.

Esa noche nos vamos a la cama temprano, él sueña, pero no se despierta ni se asusta. Aunque sí repite: «¿Nos sigue, mamá?».

Maddie

Una montaña de carpetas nos separa de Hope Lynch. Ya pasó el tiempo de cruza, el de cosecha, y ahora llega el de ventas. La cantidad de información que nos envía el departamento de Wade es abrumadora. Bailey no da abasto con los informes, por lo que, mientras tomamos café, seis manos se encargan de cargar información. MaryAnn y Edward no están menos agobiados: la agenda de Blaze es un tetrís de reuniones con inversionistas que no deben solaparse con el trabajo que aún demanda el rancho.

Es cierto que ya no necesitamos arrear animales, vacunarlos, cruzarlos, reparar cercas, construir corrales nuevos y organizar las cabezas de ganado, pero eso no quiere decir que las tareas de mantenimiento no sean numerosas. La administración de follajes, aguas y pastoreos sigue demandando una gran cantidad de horas y esfuerzo. En medio de todo esto, Blaze debe estar de punta en blanco para coger una videollamada con hombres que creen que el dinero crece en los árboles.

Vale, sí, me estoy quejando porque lo veo menos. Los obreros golondrina se han reducido a la mitad; yo estoy aquí con todas estas carpetas en lugar de mirar a mi vaquero sexy, cubierto de sudor y polvillo, y soñar con quitarle esa ropa que se le pega a cada músculo y darme un festín.

—Chica, te has quedado con cara de tonta —se mofa Hope.

—Extraño la acción de los meses anteriores —reconozco—. Christine ha conseguido el mejor empleo.

—Pues permíteme discrepar —interviene Bailey—, yo no cambiaría el aire acondicionado por nada. Han visto el pronóstico: al mediodía el termómetro marcará 100 grados Fahrenheit.

De solo pensarlo, cojo mi sombrero y me abanico.

—Vale, retiro lo dicho y me preocupo de que Blaze esté allí fuera. MaryAnn...

—Haces bien, porque ha cancelado la reunión que le he programado a las dos de la tarde para trabajar en los graneros.

—Voy a matarlo —suelto entre dientes. Los graneros son construcciones de acero galvanizado y, cuando los toca el sol, se convierten en fuego puro. Pero todas mis preocupaciones se disipan. La estridente alarma suena al tiempo que unas pequeñas luces rojas sobre los dinteles de las puertas realizan su peligroso baile. La electricidad general se apaga un

microsegundo, tiempo suficiente para pasar al sistema de suministro de energía alternativo.

Nos ponemos en acción de inmediato, no hay tiempo para pensar. Este baile, como una coreografía de vida o muerte, está muy entrenado. Pese a ello, mi mente va a Blaze, a su miedo a las tormentas. Porque de eso se trata: alarma de tornado.

Mis pies se mueven sin que intervenga mi cerebro; estamos en modo supervivencia. Como soy relativamente nueva en el rancho, no ocupo un lugar primordial en el plan de evacuación. Aquí las líderes son Hope y Bailey. Hope se pone su chaleco naranja sobre la camiseta de algodón y guía nuestra fila fuera de la oficina, mientras Bailey se asegura de que nadie se quede atrás. No hay tiempo para coger cosas ni para distraerse. A diferencia de los huracanes u otras catástrofes naturales, los tornados no dan antelación. Los meteorólogos pueden advertir que las condiciones están dadas, pero nunca se sabe si tocarán tierra, con qué fuerza y, lo que es más angustioso, dónde. Cualquier punto a kilómetros a la redonda puede ser víctima de un embudo o de varios.

En el corredor, la coordinación es perfecta. Una fila detrás de otra, sin pisarnos ni apurarnos, vamos abandonando la nave central por la puerta principal. La alarma ya no ensordece, pero resuena de fondo, lo que permite a los coordinadores del plan de evacuación dar órdenes y oír si alguien tiene problemas. La combinación de luces blancas del sistema de emergencia con el titileo de luces rojas otorga al momento la gravedad suficiente para que nadie cometa la estupidez de subestimar la amenaza. Muchas veces sucede con los empleados golondrinas, con esos que vienen de otros estados que no sufren tornados y piensan que tendrán tiempo. Piensan que llegarán a coger su ordenador o a por unas cervezas para pasar el rato en el refugio. Un error que puede costarles la vida.

Una vez atravesamos la gran puerta de la nave, podemos ver el movimiento sincronizado del rancho. Las camionetas se van acercando a la carretera central del rancho: la primera sede el paso, la siguiente se suma, otra sede, y así hasta conformar una línea perfecta de coches que se dirigen al refugio.

—¿Dónde está Blaze? —lo busco desesperada, pero sin demorarme ni entorpecer el avance de mi fila. También se evacúa la casa central. Ryan Davenport padre no ocupa el lugar de líder, no porque sea incapaz, sino para recordar que, ante la fuerza de un tornado, todos somos iguales. No tiene privilegios, no se salva primero, no desafía las órdenes del plan de evacuación. Es uno más. Delante de él avanza Ryan Davenport nieto. Siento un vuelco en el estómago al pensar en su pobre madre, lejos, oyendo la alarma, sin saber si su hijo ha alcanzado el refugio a tiempo. Esa angustia me abruma y sigo buscando desesperada a Blaze. ¿Dónde estás?

Christine baja de una camioneta, luce su chaleco naranja y una barra de luz fluorescente con la que indica a las camionetas dónde aparcar para que no se genere un embudo. Cuando los trabajadores bajan de ellas, se colocan detrás de Richter y entonces lo veo.

Blaze es el último hombre. Solo puedo pensar en nuestro primer encuentro, cuando hablamos de nuestros nombres. Él es libertad, esperanza de un nuevo comienzo, y yo soy fe. ¡Y lo soy!, porque he llegado a la puerta del refugio y debo avanzar, perderlo de vista, por lo que empiezo a rezar. Que el tornado nos dé tiempo, que llegue a ingresar antes de que cualquier embudo toque tierra. Aunque la alarma sigue sonando, no es ensordecedora, pero aturde mis oídos.

Al entrar, Gabrielle está allí y me tiende una manta como la de los aviones y un botellín de agua. Detrás de ella está Luke, el hombre de las misceláneas, con la radio. Se comunican con el exterior en caso de que se caigan las comunicaciones normales. Estamos debajo del viejo granero, el que usamos para comer. Hay reservas de alimentos y agua por si la alarma se

extiende durante mucho tiempo. Por lo general no sucede, los tornados llegan y se van de forma intempestiva. Cojo mis cosas y avanzo hasta un rincón. Mi preocupación por Blaze me impide disfrutar del plan, de lo bien organizado que está todo, de que estos momentos fueron los que me hicieron querer ser meteoróloga en primer lugar. Siempre soñé con ser quien pueda dar la señal de advertencia para salvar vidas, porque nadie vence a un tornado, solo se puede huir a tiempo de él.

Me quedo de pie, buscando entre las cabezas la de Blaze. Todavía entra más gente, escucho a Luke hablar con Ryan Davenport y alivio parte de la aprensión.

—Los Pearsoll ya están a resguardo. —Luke le tiende la radio al joven Ryan, el adolescente la enciende y dice:

—En el refugio, cambio.

Sonrío. Los ojos se me cristalizan cuando la voz femenina del otro lado responde un «cambio y fuera» entre bromista y relajado. Ryan, el nieto, se sienta cerca de su abuelo y coge su móvil, se queja de que no hay señal, y el viejo Davenport se burla de esta generación que no sabe vivir sin internet. Pero yo interpreto su tono relajado como una muestra de que quizá no lo está tanto; es un Davenport, después de todo, y lo que ha vivido Blaze les ha despertado una gran aprensión a todos. Han aprendido desde muy jóvenes que, en los casos de emergencia, no pueden utilizar la radio solo para serenarse, que hay prioridades y que es un privilegio saber que los tuyos están bien, aunque no puedas hablar con ellos.

Luke se comunica con los demás ranchos, reportan sus avances; al parecer, un embudo pequeño ya ha tocado tierra a unas millas de aquí.

—Se dirige al sur —grita Luke—, bajan las posibilidades de que toque en Fort Creek.

Soltamos el aire aliviados. No quiere decir que no vaya a golpear en los ranchos, pero al menos no lo hará en el centro urbano más cercano, donde podría cobrarse vidas humanas. Por fin entra Blaze y cierra la puerta de acero tras de sí. Me busca con la mirada de inmediato y mis ojos se clavan en los suyos. Coge la manta y su botellín, y camina en mi dirección sin demora. Al pasar junto a su sobrino, le hace volar el sombrero por los aires. Ryan se ríe y le dice:

—Los Pearsoll ya están en el refugio.

—Ya estamos a resguardo —lo tranquiliza, apretándole el hombro, y viene a mi encuentro. Nadie lo detiene, no solo comprenden su necesidad de estar a mi lado, sino que ya se hizo lo que se tenía que hacer. Ya no hay jefes, líderes, superiores... aquí estamos igualados ante la fuerza de la naturaleza.

Lo abrazo cuando llega a mi lado, pego mi cabeza a su pecho y escucho el retumbar furioso de su corazón. A pesar del temor a las tormentas y con su trauma a cuestas, ha logrado cumplir su papel en el plan de evacuación, poner a los demás a salvo y no venirse abajo. Su entereza me llena de orgullo y la fe que me ha obsequiado mi madre me hace tener la certeza de que esta vez lo conseguirá, sin personas que se interpongan en su recuperación, sanará y saldrá adelante.

Dejamos las cómodas sillas para los mayores y nosotros nos sentamos en el suelo, sobre las mantas. Me abrazó a él. Blaze se ríe.

—Hoy ni tú puedes negar que apesto —bromea. Yo me río, le paso el dedo por el antebrazo y arrastro el polvillo.

—¿Ya habían iniciado los vientos? —Él asiente. Eso quiere decir que el tornado está cerca y que golpeará en las inmediaciones. Lo común en esta temporada es que el cielo esté despejado y apenas sople una brisa; la pesadez es absoluta antes de que se forme la tormenta en el cielo. El viento se percibe cuando los dos frentes se preparan para chocar y entonces...

Entonces es tiempo de rezar.

—Estamos aquí, a salvo todos —le repito lo evidente.

Blaze vuelve a asentir. Noto cómo se mueve el pecho bajo mi mano, cómo llena los pulmones de aire y exhala lento, contando los segundos, hasta que su abdomen se hunde y sus costillas parecen cerrarse. Repite el ejercicio, es uno de los de Hanna. Tras un par de respiraciones, parece estar en total control.

Las tormentas no desatan su hipermnesia, pero el contacto social sí. No puedo evitar querer acomodar las piezas e intentar formar el puzle que su mente es incapaz de completar. Llego a la conclusión de que alguien lo ha herido y no algo. No fue la tormenta, la verdad se esconde en ese murmullo: «¿Nos sigue, mamá?». Sé que él piensa igual, estoy segura de que Hanna ha llegado a la misma conclusión y tengo más ganas de jugar al detective que de hacer regresiones. Sin embargo, no es el camino, la mente intenta completar los huecos, siempre lo hace, y si no llevas cuidado, los rellenará con información falsa. Por eso ellos no saltan a conclusiones y por eso mismo yo callo las mías, pero, joder, cómo resuenan en mi cabeza.

Luke nos comunica que el servicio meteorológico informó de pedradas. Al parecer hay más de un tornado en la zona, ha golpeado sin dar tiempo a lanzar la alarma de vigilancia y ha sido de gran intensidad. Probablemente debamos pasar aquí varias horas y, aun cuando salgamos, deberemos mantenernos en alerta.

Blaze me estrecha con fuerza, parece serenarlo tenerme en brazos. Saber que esta vez nada nos pasará. Si su corazón late acelerado por los nervios, el mío late por la emoción. Reconozco que me he enamorado perdidamente de este hombre y temo no merecerlo. Quizá por eso se mueven mis labios, se abre mi pecho y suelto parte de mi verdad.

—De pequeña me gustaban las tormentas porque mi madre no tenía que trabajar. Nos íbamos al refugio de la iglesia cercana y allí, con los vecinos, jugábamos a juegos de mesa para no pensar en las noticias ni angustiarnos antes de tiempo. En esos momentos, mi madre era como las demás. Abrazaba a su hija, no había diferencia, nadie la juzgaba... No hay espacio para el desprecio cuando un tornado golpea.

—¿Por qué alguien despreciaría a tu madre? —pregunta—, solo la conozco a través de tus palabras, y creo que no hay mejor prueba de grandeza que el amor de una hija.

Sus palabras me golpean hondo y me dificultan seguir. Quisiera no empañar la visión que tiene de ella y que siempre la vea con esos ojos güisqui que encuentran la bondad y la belleza hasta en el rincón más oscuro.

—Ella se vio obligada a hacer muchas cosas para mantener mi custodia. —Él asiente, ya se lo he dicho. Junto a valor para completar la sentencia—. Incluso vender su cuerpo.

Mi voz suena firme, aunque me cueste decirlo, y me aseguro de que mis palabras transmitan orgullo y no vergüenza. Que sepa que no juzgo a mi madre por lo que ha tenido que hacer para sobrevivir, aunque no emplee la misma magnificencia conmigo.

Blaze no dice nada, me estrecha más fuerte y me besa la frente. No me aleja, no cuestiona ni se atreve a mirarme con pena. En su gesto hay pura aceptación y, quizá también, una pizca de orgullo. De entender cuánto sacrificó mi madre por mi bienestar.

—El día que intentó suicidarse se activó una alarma de vigilancia de tornados. El café aún le pertenecía a Tammy, por lo que nos hizo irnos a casa y estar alertas junto a los nuestros. Si hubiera sido con Bryan...

—Llegaste —me dice Blaze, me alza el mentón y me mira a los ojos—. Llegaste a tiempo.

—Sí.

—Me alegro, Maddie. —Me da un beso. Una tormenta le arrebató a su madre, pero otra tormenta me permitió conservar a la mía, y en él no hay ni una pizca de rencor. Del sabor amargo de la injusticia. Jamás pensé que alguien como él existiera; es la tormenta que conserva mi vida, la luz que brilló en el momento más oscuro para recordarme que solo está muerto el que no lucha.

—Esa vez no pasamos la tormenta en la iglesia, sino en el hospital. Luego supe que había firmado un seguro de vida y quería dejarme el dinero porque pensaba que era una carga y que estaría mejor sola. Pero ella siempre fue mi motor, la razón por la que no me rindo. —Ahora soy yo quien busca su mirada—. Y ahora también eres tú. Los dos son mi mundo, Blaze. —Él me besa con fuerza, no va más allá porque, aunque no puedan escucharnos, sí pueden vernos y no tenemos ninguna intención de hacer un espectáculo. Aunque es evidente que el viejo Ryan nos mira de soslayo, se preocupa por su hijo, pero también me evalúa a mí. Quiere saber si soy buena para su hijo, y yo también quisiera saberlo. ¿Soy lo suficientemente buena para ti, Blaze?, ¿es mi pasado una carga, un estigma, o podrás perdonarme alguna vez el engaño?

—Gracias por decírmelo, Magdalen. Tu madre ha sido fuerte y lo hizo por ti, porque te quiere y porque tú la quieres.

—¿No la juzgas? —pregunto con terror. Las palabras me raspan la garganta; si él puede entender a mi madre, si él puede comprender lo que ha sucedido, tal vez tenga una oportunidad de perdón. Me aferro a la esperanza, me aferro a él.

—¿Quién podría hacerlo? No, no la juzgo. Le agradezco que te quisiera así, Maddie. Ella es la razón de que tú seas como eres. Has aprendido a luchar y, aunque a menudo olvides quitarte la armadura, sé que siempre podré contar con tu fuerza en una guerra justa. Ella te enseñó a no rendirte y no te has rendido conmigo. ¿Cómo podría juzgarla? —Me doy cuenta de que se me ha escapado una lágrima cuando su pulgar recoge la que se ha escapado de mi mejilla.

Quiero decirle que le quiero, la confesión está atrapada en el nudo de mi garganta. Callo, porque aún tengo más que confesar: todavía debo decirle qué hice para salvar a mi madre y ver si su bondad me alcanza. Porque él ha sido una víctima del engaño; decirle que lo amo antes sería un terrible acto de manipulación, ya que le obligaría a reconocer unos sentimientos que se fundamentan en una mentira. El amor solo puede darse y recibirse en la sinceridad, y yo no cumplo esa condición.

La alarma ha dejado de sonar. Luke informa de que podemos salir, aunque seguimos en estado de vigilancia. Nos ponemos de pie antes de que nos golpee la siguiente noticia:

—El tornado ha golpeado el rancho Weston —informa Luke con pesadumbre. Las demás tareas pueden esperar, un vecino nos necesita. Salimos del refugio, subimos a las camionetas y nos dirigimos al rancho Weston.

Así se hacen las cosas en Fort Creek. Así actúan los Davenport. Y mi corazón lo sabe: estoy donde debo estar.

CAPÍTULO 20

Blaze

Despertar a su lado es la prueba de que la felicidad existe. El sol se cuele por la ventana, amanece muy temprano. El amanecer es la mejor hora, porque el cielo se tiñe de naranja y morado, y el calor empieza a imponerse al frescor de la noche. Los días son tan largos y las noches tan breves que los grillos cantan con los pájaros. En este momento mágico, el cabello rojizo de Maddie se convierte en mi sol personal que brilla a mi lado. Su larga melena está esparcida por la almohada. Duerme bocabajo, con el rostro vuelto hacia mí y medio escondido en el ángulo que forma su codo al flexionarse. Está desnuda, la sábana apenas le cubre el trasero y puedo ver los dos hermosos hoyuelos que coronan su coxis. Paso el revés de mi mano por su espalda, siguiendo la línea de su columna. Tiene la piel suave y muy blanca; es de las personas que no se broncean, aunque vivan en el desierto. En contraste, mi mano se ve más morena, más ruda.

Yo también estoy desnudo. Es una invitación a continuar lo que empezamos anoche. Lo que empezamos el día en que nuestros caminos se cruzaron. Decir que hicimos el amor una, dos, mil veces no basta, porque la expresión en pretérito no define lo que sucede entre los dos en realidad. Hacer el amor es un proceso, algo que se va construyendo en momentos... algunos de sexo, otros de conversaciones, de solo miradas, de extrañarse, de pensarse, de elegirse. Hacemos el amor en presente continuo.

Creer que uno termina al tener un orgasmo es simplificarlo y reducirlo. En cuanto aparte la sábana, *no lo haremos de nuevo*, seguiremos donde lo dejamos. En el último beso, que no fue el final ni el principio. En la última caricia, que fue continuación de la anterior e inicio de la siguiente.

Sus ojos se abren, los párpados le pesan y su sonrisa es perezosa. Llevamos días de mucho trabajo, tuvimos que compaginar las labores del rancho con las ayudas a Weston. En nuestras tierras los daños fueron escasos: apenas algunas vallas y árboles caídos. No hubo muertos ni heridos graves, todos consiguieron refugiarse a tiempo.

—Buenos días. —Gira sobre la cama y sus pechos desnudos quedan a la vista. Me inclino sobre ella y la beso, mientras ella se ríe y coge el móvil para ver si ha recibido mensajes. Su madre está bien, la ha ido a visitar ayer. Me ha dicho que quiere presentármela, ahora que sé la verdad.

—Espero que el mundo pueda esperar, porque yo no —le digo y aparto la sábana. Maddie me rodea la cintura con las piernas y me acerca a su centro, pero lee los mensajes por encima de mi hombro. Yo suelto una carcajada—. Nos estamos saltando etapas, ¿ya hemos llegado a esto? —bromeo.

—Solo agrego algo a la lista del supermercado y estoy contigo, cariño —se burla.

Le muerdo el cuello y ella chilla. De todos modos, sí, estamos saltándonos etapas.

—¿Es Christine? ¿Te pregunta si puede usar tu habitación de depósito? —Ríe. Mantiene su sitio allí solo como un tecnicismo; yo sé a qué espero, a que me reconozca lo que sus labios no me dicen: que me quiere. Ella... tiene miedo. Desde que me contó lo de su madre, intenta decirme algo más, pero no encuentra las palabras. Yo, con mi ansiedad, me planteo cada escenario:

Que tema que mi aceptación no sea real, y sí juzgue a su madre por lo que se ha visto

obligada a hacer.

Que al ser yo un Davenport, nuestra relación salga a la luz y su vida sea puesta bajo la lupa, como sucede con la mía.

Que sienta que su presente no compensa el pasado...

Podría adoptar una actitud ofendida y preguntar: «¿Qué más debo hacer para que confíes en mí?», pero sería hipócrita por mi parte, porque cada vez que voy con Hanna, cada vez que me alejo del rancho, me pregunto si ella no se cansará de mis problemas. Hay una frase de Friedrich Nietzsche que dice: «Cuando amamos, queremos que nuestros defectos permanezcan ocultos, no por vanidad, sino porque el objeto amado no sufra. Sí, el que ama querría aparecer como un dios, y esto tampoco por vanidad». Si yo quiero ser perfecto para ella, ¿cómo puedo acusarla a ella del mismo pecado? Solo me resta recordarle que ya es perfecta para mí, que nada de lo que me diga puede cambiar lo que siento y que el hecho de luchar contra eso es la prueba de que su corazón grita lo que sus labios callan.

—No es Christine. —Se sonroja, porque nuestra amiga intenta empujarnos hacia nuestro destino—. Solo miraba las noticias meteorológicas.

—Olvidaba que tienes un amante. —Le agarro las muñecas e inmovilizándolas sobre su cabeza. La pantalla de su móvil me muestra la imagen satelital con esas extrañas figuras de colores que indican las corrientes de aire. Maddie sabe interpretarlas—. Tendrás que atenderlo, si no, no te dejará tiempo para mí. Sé compartir.

Quiero que vuelva a estudiar, ya es hora de dejar esta farsa de empleada y jefe, y aprovechar los privilegios de ser la dueña de un corazón Davenport.

—Ya veré —responde esquivada—. Ahora soy toda tuya. —Me aprieta más entre sus piernas y yo vuelvo a besarla. Un acto más de nuestro presente continuo.

Blaze

He oído la frase: «Trabaja en lo que te apasiona y no tendrás que trabajar ni un día más en tu vida». Es una gilipollez. Todos los trabajos tienen algo que no nos gusta hacer; en mi caso, son los balances contables. MaryAnn está en la oficina de la nave, yo en la de la casa del rancho y mi hermano en la de Omaha, y los tres estamos en videoconferencia, soltando un juramento tras otro mientras intentamos que no se nos pase un papel. Cuando eso sucede, rastrearlo para la presentación de impuestos es una pesadilla.

Los días de trabajo físico arduo han terminado, pero han sido seguidos por estos. Cada lote vendido debe quedar registrado y, en estas magnitudes, los pagos, las entregas, las inversiones y las rentas no se dan de inmediato. Comienza un juego de equilibrios para que A pague a tiempo y poder cubrir el vencimiento de B, que nos liberará el crédito de C, de modo que entre en este año fiscal en lugar de en el próximo.

—Me duele la cabeza —gruño al contemplar el número que se pintó de rojo cuando ingresé los datos en el sistema.

—No le hagas caso, eso se corregirá cuando los pagos pendientes pasen a verde —me dice Wade. Los grises son los pagos que nos adeudan.

—En ese caso, señor Davenport, deberá hablar con el señor Harris, porque tengo entendido que uno de esos grises es suyo y... ya sabe.

—Dime Wade —pide mi hermano—, si no, no sé a cuál señor Davenport le hablas. Tienes razón, joder con Harris... —murmura.

—Podríamos ayudarlo —propongo—, ha tenido mala racha, pero es un hombre

trabajador.

Mi hermano hace silencio, lo piensa. Sabe que debe tomar la decisión él, es el responsable de la parte financiera; casi puedo ver los engranajes de su cabeza funcionar, preguntándose qué haría el viejo en su lugar.

—La cantidad de personas que están cayendo en estas estafas financieras aterra — comenta MaryAnn para llenar el vacío.

—Ya... —respondo—. Roman no es el único, llevamos años escuchando que somos idiotas por trabajar duro y creer que el dinero viene del esfuerzo. Tantos niños con yates en Dubái hacen que los incautos piensen que se podrán hacer millonarios con un golpe de suerte. ¿Qué diferencia hay entre un ludópata y alguien que cree que las finanzas son eso?

—Me reuniré con Harris. —Wade mira a la cámara, sus ojos parecen clavarse en mí a través de la pantalla—. Seré claro, si pretende una inversión real y nada de jugársela al pleno, le ayudaremos. —Silencia el micrófono y se comunica con su secretaria. MaryAnn y yo continuamos con la tarea: algunos números se ponen en rojo, otros pasan a verde y el gráfico se actualiza en tiempo real.

—¿Maddie está contigo? —No puedo evitar preguntar.

—Sí, está luchando con las agendas de vacaciones. Va por la tercera taza de café.

—Repréndela en mi nombre.

Oigo a MaryAnn repetirme mis palabras. Maddie se ríe y responde algo que no consigo oír, algo respecto a que no la he dejado dormir. Veo a mi secretaria abanicarse con un sonrojo exagerado. Suelto una risa ahogada antes de que Wade encienda su micrófono una vez más.

—Vale, si quiero hablar con Harris, debe ser esta misma tarde, porque tengo un vuelo a Lincoln esta noche y debo apresurarme.

—Nos ha echado el muerto, MaryAnn —bromeo.

—Eso parece.

—Nosotros nos encargamos, jefe —le digo a Wade y me llevo la mano al sombrero imaginario.

—¡Fue tu idea, jefe! —replica, mientras veo que coge la chaqueta y se la calza sobre la camisa blanca e impoluta, se inclina sobre la cámara—. Prometo entregar el informe esta noche.

Corta la comunicación. Quedamos MaryAnn y yo en línea.

—Nos encontramos a doscientos metros, cierro aquí y me voy a hacerte compañía, ¿de acuerdo?

—¿No tiene nada que ver con que aquí esté Maddie?

—¡Tiene todo que ver con que esté allí Maddie! —Mi secretaria se ríe, yo finalizo la comunicación tras despedirme de ella de manera informal.

Estoy en el proceso de asegurarme de que la información se haya guardado correctamente antes de recoger mis cosas cuando Karl entra en el despacho. Detrás de él, una de las empleadas de la casa se presenta, en su rostro se trasluce la disculpa.

—No pasa nada, Jolie, sé perfectamente cómo es Karl. —Pasó por encima de la muchacha, como siempre hace, con la idea de que nuestra casa es su casa. De que su papel de familia le otorga privilegios.

Y tiene parte de razón, si no fuese nuestro primo, ya lo hubiéramos mandado a tomar por culo.

—¡Blaze!, qué alegría verte. ¿Trabajando duro o duramente trabajando? —suelta el chiste más malo de la historia. No respondo, prefiero ir al grano.

—¿A qué vienes? Si es por la inversión, ya sabes, Wade la está analizando.

—Sabes que puedes tomar decisiones tú también, eres un Davenport.

—Claro, de hecho, acabo de decidir que ayudaremos a Harris —digo, entre dientes apretados. Los de Karl rechinan; no consigue contener su enfado.

—¿Por qué a Harris y no a mí?

—Porque Harris trabaja, Karl. Cuando vengas con un negocio real, que genere empleo, tendrás nuestro apoyo sin dudar. ¿A eso vienes? —Sé que no, lo veo sonrojarse. Estoy harto de que intente jugar conmigo por ser el más débil. Es absolutamente insultante. Tengo problemas, sí, pero no por eso debo ser menospreciado. Desde que estoy con Maddie soy más consciente de eso; muchos me lo han dicho antes de ella: mi padre, mi hermano, mi psicóloga... Pero siento que solo ella me lo ha demostrado. Me ha hecho sentir valioso, capaz... completo. No soy algo roto que funciona a medias. Por eso soy intransigente con los juegos de Karl, que se parecen tanto a los de Shannon; ambos siembran la idea de que no soy respetado o de que los demás me ven con pena para que yo haga lo que ellos quieren. Ya no.

—Sabes, mejor me voy. Venía como un amigo para advertirte de que te están engañando, pero tú solo ves en mí a un enemigo. En tal caso... —Se encoge de hombros y se da la vuelta.

—Vale, que tengas un buen regreso —le respondo. No pienso picar el anzuelo. Karl ralentiza el paso, esperando que lo detenga, no lo hago. Al ver que no me presto al juego, suelta el aire y regresa sobre sus pasos.

—Para que veas que no hay rencor, que mis motivos son altruistas, te lo diré, aunque me destrates de esta manera. —Arqueo las cejas al oírlo ponerse en el lugar de víctima—. Maddie...

—Vete —suelto, tajante—. No hablarás de Maddie. Vete.

Me pongo de pie para dar por zanjada la conversación. Comienzo a guardar mi portátil sin prestar atención a Karl.

—¿No quieres saber cómo he coordinado vuestra cita? —No respondo—. ¿No quieres saber cómo un hombre como yo conoce a una muchacha que, hasta hace no mucho, era camarera?

Cierro la cremallera de mi bolso y me pongo a apilar papeles sin ningún orden, solo quiero salir de aquí. Siento que cada palabra de Karl se clava en mi pecho como mil agujas; sé que me contará lo que Maddie no me ha dicho. Lo sé, joder, y necesito apresurarme si pretendo proteger su derecho a que me comparta su propia historia.

—¿Cómo conoce a Charlotte? —prosigue. Termino de recoger y doy un rodeo al escritorio; paso junto a Karl sin ponerle mayor atención, pero sus palabras se me clavan como puñales por la espalda—. Es prostituta, Blaze. Contraté sus servicios para ti. Le pagué doscientos dólares la hora para que fuera a ese restaurante, se sentara frente a ti y sonriera.

El corazón me late tan fuerte que creo que me romperá las costillas. No puedo seguir avanzando, tampoco volverme para enfrentarme a Karl y decirle que se calle.

—Me di cuenta de que no lo sabías la última vez que estuve aquí, supongo que Maddie —pronuncia su nombre con desprecio— entendió que le convenía tener un cliente millonario a tiempo completo antes que muchos pagasen por hora. Incluso si tiene que adoptar el papel de mosquita muerta.

Por fin consigo que mi cuerpo responda, me acerco a uno de los sillones, dejo allí el portátil y los papeles. Después, me vuelvo hacia Karl. Ni siquiera está enfadado, dolido o satisfecho por lo que acaba de revelar; simplemente está allí, como un presentador de telediario que da la noticia de un accidente atroz y la de un hipopótamo nuevo en un zoológico con el mismo tono. Incapaz de detener mi reacción, mi furia se apodera de mí y cierro mi mano en un puño, y lo impacto en su mandíbula.

Él trastabilla y cae sobre su trasero, se masajea el golpe y clava sus avariciosos ojos en mí.

—Veo que la puta supo hacer su trabajo, Blaze. Y me alegro de verdad, se te ve bien. Empiezas a tener carácter. Esperaba que fueras más agradecido. Follas gracias a mí, superas a tu ex gracias a mí... y ahora no puedes jactarte de tu superioridad moral, de tu papel de Davenport bueno, porque tú, al igual que yo, pagas por sexo, pagas por putas, pagas...

Lo levanto de la solapa de su chaqueta y, cuando está de pie, le doy otro golpe. No me detengo a recoger las cosas, abandono el despacho sin mirar atrás.

Sé que debo ir a ver a Maddie y pedirle una explicación. Rogarle que me diga que Karl miente, que la aplicación de citas era solo eso, una especie de Tinder. Suplicarle que me mienta. Pero sé que mi primo dice la verdad, lo sé porque solo un secreto de esa magnitud es capaz de construir un muro tan alto en torno a una persona, porque entiendo la reticencia de Magdalen de decirme que me quiere, de soñar con una vida juntos, de atreverse a mirar al futuro.

Cada vez que estuvo a punto de decírmelo aparece en mi cabeza de manera nítida y se me nubla la mirada. La única razón por la que no voy a su lado para abrazarla y prometerle que todo irá bien es porque no puedo hablar. Mi garganta se ha cerrado y no me refiero a tener un nudo que me impide hablar, me refiero a la misma sensación que tengo en sueños.

Ahora solo una persona puede ayudarme y esa es Hanna. Paso por casa, cojo las llaves sin detenerme ni un segundo más y me monto en mi camioneta. Durante el trayecto, llamo a mi psicóloga.

—Necesito hablar contigo urgentemente, aunque tenga que esperar hasta medianoche —le digo.

—Por supuesto, Blaze, ven y conversamos. Te espero.

No soy consciente de nada más, conduzco en piloto automático hasta llegar a su consulta de colores pastel, al aroma a café y a los cojines cómodos. Solo entonces siento que soy capaz de respirar.

Blaze

Decir que he ordenado mis ideas es demasiado; lo único que he conseguido tras la consulta de dos horas con la doctora Hanna es racionalizar lo sucedido. Le he otorgado una perspectiva que me permitiera comprender los hechos y estoy abierto a las explicaciones. Sin embargo, a medida que conduzco —lo hago lento, por miedo a perder los estribos— y me alejo de su consulta, la idea de peligro vuelve a asolarme. Empieza como una pequeña sensación, como la que tienes cuando piensas: «¿He cerrado con llave? O ¿he apagado la cafetera?». Intentas recordar, desandar el camino, pero no puedes encontrar en tu memoria el momento exacto en que llevaste a cabo esa acción. De pronto, tu cabeza proyecta el peor escenario posible: un robo, un incendio... una catástrofe. Así me siento yo: mi mente intenta formar un puzle y se da cuenta de que le faltan piezas, de que adivina una imagen que puede ser serena o una pesadilla.

Es la misma sensación que tuve el día de la serpiente, esa especie de premonición. No creo en cosas supernaturales, así que sé que no estoy teniendo una visión del futuro ni nada parecido, sin embargo, la corazonada no me abandona. Me debato entre aceptar que mi cabeza no funciona bien y que no debo prestarle atención, que es la ansiedad hablando, o escuchar la advertencia que me claman mis tripas. Puede que suene supersticioso, pero la piel nunca se equivoca. Mi cabeza me engaña, pero mis instintos no. Siempre que he sido presa de una de estas impresiones, he hallado un fundamento en la realidad. Aquella vez, Maddie sí corría peligro,

¿verdad? Seguir mi intuición la salvó de ser mordida por una víbora.

No es la única vez que me ha sucedido: predije la última tormenta antes de que sonara la alarma. Sentí cómo se me erizaba el vello de la nuca y, aunque no actué hasta oír la sirena, cuando la escuché no me tomó por sorpresa. Muchas veces mi piel me transmitió las certezas que mi cerebro se niega a procesar.

Por eso me cuesta desoír la advertencia, una advertencia que solo clama: «peligro». ¿Quién está en peligro?, ¿por qué? No tiene sentido, y tratar de descifrarlo está consumiendo mis energías. La pregunta lógica es: ¿por qué Karl me lo dice ahora? Ese debería ser mi punto de partida: comprender por qué él ha guardado el secreto todo este tiempo. Magdalen... en ella lo entiendo. Estoy cabreado, sí, y también triste. Pero no hay falta de razón en su silencio, ya que era ella quien estaba en falta. Lo de Karl, por el contrario...

Me intento enfocar en ese misterio, en pensar, en dilucidar... mi cabeza no colabora, sigue con su maldita alarma de peligro. Mi móvil suena y yo aparco para coger la llamada; claramente, no estoy en condiciones de conducir y hablar al mismo tiempo.

—Wade... —leo en la pantalla.

—Blaze, necesito un favor. Me dijo MaryAnn que estás en Omaha.

—Sí —contesto escuetamente. Pensará que estoy en una sesión normal, así lo prefiero.

—Gracias a Dios —suelta, aliviado—. ¿Puedes pasar por el Magnolia Hotel? Me he reunido con Harris allí y me he dejado una carpeta muy importante. El mánager me ha dicho que la tiene en el restaurante, así que solo será pasar y recogerla.

Exhalo, apartando las preocupaciones de mi mente. Una tarea sencilla, puedo con eso. Joder, ¡puedo con eso!

—Claro —respondo antes de ahogarme en un vaso de agua.

—Perfecto. La recogeré por el rancho luego. Te debo una, hermano. —Corta la comunicación y yo me aferro al volante.

—Vale, es solo una tarea, ya verás que esto no es nada grave. La vida sigue, un paso a la vez. La vida sigue, nada cambia por un puñetero secreto. —Mis nudillos se ponen blancos sobre el volante. Conduzco hasta el Magnolia Hotel, aparco en la zona de visitantes y cojo el sombrero antes de bajar. Aunque todos lucen más elegantes que yo (llevo vaqueros gastados, botas y una camiseta blanca), me observan con avaricia al reconocermé. Siento sus ojos sobre mí, aunque nadie se acerca a saludar. No soy una estrella de Hollywood a quien le puedan pedir una foto y temen que un disgusto mío pueda afectar a los negocios. Me valgo de ello: mientras no vea a nadie conocido, podré mantener esta distancia y regresar al rancho sin sobresaltos.

Me quito el sombrero al entrar en el vestíbulo del hotel, me acerco a la recepción y consigo articular sin balbuceos.

—Quisiera hablar con el mánager, si no es mucha molestia.

La recepcionista me reconoce, me sonrío amablemente y me indica dónde debo dirigirme.

—Por supuesto, señor Davenport. Acompañeme, por favor. —Rodea el mostrador y se produce la situación incómoda. Ella me cede el paso, porque es la empleada y yo el cliente ilustre. Yo hago lo mismo con ella, porque es una dama y yo soy un caballero. Y solo cuando su sonrisa se vuelve divertida, decide que mi caballerosidad ha vencido a la etiqueta del hotel. Camina delante de mí en dirección al restaurante.

Las puertas acristaladas se abren automáticamente y el sonido de la cristalería se suma a la música ambiental. Pasamos junto al hombre que asigna las mesas y nos dirigimos directamente hacia la caja registradora. Apoyo el codo sobre el mostrador y escruto el local, es un lugar elegante, centro de muchas reuniones de negocios. Como es tarde para un almuerzo y

temprano para una cena, la mayoría de los presentes están tomando cócteles. No puedo evitar preguntarme si algún día seré capaz de algo tan nimio como beber un trago en un lugar así, y la respuesta que me doy es: sí, con Maddie serías capaz.

La angustia ante su secreto me hace cerrar los ojos. Al abrirlos, creo estar delirando. ¡Tiene que ser eso!, porque si no me engaña mi vista y lo que tengo ante mí es real...

—¡Qué demonios! —mascullo. Es Karl, está en una mesa junto al gran ventanal. Tiene un güisqui frente a él y ha puesto hielos en una servilleta que se lleva a la mandíbula, donde le he golpeado. Pero no es eso lo que hace que mi corazón galopée furioso en mi pecho y me lleve al borde de una crisis. Frente a él está Shannon.

Ninguno de los dos se vuelve, no me ven. Están absortos en una acalorada discusión, en la que Karl le señala las magulladuras como prueba de algo, ¿de haber cumplido su parte?, ¿de haberme roto el corazón?

—Señor Davenport, aquí tiene la carpeta —me dice elmánager. Apenas reacciono, cojo la carpeta. Consigo articular un «gracias», o eso creo. Mis piernas me obedecen, pero veo borroso y siento una pinza en la garganta. Puedo jurar que me asfixio, que me falta el aire.

No es como las otras veces. Si lograra serenarme, me echaría a reír. Soltaría sonoras carcajadas.

¡Esto es un ataque de pánico! No se trata de mis crisis habituales, no recuerdo el accidente. Soy preso de un terror injustificado. Esa alarma de peligro que resonaba suavemente minutos atrás ahora es un grito desesperado de auxilio.

Consigo llegar a mi camioneta y subir. Apoyo los antebrazos sobre el volante y me recuesto en el hueco que forman. Pongo en práctica cada uno de los ejercicios que me enseñó Hanna para controlar las crisis. Respiraciones, pensamientos reconfortantes, lugares seguros en mi mente.

Maddie... Maddie... Maddie...

¡Joder! No funciona, porque ella, que hasta ayer era mi refugio, ahora es la causa de todos mis males. Gruño de frustración mientras batallo para que mi cuerpo responda. Utilizo la misma técnica, solo que recurro a lo neutral, a lo impersonal. A la puñetera ladera verde, a la brisa de verano, a esas cosas genéricas que abundan en las meditaciones guiadas. Funcionan lo suficiente como para que vuelva a tomar el control de mis extremidades, pongo en marcha la camioneta y conduzco hacia el rancho.

A cada milla, mi determinación aumenta y mi pánico disminuye. Ya he tomado una decisión.

Sé lo que tengo que hacer. Con esa certeza, vuelvo a la calma absoluta.

CAPÍTULO 21

Maddie

—Vaya, cualquiera diría que os matamos de hambre —les digo a las perras, que corretean entre mis piernas. He cocinado albóndigas para la cena y he apartado tres sin condimentos ni salsas para darles a ellas—. Sois unas malcriadas, sentaos —les ordeno y sus traseros tocan el suelo. Sonrío. El sonido de la puerta al abrirse me hace esbozar una sonrisa más amplia—. Lo siento, Blaze —me disculpo—, hoy tus niñas han debido elegir entre recibirte o un bocado, y tienen más estómago que corazón.

Les acerco las albóndigas a los hocicos y, con una delicadeza propia de un neurocirujano, cada una de ellas coge su premio de entre mis dedos. Cuando están seguras de que no hay más, se vuelven hacia Blaze. Él entra en la cocina y nos observa. Su mirada se cristaliza y su expresión es la del más hondo dolor.

—¿Qué ha pasado? —Corro a sus brazos, lo rodeo por la cintura y alzo la vista hacia él—. ¿Blaze?, ¿estás bien? ¿Qué ha sucedido?

Traga saliva, veo que su nuez danza hacia arriba y hacia abajo. Abre la boca, y no sale ninguna palabra. Pero entonces hace algo que me hiere: se deshace de mi abrazo y da un paso atrás. No estoy loca, sé que le pasa algo horrible, hasta las perras lo observan con lástima.

—¿Blaze? —Temo lo que vaya a decir, mi voz tiene menos fuerza.

—V-vete, Maddie. Recoge tus cosas y vete. —Baja la mirada y siento que el suelo se abre bajo mis pies.

—Puedo explicarlo —es lo único que sale de mis labios; no necesito más para saber de qué va esto—. Blaze, permíteme explicarlo.

—No. Vete. Tu paquete de recesión de contrato será el correspondiente a despido sin causa, no debes preocuparte por eso...

—¡Que te den, Blaze! —grito, y me acerco a él, el muy maldito no me mira—. Mírame a los ojos y dime de frente por qué me dejas. Si vas a esgrimir tu superioridad moral, hazlo diciendo lo que me reprochas no haber confesado.

No sé lo que pido, porque cuando me mira, me tiemblan las piernas. El dolor es tan hondo que siento cómo se me cristaliza la mirada y su rostro, su rostro perfecto, se vuelve un borrón. Se me escapa una lágrima y Blaze la seca con su pulgar. Luego se arrepiente y se mira el dedo, extrañado.

—Te daré tiempo para que recojas.

Se me escapa un quejido.

—No pude confesártelo, Blaze, primero sentí vergüenza y después miedo. Lo siento, al menos déjame disculparme. —Niega con la cabeza y yo quiero abrazarlo, quiero cogerlo con fuerza e impedir que se me escape. Siento cómo la felicidad se escurre por mi piel y se aleja de mí con él—. Sabes por qué no pude decírtelo, Blaze. Lo sabes. —Pestañeo rápidamente para aclarar la vista—. Te am...

—Maddie, no —gruñe—. No lo digas. No ahora.

—Te enfadas porque no fui honesta y ahora me exiges que te mienta —recrimino—. ¡Lo sabes!, joder, claro que lo sabes. Sabes que me enamoré de ti, que temía perderte. ¡Sabes que esto es mi peor pesadilla! No te pido que me perdones, no lo hagas. ¡Grítame!, maldíceme, pero no me digas que me aleje de ti. Por favor, esto no. Eres lo mejor que me ha suc...

—Recoge tus cosas y vete. Y calla, lo único que te pido es que calles como lo has hecho hasta ahora. Vete, no me pidas que te perdone, solo aléjate de mí.

No tengo derecho a rogar ni a suplicar perdón, pero no puedo evitar que la decepción me golpee con la fuerza de un tornado. Nunca pensé que lo tomaría así, se me escapa esa idea sin poder evitarlo:

—No lo entiendo... Tú no eres así.

Él lo oye, su rostro se endurece. Sus ojos lanzan chispas, pero en su furia hay tanto dolor que solo puedo seguir pensando que no lo comprendo. ¿Por qué no me deja explicarle? Christine siempre pensó que Blaze me perdonaría, pero el hombre que tengo delante no parece él. Es como si estuviera poseído por el espíritu de alguien cruel.

—Al parecer nadie aquí es quien dice ser, Magdalen. Así duele menos, ¿verdad? Yo no lloro por Maddie, porque Maddie nunca existió. Y tú no lloras por Blaze, porque el Blaze que todo lo perdona tampoco existió. Si quieres, habla con Richter, seguro que puedes hacerme un juicio y sacar más dinero...

Me lanzó contra él, le golpeé el pecho con los puños. Él me coge de las muñecas y alza la mirada furiosa hacia él.

—¡No vuelvas a hablar de dinero, joder! Sé que me equivoqué, pero no por eso. ¡Nunca fue el dinero! Eras tú, siempre fuiste tú. Puedes llamarme puta y enfadarte, ¡pero no te permitiré ensuciar lo más hermoso que me pasó! Tal vez tú hayas fingido, tal vez ese Blaze del que me enamoré era una ilusión, el deseo de creer que alguien me perdonaría por ser prostituta, pero lo que yo sentí fue real. Te a...

—¡Basta ya!

—¡Te amo, Blaze Davenport! —le grito—. Escúchalo, esa es la puñetera verdad. Me enamoré de ti y no fue mentira.

Lleva mis muñecas a la espalda, queda mi pecho pegado al suyo y, por un momento, en sus ojos güisqui veo a mi Blaze. Sus sentimientos atraviesan sus iris; casi noto cómo batalla por no besarme. Quiero que lo haga, quiero que baje su rostro y sus labios me den el aire que necesito para respirar. Cuando afloja el agarre, siento que me fallan las piernas. He perdido, lo he perdido.

—Aléjate de mí, Maddie. Si me amas de verdad, no harás esto más difícil.

—No puede ser más difícil —respondo. Mis palabras golpean su espalda porque camina lejos de mí, de la cocina, de esta casa que fue por un tiempo nuestro refugio.

—No —murmura. En el silencio sepulcral de la noche lo oigo igual: —No creo que pueda ser más difícil.

Su partida me destroza. No recojo nada, solo el sombrero, las llaves y el bolso. Todo lo demás es suyo. Yo soy suya. Me monto en mi coche y me alejo de allí. La tristeza se mezcla con la impotencia de no entender: ¿dónde está Blaze, mi Blaze? El mundo es un lugar demasiado oscuro sin él.

What if I'm tryin', but then I close my eyes

¿Qué pasa si lo estoy intentando, pero luego cierro los ojos?

And then I'm right back, lost in that last goodbye?

Y vuelvo a estar perdido en ese último adiós

And what if time doesn't do what it's supposed to do?

¿Y qué pasa si el tiempo no hace lo que se supone que debe hacer?

What if I never get over you?

¿Qué pasa si nunca te supero?

Ooh yeah

Ooh, sí

What if I never get over?

¿Qué pasa si nunca lo supero?

What if I never get closure?

¿Qué pasa si nunca tengo un cierre?

What if I never get back all the wasted words I told ya?

¿Qué pasa si nunca recupero todas las palabras desperdiciadas que te dije?

What if it never gets better?

¿Qué pasa si nunca mejora?

What if this lasts forever and ever and ever?

¿Qué pasa si esto dura para siempre y siempre y siempre?

What If I Never Get Over You, Lady A

Maddie

Mi vida entera cabe en el maletero de mi coche. Llegué sin nada junto a Blaze y así me marché. Excepto por una cosa: He perdido mi corazón aquí. Se lo he explicado todo a Christine y a Gabrielle, sin embargo, no basta. Es que ni yo lo entiendo. Blaze no me coge el teléfono ni me ha permitido disculparme una vez más. Ha sido Christine quien me ha dicho que fue Karl el delator. No importa ya. Debería haber sido yo y le he fallado; debí decírselo y no lo hice. Merezco su trato de hielo. Tenía razón Blaze, es mejor así; es preferible la crueldad y frialdad de sus últimas palabras, hace más fácil despedirme. Si él se hubiera comportado como yo creía que lo haría, con su jodida comprensión y su bondad sin límites, no habría podido alejarme de él. El enfado es mejor, estar cabreada lo hace todo más fácil.

Sí, señor.

Arrojo la última maleta al maletero.

—¡Que te den, Blaze! —maldigo, y siento cómo se me anuda la garganta con esas palabras. Porque no, no las digo en serio. Porque si me cogiera el móvil en mi próxima llamada, le rogaría, lo amo demasiado para guardar algo de orgullo; porque agoté la vergüenza con mi pasado y ya nada puede hacerme sentir peor. Así que finjo estar cabreada, actúo como si me enfadara con él por no ser tan perfecto como yo lo idealicé, por ser humano y, sobre todo, por tener razón.

¿Qué esperaba que hiciera?, ¿convertirse en Richard Gere en *Pretty Woman*? Esas cosas suceden en las películas. Las prostitutas terminamos viejas y ajeadas o, como mi madre, en un hospital psiquiátrico. Las putas no nos quedamos con el protagonista, esas historias son para las demás. Para las chicas que nunca se rindieron ni cedieron, para la que venga después de mí a

curarle el corazón roto y enseñarle que el mundo es un lugar maravilloso junto a la indicada...

A ocupar el papel que él ocupó conmigo.

—Maddie, puedes quedarte el tiempo que necesites —insiste Christine junto a mi coche.

—Es mejor así. Necesito distancia o... —Golpeo el volante al notar que se me nublan los ojos por más lágrimas—. Empezaré de nuevo: mi madre está mejor y esta vez tengo ahorros. Algo que también le debo a él —murmuro.

—A tu trabajo, lo has ganado dignamente.

—Ya...

—Ya, y un demonio —gruñe—. Te juro que no entiendo qué le pasa a Blaze, él no es así.

Sonrío, una sonrisa que no es más que una farsa. No le habla tampoco, se ha cerrado como una ostra, y pese a mi dolor, me invaden las ganas de ir corriendo a su lado y abrazarlo. Siento que irme le ayudará, tal vez no habla con su amiga por miedo a posicionarla en medio de ambos o porque ella me venga con el cuento. No quiero que esté solo, no estoy tan enfadada. Ya quisiera poder odiarlo, pero aún lo amo. No quiero creer que todo fue mentira.

—Tiene razón él, Chris. ¿Vale?, es buena señal que no se deje pisotear por otra.

—A Shannon le perdonó miles y a ti ninguna...

—Yo no soy Shannon, no quiero que me perdone si eso supone una nueva humillación para él. Le mentí y aquí están mis consecuencias.

—No le mentiste...

—Le oculté información y el resultado es el mismo. No confié en él y, al parecer, estaba en lo cierto, ¿verdad? Mi pasado es imperdonable. Era pedirle demasiado.

Chris me abraza, pero el abrazo es incómodo porque estoy sentada al volante.

—Nada es imperdonable.

—Entonces, perdónalo a él. Yo estaré bien, lo prometo. Os lo prometo —le digo a Gabrielle.

Ella se acerca y también me da un abrazo incómodo. Prometemos estar en contacto, no dejar que esto arruine la amistad ni se interponga en nuestro camino. Cierro la portezuela y enciendo el motor; la música me acompaña durante todo el trayecto. Voy a recoger a mi madre, volveremos a ser dos contra el mundo y esta vez no nos vencerán.

Maddie

Compongo mi expresión, me coloco una máscara de «nada me afecta» y atravieso la puerta de seguridad de la clínica de mi madre. Ruth me da la bienvenida con una sonrisa tan sincera que respondo sin actuar. Da la vuelta al mostrador; para los dos, este momento es emotivo.

Lo entiendo. Las enfermedades mentales son duras; no siempre los pacientes salen adelante y pueden reincorporarse a sus vidas. Este pequeño éxito le da sentido a su trabajo. Mi madre está con el sacerdote, pues es una institución sanitaria, pero también religiosa. La fe la ha mantenido fuerte y, al parecer, sus plegarias también me han alcanzado, porque yo tampoco me he derrumbado. La segunda puerta se abre ante mí y avanzo por el corredor de paredes blancas pensando que no voy a volver nunca más.

Este lugar salvó a mi madre y siempre lo tendré en el corazón. Espero que así sea, solo en el corazón.

—Las maletas de tu madre están listas, un empleado las llevará al aparcamiento.

—Gracias, Ruth. —La emoción me impide decir más. Mi madre sale de su habitación, lleva un vestido de flores vaporoso y su cabello recogido en un moño prolijo. Parece más joven,

la salud mental se refleja en su cuerpo más lleno, en sus mejillas sonrosadas, en que las arrugas no se marcan en su entrecejo, sino en las comisuras de sus ojos y boca; señales de las sonrisas y no de las penas. Corre a mis brazos y la acojo en ellos.

¡Necesitaba tanto este abrazo! Sus brazos de madre parecen recoger los pedazos de mí que se me han soltado tras la ruptura con Blaze, los pega unos con otros y espero que los sane con oro, como esa bella técnica oriental.

—¿Estamos listas? —pregunta, dudosa. Sabe que el mundo exterior es un lugar cruel donde podemos tropezar.

—Estamos juntas —respondo. Y eso basta, juntas podremos con todo. Me sonrío y me besa la frente. El sacerdote se acerca, me bendice y acepto su gesto con humildad. Soy creyente, aunque nunca encontré una iglesia como hizo mi madre. Puede sonar a herejía, pero cuando necesito sentir esa paz, me adentro en la primera iglesia que encuentro: protestante, metodista o católica. Nunca llegué a entender bien las diferencias, si el Dios al que le pedimos piedad es el mismo. Pero fueron estas puertas las que estuvieron abiertas para mi madre y aquí es donde deposito mi fe.

—Gracias, padre.

—Id con Dios —nos dice. Esa sensación nos acompaña a cada paso, hasta llegar al coche, hasta ir más allá. Conduzco hacia Omaha, mi madre mira por la ventanilla. En la radio suena Larry Fleet con «Where I Find God»

In a Chevrolet with the windows down

En un Chevrolet con las ventanas abajo

Me and him just ridin' around talkin'...

Él y yo simplemente dando vueltas y hablando...

Well, I do that a lot, well, I do that a lot

Bueno, hago eso mucho, sí, lo hago mucho

Cause that's where I find God

Porque ahí es donde encuentro a Dios

El viento le deshace el moño, su sonrisa vuelve a brillar y siento que el corazón duele menos. Bajo mis gafas de sol y pienso en Blaze, vuelvo a pedirle perdón y le prometo que, donde quiera que esta carretera me lleve, lo seguiré amando. Esa dicha de mi madre, este coche, esta oportunidad... se lo debo todo a él, así como la esperanza. Nada puede ir mal por demasiado tiempo cuando hombres como él habitan el mundo.

Me desvío de la interestatal y tomo la salida hacia un suburbio de Omaha. Las casas con sus jardines frontales verdes, los aspersores funcionando, las banderas americanas en los porches y los garajes abiertos sin miedo nos dan la bienvenida.

—¿Maddie? —Mi madre me mira, y en sus ojos avellana, tan parecidos a los míos, brilla la esperanza con cautela.

—Esta vez lo haremos mejor y nos saldrá bien. Ya lo verás —le prometo al girar en la siguiente calle y aparcar frente a una casa. Es pequeña, de madera blanca. Puro potencial, un lienzo vacío que espera que lo llenemos de vida—. Tendrás que poner en práctica tu talento, porque le falta tu estilo personal.

—¡Oh, hija mía! Es perfecta. —Baja del coche y va a por sus maletas; yo la ayudo y entre

las dos las cargamos hasta el vestíbulo. El interior está poco amueblado, perdimos nuestras cosas en el desalojo, pero no nos importa. Empezar de nuevo, sin el pasado, es mucho mejor.

—Al menos tenemos camas y una mesa en la cocina.

—Es la casa más bonita que hemos tenido nunca. —Me abraza—. Lo has logrado, Maddie. ¿Lo ves? ¡Lo has logrado! Eres fuerte, perseverante... Mereces esto y mucho más. Estoy tan orgullosa de ti, mi niña... Mi pequeña.

Me abraza con más fuerza, emocionada. Yo me dejo contener, escondo las lágrimas rebeldes que asoman de mis ojos y las disimulo con una sonrisa para esconder la tristeza. El precio que he pagado es altísimo; mi corazón ya nunca será el mismo.

He podido alquilar esta casa gracias a mi empleo en el rancho Davenport y a la indemnización final. Gracias a la experiencia adquirida allí, conseguí un empleo a tiempo parcial en un laboratorio agrícola que me permite cubrir los gastos básicos y, además, me brinda la posibilidad de cuidar a mi madre. Ella podrá trabajar en breve, en cuanto los médicos vean que se adapta a su nuevo ambiente, le darán el alta. No obstante, ahora tenemos más posibilidades, ya que no nos agobian las cuentas y la desesperación no asecha en cada esquina.

—Iré a desempacar, ¿vale?

—Prepararé té helado —propuse— y luego iremos al supermercado, que no he tenido tiempo.

—¡Haré lasaña! —dice, y yo intento mantener la sonrisa a toda costa. Asiento con la cabeza, tratando de olvidar los momentos junto a Blaze, ese pedacito de mí que le he regalado.

—Vale —artículo. Me vuelvo y no pierdo más tiempo: pongo el agua al fuego y me dispongo a cortar el limón.

Maddie

Poco a poco, la rutina se apodera de mis días. Jasmine ha empezado un curso de Excel en la iglesia, en un programa de reinserción laboral. Está muy entusiasmada porque poco a poco se siente útil, vuelve a ser ella misma, con ocupaciones. A veces la nostalgia regresa, pero lo hace con menos frecuencia. Me doy cuenta de que su tristeza está anclada a la mía, de que ve en mis ojos que algo me sucede y de que mis sonrisas siempre tienen un toque de melancolía.

No le he hablado de Blaze porque, para hacerlo, tendría que confesarle muchas más cosas y las heridas del pasado comenzarían a sangrar nuevamente. Los días pasan, septiembre llega y el calor y las tormentas son cosa del pasado.

Me pregunto cómo estará. Hablo con Christine y Gabrielle, y también con las chicas del rancho. Acordamos quedar en un bar un día de estos. Sin embargo, callo mis preguntas sobre Blaze y ellas parecen también forzarse al silencio.

Duele.

Duele porque, si Blaze estuviese bien, ellas se mostrarían furiosas al descubrir que su jefe era en realidad un capullo y no el hombre gentil que conocen. Su silencio quiere decir que él no está bien, joder, y sigo sin ser capaz de comprender por qué sufrimos los dos, por qué se niega a hablar.

Abro la puerta de mi casa y el perfume a canela me golpea la nariz. Entre los aromas y los pocos muebles que hemos ido recolectando, ya coge forma de hogar. Me quito el abrigo, lo cuelgo en el perchero y busco el origen de tan delicioso olor.

—¡Vaya, *Pumpkin Spice*! —digo al entrar en la cocina, donde mi madre está preparando el café otoñal. Aún falta para la temporada, pero nos gusta adelantarnos. En cuanto vemos una

calabaza en el supermercado, nos lanzamos de cabeza a disfrutar del otoño, que es nuestra época preferida del año.

—Hay mucho por celebrar y qué mejor que hacerlo con un *Pumpkin Spice*.

—¿Y qué celebramos? —Cojo mi taza con las dos manos e inhalo profundamente, el aroma me reconforta. Me apoyo en la encimera y aguardo a que mi madre tenga su propia taza antes de dar el primer sorbo.

—Pues... está en la mesa.

Mis ojos van en esa dirección: en el centro de la mesa redonda de la cocina, apoyada en un jarrón con flores artificiales, se encuentra un sobre blanco. Dudo. Jasmine me insta a ir a por él. Lo recojo y, al darle la vuelta, veo el sello de la Universidad de Omaha.

—¿Mamá? —La observo, tratando de dilucidar si ella sabe de qué va esto. Sonríe, pero está tan desconcertada como yo.

—No sabía que habías vuelto a presentar la solicitud —me dice.

—Yo tampoco —murmuro entre dientes. Intento que mi corazón no se acelere; el pulso me tiembla al abrirla. Desconfío de las buenas noticias; la única persona que cambió mi cautela fue Blaze, para dejarme hecha trizas después. Pongo la taza a un lado, por miedo a derramarla, y saco la hoja blanca impresa del interior del sobre. La leo una, dos, cinco veces.

—¿Maddie? Son buenas noticias, ¿verdad? Últimamente la suerte nos sonríe.

La esperanza de mi madre impacta en mí; por fin ella puede confiar en la vida y yo no quiero arruinárselo con mis penas. Sonrío también.

—Una beca completa —artículo. Jasmine chilla, me quita el papel de las manos, lo lee y me abraza.

—¡Una beca! Mi niña será universitaria. —Ríe y llora a la vez—. Mi niña lo ha logrado.

—Lo hemos logrado, mamá —la corrijo—. Sabes que no habría podido hacerlo sin ti. Sin todo lo que te has esforzado, sin todo lo que has sacrificado. Esto es tan tuyo como mío.

Se seca las lágrimas y niega con la cabeza. Su vergüenza es tan palpable que se siente pesada en la cocina; ahora es mi turno de abrazarla y repetirle sus palabras.

—Lo has logrado, mamá. Has sobrevivido a una vida dura, has afrontado una enfermedad horrible y ahora la suerte te sonríe. Juntas podremos con todo. Siempre juntas.

—Siempre juntas —repito. Mantenemos el abrazo durante varios minutos. Al separarnos, mi madre comienza a soñar—. ¿Cómo haremos? Necesito coger un empleo urgente así tú puedes dedicarte a estudiar y solo a estudiar.

—Mamá... Mi trabajo es parcial, podré con las dos cosas.

—Pero yo te ayudaré. —Coge mis manos—. Juntas. Siempre juntas. ¡Serás meteoróloga! —exclama, y yo por fin puedo reír de verdad. Suelto una carcajada feliz. Mi sueño... mi sueño hecho realidad.

—¡Seré meteoróloga!

Brincamos como niñas hasta quedar sin aliento. Caemos rendidas en el sofá del salón y, como si tuviera un resorte en el trasero, mi madre se pone en pie.

—Debemos celebrarlo. Haré macarrones con queso y compraré helado de vainilla... —Y así sigue con su lista de planes de camino a la cocina. Yo leo mi beca una vez más, sin poder creerlo. Dice que han cogido mi aplicación anterior y que, en esta ocasión, podrán concederme la beca completa. Esperan ansiosos mi respuesta y mi aceptación definitiva. En una hoja aparte viene la dirección de la página web, el código temporal de acceso y las instrucciones. Luego tendré que ir en persona a una entrevista con el rector, pero, a diferencia de la vez anterior, en esta ocasión el tono de la carta es de asunto cerrado. ¿Por qué me negaría?, ¿no todo el mundo

accede a una beca completa?

El corazón me da un vuelco; pienso en Blaze y en el abrumador deseo de compartir la noticia con él. Quiero abrazarlo y darle las gracias por hacerme creer en el mundo una vez más.

—Joder, aún te amo —susurro, enfadada conmigo misma. Me levanto, dispuesta a regresar con mi madre y ayudarla en la cocina. Ella es quien ahora mantiene los pedazos de mí en su sitio, porque siempre fuimos así, la una para la otra. Su sonrisa es también el recuerdo de que no hay que perder la fe. La abrazo por detrás y la reemplazo en la tarea de preparar la salsa para los macarrones.

—Oh, Maddie —me dice, y se seca las lágrimas de felicidad con una servilleta de papel—. Estoy muy feliz. Lo sabes, mi pequeña, sabes que llegué a pensar que jamás volvería a sentir eso. Y mírame aquí.

—Lo has conseguido, has salido de ese lugar oscuro, mamá.

—Y fue gracias a ti. Por eso hay que ser humildes y no poner en duda los planes del Señor, como hice yo. Nunca nos encomienda una batalla que no podamos afrontar.

Asiento. Espero que tenga razón, necesito creer que podré con esto, que esta enorme pena que me embarga al pensar en Blaze pasará. Soy fuerte, debo serlo.

—Maddie... —El matiz de la conversación cambia y Jasmine suelta mi nombre con ese deje de culpa—, lo siento, mi niña. Perdón por lo que te hice pasar.

—No tienes que disculparte conmigo. Ni con nadie.

—Sí, sí, debo hacerlo. Pensé que estarías mejor sin mí, que era una carga, y en el proceso me convertí en una cruz peor.

—De verdad, mamá. —Apago el fuego y me vuelvo, quiero que vea en mi expresión que no le guardo rencor. Mi amor es sincero, hasta el enfado se me ha pasado.

—Quería salvarte de mi destino, Maddie. Te subestimé, no conté con que siempre fueras más fuerte que yo y que podrías salir adelante sin cometer mis mismos errores.

—Mamá...

Ella baja la mirada, apenada. Cuando los vuelve a alzar, sus ojos están cristalizados.

—Ese día había llamado a Sonia —confiesa. Una garra fantasmagórica me aprisiona el estómago al escucharla—. Le pregunté si tenía clientes para mí, estaba dispuesta a volver a hacerlo para que pudieras ir a la universidad. Para que tuvieras esta oportunidad que te has ganado por tu entereza y tu mérito.

—Por favor, mamá, no necesitas remover el pasado —le suplico.

—Pero me dijo que ya estaba muy vieja, que en cambio tú podías hacerlo. —Cierro los ojos. Mil cuchillos invisibles se clavan en mi pecho. Me falta el aire. Me aferro a la encimera para no caer—. Solo quería salvarte de ello, de convertirte en alguien como yo.

Me doblo a la mitad, caigo ovillada en el suelo. ¡Me convertí en alguien como tú! ¡Sí, lo hice! Caí, caí y ardo en mi infierno. Caí y me enamoré de un cliente. Porque eso era Blaze Davenport: un cliente, aunque él no lo supiera. Y conocí el amor, solo para perderlo después y saborear el castigo divino.

—¿Esto es lo que sientes? —susurro al notar la presión en el pecho y la falta de aire—. ¿Así sientes tus ataques? Blaze... —suelto su nombre.

—¿Maddie? —Mi madre me abraza en el suelo—. ¡Rayos!, no quería provocar esto. Lo he compartido porque mi médica me ha dicho que era lo mejor, que la incertidumbre podría hacerte más daño. Nunca quise...

La rodeo con mis brazos y la acerco más a mí.

—Tu médica tiene razón, la incertidumbre es lo peor —musito. Es precisamente eso lo

que me hiere de Blaze: no entender. No saber cuánto de lo sucedido es mi culpa y cuánto no. Me gustaría saber cómo se siente, si puedo hacer algo para remediarlo. El silencio es el mayor cómplice del dolor. Le cojo el rostro entre mis manos y clavo mis ojos, tan parecidos, en los suyos. Espejos en los que nos reflejamos la una a la otra, futuro y pasado—. Convertirme en ti sería un honor, mamá. No más vergüenza, ni para ti ni para mí. Me alegro de que me lo hayas dicho para poder responderte esto: ¡no hemos hecho nada malo! Hicimos lo que pudimos con lo que teníamos. Somos fuertes y eso nos tiene que llenar de orgullo, ¿vale? —Espero a que asienta. Nos incorporamos, le sonrío y le doy un beso en la frente. Luego, como si fuera el mando, le paso la cuchara de madera y le digo—. ¿Puedes seguir?, necesito ir al baño.

—Sí, claro.

Corro al lavabo y me siento sobre la tapa del retrete. Una vez allí, abro la canilla para que el agua acalle mi llanto y dejo que mis lágrimas se unan al mar.

CAPÍTULO 22

Blaze

Lanzo mi sombrero lejos, este cae sobre el pastizal seco. Me pongo los protectores auditivos y enciendo la motosierra como si fuese un asesino en serie de una película de terror de serie B. Paso el filo mecánico por las ramas viejas de un árbol. El leño golpea la escalera al caer, sé que juego con mi vida, que estoy al límite y no me importa. La vibración del motor llega hasta mi hombro y me permite sentir algo más que el absurdo vacío en mi pecho.

—¡Apaga eso! —grita Christine. Solo veo sus labios moverse—. ¡Apaga eso ya mismo!

Como no quiero arrastrar a nadie en mi autodestructivo viaje, apago la motosierra. Si una rama le cae encima, no me lo perdonaré jamás. Me quito el protector auditivo.

—Sal de debajo de mí.

—No. —Cruza los brazos—. ¡Joder, Blaze! Richter me ha avisado de que no has dejado de trabajar.

—Ya... —Intento encender de nuevo esta cosa.

—¡Ni se te ocurra! —Coge la escalera y la sacude, amenazándome con hacerme caer si no ceso en mi intento.

—Qué coñazo eres —gruño. Bajo de un salto y voy hacia la camioneta. Dejo la motosierra en la parte de carga y, de regreso, recojo mi sombrero—. ¿Feliz? Ya lo he dejado.

—¿Qué te pasa, Blaze? —es su respuesta.

—Deja de tocarme los cojones, Chris. Sabes lo que me pasa y también sabes que no quiero hablar de ello. Me iré a casa, me tomaré algunas píldoras para dormir, ya que no me dejas trabajar hasta la extenuación, y nos vemos mañana. —Me calzo el sombrero y abro la portezuela de la camioneta. Christine apoya la mano en el cristal y la empuja hasta cerrarla.

—Basta ya. Te di tiempo, fui la amiga comprensiva, ahora me toca ser pesada. —Se desliza por debajo de mi brazo hasta poner su cuerpo entre el mío y la camioneta—. No te irás hasta que hablemos.

—Pues espero que tengas la noche libre —musito. Abro la puerta de carga y me siento allí, con los pies apoyados en el parachoques y la mirada en el camino de tierra. Empieza a oscurecer; el cielo de atrás se ve naranja, pero frente a mí las estrellas se hacen visibles junto a las luces de la casa principal. Christine se sienta a mi lado.

—No seas obtuso.

—No es terquedad, simplemente no puedo hablar de ella. —Ni siquiera puedo decir su nombre, joder. Se me queda en los labios, en la garganta, en un lugar más profundo.

—Entiendo que estés cabreado, pero...

—No estoy cabreado. Yo... —Y al demonio las palabras. Cierro las manos formando puños a mis lados y la frustración me invade.

—Sé que lo hablas con Hanna, ¿vale? Sin embargo, yo soy tu amiga. Hay una diferencia enorme: ella debe ayudarte a serenar tus emociones, yo seré quien te ayude a esconder un cuerpo si es necesario. Ella tiene que ser objetiva y profesional. Yo siempre estaré de tu lado, incluso ahora, sin entender qué te sucede.

La miro de soslayo, me siento fatal por hacerle daño. Es mi mejor amiga, la persona que mejor me conoce y no consigo ser sincero con ella. Las enfermedades mentales son una jaula que

te aísla del mundo, de quienes te quieren.

—Ni siquiera puedo hablarlo con Hanna —confieso—. Hemos retrocedido veinte casilleros. Justo cuando creí que avanzábamos, que por fin podíamos hablar del pasado... Zas... ¡mil pasos hacia atrás! Tendré que volver a practicar *mindfulness*, meditación y respiración, e intentar controlar las respuestas físicas a los estímulos emocionales. ¡Nunca voy a salir de aquí! —gruño, frustrado.

—Maddie tenía miedo de que te enfadaras, por eso no te lo ha dicho, y al parecer tenía razón. ¿Puedes juzgarla? —Niego con la cabeza.

—No estoy enfadado, no es eso. Claro que la entiendo.

—¿Por qué no se lo dices? ¿Por qué no le coges el teléfono y solo le dices eso?

En cuanto Christine suelta su propuesta, los síntomas se manifiestan: taquicardia, sudoración en las manos y en las sienes. Escucho su voz lejana: «Hey, hey, Blaze... estoy aquí».

—¿Qué cojones fue eso? —pregunta espantada—, no ha sido uno de tus ataques, llevo demasiado tiempo siendo tu amiga como para no reconocerlos.

Respiro hondo, hago uno de los ejercicios de Hanna hasta poder articular.

—Eso... ¡Eso es un jodido ataque de pánico! No hago más que sumar problemas. —Me quito el sombrero y me meso el cabello, desesperado—. ¡Lo mejor que pude hacer es alejarla de mis jodidos problemas!

—¿Blaze? —Christine me detiene cuando intento irme, volver a montarme en la camioneta y conducir hasta que el pánico remita. Me vuelvo hacia ella, desesperado.

—Estoy hasta los cojones de ser un lisiado emocional, Chris. ¡Estoy hasta los cojones de hacer sufrir a todos por mis problemas! No puedo arrastrar a Maddie a esto, no puedo.

—¿Qué es esto? —inquieta. Se acerca a mí como si yo fuese una fiera herida, un animal peligroso, dispuesto a dar el zarpazo al verme amenazado—. Porque ella te aceptó con tu pasado, ¿recuerdas?, tú nunca le has mentado. Entendería que te enfadaras por eso, por la falta de reciprocidad en la confianza, pero no es eso lo que sientes.

—Estoy paranoico —le digo—. Le sumé paranoia a mi hermosa enfermedad mental. Si no consigo controlarlo con estos ejercicios, pasaré de tomar ansiolíticos de vez en cuando a consumir antipsicóticos a diario.

Ya está, ya lo he soltado. Noto la pena en la mirada de Christine, siempre fue mi mayor temor. Caer en la espiral de la locura, que mi enfermedad me venza.

—Ni siquiera se lo puedo decir a Hanna —prosigo—, te lo digo a ti porque sé que lo que me has confesado es verdad. Tú me ayudarías a esconder un cadáver en lugar de llamar al número de emergencias. —Asiente y me hace reír. Mi sonrisa parece fuera de lugar en un rostro que había olvidado cómo se hacía—. Cada vez que pienso en llamarla, y lo hago a diario, siento lo que acabas de presenciar. Una sensación abrumadora de que, si regresa a mi lado, estará en peligro. La sueño en el coche, sueño en el que es ella quien ocupa el lugar de mi madre y yo estoy atrapado, impotente, en un cuerpo de cinco años incapaz de ayudarla, de salvarla. Siento que la mato como maté a mi madre, Chris, y esa sensación es tan jodidamente real.

—¡Blaze, joder! Solo dime una cosa...

—¿Qué?

—¿Ha vuelto Shannon?

—¿Qué tiene que ver Shannon en esto? —pregunto. No obstante, la respuesta me aterra.

—Contesta, vaquero —dice—. ¿Ha vuelto Shannon? —Asiento con la cabeza. Chris pateo el parachoques con frustración y repite: «Lo sabía, lo sabía, lo sabía».

—No le he cogido el teléfono, si te consuela.

—Sí, eso me consuela. Blaze, joder, ¿no lo ves?, siempre que ella aparece en el mapa, tú retrocedes veinte casilleros. Es ella tu carta de la muerte.

—Claro que lo veo, Chris —respondo con una risa amarga—. De ella es de quien protejo a Maddie.

—Eso no es paranoia, Blaze, es un hecho —me responde.

—Vale, entrégame las pruebas de que no es solo una corazonada, de que de verdad mi miedo tiene fundamento —le exijo—. Ayúdame a probarlo y entonces aceptaré que no estoy loco. —Chris abre la boca, busca en su lógica la respuesta. Yo vuelvo a reír sin humor—. No hay pruebas, no la hay. Piensas así porque yo te he hecho pensar así, porque siempre has visto a Shannon a través de mi locura.

—¡No es verdad! Es una arpía.

—Pero no es una asesina, ¿verdad?, no supone una amenaza para Maddie. Eso está aquí —Me toco la sien—, en mi cabeza; es parte de mi enfermedad. Imagino cosas. —Sigo, ya sin poder cortar el torrente de mis palabras. Pasé de no poder hablar a escupir todo—. Desde que vi a Shannon con Karl, espero su movimiento, la prueba de que no imagino cosas. Ya... esos dos traman algo, esos dos planean un golpe, esos dos quieren dañar a Maddie... ¿Y qué ha pasado? —Chris clava sus ojos negros en mí—. ¡Nada ha pasado! O, mejor dicho, pasó lo que tenía que suceder: me di cuenta de que alucino y veo fantasmas donde no los hay, de que la única amenaza para Maddie es mi propia locura. ¡Me he roto más de lo que jamás imaginé, Chris! Esa es la realidad, lo demás son fantasías de una mente enferma.

—¿Shannon y Karl?, ¿los has visto juntos?

—¡Joder, Chris! —me cabreo—, no te sumes a mis delirios.

Ella ladea la cabeza, yo exhalo.

—Vale. —Alza las manos en señal de paz—. Vale.

—¿Qué cojones vale?

Ella se acerca y me abraza. Lo hace con fuerza, me estruja.

—No creo que estés loco, Blaze, pero me importa tres cojones. Lo que sí me importa es saber que no eres un capullo y que no has juzgado a Maddie por su pasado. Que aún eres mi mejor amigo.

Le devuelvo el abrazo lentamente.

—Me ha cabreado que no me lo dijera, pero la quiero demasiado como para guardarle rencor. —Chris asiente contra mi pecho.

Se separa, me mira a los ojos y ríe.

—Demente o no, eres mi amigo. Y si decides que mejor nos quitamos a Shannon del medio, ya sabes a quién llamar.

Me río, pero no respondo a su instinto asesino. Recojo mi sombrero, cierro la puerta de carga y me siento al volante. Ella hace lo mismo en su camioneta y regresamos a la civilización. Al menos me siento más liviano y tengo la esperanza de poder hablarlo en terapia, a ver si dejo de dar dos pasos hacia adelante y cincuenta hacia atrás.

Maddie

—Señorita McEwan... —Tess, mi nueva jefa, se asoma a través del separador de la oficina. Mi cubículo está en medio, entre los de Laura y John. Los Funkos de John asoman por entre los paneles y se tambalean con el más mínimo movimiento. Tess pone los ojos en blanco y yo contengo la sonrisa. Mi espacio aún está aséptico, sin fotografías ni decorado, tan solo mi agenda

y una pluma con pompón que encontré en una de esas tiendas de bajo precio—, ¿puedes quedarte hoy una hora más? La reunión con los clientes se alargará y necesitaré que pases las notas para el final del día.

En su expresión se trasluce la pena que siente por pedírmelo. Me es imposible negarme, aunque sé que estaré en un aprieto.

—Déjame ver si puedo cambiar mi cita, ¿vale? —Ella asiente y se va, aunque de su expresión se desprende que le preocupa que le diga que no. Cojo el móvil y me pongo en contacto con la Universidad de Nebraska. El corazón me late acelerado, como cada vez que soy consciente de que por fin estudiaré meteorología.

—Buenos días —saludo cuando me atienden en la sección de becas. Planteo la posibilidad de cambiar la hora de la reunión por motivos laborales y la amable voz del otro lado accede sin problemas.

—Claro, solo que, si vienes pasadas las tres de la tarde, la reunión no será con el señor Sonner, sino con la señorita Cash. ¿Le va bien?

—Sí, perfecto —respondo, mientras anoto el apellido en la agenda.

—Entonces la esperamos a las 15:00 h con la señorita Cash. Hasta luego, señorita McEwan. —Ni bien corto la conversación, suelto el aliento, aliviada. ¡Tengo tanto miedo de estropearlo todo! Por un lado, me da miedo perder este empleo a tiempo parcial, pero bien pagado. Es lo que me permite tener a mi madre de regreso y, sobre todo, no depender de Sonia. Aún resuena en mi interior nuestra última charla, el miedo de que mi madre tome la misma desesperada decisión al sabernos atrapadas. Por otro lado, me aterra perder la oportunidad que me brinda la universidad.

Le digo a Tess que podré quedarme una hora más. Vuelvo a respirar, todo sigue en orden. John asoma la cabeza por encima del separador.

—Pausa de café —dice, y la cabeza de Laura aparece al otro lado.

—¡Por fin, la café señal!

—Nunca se le dice que no a un café —accedo y voy con ellos a la pequeña cocina del laboratorio.

Maddie

Aparco mi Nissan en el aparcamiento de la universidad y empiezo a temblar de los nervios. Es la última entrevista para conseguir la beca, sé que saldrá bien, a estas alturas es prácticamente imposible que me den plantón, pero soy muy pesimista. Volví a ser la Magdalen McEwan de antes de Blaze, aquella cuyo lema era: «Piensa mal y acertarás». O prepárate para lo peor y te ahorrarás malas sorpresas.

Luzco el mismo vestido con el que conocí a Blaze, azul hasta la rodilla, solo que como no hace frío lo complementé con una chaqueta ligera y unos zapatos bajos. Cojo mi bolso, que es de los amplios en los que entra hasta un portátil, y bajo del coche con las piernas temblorosas. Me aseguro en el retrovisor que mi coleta está prolija, respiro hondo y avanzo.

Repaso en mi mente la posible conversación, la entrevista es informal, y sonrío al pensar en los consejos que leí en internet. Debo dar un poco de pena, pero sin victimizarme. Tengo que parecer segura, pero sin parecer una soñadora. Hablar con practicidad, sin dejar de lado lo inspirador. Una anécdota personal complementada con reflexión. Bien, ya lo tengo. Me repito.

—Será mía. La beca será mía. —Alzo la vista al edificio, lo miro y... entro. La universidad de Omaha consta de un edificio central, que denota la antigüedad de la institución, y

de un campus moderno con instalaciones acordes a las demandas de los estudiantes. Las oficinas administrativas están en el edificio principal, así que sigo las indicaciones hasta llegar a la secretaría.

—Buenas tardes —me saluda una mujer de rostro amable.

—Buenas tardes, tengo una cita con la señorita Cash. Me llamo Magdalen McEwan. —La mujer escribe mi nombre en el ordenador y asiente con una sonrisa.

—Claro, espere unos minutos. —Me señala las sillas dispuestas allí y sigue con lo que fuera que estaba haciendo. Me siento e intento no hacer ruido con los pies. Repaso la entrevista en mi cabeza, el discurso preparado y reviso una vez más si tengo todos los papeles en el bolso.

A los pocos minutos, una mujer joven se asoma y me saluda. Me pongo de pie y casi se me cae el bolso por los nervios, pero me repongo y voy tras quien supongo que es la señorita Cash. Ella despeja la duda.

—Jodie Cash —se presenta y me extiende la mano.

—Magdalen McEwan. —Le devuelvo el apretón de manos. Me indica la butaca frente al escritorio y se sienta en la suya, detrás de este. Y entonces, como siempre, lo planeado se hace humo. Porque ella suelta la siguiente frase sin más:

—No sé por qué estás aquí, señorita McEwan. —Mira su ordenador con extrañeza.

La voz se me quiebra al decirlo.

—Por la beca... —Busco en mi bolso la carta recibida—. Tenía una entrevista con el señor Sonner, pero he tenido que reprogramarla y...

—Sí, intenté hablar con Sonner al ver esto, pero tuvo una emergencia y no quiero molestarlo por un posible error del sistema.

Se me ha instalado una bola de fuego en la boca del estómago. Joder, ¿por qué no me salen las cosas a la primera?

—Un error del sistema... —repito, como una idiota—. Pero ¿y la beca?

—Es que ese es el problema, señorita McEwan: usted no tiene beca. —El mundo se abre bajo mis pies, alcanzo la carta en mi bolso e intento dársela a la señorita Cash como prueba de que la he recibido. No obstante, ella no la coge, sino que da la vuelta a su monitor y me enseña la pantalla.

—¿Lo ve? La matrícula está pagada de manera convencional.

—¿C-cómo?

—No figura ninguna beca, usted es una alumna regular de la Universidad de Omaha. —Por fin coge la carta, la estudia detenidamente y luce confundida. Le da varias vueltas más a cada uno de los formularios y yo siento que me voy a morir aquí mismo. Mis mejillas y orejas arden, tiemblo como si estuviera en el Ártico. —Vale, creo que lo entiendo... —dice al fin, y me sonrío—. Seguro que Sonner está más informado.

—¿Qué sucede?

—Es una beca privada —dice por fin.

—¿Una beca privada? —Ya no me preocupa quedar como una imbécil repitiendo como un loro todo lo que me dicen.

—Claro, alguien la ha apadrinado, señorita McEwan. Alguien ha pagado los estudios universitarios completos. —Su sonrisa se amplía—. ¿No ha enviado una solicitud de beca a otro organismo, a una ONG, por ejemplo?

—Yo... —Abro la boca como un pez fuera del agua, pero luego la cierro con furia. Empiezo a comprender qué sucede aquí.

—¿Puede ver quién paga esta beca?

—Mmm.

Duda. Me observa y me pregunta:

—¿Segura que no sabe quién ha pagado?

—Tengo mi sospecha —mascullo. Intento sonreír, pero seguro que parezco el Guasón—.

No estoy segura.

—No le prometo nada, permítame... —Se pone de pie y se dirige a la secretaria que me atendió hace unos minutos. Hablan en voz baja, no puedo escucharlas. Me doy cuenta de que es la secretaria quien intercede a mi favor, algo así como que tengo derecho a saberlo por si quien se presenta como un benefactor luego pretende cobrárselas de maneras non sanctas. Yo solo puedo pensar que, si es quien creo que es, seré yo quien se las cobrará. La señorita Cash regresa, se sienta frente al ordenador y escribe algo; luego me brinda otra de sus sonrisas amables.

—Se trata de una empresa privada, señorita McEwan. DDD Inc. —Coge un bolígrafo y un bloc de notas y escribe el nombre y la dirección fiscal. Cuando me la extiende, siento que la furia es absoluta—. ¿La conoce?

—Conozco a los dueños —respondo mientras recojo mis cosas. La señorita Cash asiente, está más tranquila ahora que sabe que no estoy en peligro.

—Supongo que la entrevista será con ellos, señorita McEwan. —Yo asiento, tensa, fantaseando con la dichosa entrevista.

—Así parece, lamento haberle quitado tiempo.

—En absoluto. Esperamos verla aquí la semana que viene, cuando comiencen las clases.

—Muchas gracias. —Le estrecho la mano; al menos mis palmas ya no sudan. El calor que emana es seco, ardiente, furioso... como un maldito incendio forestal. Regreso a mi coche a grandes zancadas y, una vez frente al volante, vuelvo a leer la nota de la señorita Cash:

«DDD Inc. 7th Road... Fort Creek».

—Ahora sí que vas a escuchar, Blaze Davenport. Esta vez no te irás sin dar explicaciones.

CAPÍTULO 23

Maddie

La sonrisa que me brinda Dash al verme en mi Nissan destartado me dice que las cosas no van bien desde que me fui. Ni siquiera me pide autorización, a pesar del riesgo que corre de perder su trabajo. Acciona la barrera y se toca el sombrero desde la garita como saludo. Tras lo cual, sin aguantar más la tensión, asoma su cuerpo por la ventanilla.

—Dime que vienes a domar a la bestia —suplica.

—O a matarla —gruño.

—Ambas opciones nos valen. —No lo dice en serio, lo sé. Adoran a Blaze, pero eso no implica que, en ocasiones, no se comporte como un capullo.

—¿Dónde está?

—Eso tendrás que preguntárselo a MaryAnn; ni siquiera Christine está al tanto de sus movimientos.

Es decir, que incluso escapa de su mejor amiga. Pues bien, hasta aquí llegaste, Blaze Davenport. Pongo en marcha mi coche y avanzo hasta la nave central. Mis excompañeros me saludan al pasar como si yo fuese un general de alto rango: llevan las manos a sombreros imaginarios y se mantienen tiesos hasta que los rebaso. Solo entonces vuelven a sus actividades.

—Joder, Blaze —susurro con enfado y pena. Sabía que él lo estaría pasando mal, pero no entiendo por qué cojones nos ha sometido a todos a esta tortura. A medida que me acerco a la vieja oficina, un nudo atenaza mi estómago. Y también la certeza de que, salvo que me diga que me odia, esta vez no me alejaré de él. Lo amo demasiado, incluso cabreada como estoy, solo puedo pensar en abrazarlo, achucharlo y abofetearlo también. Entro sin llamar y los ojos de MaryAnn, Edward, Hope y Bailey se posan en mí. Tardan unos segundos en reaccionar y, tras hacerlo, corren a abrazarme.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Puede que mi nuevo empleo mole, que la posibilidad de la universidad sea un sueño hecho realidad..., pero este es mi lugar. Les devuelvo el abrazo con el deseo de ser capaz de clonarme para rodear a todos a la vez. Tras el primer encuentro, no necesito explicar nada más.

—Vienes a por Blaze, ¿verdad? —atina MaryAnn, yo asiento con la cabeza.

—¿Dónde está?

La mujer coge su tablet y niega con la cabeza.

—En el extremo norte, arreglando él mismo unas alambradas.

Sé que no podré llegar con mi Nissan hasta allí, Hope no lo duda.

—Coge una de las camionetas, Maddie. Y si se enfada, tú le dices que era eso o tu vieja bicicleta.

—Veo que os ha estado torturando. —Sonrío irónica.

—No más de lo que se tortura él mismo. —La voz de Christine me llega desde atrás. Me vuelvo y me funde en un abrazo—. Gracias por venir, Maddie, gracias por no rendirte. Te necesitamos de regreso y también a él, y tú eres la única que puede traerlos de regreso.

—Os necesitamos a los dos —coincide MaryAnn—. No solo sois una pareja, sino un equipo, y eso, mi niña, es muy difícil de hallar.

—Me haréis llorar —reclamo, me seco una lágrima—, me haréis llorar y debo estar un

poco más cabreada, ¿vale? Luego nos tomamos unas cervezas en Fort Creek y nos ponemos sentimentales.

Acceden entre risas, Christine me lanza las llaves de una de las camionetas y me pongo en marcha. Sí, Blaze y yo somos un equipo, pero él decidió romperlo y, conociéndolo, debe tener sus motivos. No niego que estoy asustada, que temo el enfrentamiento, pero más me aterra contemplar la posibilidad de que sus razones provengan de su tendencia a menospreciarse. Es muy hiriente amar a alguien que no se quiere a sí mismo, que es su propio enemigo. Estoy convencida de que puede salir de esa situación, pero también tengo la certeza de que no lo hará solo. Nadie se salva solo en este mundo. Ni yo ni él. Y él ha estado a mi lado en mi momento más oscuro, no solo me ha tendido una mano, sino que también me ha brindado la posibilidad que nadie antes me había dado, y sigue haciéndolo ahora. Me aparta de su lado a la vez que me obsequia con el sueño más importante de mi vida.

Más importante hasta hoy.

Porque, sin proponérselo, Blaze ha construido un nuevo sueño para mí. Un anhelo que posee sus brazos, sus besos, su compañía... y por el que renunciaría a todo lo demás. Y, como si eso no fuera poco, su generosidad hace que no tenga que hacerlo. Junto a él, nunca debo elegir ni sacrificar nada, porque Blaze Davenport es como un jodido genio en una botella que cumple deseos sin poner condicionantes.

Me esfuerzo por mantener el enfado, necesito esta furia que bulle en mi interior para enfrentarlo, para no flaquear ante él y darle la posibilidad de alejarme. Él también merece ser feliz y, joder, yo sé cómo hacerlo feliz. Lo sé, ¡al demonio mis inseguridades!, ¡al demonio mi pasado y mis errores!, ¡mis culpas y remordimientos! Yo puedo hacerlo feliz y sé que dedicaré cada fibra de mi ser a conseguirlo.

La camioneta levanta polvo detrás de mí. El sol me ciega al bajar por el horizonte. Y en este paisaje agreste y salvaje lo veo a él. Su figura se recorta contra el sol, no hay más que un hombre y una llanura. El corazón me galopa en el pecho y solo soy capaz de repetir:

—Esta vez no permitiré que la cobardía me aparte de ti, Blaze Davenport. Esta vez me aseguraré de que sepas cuánto te quiero.

Blaze

No me vuelvo a ver quién viene. Da igual si es Christine, Richter, MaryAnn o incluso mi propio padre. Todos lo han intentado sin éxito, me resisto a dejar el trabajo y a estar solo con mis pensamientos. Mientras talo árboles, arreglo cercas, arreo animales..., mi cabeza se enfoca en esa tarea y no en Maddie. No en ella, en la idea de haberla perdido y en el pánico de ponerla en peligro.

Tenso el alambre, siento cómo, pese a llevar guantes, me produce dolor. Saboreo el dolor como un flagelo autoimpuesto. Suelto un gruñido animal, clavo mi bota en el palo y tiro con todas mis fuerzas hasta enredar el alambre en la madera. Sosteniéndolo con una mano, cojo con la otra la herramienta, una engrapadora de fuerza industrial, y lo fijo. Solo entonces suelto el agarre, sacudo la mano hasta aflojar los dedos y un dolor ardiente me atraviesa la palma. No me importa, voy a por el siguiente alambre sin demora.

—Si no dejas de comportarte como un imbécil, Blaze Davenport, te arrollaré con esa camioneta. —La voz de Maddie soltando una amenaza me paraliza—. Sé que me has oído y, ¿sabes qué es lo peor?, que no puedo hacerte más daño del que te estás haciendo solo. Lo único que quiero saber es por qué. ¿Por qué, Blaze, nos atormentas a ambos?

Al fin consigo coger valor y volverme. Su imagen me golpea con la fuerza de un tornado; lleva el mismo maldito vestido que aquella primera vez, y entiendo que estaba destinado a quererla. Con secretos o sin ellos, jamás la hubiera podido dejar marchar. Esa misma noche podría haberme extendido la factura que yo le hubiera pedido su número de todos modos. Abro la boca, las palabras no me salen, y aprieto los labios con furia por estar tan destrozado, por no ser capaz siquiera de decirle que la quiero.

Maddie se acerca a mí, no hay delicadeza en ella, lo hace a grandes zancadas y pienso que su andar es mejor que el de mil modelos en Milán. Se detiene a un paso de mí. Me mira, alza sus ojos avellana y los fija en los míos. El sol de frente le arranca destellos rojizos de su cabello. Soy incapaz de reaccionar, ni siquiera cuando alza la mano y me golpea el pecho con fuerza. No me lastima, pero no es un puñetazo suave y juguetón. Vuelve a golpearme, frunce el ceño al hacerlo. Lo repite una y otra vez hasta que la detengo cogiéndola por las muñecas. No lo hago por mí, sentir sus golpes es lo mejor que me ha pasado en estas últimas semanas. Cada impacto parece darle impulso a mi corazón para seguir latiendo... No, la detengo porque se hará daño y lo único más fuerte que mi pánico y mi enfermedad mental es el anhelo primitivo de protegerla.

Elevo sus brazos, ella se acerca más, se pega a mí y sisea:

—DDD Incorporated, 7th Road. Fort Creek.

—¿Qué? —Elevo las cejas, sin entender. Ella frunce el ceño.

—La empresa que financia mis estudios, de donde proviene mi «inesperada» beca, Blaze.

—No tengo nada que ver, Wade se encarga de las finanzas, ya lo sabes.

Se retuerce bajo mi agarre.

—Te golpearé en los cojones, Blaze. Sé que has sido tú, es una de las empresas Davenport. No hace falta que sea un genio para adivinarlo.

Me quedo en silencio, a decir verdad, no sabía qué empresa había usado Wade para financiar sus estudios. Le pedí que no me pusiera al tanto, porque, cuando de Maddie se trata, soy como un adicto que bebe cada retazo de información como una dosis que lo llevará a la muerte.

—Financian muchas cosas —respondo en mi defensa, y debo alejarme antes de que el puntapié de Maddie impacte en algún sitio delicado. No miento, los Davenport became a ciudadanos locales, deportistas, pequeñas empresas y demás que puedan traer progreso y bienestar a Fort Creek.

—¿Por qué me ayudas? —me increpa, ya a un palmo de distancia—. Me odias, ¿recuerdas? Me odias por mentirte, me odias por ser una puta. Me has apartado de tu lado sin darme la oportunidad de defenderme. ¿Por qué me cumples los sueños si me odias, Blaze?!

Escucharla decir eso me violenta más de lo que jamás imaginé. Soy yo quien se acerca a ella a grandes zancadas, la cojo en brazos con más fuerza de la esperada y mi voz apenas traspasa mi garganta.

—¡No vuelvas a decir eso!

—¿Que me odias? ¿Acaso no es verdad? Pretendes que me vaya, que me aleje de ti, ¿qué es eso si no es odio, desprecio, rencor...?

—¡Amor! —le grito. Exhalo y cierro los ojos, frustrado. Nunca quise confesarle mi amor, porque lo sé, si se lo digo nunca se rendirá conmigo. Es injusto para ella que se quede a mi lado, es desesperante para mí que esté tan convencido de que está en peligro—. Te alejo porque te quiero, Maddie...

—Eso es lo más absurdo que me has dicho desde que te conozco.

—¿Qué pretendes de un loco, si no es locura? —Le acaricio la cabeza. Aunque me repita

una y otra vez que debo alejarla, ahora que la tengo de nuevo en brazos soy incapaz de hacerlo.

—Jamás pensé que estuvieras loco, Blaze. Pero siempre hay algo de locura en el amor, ¿no?, ya lo decía Nietzsche. —Se pone de puntitas de pie, me besa el mentón suavemente e insiste con otro y otro beso hasta que bajo mi rostro y le permito alcanzar mi boca. Su beso despierta cada rincón muerto de mi cuerpo y me recuerda que sin ella no vivo, que apenas existo. Se coló bajo mi piel, se hizo carne, y ahora separarme de ella es como amputarme; siempre me quedará un dolor fantasma donde ella debe estar—. También siempre hay algo de razón en la locura. Así que dime, Blaze, dime la verdad: ¿por qué me has alejado de ti?

¿Cómo puedo explicar lo que me sucede sin sonar desquiciado? Ella aguarda en silencio durante unos minutos, luego me abraza con fuerza y me susurra:

—Yo también tuve miedo de compartir un secreto, de ser juzgada por ello, de que no me entendieras. ¿Cómo te hizo sentir eso?

—Cabreado —reconozco.

—¿Por qué? —Alza sus ojos a mí—, ¿qué fue lo que te enfadó? ¿Que fuera una puta?

Siento que rechinan mis dientes por la fuerza de mi mandíbula.

—Que no hayas confiado en mí, joder —mascullo—. Me cabrea lo que has pasado, lo que has vivido, los hombres que compraron tu cuerpo como si fuera un objeto... lo que te has enfrentado sola. Me enfada no haber aparecido antes en tu vida, sentir que he llegado tarde, que has sufrido demasiado antes de que yo pudiera hacer algo. ¡Y me cabrea que, cuando me crucé en tu camino y di mil pruebas de que jamás te juzgaría, de que jamás te soltaría la mano, aun así, te cerraste a mí! Aun así, pensaste que yo sería un capullo. ¡Y joder, Maddie, eso duele! Eso duele de cojones.

—Querer a alguien y no poder ayudarlo duele mucho. Sí, lo entiendo. —Me rodea con los brazos por la nuca—. Creer que esa persona a la que quieres te juzgará por puta o loco... duele de muerte...

—Maddie...

—Así que, cuando te cierras a mí, me duele como te ha dolido a ti. Cuando me apartas de tu vida, me duele como te ha dolido a ti. Siempre me ha costado confiar, Blaze, tú has cambiado eso. Es hora de que yo te devuelva la gentileza. Por favor, dime... dime qué te ha hecho pensar que debías alejarte de mí.

—Es imposible expresarlo con ideas racionales, Maddie. Solo siento... Sé —me corrijo— que estás en peligro. Intenté buscarle sentido, hallar pruebas de mi «corazonada», y lo único que encontré fue la evidencia de mi paranoia. Es un síntoma más de mi trastorno. —Ella niega con la cabeza y vocaliza: «No estás loco». Le cuento que, tras mi sesión con Hanna, vi a Karl con Shannon y, desde entonces, la sensación de que algo malo le pasará si estoy a su lado no me abandona. He llegado a tener ataques de pánico, muy distintos a los brotes de hipermnesia. Ella sigue negando, de su boca sale la sentencia más letal:

—Te creo, Blaze.

—No puedes creerle a alguien que imagina...

—No imaginas. Te creo, si dices que estoy en peligro es porque lo estoy. Solo que eso no me hará apartarme de tu lado.

—Maddie...

—Detente, Blaze. —Me agarra de la camiseta y me hace sonreír cuando trata de zamarrearne. No me muevo ni un milímetro—. Tú hueles el peligro, percibes las tormentas antes que nadie y hasta me has salvado de la serpiente, ¿recuerdas? Tienes instinto.

—Eso no existe, el instinto no es más que la lectura inconsciente del entorno.

—Vale. Entonces, estás interpretando inconscientemente el entorno. Eso no lo hace falso. —Suspiro. Ella también—. Blaze, sé que hubo un pacto tácito entre los dos de no hablar de Shannon, tal vez por una cuota de celos por mi parte, lo reconozco, y tú porque no querías hacer comparaciones odiosas. Vale. Pero es hora de enfrentarnos al elefante en la habitación. —Va hasta la camioneta, baja la portezuela trasera y se sienta con los pies en el parachoques. Me invita a unirme a ella. Me siento a su lado, nuestras sombras se alargan delante de nosotros—. Mi madre ha tenido muchas parejas, unas mejores que otras. Tuvo novios que la golpeaban, le daban palizas terribles, y otros... no sé cuáles eran peores. Los otros la magullaban aquí. —Se toca la sien—. La hacían sentir estúpida e inútil. Le hacían creer que se buscaba los problemas y los maltratos por no ser lo suficientemente buena, por enfadarles o por no ser como las demás mujeres... Lo he visto, Blaze. Puede que un último suceso haya conducido a mi madre al intento de suicidio, pero fueron todas esas pequeñas magulladuras las que marcaron el camino. Una tras otra. —Cojo su mano libre, Maddie enreda sus dedos entre los míos—. Eso mismo te hizo Shannon, Blaze. Las mujeres sufrimos violencia con más frecuencia que los hombres, pero eso no implica que vosotros no podáis padecerla también. Ella no podía ponerte un puñetazo porque tú eres más fuerte, pero sí podía hacerte sentir loco. Podía valerse de tu problema psicológico para manipularte, para hacerte desconfiar de tus sentidos, de tus emociones... Usar la culpa en tu contra, la vergüenza, la ansiedad... Y lo ha hecho. Los hombres también podéis sufrir violencia en la pareja.

No encuentro las palabras. Sé que tiene razón, estoy tratando las secuelas con Hanna, pero escucharlo de su boca se siente más real, casi tangible.

—Shannon te ha hecho mucho daño, es una mujer cruel y violenta. Y cuando tú dices que esa mujer cruel y violenta me quiere herir, no soy tan tonta como para no confiar en tus instintos. O en tu lectura inconsciente del entorno —bromea con una sonrisa—. Sé que dices la verdad, Blaze, y no necesito evidencias para creerte. Las evidencias son para los detectives, no para los amantes.

—Las evidencias sirven para que los locos sepan qué es real y qué no, Maddie. Puede que tengas razón, solo que eso no quita que yo tenga problemitas y lo sabes.

—Vale. Entonces iré a por las pruebas —dice, bajando de la camioneta de un salto. Camina hacia la otra, en la que ha venido. La cojo de la muñeca antes de que se suba a la cabina.

—¿De qué cojones hablas? —balbuceo, aterrado.

—De averiguar qué traman, por supuesto.

Tiro de ella hasta que cae sobre mi pecho. Mi corazón late desbocado, al borde de un ataque de pánico.

—Por favor, no lo hagas —ruego.

—¿Por qué? Si tú dices que estás loco, que no hay evidencias, que son ideas tuyas... ¿Acaso no estás tan seguro?, ¿acaso empiezas a creer en este corazón que se acelera ante el peligro? —repito, tocándome el pecho.

El calor de su mano atraviesa la tela de mi camiseta y calma mi corazón. Sí, sí creo en mí. Ella me hace creer en mí, y mi única brújula en la noche es saber que está a salvo. Bajo la cabeza y la beso en los labios, porque así puedo retenerla a mi lado y mantenerla lejos del peligro.

Maddie

Su boca pegada a la mía me hace olvidar el mundo, los problemas y los enfados. Enredo mis manos en su nuca y ahondo el beso, profanando su boca con mi lengua. Su sabor masculino y

cálido me recibe como el hogar encendido que reconforta una noche fría de invierno.

Su cuerpo se siente duro contra el mío, un muro que me sostiene. Caricia a caricia me desarmo y vuelvo a armarme, me recompongo para volver a ser Magdalen McEwan. La emoción es tan intensa que me embarga más allá de la pasión; mis ojos se llenan de lágrimas de felicidad. Sus brazos me rodean por la cintura, me acercan más a él. En lugar de perder la razón, como siempre me sucede cuando me embarga la pasión con Blaze, soy presa de la revelación más profunda.

Lo amo. Hasta hace apenas unos segundos podía afirmarlo sin temor a equivocarme, pero ahora soy consciente de lo que significa amar. Amar de verdad. El universo se tiñe bajo este prisma y las cosas, hasta las más absurdas, cobran sentido. Comprendo la fe de mi madre, esa certeza de la existencia de un ser supremo, porque nada tan perfecto como lo que experimento ahora puede crearse al azar. Entiendo de qué habla cuando habla de Providencia, que no es lo mismo que destino o determinismo. Somos seres libres, somos dueños de nuestros actos, pero hay un Dios que se asegura de que, pase lo que pase, erremos cuanto erremos, siempre se abra un camino correcto ante nosotros. Siempre, hasta el final de nuestros días, tenemos la posibilidad de remediar, de perdonar, de ser mejores... de amar.

Mi milagro es Blaze Davenport. Con él me equivoqué, oculté, temí..., pero en cada ocasión que fallé tuve la posibilidad de reconsiderar mi camino hasta llegar a donde debía llegar. Sus brazos.

No soy perfecta ni pretendo serlo. Eso sería soberbia. Amo a Blaze con la humildad de cada uno de mis defectos, entre ellos saber que, cuando este momento sublime termine, volveré a enfadarme con aquellos que lo lastimaron y sentiré deseos de venganza. Es imposible que no me suceda. Sin embargo, en este instante, en el que las manos de Blaze descienden por mi cintura hasta mi culo y su cuerpo empuja el mío hasta conducirlo a la parte trasera de la camioneta, lo único que siento por los crueles, los viles, los hijos de puta que hieren a alguien tan perfecto como Blaze Davenport, es pena. Una pena honda por no ser capaces de querer.

El metal de la camioneta golpea mis nalgas y yo doy un brinco para subir. Abro las piernas y recibo a Blaze entre ellas. No separo mi boca de la suya mientras desabrocho sus vaqueros y desnudo su polla dura. Me alza el vestido y arranca las bragas sin contemplaciones. Gimo por la sorpresa unida al deseo y me embriago de su desesperación. Un dedo abre mis pliegues, palpa mi humedad y veo cómo sus ojos brillan por el deseo. Debo proyectar una imagen similar mientras acaricio su polla. Percibo la suavidad de su glándula y la gota de preseminal.

No hace falta hablar más, se coloca en mi hendidura y empuja hasta empalarme. Un grito primitivo nace en mi garganta. Estamos lejos de la civilización, tenemos toda la naturaleza para nosotros. El cielo está limpio, la brisa es fresca, se huele la hierba recién segada y también se percibe el olor de nuestras pieles. Nada me importa ya; no contengo mi respuesta, me aferro a su cintura con las piernas y clamo por más.

Blaze lo da todo con el mismo anhelo incontenible. Los sonidos que emite al hacer el amor son la melodía más perfecta que he oído jamás. Se unen al compás de los míos, desesperados. Lleva su mano al lugar en que se unen nuestros cuerpos y, con sus dedos ágiles, estimula mi clítoris al mismo tiempo que él me penetra.

Arqueo mi cuerpo, mi cabeza cae hacia atrás, rendida, y me dejo llevar por el devastador orgasmo. Abro los ojos en el momento preciso en que mi último espasmo desencadena el orgasmo suyo. Sin barreras de por medio, se derrama en mí y yo lo retengo en mi interior, deseando que seamos uno para siempre.

Nos cuesta apartarnos, seguimos besándonos un poco más hasta que la pasión da paso a la ternura. Y a la realidad circundante.

—Maddie, no te vayas —me suplica—, no te pongas en peligro. No podría soportarlo si te pasara algo.

—No te va a pasar nada, lo prometo. —Le sonrío y me remuevo incómoda; es extraño estar con vestido y sin bragas. Sus ojos vuelven a brillar por el deseo—. Hasta que te conocí, pensaba que en el mundo solo habitan personas como Shannon y Karl. Tú cambiaste eso. Pero mi horrible experiencia me sirve para algo... —Vuelvo a pensar en la Providencia, en cómo, una vez que eliges el camino correcto, hasta los malos momentos revelan su importancia—, sé lidiar con ellos, Blaze. Sé hablar su idioma. Y te prometo algo más: no jugaré a ser valiente; si percibo que estoy en peligro inminente, huiré.

Él insiste en su negativa, yo no quiero mentirle ni actuar a sus espaldas, por lo que los dos sabemos que es una discusión que no tendrá ganadores. Solo hay una forma de evitar que esto se convierta en una discusión.

—Vayamos a casa —dice. Suena a dulce promesa en sus labios.

—Vayamos a casa.

CAPÍTULO 24

Maddie

Despedirme de Blaze fue el desafío más difícil al que me he enfrentado en mi vida. El muy maldito sabe cómo retenerme a su lado; sus brazos ejercen una fuerza mayor que la de sus bíceps y me ancla a su lado por pura adicción. Utilicé la excusa de mi madre para alejarme; no quiere que me enfrente a Karl y Shannon. Prefiere afrontar su enfermedad, con sus brotes y ataques de pánico, antes siquiera de considerar la posibilidad de que yo esté en riesgo, y se me estruja el corazón.

Pero amar es también dar, no solo recibir. Necesito retribuirle todo lo que me ha dado estos meses, porque no me alcanzará la vida para poner los platillos de la balanza al mismo nivel. Aunque, por supuesto, él no lo ve así. Piensa que mi amor es compensación suficiente, ¿cómo puede serlo? Amar a Blaze Davenport es más fácil que respirar. Desafiaría a alguien a permanecer junto a él y no quererlo, eso sería imposible.

Dada su insistencia y porque detesto hacerle sufrir, le dije que me trajera él mismo a casa de camino a la consulta de Hanna. Así se aseguraba de que no iba directo al piso de Shannon a cogerla de los cabellos como en una telenovela de bajo presupuesto (reconozco que me gustaría hacerlo).

Mi madre no está en casa, de lo contrario, vería su nariz asomando por las cortinas. No solo por la lujosa camioneta, que ya es extraña en nuestra vida, sino porque jamás había estado así con nadie. Se nota en mi comportamiento que lo que siento por Blaze es distinto a todo lo que experimenté antes.

—Llevo prisa —gruñe al separar nuestras bocas—. Me gustaría quedarme a conocer a tu madre... —Mira su reloj, analiza cuánto tiempo le queda.

—Otra vez será, vaquero. Además, aún no sabe de ti —digo avergonzada. Él me brinda una de sus sonrisas tiernas.

—¿Temes mi reacción o la suya?

—Temo algunas de sus preguntas...

—¿Cómo se conocieron? —ríe, yo río con él. Le doy un último beso y me bajo de un salto de la camioneta. Sí, explicar esa primera cita sería complicado para ambos.

—Nos vemos luego, vaquero —me despido, y bajo de un salto de la camioneta. Veo a mi madre caminar por la acera con unas bolsas de papel del supermercado y sus ojos se clavan en mí con estupor.

Suelto una carcajada mientras busco las llaves para entrar. Blaze aguarda hasta que estoy a salvo para irse, y reconozco que exhalo aliviada. No estoy lista para presentarle a mi madre, pero sí para contarle sobre él. Ha llegado el momento de que sepa lo que ha sucedido estos meses en los que ella ha estado internada: me he enamorado del hombre más excepcional del mundo.

Nada más poner un pie dentro de casa, mi madre entra detrás de mí y dice:

—¿Tu novio no viene?

—Lo has espantado —bromeo. La veo sonrojarse. En realidad, él no la ha visto, de lo contrario, su gentileza vaquera lo hubiera hecho saltar del coche para presentarle sus respetos.

—Nunca te he visto así... —y se sonroja más aún, como si ella fuera la que compartía besos ardientes con un vaquero sexy.

—Ya lo conocerás, mamá. —Voy a la cocina a poner el agua a hervir para un té—. Pero

debo advertirte de algo: sufre ansiedad social, por lo que tendrás que ser... mmm... poco efusiva, ¿vale?

Ella me mira llena de amor. Ni siquiera necesito explicar su problema, Jasmine ha estado varios meses en una clínica psiquiátrica, sabe mejor que yo la variedad de trastornos posibles.

—Claro, cariño. ¿Es muy importante para ti?

—Sí.

—Entonces, me aseguraré de comportarme como la reencarnación de Lady Di. —Me echo a reír.

—Con que seas tú misma bastará, no te cambiaría ni un pelo. —Le doy un abrazo y regreso junto a la encimera para poner los saquitos de té en las tazas.

—Además, ya no tendrás de qué avergonzarte con tu madre... —dice, y siento un puñal en el pecho.

—Jamás me he avergonzado ni me avergonzaré de ti, mamá.

—Pero ahora puede que tenga un empleo de verdad. Uno honesto. Podré hablar de ello, no como con...

—Jim —termino yo. Jim odiaba a mi madre y fingía que no existía, que yo era huérfana. ¿Cómo pude soportar tanto desprecio durante tanto tiempo? Sé la respuesta: porque me hicieron sentir indigna de un amor genuino. Como Shannon hizo sentir a Blaze. Presiono la taza con las manos, imaginando que es el pescuezo de la maldita de Shannon—. ¿Qué empleo, mamá? —cambio de tema antes de astillar la cerámica.

—En una organización llamada DDD Inc. —Los ojos se me llenan de lágrimas de dicha—. Se encargan de...

—De hacer donaciones e invertir en pequeños proyectos...

—¿La conoces?

Me muerdo el labio y contengo la verdad entre ellos.

—Sí, he escuchado hablar de ella. Es en Fort Creek, ¿verdad?

—Sí, he pensado en tomar el autobús hasta que pueda comprarme un coche económico.

—¡Me parece una excelente idea! —Llevo las tazas a la mesa de la cocina, me siento y mi vista se pierde en el paisaje de nuestro jardín trasero. La gratitud inunda mi pecho. Hace unos meses, me costó aceptar la misma ayuda de Blaze; el orgullo me ennegecía. Sin embargo, cuando se trata de mi madre, la recibo de brazos abiertos. Así somos, ¿verdad? Nunca le hablaríamos a un amigo o a un ser querido con la dureza con la que nos hablamos a nosotros mismos ni juzgaríamos un golpe de suerte en los demás como juzgamos los propios. Siempre somos más crueles con nosotros mismos de lo que lo somos con los que amamos. Si hubiese aprendido antes a ser mi mejor amiga, a perdonarme, a aceptarme, me habría ahorrado muchos malos tragos.

—Siento que en estos días un ángel de la guarda nos protege, hija. La prueba de que Dios no nos ha abandonado. —Posa su mano sobre la mía e intenta transmitirme su fe, esa de la que en el pasado he renegado un par de veces. Ya no.

—Sí, mamá. Dios no nos ha abandonado, solo no obró a través de un ángel... o sí, solo que es un ángel de carne y hueso. Un ángel a quien otros han dañado y quieren seguir dañando. —Le cuento de Blaze, me ahorro la parte de Sonia, no por pudor, sino para protegerla de esa verdad que la empujó al abismo en el pasado. Le relato todo lo que ha hecho por mí estos meses y que es uno de los propietarios de DDD Inc., la organización que me ha dado la oportunidad de ir a la universidad y cuya generosidad no conoce límites—. Sé que siempre has querido que yo encuentre la fe que habita en ti, hasta me has dado el don de tus creencias en el nombre, pero fue

él quien me hizo cambiar de parecer, fue Blaze quien me demostró que la bondad también existe y que no es algo a lo que solo podemos aspirar tras la muerte. Y ahora alguien quiere herirlo, y haré lo que sea para protegerlo, mamá.

Ella me abraza, conmovida.

—Maddie... Magdalen... Los ángeles tienen alas, los humanos tenemos brazos. Unimos nuestras manos no solo para rezar, sino para crear una red en la que todos podemos ayudarnos. Teje tu red, mano a mano, persona a persona, y verás cómo lo contiene y lo proteges. Sé que puedes. —Me coge una mano y extiende la otra al aire, esperando que el siguiente eslabón de la cadena se una a ella. Yo hago lo mismo y siento un cosquilleo en la palma de la mano, como si alguien me aferrara y me recordara que está ahí.

La idea me alcanza como un rayo: Charlotte.

—Gracias, mamá. —Le doy dos besos, uno en cada mejilla—. Gracias, me has dado la respuesta que buscaba.

—Bien, y que sepas que la próxima vez no dejaré escapar a tu vaquero sin una presentación formal.

Suelto una carcajada.

—Le haré saber la amenaza. —Voy a por mi móvil y le envío un mensaje a Charlotte.

«Necesito un favor, necesito contactar con uno de tus clientes. Sé que va contra las reglas, pero no te lo pediría si no fuese importante. Te compensaré, lo prometo».

Seré tu eslabón para salir de allí, eso es lo que reza mi promesa. Sé que ella podrá, también es fuerte y merece su oportunidad. Todos la merecemos.

Blaze

La consulta de Hanna siempre me transmite serenidad. Me siento en el sofá y ella me ofrece un té de lavanda. Al principio no me gustaba la combinación, ahora me parece difícil empezar a hablar sin tener una taza humeante entre las manos.

Le cuento lo sucedido con Magdalen, su regreso y mi forma de actuar a sus espaldas. Hanna no juzga, pero me deja entrever que mi forma de proceder no fue la correcta. Incluso las buenas intenciones pueden llevarse a cabo por los caminos equivocados. Y esto nos lleva, por supuesto, al centro del problema:

—Ella cree en mi paranoia, Hanna. Mientras yo lucho por encontrar la evidencia, la prueba, para no dejarme llevar por un brote delirante, Maddie suelta lo más tranquila que «tengo razón». ¿Me sigue la corriente como a un loco?

—No estás loco, Blaze. Y dudo que te siga la corriente. Puede que realmente crea en ti o que vea algo que tú no... O tal vez sucede algo que he estado pensando en estas últimas sesiones...

—¿Qué?

—¿Te parece si hacemos un pequeño experimento? —La sorpresa debe traslucirse en mi mirada, porque ella sonríe—. Tranquilo, no habrá electroshocks. Es una prueba psicológica bastante sencilla.

—Vale, si piensas que ayudará. —Confío en mi psicóloga, ningún otro especialista me ha ayudado tanto como ella.

Se pone de pie y recoge un par de naipes como los de toda la vida. Son cuatro mazos, los planta delante de mí.

—Empecemos por este, que se llama «El juego de azar de Iowa». —De momento no me

explica nada más, solo que debo adivinar qué carta saldrá. Ella anota el resultado tras varios intentos. Luego va a por su tablet y me presenta otros juegos de adivinación.

Algunos implican encontrar secuencias o series, otros, imaginar la pieza que falta. Nos lleva casi toda la sesión. Hanna no deja de tomar notas y, al finalizar, consulta un libro de su biblioteca. Regresa a mi lado con una de sus calmas sonrisas, esta vez con cierta satisfacción en los ojos.

—Hemos dado un paso, ¿verdad?

—Ya terminamos con el juego de adivinación, Blaze —bromea—, pero dime, ¿por qué crees que hemos dado un paso?

—Por tu sonrisa.

Ahora suelta una risa amable.

—Bien. Tal vez hemos dado un paso y tal vez Magdalen tiene razón. Esto puede ser solo un indicio, necesitamos analizarlo más, pero se ajusta a tu cuadro y a lo que te sucede, así que considero interesante tenerlo en cuenta. —Yo asiento. Se refiere a que no vaya directo a Google ni me cierre a otras posibilidades, creyendo que ya tengo un diagnóstico cerrado—. La adivinación o la intuición han sido objeto de estudio de la psicología durante muchos años. Quienes nos atenemos al método científico no le damos a esta condición ninguna base esotérica, sino que consideramos que es una capacidad de la mente para completar información faltante. Tal vez esa misma persona no pueda hacer esa tarea de manera consciente ni entienda qué variables está analizando, pero su inconsciente sí hace ese trabajo y lo hace muy rápido. Es muy común en soldados, bomberos y otras personas que están en riesgo y deben tomar decisiones que pueden ser de vida o muerte en tiempo récord. Muchos jamás pueden explicar por qué decidieron ir por un camino en lugar de por otro y así salvar su vida, ni cómo tal oficial encontró la evidencia que buscaban. Simplemente, sienten una corazonada. La corazonada es el inconsciente que completa la información restante. —Espera hasta que yo le diga que comprendo—.

Tu amnesia te ha obligado desde muy pequeño a llenar huecos, a completar los vacíos, y has desarrollado esta capacidad. Estos ejercicios me han mostrado que tienes una alta tasa de acierto y que llegas a ver secuencias donde nadie más las ve. No estás paranoico.

Yo me quedo callado, algo pálido.

—¿Blaze? No estás paranoico, eso es una buena noticia.

—No, no lo es —respondo, poniéndome de pie—. Porque si no estoy paranoico, entonces Maddie está en peligro de verdad.

Maddie

Charlotte me ha conseguido una cita con Karl, en la que espero que también asista Shannon. Debo apresurarme, porque Blaze no salió de la terapia más sereno, sino todo lo contrario: mil veces más preocupado. Hanna le ha pedido que se quedara, y le ha prometido que, tras atender a otra de sus pacientes, volvería a él para brindarle otras herramientas que le permitan afrontar lo que haya sucedido en la sesión.

No niego que tengo una bola en el estómago. Detesto verlo sufrir, por eso, en lugar de desistir, me he armado de valor para enfrentarme a esos dos que tanto daño le han hecho. Regresaremos juntos al rancho, en parte porque no pretendo separarme de él y en parte porque allí dejé mi coche.

He pedido un coche a través de una aplicación para ir a mi cita, que es en el Magnolia Hotel, un sitio bastante lujoso para mis estándares. Sonríó levemente. Confío en que Blaze podrá

salir adelante y, cuando lo haga, la vida social lo empujará a lugares como este. Tendré que consultar a Charlotte sobre normas de etiqueta, porque yo soy un desastre. Tiro de mis pocas prendas de estilo *old money*. En este caso, opto por llevar botas altas con mis vaqueros, chaqueta azul y camisa blanca. Lista para ir a ver polo, pienso. Recojo mi cabello en una coleta alta y me lanzo al mundo de estos chicos pijos y crueles.

Toda mi revelación religiosa se desploma al verlos; el amor al prójimo se me escapa por los poros y soy incapaz de volver a sentir pena por ellos. Lo que me invade es una ira asesina. La cual disimulo con una sonrisa.

Nadie me pide identificación, supongo que el hecho de ser la chica de Davenport también abre puertas en Omaha. Un camarero me acompaña hasta una mesa en el restaurante. Ya es de noche y se huelen los primeros platos en el ambiente. Ellos están con unas copas de vino. Shannon pide vino blanco y Karl, güisqui. El camarero me entrega la carta de bebidas, yo la rechazo con una sonrisa.

—Lo mismo que ella estará bien.

—Se te ha hecho costumbre imitar mis gustos —me suelta con veneno. Yo sonrío.

—Claro, ¿de dónde crees que saco mi estilo? Sin duda no será de mi barrio. —Le sorprende mi respuesta; esperaba que viniera a por todas, tal vez ella también deseaba vivir su telenovela de bajo presupuesto.

El camarero deposita la copa delante de mí, la agradezco con un asentimiento y vuelvo la atención a estos dos.

Pienso que mi actuación es buena, porque se relajan los dos.

—Entonces, si no vienes a insultarnos ni a gritarnos, ¿a qué vienes?

—A hacer negocios, claro —respondo. Bebo un sorbo. Es demasiado seco para mí, me recuerda al horrible paté de la primera noche. Ellos se miran entre sí y luego a mí, no dicen nada más—. Vale, seré más clara. Soy pobre, soy puta y soy lista. Estar con Blaze Davenport es como ganar el gordo de Navidad para mí y no pienso dejarlo escapar. Decidme, ¿qué debo hacer para que no os crucéis en mi camino? Seamos aliados. Vosotros me decís qué queréis de él, yo lo manipulo para que os lo dé y todos vivimos felices: yo en mi rancho lujoso y vosotros consiguiendo lo que deseáis. ¿Qué os parece? —Bebo un segundo sorbo, satisfecha con mi discurso.

Como era de esperarse, Karl es el primero en caer. Contengo la sonrisa, el deseo de apuñalarlo con un picahielos. El primo de Blaze no duda en traicionar a Shannon y saltar del bote que se hunde al bote salvavidas.

—Quiero que me incluyan en el negocio que los Davenport harán con Tate. Quiero mi parte, será una buena suma.

—Vale.

—¿Cómo piensas hacerlo? —pregunta Shannon, es más lista que el imbécil de Karl.

—Pues diciéndole que, al fin y al cabo, fue Karl quien nos unió. Es el artífice de nuestra felicidad, se merece tener un papel más relevante en nuestra vida. Tal vez lo invitemos a cenar con nosotros y con Charlotte, como dos hermosas parejas. Ya lo pensaré. ¿Tú, Shannon, qué quieres?

Ella clava sus ojos azules en mí. Detesto que sea tan hermosa, odio su cuerpo de diosa, sus modales refinados. Los celos que me invaden son abrumadores. Ojalá la maldad viniera siempre en un envase horrible con advertencia y no en esa apariencia angelical.

No responde, yo dejo aflorar parte de mi desprecio.

—No regresará contigo, Shannon —le digo—. Si me deja, será para salir con otra chica

pija. Sabes que, pese a su condición, todas las mujeres de Nebraska quieren ser la próxima chica Davenport y que el único de los hermanos que viene con anillo, boda y rancho es Blaze. ¿Wade? Él solo se divertirá un rato y se aburrirá. ¿Roman? Su padre lo quiere lejos de los negocios. Blaze es el premio gordo. Pero déjame advertirte, Shannon... —Me inclino sobre la mesa y susurro en confidencia—: las demás mujeres no estarán tan desesperadas como yo, te mandarán a tomar por culo y te quedarás sin nada.

La veo sonrojarse por la ira. Apretar sus labios rellenos de ácido hialurónico y ya no la encuentro tan bella como antes.

—Primero, los Davenport deben acceder al negocio con mi padre. Wade se resiste...

—Pero Blaze puede cambiar eso —interviene Karl—. De hecho, salieron a socorrer a Harris porque Blaze lo pidió. Se involucra poco en las inversiones, pero, cuando lo hace, los demás lo escuchan. ¿Puedes hacer eso, Maddie? ¿Puede una mamada tuya convencerlo para que invierta con Tate?

Contente, Maddie, no lo mates aún...

—Supongo.

—¡Por supuesto que puede! —responde Shannon—; yo llevo años haciéndolo. Eso nos lleva a lo más importante, Maddie. —Espeta mi nombre como si le quemara en la lengua—. Debes hacer que deje terapia ya. Una vez que abandone a esa loquera del demonio, podrás manejarlo como te plazca.

Mi corazón se dispara, me cuesta contener la respuesta física y ahora sí que necesito poner en práctica todas mis dotes actorales. Shannon acaba de confesar cómo ejercía violencia psicológica sobre Blaze y el deseo de arrancarle el pelo rubio a tirones es más fuerte de lo que esperaba. Sin embargo, arqueo las cejas, esperando más información. Ella termina su copa y le hace señas al camarero para que le traiga otra.

—Es muy sencillo y te será beneficioso, ya lo verás —prosigue. Coge la copa nueva sin siquiera mirar al camarero—. La terapia le hace sacar a flote muchas cosas, por lo que tendrá días malos. No olvides recriminarlos. Él querrá recompensarte por ello y, en ese momento, le pides que salga del rancho, lo que le provocará ansiedad, pero lo intentará de todos modos. Eso empeorará sus brotes. Esa dinámica hará que la bola de nieve crezca y Blaze te dará cualquier cosa que le pidas por la culpa de someterte a su locura. Verás que sacas mucho provecho: te dará joyas, vestidos, coches... Pero lo que tienes que asegurar es que deje la jodida terapia, invierta con mi padre y deje de hurgar en el puñetero pasado. ¿Está claro? De lo contrario, Maddie, aunque nunca vuelva conmigo, me aseguraré de que tú termines en el fondo del río Misuri. —Me coge la mano y la aprieta hasta que se me ponen los dedos blancos de la presión.

—Vale, vale... —suelto, con una sonrisa—. No hay necesidad de ponerse así, que no soy tu enemiga. Haré lo que dices, aprenderé de la maestra, aunque, personalmente, intentaré que no me dé una patada en el culo como sucedió contigo. —Meto el dedo en la llaga. Karl se ríe.

—Deberías temerme más a mí que a él —amenaza Shannon—. De todos modos, solo te necesitamos unos meses. Cuando hagan el negocio con mi padre, ya serás libre de quedarte con tu vaquero loco todo el tiempo que quieras.

Termino mi copa de un sorbo, me sabe amarga, y me dispongo a marcharme. Me detengo solo un momento para acomodar la última pieza de este puzle, la que me impide completar la imagen.

—Por curiosidad, ¿qué parte del pasado es la que debe evitar? ¿La relación contigo, Shannon? ¿No quieres que se dé cuenta de que lo manipulabas?

Shannon frunce el ceño, la comisura de su labio se eleva en una media sonrisa.

—Al contrario, disfrutaré mucho viendo su cara cuando se dé cuenta de que lo he manipulado, de que esto es obra mía... —Empiezo a temblar por el enfado—. Pero no, lo importante es que mantenga en el olvido eso que ya se ha asegurado de enterrar...

—El accidente.

—Juega tu papel, Maddie, y no hagas más preguntas. Asegúrate un par de joyas y coches a tu nombre; yo sé por qué te lo digo.

Karl la mira con cierta expresión de sorpresa. Esos dos no son amigos, son meramente aliados en un proyecto común. Me despido con una sonrisa genuina porque he conseguido comprender dónde está la amenaza. No es el primo, él es tan solo la rana que lleva al alacrán al otro lado del río. El enemigo es Shannon, Shannon y su padre, Robert Tate. Son los alacranes que no pueden con su naturaleza y clavarán el aguijón aun hundiéndose junto a los demás. Pero de algo me ha servido la vida de mierda que he llevado hasta ahora: he desarrollado anticuerpos que usaré para ayudar a Blaze.

CAPÍTULO 25

Blaze

—¡Por supuesto que estoy cabreado! —Abrazo a Maddie con fuerza, con la esperanza de que así atraviere mi piel, mis costillas y mi carne. Quiero atraparla dentro de mí, donde siempre esté segura—. ¡Joder! Que Hanna piensa que no son paranoias mías. Y ahora tú... ¡Por eso tuve que alejarte de mí! Sabía que no podías mantenerte al margen, ibas a meter tus narices y correr el riesgo.

Entender que me quiera de este modo me alegra y me aterra en partes iguales.

—Yo nunca creí que fueran paranoias tuyas —me dice.

—Con más razón, sabiendo del peligro fuiste a su encuentro.

Estamos en casa, Queen, Lottie y Snowie nos siguen con sus ojos curiosos y sus orejas en punta. Perciben nuestro miedo y están alertas. Cuando Maddie me contó lo que hizo, pensé que me moría de angustia. Los ejercicios de Hanna me ayudan a no tener otro ataque de pánico, pero el temor no se va. Es imposible, es una reacción normal ante el peligro.

—Blaze, conozco a los de su clase —Me acaricia el mentón—, hasta que apareciste en mi vida, era la única clase de personas que había conocido. Les hablé en su idioma, el de la codicia y el egoísmo. Y como el ladrón juzga a todos por su condición, me creyeron sin vacilar.

—Maddie...

—¡Sabemos la verdad, Blaze!

—Pero si vuelvo a terapia, Shannon... ella... —Mierda. La ira me supera.

—Sí, ella es capaz de cualquier cosa. Me ha quedado claro. No le daré el gusto de alejarte de mí ni de que te rindas. Idearemos un plan, seguirás yendo con Hanna a escondidas. Tu psicóloga lo entenderá, fue ella quien dijo que no estás paranoico, sino que estás completando los huecos de la historia. ¡Y esos huecos están en el pasado! En el accidente.

Cierro los párpados con fuerza. Sé que tiene razón, no debo rendirme tan cerca de la meta. Sin embargo, lo que Shannon ha hecho es tomar a Maddie de rehén. Me obliga a elegir entre dejarla salirse con la suya o la vida de la mujer a la que amo.

—Maddie, si te pasa algo...

—Nada me sucederá, Blaze, porque jugaremos su juego hasta el final. —Coge mi mano y me conduce al sillón. Me empuja suavemente hasta que me siento y ella se sube a horcajadas. Sus ojos avellana se clavan en los míos—. Confía en mí.

—Confío en ti, aunque hayas actuado a mis espaldas —le recrimino entre dientes. Maddie me sonrío—. En quien no confío es en Shannon.

—Y haces bien. Tu primo Karl no es el problema, sus motivaciones son tan claras como el agua de un manantial. Hay un negocio que Robert Tate quiere que hagan, un negocio muy lucrativo... Yo no entiendo de estas cosas...

—Es un negocio con criptomonedas, bonos y acciones. Es una forma de diversificar el capital —le explico.

—En cualquier caso, Karl quiere participar. Eso explica por qué, en lugar de usar la información que tenía sobre mí para chantajearme y acercarse a ti, se la ha vendido a Shannon. Sin Robert Tate, él no forma parte de ese meganegocio. —Asiento—. Robert Tate te necesita a ti para que convenzas a tu hermano; antes se habría valido de Shannon y su maldita manipulación psicológica para lograrlo. Le da lo mismo si lo hace ella o si lo hago yo.

—Algo me huele muy mal con ese negocio, a Wade también.

—Seguramente tengáis razón, Blaze. Por eso, tendrás que valerte de la negativa de Wade. Sé discreto y dile en una reunión privada que siga resistiendo, que te brinde tiempo para que puedas indagar en el pasado y descubrir lo que Shannon no quiere que recuerdes.

—Si se entera de que sigo yendo a terapia...

—Lo sé. —Por un momento, atisbo una pizca de miedo. Sabe que Shannon es peligrosa, no me ha contado con detalles lo que le ha dicho, me basta ver su reacción para adivinar que ha ejercido su poder de manipulación—. Encontraremos el modo. Fingiré que sigo en casa con mi madre, así tendrás una excusa para viajar a Omaha. Podemos pedirle a Hanna que te dé las sesiones allí. Por ahora nos valdrá.

—Karl intentará acercarse, me aseguraré de que escuche que he dejado la terapia; seguro que le irá con el cuento a Shannon. Temo que ella tenga otros informantes, es muy capaz de hacerme seguir... o a ti...

—No podemos rendirnos, Blaze. Hay algo que la compromete en tu pasado y no tenemos mucho tiempo. Me ha dado a entender que quiere destruirte y que quiere que sepas que ha sido ella quien te ha dado el golpe letal.

Echo la cabeza hacia atrás y clavo los ojos en el techo. Sigue sin cuadrarme, y justamente es por mi capacidad de completar las imágenes, aunque falten piezas, lo que hace que esta idea no me convenza.

—Shannon no es lista, Maddie. Es cruel, manipuladora y taimada, pero es incapaz de idear un plan para destruirme. Si yo le hubiese podido dar la vida de millonaria que ella quería, la que Roman o Wade podían darle, se habría quedado a mi lado. No pretende más, no puede aspirar a más, le falta visión de futuro.

Maddie me coge el rostro con las manos y asiente.

—No me cabe duda de que tienes razón, Blaze. Siempre creeré en tus jodidos instintos... Lo que nos confirma que tienes que investigar el pasado más a fondo, ahí está la respuesta.

Asiento, la abrazo y la beso con ardor. Magdalen es la razón por la que temo seguir adelante; saberla en peligro me desespera, pero también es ella quien me da fuerzas para no rendirme. Necesito librarme de todo para ser digno de su amor.

La cojo en brazos y la llevo escalera arriba. Por esta noche hemos tenido suficiente con enemigos y peligros, es hora de agradecer que la tenga a mi lado. Y como me faltan las palabras, dejo que Siri hable por mí:

It's always on a night like tonight

Siempre es en una noche como esta

I thank God you can read my mind

Doy gracias a Dios porque puedes leer mi mente

'Cause when you look at me with those eyes

Porque cuando me miras con esos ojos

I'm speechless

Me quedo sin palabras

Starin' at you, standin' there, in that dress

Mirándote, parada ahí, con ese vestido

What it's doin' to me, ain't a secret

Lo que me haces, no es un secreto

'Cause watchin' you is all that I can do

Porque mirarte es todo lo que puedo hacer

And I'm speechless

Y me quedo sin palabras

You already know that you're my weakness

Ya sabes que eres mi debilidad

After all this time I'm just as nervous

Después de todo este tiempo, sigo igual de nervioso

Every time you walk into the room

Cada vez que entras en la habitación

I'm speechless

Me quedo sin palabras

Speechless by Song by Dan + Shay

Blaze

Llevamos varias sesiones con esta dinámica. Pretendo pasar una tarde en casa de Maddie con Jasmine, té y tarta de manzana de por medio, charla amena y momentos agradables. De hecho, así es como sucede. Jasmine es una mujer fantástica. La clase de mujer que puede educar y traer al mundo a alguien como Magdalen, con su entereza y fortaleza. Siempre me aseguro de llegar temprano, aunque tenga mil tareas en el rancho. Así sé que nadie podrá asociar mi llegada con la del Uber que aparca en días y horarios distintos. A veces los jueves, otras los lunes. A veces a las cinco de la tarde y otras a las tres.

Las horas de espera son agradables. Le tomamos el pelo a Maddie, que finge ofenderse porque conspiramos en su contra. Como no me gusta perder el tiempo, no acostumbro a tener tantas horas ociosas, vengo con mis herramientas y hago algunos arreglos en casa.

Todo es tan normal y cotidiano que, por momentos, olvido que soy el hijo de un millonario. Que mi nombre es famoso en Nebraska, que todos me conocen y quieren algo de mí. Puedo librarme de las presiones; Jasmine es tan calma y serena que jamás me ha provocado ansiedad estar con ella. Soy capaz de mantener profundas conversaciones en las que apelo a lo aprendido en tantas sesiones de psicología y ella responde con su inquebrantable fe en Dios. La fe y la ciencia no chocan en nuestras conversaciones, se complementan y aportan un sentido, pero, sobre todo, sanan.

—Tal vez tiene razón, ma'am —le digo, al terminar de solucionar la pérdida de agua en la escurridera—, tal vez estaba enfadado con Dios por lo de mi madre —reconozco.

Hanna llega antes de que Jasmine pueda responder y yo pueda añadir algo más. Estuve enfadado en el pasado por la sensación de injusticia que genera saber que alguien como mi

madre se ha ido tan pronto mientras otros siguen vivos y se salen con la suya. Sin embargo, ese cabreo empieza a remitir al entender que no ha sido Dios quien le quitó la vida, sino que algo más ha sucedido y lo que Dios sí hizo es poner en mi camino las herramientas para hacer justicia. Además de enviar a Maddie a mi lado para que me enseñe a salir adelante con su gran fortaleza.

—Justo a tiempo —saludo a Hanna, que sale de debajo de la encimera. La psicóloga me sonrío, saluda a Maddie, a Jasmine y acepta el té que Magdalen le ofrece. La sigo a la habitación de invitados, donde no predomina el color pastel, sino el azul oscuro y los tonos ocres que tanto le gustan a Maddie. Hay un sofá cama en el que me siento para las sesiones y una vieja silla ergonómica de escritorio en la que se sienta Hanna, cómoda.

Cerramos la puerta. Sé que, al otro lado, las mujeres no oyen y que, por respeto, se alejan tanto como pueden de aquí. Hanna les ha explicado que pase lo que pase, salvo que ella lo solicite, no deben entrar.

—Y bien... ¿cómo lo llevas? —me pregunta la doctora. Cruza las piernas. Yo apoyo la espalda en la pared y tengo las piernas colgando delante de mí.

—Quiero hacer una regresión —respondo, yendo al grano. Hanna se tensa, pero estoy seguro de que mi respuesta no la sorprende.

—Sabes cuáles son los riesgos de las regresiones, Blaze. —Yo asiento, y ella prosigue—. No siempre son de fiar, hay gente que tiene falsos recuerdos, que en el afán de completar una historia coherente...

—Lo sé. Te prometo que no solo me valdré de la regresión, sino que buscaré pruebas. Pero es evidente que el resto del tratamiento no está funcionando.

—¿No está funcionando o no lo hace tan rápido como esperas?

—La vida de Maddie está en peligro, Hanna. Lo siento en las tripas. Mi hermano pospone el negocio con Tate, pero ya no tiene excusas. Karl presiona más y más, y sé que Shannon sigue de cerca los movimientos de Magdalen. Pueden descubrir nuestras sesiones y eso la pondría en riesgo. Por favor, Hanna. Confío en ti, sé que lo harás profesionalmente, que no interferirás en mis recuerdos. ¡Si alguien puede hacerlo eres tú!

—No, Blaze. Si alguien puede hacerlo, eres tú. Tú tienes que ir al pasado, revivir aquello. ¿Recuerdas nuestros ejercicios, verdad? —Asiento—. De acuerdo, aguarda un segundo. —Coge su móvil y llama a la secretaria. Le pide que cancele el resto de las citas del día y, cuando termina la comunicación, me sonrío—. Nunca se sabe cuánto va a llevar y no hay que hacerlo con prisas.

—Entiendo.

—Respira hondo, Blaze. Ten presente las formas de ejercer el control, pero no las uses si no es en caso extremo, ¿vale?, porque la mente consciente va a luchar por mantenerte a salvo, te puede engañar o bloquearte como ha hecho hasta ahora. ¿Entendido?

—Sí.

—Apaga el móvil —ordena. Ella pone el suyo en modo avión, porque necesita utilizar otras funcionalidades. Me quito las botas, me siento en posición de Buda sobre la cama y ella pone sonido blanco en su móvil.

No hay péndulos ni nada parecido. Solo se vale de su voz. El inicio es una meditación como tantas otras que hemos hecho: un sendero, el césped bajo mis pies, un aroma familiar, un lugar seguro...

—Blaze, sigue siempre mi voz. Visualiza lo que recuerdes de ese día.

—Estamos en el coche con mi madre.

—Describe el coche.

—El tapizado es gris, es el coche de mi madre, no el de mi padre. Huele a... a fresco, a esas esencias de mar que venden para aromatizar los coches. Mi madre siempre consigue que sus espacios huelan bien, jamás se le impregna el olor a rancho. El tapizado es suave, de piel, y me resbalo sobre él. El cinturón me sostiene, pero mi trasero no parece ejercer la suficiente fricción... Mis pies no alcanzan el suelo y no consigo aferrarme a nada.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta Hanna. Pese a que no creo que venga al caso, me observo. Resulta extraño ver mi cuerpo de niño y sentirme de nuevo como uno.

—Tenis Adidas, calcetines blancos —enumero, mirándome los pequeños pies—. Uno está arrugado alrededor de mi tobillo. Llevo pantalones cortos marrones. Me gustan porque tienen bolsillos laterales, como los pantalones militares. Por eso esta mañana le pedí a mi madre que no me pusiera el cinturón vaquero, sino el de hebilla de seguridad. —De pronto, veo el rostro de mi madre, claro, como pocas veces en años. Se inclina hacia mí y me pregunta: «¿Este, Blaze?», sacando de mi armario un cinturón de nailon. Puedo ver en sus ojos que no le gusta mi elección, pero que me va a dar el gusto. Yo estoy feliz, se lo arrebato de las manos e intento ponérmelo solo.

—¿Qué más recuerdas de esa mañana?

En cuanto lo intento, vuelvo al sendero, al césped, al ruido blanco de su móvil. No abro los ojos, niego con la cabeza.

—¿Y más tarde? Mírate los tenis, Blaze, dime a dónde se dirigen. —Bajo la vista hacia mis pies de niño, debajo de los tenis, el suelo pulido del rancho.

—Estoy en el rancho. Mi madre me coge del brazo y suena la alarma de tornado. «¡Corre!», me ordena, sin dejar de tirar de mí. Mis pies apenas tocan el suelo cuando me abre la puerta trasera del coche, detrás del asiento del copiloto. Ella rodea el coche y se sube para conducir. «El cinturón de seguridad, Blaze». No espera a que me lo abroche como siempre, se pone en marcha y suena la alarma porque estamos en movimiento y yo no he conseguido colocarme el cinturón de seguridad. «¡Blaze!», me reprende, nunca me grita. Me asusto. «Lo siento, cariño, solo... solo apresúrate». Y pisa el acelerador.

Este recuerdo es nuevo, antes no llegaba tan lejos. De pronto, estoy de nuevo en el césped y maldigo. Abro los ojos y veo a Hanna delante de mí. Golpeo el colchón del sofá cama lleno de frustración.

—Fue un gran avance, Blaze, y lo sabes. Por eso es por lo que has despertado del trance, fuiste consciente de ese logro y tu yo adulto tomó el control. Podemos trabajar luego...

—¡No! Ahora, un poco más, Hanna...

—No te presiones tanto.

—Es que lo siento tan cerca, joder —gruño.

—Vale. Ponte de pie, ve al baño y yo iré a por más té. Cuando vuelvas, lo intentaremos de nuevo.

En nuestra pausa, le explico a Maddie en qué estamos trabajando. Ella me abraza y entiende lo duro que es. Hanna le repite que hoy, más que nunca, no deben interrumpirnos, ni siquiera si grito. Lo cual no ayuda a que Magdalen y su madre se serenen. Volvemos a la habitación y repetimos el proceso, pero esta vez me cuesta más alcanzar el estado de relajación. Sé que me estoy presionando, pero me niego a rendirme.

—Pon tus ojos en los tenis —dice Hanna y yo vuelvo a ver mis pequeños pies—. ¿Dónde estás?

—En el coche. —Siento cómo se me resbala el trasero otra vez, no puedo aferrarme a nada—. Vamos rápido, muy rápido. «Llegaremos al refugio de los Weston», me promete. Intento mirar por la ventanilla: el cielo está gris, pero hay aterradores huecos claros.

—¿Le preguntas por qué no han ido al refugio del rancho?

—No. Yo sé por qué no hemos ido —respondo, mi corazón empieza a latir acelerado—. ¿Nos sigue, mamá? —digo, con voz de niño. La frase que Maddie me oyó decir en sueños, esa que seguramente Shannon oyó mil veces y cayó—. Mi madre se vuelve, mira hacia atrás. «No, cariño, lo hemos perdido».

—¿Quién los sigue, Blaze?

Empiezo a agitarme. Intento recordar, no puedo. Solo sé que quiere hacernos daño y que debemos apresurarnos.

—¡Joder!

—Blaze, no entres tú de adulto, deja que el pequeño Blaze te cuente lo que sabe. Vuelve a mirar tus tenis.

—¡El tornado! —grito. Estoy seguro de que mi voz ha hecho temblar las paredes de la casa de Maddie—. El tornado está delante de nosotros.

—Blaze, vuelve al césped.

—¡Mamá! ¡El tornado! —He perdido el control del recuerdo. Mierda. El terror me paraliza. Veo el embudo tocar tierra a una milla de donde estamos. El viento levanta las cercas, las arranca de la tierra sin esfuerzo—. Mi madre frena, gira en U y dice que no podemos ir a lo de Weston. Me deslizo por el asiento por el brusco movimiento, mientras mi madre se aleja a toda velocidad. Pero... —Empiezo a llorar por el terror, son las lágrimas que derramé en ese entonces.

—Blaze, puedes salir de allí cuando quieras. Ten presente los ejercicios, eres capaz de observar a la distancia. —La voz de Hanna no surte efecto, sigo atrapado en el cuerpo de cinco años.

—No estamos solos en la carretera, viene una camioneta. Por detrás viene el tornado, por delante... Él...

—¿Quién, Blaze? ¿Sabes quién es? —Asiento con la cabeza, pero el nombre no viene a mis labios ni el rostro a mi memoria. Solo tengo la certeza de que el Blaze de cinco años sabe quién es.

—Mi madre frena. Se debate entre enfrentarse a la tormenta o al hombre. Elige al hombre y pisa el acelerador. Se aleja del embudo que arrastra todo a nuestras espaldas y se dirige directo, de frente, hacia la camioneta. «Aférrate», me ordena. No tengo de dónde aferrarme, lo intento. Mis pies no alcanzan el suelo y mi mano no llega al asidero. Me sacudo como un dado en un cubo; el cinturón de seguridad es lo único que me sostiene. En el último momento, da un volantazo, evita la camioneta y se aleja de él. Volvemos al rancho... «¿Estamos a salvo, mamá?». Mi madre llora y yo no entiendo por qué. Consigo sentarme mejor y entonces lo veo. El tornado nos alcanza, ha pasado tierra adentro y ha levantado todo a su paso. Está muy cerca de nosotros. Muy cerca. Ella acelera, la valla se desprende del suelo a mi derecha. Intenta esquivarla, pero pierde el control del coche. Pisa los frenos y oigo cómo chirrían los neumáticos. Yo consigo clavar mis dedos en el tapizado, estoy erguido cuando nos estampamos de lleno contra un árbol. Una rama atraviesa el parabrisas, el asiento del copiloto y... —No puedo seguir. El tronco presiona mi pecho. Los metales del asiento del copiloto han detenido el impacto, y eso me ha salvado la vida. El tornado pasa a nuestras espaldas, el embudo no nos alcanza y solo sentimos el viento furioso que sacude el coche.

—Blaze, regresa al césped —ordena Hanna. Yo lo hago, camino por el césped, huelo el reconfortante aroma a canela y manzana y siento la brisa. Pero, de pronto, el suelo bajo mis pies cambia y vuelvo a estar en el coche.

—Mi madre está viva —digo.

—Blaze...

—Lucha contra la bolsa de aire. Los cristales le han cortado la piel y tiene un golpe en la cabeza, en el lado izquierdo, pero está viva. Se vuelve hacia mí y veo el miedo y el espanto en su mirada. «Blaze... Blaze...». Intenta mover la rama. Está tan desesperada que no se da cuenta.

—Blaze, respira, no estás respirando. Intenta regresar al sitio seguro, Blaze. Te falta el aire. —La voz de Hanna se hace lejana.

Intento gritar. No me sale la voz. ¡Mamá! ¡Mamá, cuidado! Mi madre tira de la rama, desesperada, hasta que una mano masculina la sujeta del pelo. Es él...

—¡Blaze!

Lo veo asfixiarla con la bolsa de aire. La agarra de la nuca y la presiona con todas sus fuerzas contra ella. Mi madre lucha, intenta defenderse, y yo no me puedo mover. Apenas veo todo a través de mis párpados, que se cierran y me sumergen en la oscuridad. ¡La está matando!

—¡Ahhhhhhh! —El grito me raspa la garganta y me despierto de golpe. Hanna está sobre mí, estoy acostado en el sofá cama. Maddie entra corriendo, desoyendo la orden de mi psicóloga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y yo no puedo responder. La figura de Hanna y de Maddie se ven borrosas, pero el pasado, en cambio, está claro y vívido. Apenas puedo respirar y consigo articular:

—Lo recuerdo todo...

Lo que vuelve a mi mente no se detiene ahí. Sigue y ya no puedo cerrar la puerta a mis recuerdos. El hombre me dio por muerto al verme con la rama en el pecho; los rancheros de la zona no tardaron en aparecer, buscando heridos y daños causados por el tornado. Asumieron que mi madre era una víctima de la catástrofe y no se cuestionaron la historia de aquel hombre que decía haberla encontrado.

Luego todo es negrura; está claro que estoy inconsciente cuando me llevan en la ambulancia y no recupero el conocimiento hasta pasadas las cuarenta y ocho horas. Eso lo sé porque me lo ha contado mi padre, la terrible agonía que él sufrió. Mi madre estaba en la morgue y él... él no se movía de la puerta de las unidades de cuidados intensivos, rezando por mi vida y rogando por no perdernos los dos.

Salí de peligro y me trasladaron a una habitación común. Tengo un tubo en la garganta, me han abierto el pecho para recolocar las costillas que se habían desplazado con el golpe y estoy tan lleno de calmantes que apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Escucho su voz, le habla a mi padre.

—¿Crees que estoy para pensar en negocios en estos momentos?! —se enfada el viejo. La otra voz le responde amablemente.

—Por eso mismo, déjame encargarme de todo.

—¡No! Nadie se encargará de nada. Si el rancho debe morir con mi esposa, así será. ¡Que todo se vaya al demonio! Yo me quedo aquí, junto a mi hijo. Junto a lo que me queda de ella.

—Ryan...

—¡Basta ya!

Oigo cómo se alejan los pasos de mi padre, da un portazo y quedo a solas con él. Sé que está pateando algo; creo que el sillón que está junto a mi cama. Maldice y gruñe...

—Años de planificación tirados a la basura por esa maldita puta Davenport. ¡Qué coño le costaba no meterse en mi camino! Y ahora este niño...

Abro los ojos, aterrado. El marcador de mis latidos de corazón indica que mis palpitaciones se han disparado. Le veo el rostro, se inclina hacia mí y me dice:

—Lo volveré a intentar y no permitiré que te interpongas en mi camino. —Intento luchar, pero siento mi cuerpo pesado; las drogas me impiden moverme. No puedo gritar, aquí es donde he perdido mi voz, no en el accidente como siempre creí. Esto es lo que siento en los ataques. Siento el dolor de la operación de mi pecho, el tubo en mi garganta y la necesidad de gritar por mi vida. Él desconecta el respirador. La alarma empieza a chillar—. ¡Joder! Mierda, joder —gruñe y vuelve a conectar el aparato—. Si hablas, si le dices a alguien lo que has visto, te mataré, Balze. Te mataré a ti, a tus hermanos y a tu padre como maté a tu madre. ¿Lo entiendes? Te olvidas de todo y ellos viven; una palabra tuya y ellos mueren.

Blaze

Tras tomarme una doble dosis de ansiolíticos y pasar tres horas en silencio abrazado a Maddie, logré recuperarme lo suficiente como para magnificar lo que había descubierto.

—Robert Tate ha matado a mi madre.

Tal y como le prometí a Hanna, no me quedaré con la regresión como prueba suficiente, debo hallar la evidencia que respalde mi afirmación. Algo que será muy difícil, ya que se trata de un crimen cometido veinte años atrás, en el que el único testigo soy yo. En aquel entonces era un niño; ahora, un adulto con problemas mentales.

¡Joder!

Todo cobra sentido. Después de recuperar mis recuerdos, ya no necesito regresiones para recordar nada más.

—Al principio, Tate no creía en mi amnesia —le cuento a Maddie y a Jasmine. Hanna se ha marchado, en un intento por mantener intacta la relación analista-paciente. Sabe que ahora necesito a Magdalen, alguien que me brinde un apoyo incondicional y sumamente subjetivo—. Pensaba que mentía por su amenaza y me seguía de cerca. Pero cuando empezaron los brotes, se convenció de que había reprimido los recuerdos, de que realmente no sabía que él había matado a mi madre ni que luego me había amenazado.

—¿Sabes por qué la mató?

—No. Solo sé que ella escuchó una conversación telefónica, yo la vi salir del despacho de mi padre con el rostro pálido y, detrás de ella, a Robert. Él intentó detenerla, pero mi madre me cogió del brazo y me sacó de allí. Robert decía: «No tiene por qué ser así, Caroline». Empezó a sonar la alarma de tornados y eso nos dio la ventaja, pero, cuando quisimos ir al refugio, Tate nos cruzó su camioneta en el camino. Mi madre giró y condujo hasta la casa de los Weston. Luego está su conversación cuando estaba en el hospital, lo que me lleva a concluir que mi madre descubrió una estafa empresarial.

—Como la que intenta ahora —dice Maddie—. Por eso quieren que te mantengas lejos de la verdad solo lo suficiente. Cuando lleven a cabo ese negocio, no les importará lo que puedas decir... Pero ¿qué negocio es ese?

—Tenemos que averiguar cuál es la trampa; los robos entre personas adineradas son muy sutiles. Necesitamos averiguar qué estafa llevó a cabo y si se consumó. Será la única prueba de peso, de lo contrario... nadie me creerá.

—Yo siempre te creeré.

—Y yo —añade Jasmine—. Aunque no sirva de mucho.

Le cojo las manos a mi suegra y le brindo una sonrisa.

—Vale de mucho, las personas como vosotras sois las que importáis. Por desgracia, su hija me ha enseñado bien, en el mundo hay muchos hijos de puta y es hora de que aprenda a desconfiar.

—Tú me has enseñado lo contrario, Blaze. Que en el mundo también hay gente buena en la que podemos confiar. Tenemos que encontrarlos...

—Y formar esa red —concluye su madre.

Mi red son mi familia, mis amigos y ahora Maddie y Jasmine. Tengo que explicarles lo que he descubierto e intentar hallar las pruebas. El viaje hasta el rancho lo hacemos en silencio; Magdalen conduce porque yo he debido tomar mis ansiolíticos. Maldigo por lo bajo y, por primera vez, dejo que la ira fluya.

Cuando empecé a recordar y mi padre me envió a terapia, Robert Tate obligó a su hija a mantenerse cerca de mí y a manipularme para que no ahondara en el pasado. Por eso me odia tanto, jamás me quiso, fue forzada a estar a mi lado, a desperdiciar sus años de juventud con un hombre roto, a quien debía romper mucho más. Claro que no siento empatía, siempre pudo confesarme la verdad y elegir el bando de los buenos. Si ella hubiese hablado a tiempo, hubiésemos hecho justicia, pero jamás la hubiésemos dejado caer en la desgracia junto a su padre. Los Davenport somos leales.

No obstante, ella eligió el delito y colaboró con él. Cada maquinación psicológica a la que fui sometido se burla de mí; sí, Shannon sacrificó su vida por el plan de su padre, pero también sacrificó la mía. Podría haber sanado mucho antes, haber descubierto los detonantes a tiempo... a tiempo para ir a la universidad presencial, para viajar por el mundo, hacer más amigos, relacionarme con personas...

Me ha amputado la vida para que su padre consiguiera impunidad. Solo de pensar en no exponerlo me invade la ira. Porque no solo me han robado mi vida, ¡Robert Tate ha arrancado de raíz la de mi madre! Una mujer de tan solo cuarenta años, con un mundo por delante.

Maddie me mira de soslayo y entiende mi furia. La comparte. Me hace sentir menos solo.

—Lo conseguiremos —promete—. Haremos que pague por todos sus crímenes. Se pudrirá en la cárcel por matar a tu madre; cada día del resto de su vida pensará en ella y sabrá que meterse con Caroline Davenport fue el error más grave que cometió.

—Es la primera vez que pienso que Magdalen no era el mejor nombre bíblico para ti... — Ella arquea las cejas y yo consigo esbozar una sonrisa—. Michelle te sentaría mejor, porque sin duda eres un ángel guerrero.

CAPÍTULO 26

Maddie

Al llegar al rancho, nos dirigimos directamente a la casa principal. Ryan nos recibe con un fuerte abrazo y una amplia sonrisa. A mí me estruja con fuerza, coge mi rostro entre sus manazas y me besa la frente.

—Wade ya está de camino —dice el viejo—, vamos a la sala.

—Pensaba en el despacho —responde Blaze, sorprendido.

—¡Oh, no! Maddie es familia y esta es una reunión familiar, ¿verdad?

Nos miramos con Blaze, sin entender. Él parece caer en la cuenta al cabo y corta la fiesta con una simple frase.

—No vamos a anunciar un casamiento... —Ryan se encoge de hombros, Blaze agrega—: Ni otro nieto.

Eso consigue que el viejo deje de sonreír, que su buen ánimo se le desplome. Es consciente de mi pasado, pero nunca me juzgó por ello. Para él, es más importante ver a su hijo bien y feliz que los rumores que puedan correr sobre mí. Aunque eso no implica que no sea un hombre tradicional, puede hacer la vista gorda a ciertas cosas, siempre y cuando en el futuro se vislumbre una familia, con boda, niños y una gran casa para pasar acción de gracias.

—Entonces, ¿por qué has pedido una reunión familiar solo con los íntimos?

—Porque no quería que viniese Robert Tate. Ahora sí, ¿podemos ir al despacho?

Wade se incorpora justo cuando nos sentamos en los sofás de piel; Blaze no acepta su copa de güisqui, yo, en cambio, sí. Necesito reunir valor para acompañarlo en esta. Ryan se huele las malas noticias y a Wade le basta un vistazo para leer el ánimo del lugar. Se sirve su copa y elige quedarse de pie, con el trasero apoyado en el borde del escritorio.

A diferencia de Ryan, Wade sabe que Blaze le pidió tiempo y discreción sobre la inversión de Tate, y, aunque no dio explicaciones, su hermano acató sin rechistar. Ahora espera las razones, quizá quiera sonreír satisfecho por habérselo olido desde el principio.

El golpe de la verdad será devastador. Como ninguno de los dos habla, le cojo la mano a Blaze, le doy un apretón y él responde del mismo modo. Es su forma de pedirme ayuda, así que salgo al rescate.

—Blaze no ha dejado la terapia, como le dijo a todo el mundo, sino que la siguió a escondidas...

—¿Por qué? —gruñe el viejo—. Me importa un comino lo que dirá la gente. Si mi hijo necesita terapia, irá, y que los demás cierren el pico.

—No es por eso, es porque...

—Shannon amenazó a Maddie: si ella no conseguía que yo dejara la terapia, lo pagaría.

—Joder con esa arpía —masculló Wade—. Que les den a los Tate, no haremos más negocios con ellos, así aprenderán a no mezclar negocios con asuntos personales.

—Es más complejo... —Bebo un sorbo de güisqui.

—No quería que fuera a terapia porque debía impedir que recordara, pero ahora lo recuerdo. —confiesa Blaze. Ryan parpadea, mira a su hijo con asombro, se pone de pie de golpe.

—¿Recuerdas?

—Cada detalle.

La emoción embarga al viejo Davenport, el angustioso anhelo de preguntar cómo fueron

los últimos momentos de la mujer a la que amaba.

—¿Fue en el acto? —consigue articular el hombre. Los ojos de Blaze se cristalizan en respuesta. Ryan cae rendido sobre el sofá, esconde el rostro entre las manos. Wade lanza su vaso de güisqui contra el hogar y las llamas arden con fuerza por el impulso del alcohol.

—No solo no fue en el acto, papá... Joder, no sé cómo decir esto. —Lo abrazo, lo sostengo; esta vez no puedo ser su voz, solo su apoyo—. No murió en el accidente, la mató Robert Tate.

Lo siguiente parece suceder en cámara lenta. Las manos de Ryan descubren su rostro, sus ojos oscuros se fijan en los de Blaze. Sé que Blaze teme que su padre no le crea, al fin y al cabo, como dijo, es su palabra contra la de Robert. Sin embargo, no es eso lo que se refleja en la expresión del viejo ranchero, sino la fatalidad ante una verdad indiscutible.

—¿C-cómo? —pregunta Wade. Es duro ver a los tres hombres más fuertes que he conocido en mi vida destrozados por el dolor. Caroline Davenport, donde quiera que estés, sabes que aquí eres eternamente amada. Los dedos de Wade se ponen blancos de aferrarse con furia a la madera del escritorio.

—Ella oyó algo, papá. Lo oyó hablar con alguien por teléfono el día de la tormenta, por eso huimos. Iba a matarla allí, pero escapamos. Nos obstruyó el paso hacia el refugio, así que mamá decidió ir hasta el de Weston. El tornado nos cogió en el camino, provocó el accidente, pero a mamá la salvó la bolsa de aire... Ella estaba viva, menos herida que yo.

—Siempre lo dijiste —dice Ryan con la voz quebrada—, siempre dijiste que no murió en el acto, pero la policía no te escuchó. ¡Yo no te escuché! —se lamenta—. Quería creer que no había sufrido, no podía soportarlo.

—Tate... —musita Wade. Blaze mira a su hermano.

—Tate nos siguió, y cuando vio que mamá estaba viva, la asfixió con la bolsa de aire del coche. A mí me dio por muerto cuando me vio con el tronco en el pecho.

—¡Llámallo, Wade! —Ryan se pone de pie y grita—: ¡Llama a ese desgraciado y dile que venga aquí! Que me mire a los ojos como me ha mirado todos estos años y niegue que mató a mi mujer. ¡Dile que venga, hijo de puta! ¡Voy a matarlo!

—No tenemos pruebas, papá. La regresión no es fiable en los tribunales, Hanna me ha advertido de esto. Por eso necesito vuestra ayuda. Necesito pruebas.

—A mí me basta tu palabra, hijo. —Ryan le coge el rostro como había hecho antes conmigo, en su gesto hay más fuerza y determinación—. Perdón por no escucharte antes, perdón por no saber cuidarte. Te he fallado...

—No lo has hecho.

—Os he fallado a los tres —dice, derrotado—. Confié en Tate y por eso os habéis quedado sin madre. Y luego no supe mantenerlo lejos de vosotros. ¡Incluso infiltró a su propia hija! —comprende—. ¡Ese hijo de puta ha usado a Shannon para mantenerte en las sombras! ¡Has necesitado medicamentos para afrontar lo que ellos te han hecho!

—Padre, cálmate. Te hará daño al corazón. —Blaze obliga a su padre a volver al sofá. Wade, en cambio, le ha escrito un mensaje a Robert Tate. Comprendo que esto está a punto de descontrolarse: si Ryan no mata a Tate, lo hará Wade.

—Hay forma de comprobar lo que hizo —digo para calmar las aguas—. Blaze está seguro de haberlo escuchado hablar de negocios cuando estaba internado; quería que usted, señor Davenport, invirtiera en algo. Blaze cree que eso es lo que escuchó su madre, y como bien ha dicho Hanna, no es mera intuición, sino una capacidad desarrollada por su amnesia, la de saber completar los huecos.

—¿Una inversión? —pregunta Ryan.

—¡Quiere volver a intentarlo! —brama Wade—. Por eso querías que postergara la inversión, pero sin cancelarla.

—Para tener pruebas de lo que sea que trama —explica Blaze.

—Una inversión... —El viejo Davenport se cubre de nuevo el rostro con las manos. Niega con la cabeza.

—Esa será la prueba, es el motivo para cometer un asesinato. Así, mi palabra tendrá peso, no será la de una persona con problemas mentales que cree recordar... Además, si tengo razón y lo está intentando de nuevo, habrá pruebas en el presente.

Ryan luce derrotado; el golpe ha sido fortísimo y la culpa de no haberlo adivinado lo abruma.

—Sí, sé de qué inversión hablas. Me negué a seguir tras el accidente, quería concentrarme solo en ti... En vosotros tres, el legado de Caroline. Puse en pausa todo lo demás, incluso ese negocio a punto de cerrarse... Y pensé que Caroline nos cuidaba desde el cielo, ¿sabéis?, porque luego salió a la luz que era un negocio ilegal. Nunca creí que Tate estuviera involucrado; pensé que, al igual que muchos otros que cayeron en la estafa, él había confiado en los verdaderos ladrones. Robert también había puesto su fortuna allí, al fin y al cabo.

—¿En qué consistía el negocio? —pregunta Wade—. Maddie, ven, tú también sabes usar el sistema. —Agradezco que me lo pida, sentirme tan impotente me estaba volviendo loca. Cojo el portátil del viejo Davenport y Wade el suyo, sin perder tiempo, empezamos a consultar la base de datos de inversiones Davenport. Blaze se queda sosteniendo a su padre emocionalmente.

—Era una empresa de inversiones en bolsas extranjeras, pero resultaron ser empresas *offshore* en los llamados paraísos fiscales —explicó Ryan—. Ni siquiera me acuerdo del nombre, como dije, en esos años solo me interesabais vosotros. ¡Joder!

—¿Y cómo has sabido luego que eran fraudes? —preguntó Blaze.

—Porque Robert tuvo que declarar en el escándalo de los Papeles de Panamá. Fue absuelto, pensé que era una víctima más.

Busqué inmediatamente la información del famoso caso de los Papeles de Panamá. Wade buscó todas las inversiones de la época del accidente, cotejamos los nombres y lo vimos: Fleg Trading Ltd, asociada a Mossack Fonseca.

—Yo no entiendo nada de esto, ¿basta para enviarlo a prisión? —pregunto.

—Por fraude, quizá —explica Wade—, pero si ya lo absolvieron entonces, necesitamos probar que lo está haciendo de nuevo.

—Pero cuando él mató a mamá aún no se había celebrado el juicio, pensaba que podía salirse con la suya —añade Blaze—. Esa es la razón detrás del asesinato.

Como sigo sin entender los pormenores, Wade se apiada de mí:

—Las empresas *offshore* sirven principalmente para evadir impuestos. Se crean empresas falsas en paraísos fiscales, se lleva el dinero ahí, se blanquea y se consigue no declarar en el país de origen. Estos países se caracterizan por tener secreto bancario, es decir, que los demás países no pueden pedir información sobre los clientes salvo en casos extremos. En general, se usan para evadir impuestos, pero...

—También se pueden emplear para hacer desaparecer dinero —agrega Ryan—. Por ejemplo, para negocios ilegales como la venta de armas a países en guerra, el narcotráfico, etc.

—Una vez que entra en el circuito de los paraísos fiscales, es muy difícil rastrearlo —prosigue Wade—. Claro que una empresa de estas no le tocaría el culo a un narco o a un vendedor de armas ilegales, ¿verdad?

—Pero sí a empresarios e inversores legales —entiendo—, se vería como una mala inversión, una pérdida y nada más.

—Exacto —dice Blaze—, Tate nos iba a robar nuestro dinero, meterlo en el circuito de los paraísos fiscales a través de una empresa fantasma de «diversificación» y luego esconderlo como pérdidas en los balances contables.

—Mierda, es casi imposible de detectar un fraude así.

—Por eso el escándalo de los papeles de Panamá fue tan grande, porque muestra cómo se roba en las altas esferas.

—¿Ahora lo intenta de nuevo? —pregunta Ryan—. ¿Por eso ha torturado psicológicamente a mi hijo durante años, para volver a tratar de robarnos? —Se pone rojo de la furia.

—Montar estas estafas lleva años, y en 2016 explotó el escándalo. Luego hubo un juicio, no pudo hacer nada, ahora intenta montar de nuevo las empresas *offshore* en otro paraíso y buscar una nueva forma... —Wade lee los documentos del nuevo proyecto de inversión de Tate, esta vez relacionado con criptomonedas. Al parecer, las criptomonedas se emplean en los negocios ilegales, son veloces, no pasan por los canales oficiales, están sujetas a la especulación y pueden dar enormes ganancias o terribles pérdidas. Sería muy fácil esconder una estafa allí.

—Esta empresa aún no está implicada en escándalos, pero estoy seguro de que, si se lo entregamos al IRS, encontrarán las pruebas en un parpadeo. Si hay algo que no perdona América, es la evasión de impuestos —sentencia Wade.

Mientras nos enfocábamos en esto, olvidamos algo importante: que, en su furia, Wade le había pedido a Tate que viniera. Cuando el hombre abre la puerta, nuestros ojos se fijan en él. No puedo saber cómo lucimos, no obstante, sí soy capaz de describir el pánico en su rostro.

Ryan Davenport se pone de pie y Robert se echa a correr.

Blaze

Seguimos a Robert Tate hasta el vestíbulo, donde lo alcanzamos. Wade y yo lo reducimos sin demasiada dificultad.

—¿De qué se trata todo esto? —pregunta con voz temblorosa.

—Tú lo sabes muy bien, por eso te echaste a correr.

—Me bastó con ver sus miradas asesinas, yo no...

No consigue terminar de explicarse cuando aparece mi padre con el rifle de caza. Maddie se interpone, quedando en la mira. Mi corazón se para de golpe.

—Señor Davenport, iré preso si lo hace —dice ella, y abre los brazos impidiéndole alcanzar a Robert.

—¡Tú, maldito hijo de puta! Tú mataste a mi mujer y le arruinaste la vida a mi hijo, a mis hijos, pero a Blaze en especial. —Intenta apuntar por encima del hombro de Maddie. Suelto a Tate y voy hacia mi padre; cojo el cañón con la mano y lo levanto. El disparo impacta en el techo y caen pedazos de yeso del cielorraso sobre nosotros. Magdalen no se echa atrás—. Has usado a la puta de tu hija como si fuese una jodida espía de la KGB.

—Papá, para. —Lo sostengo con todas mis fuerzas, su cuerpo emite calor por la furia—. Papá...

—¿Escuchas los delirios de tu hijo, Davenport? —Que me llame loco enfurece más a mi padre. Maddie se suma al esfuerzo de detenerlo. Yo no consigo coger el rifle sin hacerle daño. Concentrado en este frente, no puedo hacer nada en el otro. Wade le pega un puñetazo a Tate,

que se dobla de dolor y se toca la barbilla—. Estáis todos locos, todos completamente locos.

—Estaba loco cuando no vi las señales, cuando te creí en el caso de los papeles de Panamá. —La mención de ese viejo asunto pone en alerta a Tate, sabe que tenemos pruebas y palidece. Pero también puedo ver en el brillo de sus ojos que sabe que no puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen y que se cree invencible.

—Eres un viejo senil y gilipollas, Davenport —escupe. De su labio emana sangre—. No sirves para los negocios. Si no fuera por mí, tú hubieras perdido tu fortuna hace años.

—La única forma de ganar dinero es trabajando, puñetero ladrón —grita mi padre.

—Eres un imbécil. El dinero está en Wall Street. Tu hijo Roman lo sabe muy bien, intentó llevarte allí, pero tú sigues con tus vacas, con tus donaciones a causas perdidas y con tu apoyo a Fort Creek, un pueblo en medio de la nada, más muerto que Caroline.

El nombre de mi madre hace que el viejo, enceguecido, me empuje. En el proceso, golpeo a Maddie, y, mientras trato de no caer sobre ella, mi padre tiene un disparo limpio. Los reflejos de Wade nos salvan de la catástrofe: empuja a Robert al suelo y corre hacia mi padre. Ahora es él quien batalla con el cañón. Una vez me aseguré de que Magdalen estaba a salvo, cogí a mi padre por detrás y, entre los dos, conseguimos desarmarlo.

Nuestra lucha le da tiempo a Robert para huir. Maddie va tras él.

—¡Joder, Maddie! —le grito, y sigo sus pasos. Llego justo a tiempo para ver cómo Tate le propina un puñetazo que la hace caer sobre su trasero.

—Ve a por él —me ordena en vano. Robert ya está en su camioneta y huye despavorido. Los empleados del rancho han llamado a la policía, le darán con él en breve.

—No vuelvas a hacer eso, Maddie, ni a interponerte entre mi padre y sus enemigos ni a decirme que te deje aquí sangrando.

Ella me rodea con los brazos por la nuca y yo la cargo sin esfuerzo.

—No era justo que tu padre terminara en prisión, Tate merece pasar el resto de su vida en la cárcel.

—Lo sé, pero si te pasaba algo...

—¡Blaze, ven! Papá se ha descompensado —nos advierte Wade, y regresamos dentro de la casa. El viejo lucha contra Marie, la empleada, que intenta inmovilizarle el brazo con el tensiómetro.

—Papá, si no dejas que te midan la presión, llamaremos una ambulancia y estarás en el hospital cuando la policía detenga a Tate. ¿Quieres eso? ¿Quieres perderte el momento?

La amenaza surte efecto y permite que Marie le tome la tensión, y como era de esperar, da por las nubes. Llegan la policía, también los abogados de la familia y, cómo no, la prensa local, que pronto será nacional.

Declaramos hasta el alba, presentamos pruebas y explicamos la situación. Para medianoche tenemos claro que hay pruebas suficientes contra Robert Tate y...

Y que se ha dado a la fuga.

CAPÍTULO 27

Maddie

El escándalo ha adquirido relevancia internacional, ya que al parecer la empresa fantasma creada para este nuevo fraude estaba vinculada a los datos publicados por otra gran filtración internacional: los Pandora Papers. La lista de personas implicadas en la red de paraísos fiscales es inmensa: empresarios, políticos, famosos... Muchos lo hacen, como explicó Wade, solo para evadir impuestos, lo cual ya es un delito grave. Sin embargo, otros emplean este método para fugar el dinero de la corrupción, del narcotráfico, de la trata de personas. ¡Es espantoso! Y, por supuesto, para robarle a grandes y pequeños. Hay estafas en criptomonedas por doquier, falsos brókeres, empresas imposibles de rastrear que se quedan con los ahorros de toda una vida de los ciudadanos.

Por supuesto, mi nombre, mi anterior oficio, el intento de suicidio de mi madre e incluso el color de mis bragas han salido en los medios de comunicación y, lo que es aún más cruel, en las redes sociales. Aunque tengo un gran grupo de defensores en internet, es muy duro impedir que los comentarios crueles no hagan mella. Además, he tenido que contarle a mi madre que accedí a trabajar para Sonia, gracias a quien conocí a Blaze.

Ella está devastada, no porque me juzgue, sino porque estaba dispuesta a morir para salvarme de ese destino y, sin proponérselo, me empujó a él.

—Mamá, por favor, tienes que hacer la maleta, debemos refugiarnos en el rancho Davenport. Aquí la prensa no te dejará en paz.

—Lo sé, pero... —No puede dejar de llorar, me preocupa que tenga una recaída—, esa familia nos ha dado tanto, siento que es un exceso pedir más. Además, saben que yo...

—¿Que has luchado para poner siempre un plato de comida en mi mesa?, ¿que me has salvado de terminar con tu madre, la mujer más cruel de la tierra, o de servicios sociales, donde los niños sufren muchas veces peores abusos que en sus casas?, ¿que has pagado con tu cuerpo y tu mente mil veces más que el pecado cometido?, ¿que perdonas cada ofensa y no puedes perdonarte a ti por haber hecho lo que has podido en cada ocasión? Madre, allí fuera existen los verdaderos hijos de puta y pecadores —le señalo la ventana—. Allí fuera están los que deben pagar por sus faltas, no aquí. Y esos son los que le han hecho daño a los Davenport, no nosotras. Así que coge tus cosas, porque no te dejaré aquí sola, lidiando con esos buitres que te despellejarían por una noticia, pero tampoco voy a dejar a Blaze solo en esta. Lo único de lo que no soy capaz es de clonarme para estar en dos sitios a la vez, así que... ¡en marcha!

No sé si está de acuerdo conmigo o si he sido muy determinante, pero no lo duda y se pone a hacer la maleta. En el rancho hay seguridad, los periodistas no pueden atravesar los límites de la propiedad y los empleados son leales. Aquí la vecina ha dejado que un camarógrafo salte su valla a cambio de veinte pavos. Joder.

Empiezo a cargar las maletas en el maletero cuando veo que el indicador del nivel de combustible está casi en rojo. Cojo el móvil y llamo a Blaze.

—Cariño, me demoraré un poco más, ¿vale?, tengo que repostar o no llegaré al rancho. Si nos quedamos en la carretera, los periodistas nos cazarán.

—Te recojo —ofrece.

—¿Y que nos devoren a los tres? ¡Ni hablar! Iré yo sola a cargar combustible mientras mi madre termina de empacar, puedo con estos paparazis, lo prometo.

—Maddie... ¿Por qué tienes que ser tan dura?
—Porque no lo sabía hasta que te conocí, pero yo también tengo madera de vaquera — bromeo—. Nos vemos en un rato, ¿vale?

—Vale...

Termino la llamada y le grito a mi madre:

—Iré a cargar combustible. Vuelvo en cinco minutos. —Escucho su respuesta inentendible y me pongo en marcha. No veo la hora de estar con Blaze de una vez por todas; han pasado tantas cosas en estos días que apenas llegamos con energía a la cama. Jamás pensé desear con tanto ahínco una noche de películas y palomitas, de mantas, con las perras a nuestro alrededor y que se nos duerma el trasero de tanto estar en el sofá.

Me monto en el coche y salgo pitando, no les doy tiempo a los periodistas de rodear el vehículo. Eso no implica que los flashes no me cieguen un poco. Piso el acelerador y paso por la primera gasolinera de Omaha; hay una fila de coches y sé que, si me detengo, empezará la pesadilla. Sigo hasta la siguiente, y la siguiente, y la siguiente... hasta encontrar una desierta. Aparco junto al expendedor y me dispongo a repostar. De repente, una camioneta se acerca, me apresuro porque sé que en breve los periodistas estarán aquí o tal vez un chaval con un móvil conseguirá hacer una entrevista aficionada. Cuando termino y estoy por colocar de nuevo la manguera en su sitio, la camioneta entra en el playón, pero...

No frena.

Yo logro apartarme en el último momento y las ruedas del vehículo pasan chirriando junto a mí. Me pongo de pie y lo veo: es Tate.

—Mierda... —Me apresuro a montarme en mi coche y salgo de allí a toda velocidad. La camioneta de Robert Tate me sigue de cerca; es más moderna y potente que mi viejo Nissan, por lo que no tarda en acercarse—. Mierda, mierda, mierda...

Sí, hasta hace poco renegaba de la tecnología, las redes sociales y los chavales, ahora elevo un agradecimiento a los cielos.

—Siri, llama al 911 —le digo, y escucho la gentil voz de la asistente responder: «Llamando al 911».

Miro en el retrovisor y veo que Tate está casi pegado a mí.

—Soy Magdalen McEwan —le explico a la operadora—, Robert Tate me persigue con su camioneta, una Ford, no sé el modelo. Estamos en la carretera estatal que une Omaha con Fort Creek, kilómetro...

—Tranquila, Magdalen. Los refuerzos están en camino.

Mi pregunta es ¿llegarán a tiempo?

Blaze

No es paranoia, sino un análisis de las circunstancias con lagunas de información. En cuanto corto la comunicación con Maddie, no puedo evitar sentirme desolado y llamo a John, la mano derecha del alguacil en Fort Creek.

—Davenport —saluda, me tiene en el detector de llamadas.

—Maddie ha salido a cargar combustible, sola, para evitar a los periodistas. ¿Puedes enviar a alguien?

—Sabes que no puedo usar a la policía como custodia personal, a menos que haya una orden judicial.

—No necesito que sea policía... Cualquier persona que pueda protegerla me valdrá.

—En tal caso...

Termino la comunicación, pero la sensación de peligro no se me va. Aún no han detenido a Robert Tate, aunque el caso es sólido. Sin duda le caerán cargos por estafa y se ha reabierto el caso de mi madre por homicidio. Tendrá que dar muchas explicaciones, por lo que no tiene a dónde ir. Incluso Roman ya ha declarado; puede que sea un capullo, pero no de la talla de Tate. De hecho, se ha vuelto un capullo con la muerte de mi madre; jamás la superó. Sería incapaz de hacer negocios con su asesino. Por eso no le tembló el pulso a la hora de sacar a la luz el fraude que había en el negocio de las criptomonedas en el que estaba involucrado. Karl tampoco lo sabía.

Shannon sí estaba al tanto. Su abogado le recomendó ir contra su padre, presentar una defensa separada y mostrarse como una víctima temerosa de las consecuencias de desafiar a Robert Tate. Shannon se saldrá con la suya, ya que por colaborar podrá evitar la prisión y le bastará con una pena de finanza. Para ella, la condena social será suficiente, no vivir la vida de los magnates con club de golf y joyas Tiffany es la muerte en su mundo.

No importa, para mí solo hay una persona: Magdalen McEwan. Una pelirroja cabezota que ha salido sin custodia para protegerme a mí y a su madre de los periodistas. Sin más, cojo las llaves de mi camioneta y voy camino a Omaha, la escoltaré yo si es necesario.

Ya estoy en la carretera cuando recibo una llamada del contacto de John.

—Señor Davenport, la señorita McEwan está en peligro. Van de camino los refuerzos.

Maddie

El parachoques de la camioneta de Tate impacta contra el mío y los neumáticos de mi Nissan se agarran al pavimento todo lo que pueden.

—¡Al demonio con mi puñetero orgullo! Si salgo viva de esta, dejaré que Blaze me regale la mejor camioneta del mercado. Joder, joder, joder.

Mis nudillos se ponen blancos de intentar coger el volante; la camioneta de Robert vuelve a golpearme y consigo a duras penas mantenerme en la carretera. Tengo la vista borrosa por las lágrimas de pánico, el corazón me late a mil por hora y la voz de la operadora me llega lejana e ininteligible.

De pronto, veo otra camioneta delante de mí. Una que conozco muy bien y cuyo segundo conductor registrado está a mi nombre.

—Blaze...

Siento su mirada en mí, aunque no alcanzo a verla. Puedo percibir su determinación: conduce a toda velocidad, de frente. Tate me golpea de nuevo, muerdo el bordillo y mantengo el control con un fuerte volantazo. Robert intenta ahora rebasarme para golpearme de lado y sacarme de una vez por todas de la carretera, pero, al hacerlo, se encuentra de frente con Blaze, que se acerca rápidamente hacia nosotros. Aprovecho ese movimiento para frenar, Tate me sobrepasa por inercia y consigo detenerme por completo un minuto después. Él trata de hacer lo mismo, pero ya es tarde: Blaze está a menos de quinientos metros.

Se me para el corazón. Se me seca la garganta. Lo que sucede a continuación ocurre tan rápido que no puedo creer que no lo vaya a olvidar nunca. Blaze está dispuesto a golpear de frente a Tate, Robert volantea en el último momento y Blaze hace lo mismo, solo que para golpearlo de costado. Ambos pierden el control, pero mi vaquero consigue mantenerse sobre sus cuatro ruedas. Se va a la orilla de la carretera y choca a máxima velocidad contra las vallas de los campos vecinos. Las plantaciones de maíz funcionan como freno y las bolsas de aire frontales y

laterales de la seguridad de su camioneta cumplen su función. La parte inferior se desprende con facilidad, impidiendo que el metal le atrape las piernas. Es sorprendente ver cómo una máquina tan potente se desarma de manera tan eficiente para conservar la vida del conductor. De un conductor que es el amor de mi vida.

Robert no tiene tanta suerte. Vuelca. La camioneta da tres vueltas antes de quedar sobre sus cuatro ruedas. También le saltan las bolsas de aire y el metal cede antes de matarlo. ¡Dios salve a los ingenieros automotrices! En su caso, los golpes son más fuertes, no puede salir por sus medios como sí hace Blaze.

Corro a su encuentro y, solo entonces, me doy cuenta de que estoy a casi un kilómetro del impacto. Eso me hace comprender la velocidad a la que se desarrolló esta persecución y el peligro real al que estuvimos sometidos. Mientras mis piernas se impulsan sobre el pavimento, escucho las sirenas de la policía, los bomberos y las ambulancias. También llegan los periodistas, por supuesto.

Blaze camina en dirección a la camioneta de Tate y llega a su lado justo a tiempo para oír el intercambio de palabras.

—¿Vienes a matarme como yo maté a tu madre? —pregunta Tate adolorido.

—No.

—No. Eres un cobarde.

—Te equivocas, Robert. Primero, no te mato porque soy mejor que tú. Y segundo, no lo hago porque eso es lo que quieres. ¿Quién es el cobarde? ¿yo, o tú, que temes más a la prisión que a la muerte?

Los agentes rodean la camioneta de Tate y Blaze me abraza. Mis labios se posan en los de él, nuestro beso queda coronado por las palabras más bellas:

—Robert Tate, está bajo arresto por fraude, intento de homicidio de Magdalen McEwan y homicidio de Caroline Davenport, tiene derecho a guardar silencio...

CAPÍTULO 28

Blaze

Unas semanas después...

El polvillo que hay a mi alrededor me hace toser. Me quito las gafas de seguridad y observo mi obra. Perfecto. Debo apresurarme si quiero que esté listo a tiempo. Cojo el destornillador eléctrico, fijo la encimera al soporte y me inclino para terminar el trabajo. Lottie, Queen y Snowie salen corriendo, me observan tras el cristal, ofendidas. Ellas soportan bien los motores de las camionetas y de los tractores, pero las herramientas eléctricas son otro nivel.

Coloco el último tornillo y pruebo la resistencia. Me quito las gafas justo a tiempo para verla llegar. Maddie carga con su bolso lleno de libros, su portátil y, por supuesto, una bolsa de cartón con comida rápida.

—Te recomiendo que mantengas la distancia —le advierto ante la cantidad de serrín que me rodea. Maddie eligió la encimera de madera, quiere un estilo campestre y no pienso ser yo quien se lo niegue. Nuestra nueva casa comienza a tomar forma y ya no se parece en nada a la anterior. Optamos por un diseño clásico, con madera, un gran hogar, colores tierra y muebles cómodos. Se ajusta mejor al entorno y a nuestros gustos que la vieja casa de Roman. La cual ha sido demolida; demasiados malos recuerdos habitaban en ella como fantasmas. Su matrimonio fallido con Eliza y mi relación tóxica con Shannon. Es hora de empezar de nuevo.

Magdalen de eso entiende, y corre a mis brazos sin preocuparse por el serrín ni por mancharse la ropa. Me quito los guantes y, cuando la rodeo por la cintura, mis manos dejan una huella en la tela de su chaqueta. No le importa, se pone de puntitas y me besa.

—¿Cómo ha ido el día? —Mira a nuestro alrededor, encantada con el resultado. Hemos contratado a un arquitecto, una diseñadora de interiores y un ingeniero, pero no puedo evitar ser un vaquero que hace las cosas con sus propias manos y a su manera.

—Pues tenemos encimera. O eso creo. ¿Crees que resistirá?

Ella me sonríe seductoramente.

—Solo hay una forma de saberlo, vaquero.

—Esperaba que dijeras eso... —La ayudo a dejar el bolso con los libros de estudio sobre el plástico que recubre el suelo y, sin demora, vuelvo a cogerla de la cintura. Esta vez la elevo hasta que su culo se apoya en la encimera. Es alta, lo suficiente para que nuestros rostros queden a la misma altura, pero no nuestras pelvis. La beso, nuestras lenguas se encuentran a mitad de camino y el beso se vuelve lento y erótico. Ella sabe a *pumpkin coffee*, canela y miel, y yo... no lo sé, pero parece gustarle. Mientras más se acumulan las señales de que he pasado el día trabajando en mi cuerpo, más le gusta a Maddie el resultado. Gime cuando bajo por su cuello y empieza a tirar de mi camisa de franela.

—La altura de la encimera es perfecta para cocinar, pero me temo que tiene algunos inconvenientes para... —se queja al intentar llegar a la cinturilla de mi pantalón.

—En absoluto, está a la altura perfecta para un tentempié. —Le aparto las manos porque seré yo quien se dé el banquete. Me encargo de sus vaqueros con menos destreza de la que empleo en otras tareas; la desesperación me vuelve torpe y ella se ríe mientras me ve batallar contra la tela y sus tobillos. Las botas camperas vuelan lejos, el vaquero sigue sus pasos y las bragas... pues se quedan echadas a un lado, por supuesto.

—Blaze... —gime mi nombre.

—¿Sí, cariño? —Permito que mi aliento sea el primer roce, le beso los muslos desnudos y siento cómo los dedos de ella se enredan en mi cabello. Deslizo la mano por su piel suave, por la línea que la costura de los malditos vaqueros dejó en su piel, hasta llegar a su coño. La abro suavemente con mi lengua, acariciando su clítoris y esparciendo su dulce humedad, hasta que la siento perder el control. Entonces, dejo la lenta tortura y la castigo con mi boca hasta llevarla al orgasmo. Mis manos la aferran desde la cadera, mi rostro se hunde entre sus piernas y la contengo mientras explota en mi boca, mientras siento su clítoris inflamarse y latir furioso, haciéndola estremecer.

Los espasmos remiten y la observo relajada sobre la encimera que yo mismo construí. Entonces, me invade el más terrenal de los orgullos: Magdalen McEwan me ha elegido a mí, es hora de proclamarla al mundo. Se endereza en la encimera y trata de bajar para brindarme el mismo placer que yo le he dado, pero espero que ella me entregue más. Porque, cuando se trata de Maddie, soy insaciable. La ayudo a descender y se acomoda las bragas. Gruño de frustración. Vuelve a buscar la cinturilla de mi pantalón y la cojo de las muñecas, llevándolas sobre su cabeza y alejándolas de mí.

—¿No quieres, Blaze? Tu cuerpo parece decir lo contrario —bromea, con la vista puesta en mi más que evidente erección.

—Mi cuerpo tendrá que esperar un poco más, porque antes está mi corazón, que ya ha esperado demasiado. —Me sonrío sin entender, y yo me pongo de rodillas y le agarro los brazos para llevarlos a los lados del cuerpo. Le doy un beso en las bragas, porque la tentación es muy fuerte, pero me reprimo antes de darme otro festín.

—¿Blaze?

—No hagas trampas, soy débil —digo, y le suelto las muñecas. Tanteo mis bolsillos hasta dar con lo que busco. Saco la cajita de la joyería y expongo el anillo—: Magdalen McEwan, ¿aceptas ser mi esposa?

Maddie se pone rígida, sus ojos avellanos se abren desmesuradamente y se me detiene el corazón por un segundo.

—¡Sí! —responde—. Sí, sí, sí...

Saco el anillo y ella extiende la mano. Le tiembla el pulso y yo sonrío por su emoción. Da un brinco y me rodea la cintura con las piernas, me rodea con ellas, me da un beso en los labios y nuestros cuerpos vuelven a tomar el control. Con desesperación, la empujo contra la pared, me quito la ropa y me hundo en ella. Maddie se corre una vez más y yo lo hago tras ella.

Sudados y felices, mientras suena *When I Touch You* de Travis Tritt, comemos pollo frito de KFC con el champán más caro de mi colección.

'Cause it all just fades away when I touch you

Porque todo desaparece cuando te toco

It's the kind of love

Es el tipo de amor

That lingers through the ages

Que perdura a través de los tiempos

A firm foundation, girl, to see us through

Una base firme, chica, para ayudarnos a superar todo

So let the storms of life go right on ragin'
Así que deja que las tormentas de la vida sigan rugiendo
For there's calm inside my heart when I touch you
Porque hay calma dentro de mi corazón cuando te toco
It's the kind of love
Es el tipo de amor
That lingers through the ages
Que perdura a través de los tiempos
Oh, a firm foundation, girl, to see us through
Oh, una base firme, chica, para ayudarnos a superar todo
So let the storms of life go right on ragin'
Así que deja que las tormentas de la vida sigan rugiendo
For there's calm inside my heart when I touch you
Porque hay calma dentro de mi corazón cuando te toco
Yes, it makes everything alright when I touch you
Sí, hace que todo esté bien cuando te toco

Maddie

La siguiente primavera...

Los invitados se sitúan a ambos lados del camino central. De mi lado solo están mi madre, Sue y Charlotte, así que las sillas las han ocupado mis nuevos amigos del rancho: Beiley, Hope, Eduard y Richter. MaryAnn y Christine están con el novio y se riñen en broma. No somos demasiados, aunque Blaze ha mejorado muchísimo con la terapia, ahora que sabe el origen de su trauma, aún sufre ansiedad en menor medida. Este ambiente familiar le resulta seguro.

Además, no parece tener ojos para nadie más que para mí. Avanzo con el ramo, del brazo de Ryan Davenport, hasta llegar a su lado. Un arco de flores queda sobre nuestras coronillas y nos volvemos hacia el pastor.

La ceremonia es breve, hemos decidido no leer nuestros votos en voz alta, sino compartirlos en privado. Lottie, Queen y Snowie traen las alianzas, o mejor dicho, Queen, porque Lottie y Snowie se distraen con los invitados y se quedan rezagadas. Los ojos de mi vaquero se cristalizan por la emoción; los míos van más lejos y se inundan directamente.

Cuando nos besamos, los gritos de los invitados nos hacen reír. El banquete es delicioso, Blaze se aseguró de que sobran los canapés de miel y nuez que tanto me gustan, y es la hora del baile.

—Blaze... —le digo llevándolo a la pista—, elegí esta canción para nosotros.

La banda comienza a tocar «You with me» de Anita Cochran.

All of my life, I've looked for love

Toda mi vida he buscado el amor

But something inside said it wasn't enough
Pero algo dentro de mí decía que no era suficiente
Then there was you
Entonces apareciste tú
That's when I knew it was true and it feels so right
Fue cuando supe que era real y se sentía tan correcto
With all of my heart, my soul, and my mind
Con todo mi corazón, mi alma y mi mente
Would you put your hand in mine
¿Pondrías tu mano en la mía?
And walk with me, talk with me
Y caminarías conmigo, hablarías conmigo
Come with me, let's make life complete
Ven conmigo, hagamos la vida completa
Dance with me, laugh with me
Baila conmigo, ríe conmigo
Forget the world and make love with me
Olvida el mundo y haz el amor conmigo
You're everything I'll ever need
Eres todo lo que siempre necesitare
All of my strength the breath that I breathe
Toda mi fuerza, el aliento que respiro
All of my hopes and dreams
Todas mis esperanzas y sueños
Is you with me
Eres tú conmigo
Never before have I felt like this
Nunca antes me había sentido así
Being with you is a heavenly bliss
Estar contigo es una dicha celestial
I thank God above that he sent your love to me
Le agradezco a Dios allá arriba por haberme enviado tu amor
As I hold you tight, look in my eyes
Mientras te abrazo fuerte, miro en tus ojos
I promise you love for the rest of my life
Te prometo amor por el resto de mi vida
If you put your hand in mine
Si pones tu mano en la mía
And walk with me, talk with me
Y caminas conmigo, hablas conmigo
Come with me, let's make life complete
Ven conmigo, hagamos la vida completa
Dance with me, laugh with me
Baila conmigo, ríe conmigo
Forget the world and make love with me
Olvida el mundo y haz el amor conmigo

You're everything I'll ever need
Eres todo lo que siempre necesitaré
All of my strength the breath that I breathe
Toda mi fuerza, el aliento que respiro
All of my hopes and dreams
Todas mis esperanzas y sueños
Is you with me
Eres tú conmigo
And walk with me, talk with me
Y camina conmigo, habla conmigo
Come with me, let's make life complete
Ven conmigo, hagamos la vida completa
Dance with me, laugh with me
Baila conmigo, ríe conmigo
Forget the world and make love with me
Olvida el mundo y haz el amor conmigo
You're everything I'll ever need
Eres todo lo que siempre necesitaré
All of my strength the breath that I breathe
Toda mi fuerza, el aliento que respiro
All of my hopes and dreams
Todas mis esperanzas y sueños
Is you with me
Eres tú conmigo

Me hace dar una última vuelta y, al regresar a sus brazos, pone su sombrero vaquero blanco sobre mi cabeza. Se inclina, me besa y el mundo a nuestro alrededor desaparece. Los aplausos se ahogan en la multitud, los rostros se confunden con el paisaje y solo somos Blaze y yo en el mundo.

La orquesta sigue con otras melodías, otras parejas se suman y nos divertimos hasta que se agota la batería social de Blaze. Me río al verlo luchar por mí, batalla por mí y mi corazón rebosa de amor. Hacemos una pausa para seguir bebiendo y comiendo. Yo llamo aparte a Wade y le pido un favor.

—Mi madre me ha dicho que Dios obra los milagros a través de las personas, de la red que creamos al cogernos de la mano.

—Tú has obrado un milagro con mi hermano, míralo —me dice, elevando su copa de champán en un brindis silencioso—, habla, sonríe, es feliz...

—Y en breve tendré que rescatarlo de aquí, por eso quiero pedirte algo antes...

—Lo que sea. Sabes que tienes mi lealtad, Davenport —bromea.

Me acerco a su oído y le pido un favor. Después, me acerco a mi esposo y, con la excusa de ser una novia demandante, le brindo un segundo de paz social.

La mayoría de los regalos están dispuestos en una gran mesa, excepto uno. El más grande de todos es una camioneta Mustang todoterreno con un enorme lazo en la parte delantera.

—¿Blaze?

—Ya era hora de que te deshicieras de ese Nissan destartado.

—Ey, que mi Nissan es muy fiel —lo defiende, pero no pienso negarme a su regalo. Corro hacia ella, me monto frente al volante. Enseguida configuro mi posición de conducción y

la computadora de abordo la almacena—. ¿Sabes?, creo que debemos ponerla a prueba —le digo, y lo beso.

La excusa perfecta para alejarnos de aquí; los invitados lo entenderán, conocen y quieren a Blaze tal y como es, y sabrán que hoy ha superado todas las expectativas.

—Esperaba que dijeras eso...

Se sube al asiento del acompañante y, mientras conduzco entre saludos de los invitados, veo a Wade cumplir su promesa. Se acerca a Charlotte y se hace una fotografía con ella que subirá a las redes sociales. La fama de Wade será el impulso. Lo sé con toda seguridad: la nueva tienda de moda de Charlotte en Omaha será un éxito rotundo y ya no necesitará a Sonia y sus clientes. No habrá mujer en Nebraska que no quiera lucir justo como la mujer en la foto de Wade Davenport. Dios siempre encuentra la forma de abrir un nuevo camino y lo hace con nuestra ayuda, los hombres.

Un día creí hacer una locura: estaba en la calle y pensé: «No puedo hacer nada por mí, pero sí puedo hacer algo por un vaquero de ojos de güisqui». Entonces no lo supe, pero ahora sí lo sé: cada acto de bondad es un milagro; en nuestras manos está el poder de cambiar vidas... las nuestras y las de los demás.

EPÍLOGO

Blaze

Verano...

La alarma de tormenta nos pone a todos en alerta. No nos invade el miedo, seguimos el protocolo. Maddie sale con las personas de la casa principal; de momento, no trabaja en las tareas del rancho —aunque es imposible que no se involucre un poco—, porque está concentrada en estudiar meteorología. Un día será ella quien nos ponga en alerta para salvar así las vidas de sus vecinos.

Hoy avanza con su chaleco naranja al frente de esa fila camino al refugio. Me divisa a lo lejos, guiando las camionetas, y nos saludamos con un breve gesto de sombrero.

Una vez estamos a salvo, nos abrazamos mientras esperamos. Quien no le tema a una tormenta es un imbécil, pero ya no ocultan nada para mí. Maddie, en cambio, está pálida y temblorosa.

—¿Qué sucede, cariño? ¿Es peor de lo esperado? —Tal vez ella haya leído los sensores, quizá se espera un EF5, el de mayor capacidad de daño en la escala de tornados.

—No, no... estoy bien —dice, e intenta respirar por la boca. Joder, me desespero. Le abro el botellín de agua, me pongo de pie y me dispongo a ir a por la radio para buscar ayuda, aunque tenga que salir en medio de la tormenta.

Maddie me detiene, me sonrío y tira de mi muñeca.

—Ven aquí, vaquero. No pasa nada, de verdad. Iba a decírtelo esta noche...

—¿Qué? ¿Estás enferma? ¿Qué demonios sucede?

Ella coje su mano y se la lleva al vientre. Soy un imbécil, porque tardo casi un minuto en entender lo que intenta decirme. No es hasta que suelta una carcajada junto a una náusea que comprendo, aun así, mi cerebro se hace papilla y pregunta lo obvio:

—¿Estás embarazada?

—Sí. Cállate, que nos oirán... Aún no quiero compartir la noticia.

Yo quedo paralizado; poco a poco, una sonrisa se abre camino en mi rostro y recurro a toda mi fuerza de voluntad para no lanzar un grito de gloria. La abrazo con fuerza, le insto a que tome agua, le hago mil preguntas estúpidas sobre qué puedo hacer para que no vomite, ni se sienta débil ni tenga sueño...

—Nada, nada y nada... es normal. —Vuelve a posar mi mano sobre su vientre y no puedo creer que algo tan pequeñito, que apenas es un montículo, pueda despertar en mí tanto amor.

—Te amo, Blaze, seremos una familia.

—Te amo, Maddie. Seremos una familia —repito, asombrado. Nos quedamos en silencio, mientras se nota el nerviosismo por la tormenta a nuestro alrededor. Pero sabemos que podremos con todo, porque nos tenemos los unos a los otros—. ¿Has pensado qué debemos obsequiarle? —le pregunto, en alusión a nuestros nombres. A esa primera charla, la que empezó la historia entre nosotros dos.

—No, ¿tú?

—Sí —respondo—. Nunca te has rendido conmigo, nunca has dejado de luchar. Magdalen es segundas oportunidades, y aquí las abrazamos, pero en un momento pensé que otro nombre te sentaría mejor...

—Michelle... por el arcángel Miguel.
—Por el guerrero que nunca se rinde.
—Michael si es niño, Michelle si es niña...
—Aunque no necesitará ser invencible —la beso—, porque siempre contará con nosotros para enfrentar cada tormenta.

NOTA DE LA AUTORA

Oculto en la tormenta es una novela que me ha llevado mucho trabajo de investigación, no quería tomar el tema de enfermedades mentales a la ligera. Aunque me he informado mucho, lo empleo con fines argumentativos, por lo que, si os sentís identificados, por favor pedid ayuda a un profesional.

Por otro lado, abordo también un asunto delicado del que poco se habla: la violencia doméstica hacia los hombres. Si bien es cierto que la mayoría de los casos se da a la inversa y somos nosotras, las mujeres, las víctimas, existen los casos en que los hombres lo padecen y, casi siempre, se trata de violencia psicológica. Es importante que hablemos de esto, porque la presión que se pone en ellos para que sean fuertes, valientes, resilientes es muy grande y les impide pedir ayuda. Escribir a Blaze Davenport ha tocado una fibra sensible en mí, pues para un vaquero debe ser mucho más duro aceptar su situación e incluso ir a terapia. Quitar los estigmas hará, de este, un mundo mejor para todos.

Solo me queda deciros lo mismo que Maddie: cada acto de bondad es un milagro, un milagro que está al alcance de nuestras manos.

Al igual que en «Un pacto con el Cowboy», la música me acompañó durante el proceso de escritura. Os dejo aquí la lista de canciones:

[«One night at a time» de George Strait](#)
[«My girl» de Dylan Scott.](#)
[«Cowboy Dreams» de Jimmy Nail](#)
[«I Can See Clearly Now» de Johnny Nash](#)
[«Dance with you» de Brett Young](#)
[«Creep» de Radiohead.](#)
[«What If I Never Get Over You» de Lady A](#)
[«Where I Find God» de Larry Fleet](#)
[«Speechless» De Dan + Shay](#)
[«When I touch you» de Travis Tritt](#)
[«You with me» de Anita Cochran.](#)

Un escritor no sería nada sin sus lectores, por eso, os doy las gracias por acompañarme una historia más. Podéis encontrarme en redes sociales:

Instagram: @SherylThomasautor

Tiktok: @SherylThomasautor

Hasta la próxima historia, os quiere,

Sheryl Thomas

ÍNDICE

[Advertencia](#)

[Capítulo 1](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 2](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 3](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 4](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 5](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 6](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 7](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 8](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 9](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 10](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 11](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 12](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 13](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 14](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 15](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 16](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 17](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 18](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 19](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 20](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 21](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 22](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 23](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 24](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 25](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 26](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Capítulo 27](#)

[Maddie](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Capítulo 28](#)

[Blaze](#)

[Maddie](#)

[Epílogo](#)

[Blaze](#)

[Nota de la autora](#)